

CAROL B. A.

¿Y SI TE VUELVO A ENCONTRAR?



zafiro[♥]

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Cita

Parte I

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Parte II

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo final

Epílogo

Agradecimientos

Biografía

Referencias a las canciones

Referencias a las novelas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Compa

Sinopsis

Álex es una mujer orgullosa de su presente, con un futuro prometedor, pero con un pasado aún por descubrir.

Hugo es un hombre hecho a sí mismo, con un pasado difícil de superar y con un futuro aún por resolver.

Un terrible suceso unirá sus vidas, pero ¿qué férrea determinación las separará?

¿Y si te vuelvo a encontrar? es una intensa historia en la que se enlazan pasado y presente para ofrecer un futuro a quienes, por encima de todo, apuestan por el amor más allá de toda racionalidad.

Advertencia legal: la lectura de esta novela puede perjudicar seriamente su salud emocional. Absténgase, por tanto, de sumergirse en esta apasionante historia toda persona a la que no le guste reír, llorar, vivir intensamente o amar.

¿Y SI TE VUELVO A ENCONTRAR?

Carol B. A.

zafiro 

Dicen que, si se conoce a la persona correcta en el momento equivocado, la vida volverá a juntarlos tarde o temprano.

Parte I

¿Y si te vuelvo a encontrar?

Capítulo 1

Hugo

—Buenos días, señora Mann. ¿Está Hugo?

—Sí... un segundo. —Su madre se acercó a la escalera que daba acceso al segundo piso de la vivienda y lo llamó—. Hugo... Tus amigos están aquí.

—Enseguida bajo —gritó él mientras saltaba de la cama para ponerse el bañador y coger su toalla.

El chico estaba encantado de veranear en ese lugar. Todos los años, su padre alquilaba la misma casa en el lago Cayuga, en el estado de Nueva York. Habían llegado a un acuerdo con el propietario para que, en las vacaciones estivales, siempre se la arrendara a ellos.

Quizá precisamente eso la hacía aún más atractiva a sus ojos. Para él ese sitio significaba salir de Roma, su residencia habitual, y romper con la monotonía de su día a día. Ir a ese lago no sólo suponía volver allí donde su padre tenía sus raíces, sino también disfrutar verdaderamente de la naturaleza, del tiempo de ocio, de los amigos, cosa que en la capital italiana le era muy difícil de conseguir, debido a sus obligaciones. Aquel entorno le aportaba todo lo que no tenía su ciudad de origen. Le proporcionaba muchos senderos por los que perderse y en los que encontrarse a sí mismo... y, sobre todo, le proporcionaba muchas tardes calurosas, refrescadas por los baños que se daba en el lago junto a todos los amigos que, año tras año, se reencontraban en ese fabuloso escenario.

Dejando atrás esos pensamientos, Hugo se puso el bañador, cogió la toalla y bajó los escalones de dos en dos.

—¡Me voy! No volveré tarde —anunció dando luego un portazo.

En el porche de la vivienda estaban esperándolo dos de sus mejores amigos. A ambos los había conocido años atrás y disfrutaban siempre juntos de sus vacaciones.

—Hola, Hugo. Esta mañana nos hemos encontrado con unas chicas nuevas en el pueblo y hemos quedado con ellas para bañarnos en el lago —le comentó, emocionado, uno de los chavales.

Ése, precisamente, era el problema que había surgido entre ellos ese año. Sus amigos, en plena adolescencia, habían cambiado sus prioridades y en ese momento preferían la compañía de las chicas antes que los deportes o las otras actividades que habían venido realizando verano tras verano.

—Ya, pues qué bien... —ironizó Hugo, intentando no parecer demasiado contrariado.

Mientras sus amigos sólo pensaban en hacer el tonto delante de todas las muchachas que iban conociendo, él simplemente quería disfrutar del aire libre y la naturaleza y no le interesaban para nada las relaciones estúpidas que éstos solían establecer con las que él denominaba «las petardas de turno».

No tardaron mucho en llegar a la orilla del lago. Aun así, cuando lo hicieron ya estaban allí esperándolos, desde hacía un buen rato, las chicas con las que habían quedado.

—¡Llegáis tarde! —soltó una de ellas cruzando los brazos sobre su pecho y con cara de pocos amigos.

—Bueno, es que... Hugo ha tardado bastante en salir y por eso nos hemos retrasado.

Éste lo miró estupefacto.

—¡Pero si yo no he tardado nada! —protestó, cabreado por la situación.

Estaba claro que no le apetecía estar allí. Los intereses de sus amigos ya no eran los mismos que los suyos y en ese momento, además, lo estaban vendiendo con tal de salvar su culo ante ellas.

—Bueno, ¿vamos a bañarnos o qué?... Me muero de calor —dijo en un

tono todavía más impertinente la otra joven.

—Sí, vamos —contestaron los amigos de Hugo al tiempo que se quitaban sus camisetas.

Todos, excepto él, echaron a andar.

—Hugo, ¿no vienes? —le preguntaron.

—Id vosotros, enseguida os alcanzo... Es que me duele un poco la cabeza. Se trataba de una excusa.

A Hugo no le apetecía bañarse con esas dos niñas, así que se quedó allí sentado, pensando en lo tontos que podían volverse los chicos cuando estaban al lado de alguna muchacha. Todo eso no iba con él.

De pronto una voz femenina le preguntó algo.

—¿No te bañas?

«¡Vaya por Dios, otra petarda más! —pensó Hugo—. ¿A ver qué quiere ésta ahora?»

Estaba a punto de decirle que, por favor, lo dejara tranquilo, pero, cuando se volvió hacia ella, su boca, como por arte de magia, se quedó muda. Era una adolescente, aunque quizá tuviera algún año menos que él; sin embargo, no le pareció una niña como las otras. Le dio la impresión de que era diferente a las demás.

No supo qué contestarle. De repente ya no quería pedirle que lo dejara en paz y tampoco quería parecerle grosero diciéndole que no le apetecía nada pasar su tiempo con «aquellas petardas».

—Y tú, ¿tampoco vas al agua? —le dio por respuesta Hugo.

—No me apetece bañarme con tus amigos, no me caen bien.

Hugo sonrió. Ella había dicho lo que él no se había atrevido a soltar respecto a las otras chicas. Eso le hizo gracia. Al menos era sincera.

—¿Quieres que te lea la mano? —le preguntó ella.

«¿Leerme la mano?» Eso lo dejó totalmente descolocado.

No creía en esas cosas; es más, le parecían cuentos chinos. A pesar de ello, la mirada de la muchacha hizo que accediera a sus deseos.

—Vale —contestó escéptico.

Hugo pensaba por aquel entonces que cada uno decidía su propio destino y que, por lo tanto, no había nada escrito de antemano, por lo que no creía que nadie pudiera ver el futuro de otra persona. No obstante, la joven había captado su atención. Le había transmitido buenas vibraciones y tenía curiosidad por ver qué le podía decir.

—Bien, dame tu mano —pidió alargando las suyas.

Hugo le tendió la mano derecha y ella se la cogió. Una chispa saltó en el instante en que se tocaron. Hugo comenzó a respirar aceleradamente.

«Pero ¿qué me pasa?», pensó inquieto.

Sintió cómo sus mejillas habían enrojecido y cómo un abrasador calor le recorría todo el cuerpo. Le hubiera encantado poder tirarse al agua de cabeza en esos momentos.

Levantó la vista y descubrió que ella lo estaba mirando. Entonces fue cuando notó la conexión. Esa chica le había llegado dentro. No la conocía de nada y, sin embargo, enseguida se sintió muy cómodo con ella y tuvo la sensación de que serían buenos amigos.

—Cuando seas mayor vas a vivir en una casa muy grande, serás muy rico y te casarás... —De pronto hizo una pausa mientras ponía cara de desconcierto—... conmigo —terminó de decir, totalmente sorprendida y nada convencida al mismo tiempo.

Eso hizo reír a Hugo.

¿Cómo podía adivinar ella, con sólo mirarle las manos, semejantes cosas? Eso era una soberana tontería.

No obstante, tampoco era muy difícil predecir aquel futuro para él. Su familia tenía mucho dinero y disponía de numerosas viviendas, todas ellas enormes. Y por supuesto que le gustaría casarse algún día, aunque evidentemente no tenía nada claro que fuese a ser con ella.

Pero a Hugo le había picado la curiosidad y le siguió el juego.

—¿Y tú cómo sabes todo eso? —planteó, expectante ante la explicación

que le pudiera dar.

—Lo pone aquí, en la palma de tu mano —contestó la muchacha, aún aturrida por verse ella misma en el futuro de aquel chico al que acababa de conocer.

Ambos se miraron a los ojos mientras sus manos seguían sintiendo el suave contacto del otro.

Hugo sonrió.

«Está loca —se dijo—, pero hay algo en ella que la hace diferente, y eso me gusta.»

Permanecieron así unos segundos más. La conexión entre ambos lo tenía cautivado. No podía dejar de mirarla y mucho menos quería que le soltase la mano. Su rostro se acercó al de ella como si de un imán se tratase y, embelesado por las sensaciones que recorrían su cuerpo, se dejó llevar y besó a la joven. Ella lo recibió tan sorprendida como lo estaba él, pero al mismo tiempo le respondió con dulzura y con calidez. Las sensaciones emborracharon sus sentidos y ambos se abandonaron a esa plácida rendición que supone el primer beso. Un beso que dura un sólo instante en el tiempo, pero que perdura eternamente en nuestra memoria.

Entonces fue cuando llegaron los demás y la magia se rompió. Ella se separó de él y le soltó la mano precipitadamente.

—Me tengo que ir —dijo bastante confundida.

Y, sin más, se despidió de todos y se fue.

Esa noche Hugo no pudo dormir. Hacía mucho calor, sí, pero no era eso lo que le quitaba el sueño. No podía apartar la imagen de esa chica de su cabeza y, sobre todo, no podía olvidar la sensación que le había transmitido y lo fascinante que le había parecido. Nunca había experimentado nada igual. Ese cosquilleo que le había hecho sentir mientras se miraban el uno al otro hacía que tuviera claro que ella le gustaba. Esa chica había conseguido interesarle. Mucho.

Al día siguiente se volvieron a reunir todos en el lago. Esta vez Hugo iba

mucho más animado y estaba deseando llegar al punto de encuentro para poder verla de nuevo..., pero, para su desgracia, la joven que tanto le había impactado el día anterior no apareció. Hugo preguntó a sus amigas por qué no había ido ella, y entonces le explicaron que, cuando fueron a buscarla a su casa, acababan de llamar a su padre para que se incorporara inmediatamente al trabajo por algo importante que había sucedido. Sus vacaciones, por tanto, se habían terminado.

Hugo se quedó helado.

¿Eso qué significaba? ¿Que no la volvería a ver? Eso no podía ser...

A Hugo le daba mil vueltas la cabeza, no sabía ni siquiera su nombre.

¡Eso!... Tenía que preguntarlo.

—¿Me podéis decir cómo se llama vuestra amiga, por favor?

—¡Pues no! —contestó una de ellas, con mucha arrogancia—. Si ella no te lo ha dicho, por algo será, así que...

A la otra chica le dio pena la cara que puso Hugo ante esa respuesta y, cuando todos se fueron a bañar, le susurró el nombre de su amiga al oído.

Aquel verano fue para Hugo el peor de su vida, porque no sólo la perdió a ella. Cuando regresó a casa consciente de que probablemente nunca más la volvería a ver, se encontró con que había un coche de policía en la puerta. Un detective y un agente hablaban con el mayordomo, que en ese momento tenía las manos sobre la cara. Éste estaba abatido y negaba con la cabeza. Para Hugo ese hombre era como un abuelo, alguien a quien tenía mucho cariño, a pesar de no ser de su familia.

De pronto los tres se giraron hacia el chico, que los observaba de cerca, paralizado, intuyendo lo peor. El sirviente tenía los ojos llenos de lágrimas. Se derrumbó literalmente en el mismo instante en el que vio a Hugo. Cayó al suelo de rodillas y Hugo fue hacia él. Corrió a abrazarlo, sin saber aún qué había pasado.

La noticia fue asoladora. A Hugo se le rompió el corazón en mil pedazos. Había perdido a sus padres en un accidente de tráfico. Los había perdido para

siempre y ni siquiera se había podido despedir de ellos.

Su vida, a partir de entonces, cambió radicalmente. A tan corta edad, se encontraba solo en la vida, con el mayordomo, que además era el hombre de confianza y mano derecha de la familia, como la única figura de apego que le quedaba.

Hugo se hizo mayor de repente. Maduró muy rápido y su alegría de niño se tornó en responsabilidad de adulto, aunque él no lo fuera. Su edad era todavía la de un adolescente, pero su destino lo había convertido en un hombre antes de tiempo. Tuvo que aprender cómo gestionar la herencia familiar y tuvo que reprimir sus sentimientos y endurecerse para poder seguir adelante con su vida.

No le resultó fácil. Sus padres le habían sido arrebatados demasiado pronto y las causas del accidente no estaban nada claras. Otra vez se repetía la tragedia familiar, al igual que había ocurrido con su abuelo, al que quería con absoluta locura y a quien había perdido un año antes que a sus progenitores, al caerse su coche por un precipicio en circunstancias que todavía no se habían esclarecido.

Únicamente había una cosa en la vida que lo reconfortaba en los momentos de desolación. El recuerdo de ese primer beso. El recuerdo de esa muchacha.

«Me encantaría volverla a ver», pensaba muchas veces cuando el vacío que le había causado la pérdida de sus padres lo dejaba sin esperanza alguna en la vida. Todo había sido tan inesperado, tan duro, tan cruel, que Hugo se aferraba a lo único que en su maldita existencia le había despertado algún interés. Esa joven.

Tenía muy claro que nunca la volvería a ver. No sabía nada de ella... y, además, no iba a ser capaz de volver allí a pasar las vacaciones. No soportaría regresar a ese lugar, no después de la muerte de sus padres.

Lo que él desconocía por aquel entonces es que, a veces, ni el destino ni las decisiones que uno toma en la vida pueden evitar lo inevitable.

Capítulo 2

—¡Madre mía!... pero ¿qué son esos ruidos? —dije con voz somnolienta.

Me incorporé en la cama, asustada, y miré a mi alrededor. Sammy farfulló algo desde su posición, aunque seguía totalmente dormida.

Yo tenía una resaca tremenda. Esa noche habíamos estado de marcha en Ibiza y habíamos bebido como si no hubiera un mañana, y en ese momento tenía un dolor de cabeza de esos que hacen que te acuerdes de la familia de todo el mundo, ya que el más mínimo sonido te taladra el cerebro sin piedad.

—¡Sammy, despierta! —pedí en un susurro apenas audible.

—¿Qué pasa? —me preguntó ella mientras se incorporaba—. ¡Joder!, me va a estallar la puta cabeza.

Mi amiga me miraba con cara de intentar comprender qué demonios quería, qué era tan importante como para despertarla a esas horas. Todavía era muy temprano, pues aún no había salido el sol, y hacía poco que nos habíamos acostado.

—Escucha... pasa algo raro —le comenté intentando atender a lo que sucedía fuera de nuestro camarote.

Sammy puso los ojos en blanco y luego me miró con cara de querer tirarme algo a la cabeza. No le había sentado muy bien que la despertara.

—Álex, aquí lo único raro que pasa es que no estamos acostumbradas a tanta fiesta. ¡Joder, qué resaca tengo! —terminó de decir mientras se volvía a acurrucar en su cama.

—No me refiero a eso. Hace un momento he oído mucho ruido. De hecho, eso ha sido lo que me ha despertado. Sin embargo, ahora hay completo

silencio.

—¡Ay, por Dios, Álex! Son las seis de la mañana y estamos en un barco fondeado a medio kilómetro de la costa... ¿qué esperabas? Lo normal es que esté todo en silencio —me contestó Sammy—. ¡Duérmete ya, coño, y déjame dormir a mí también!

Le hice caso y volví a acurrucarme en mi cama. Estaba muy cansada. Me quedé pensando en que precisamente habíamos escogido ese tipo de vacaciones por la tranquilidad que nos podía aportar, ya que dormíamos en un velero que recorría las islas Baleares, pero sólo nos acercábamos a ellas cuando queríamos algo más de actividad.

Después de que mi padre falleciera y, poco después, mi madre se trasladara a vivir a España, mi amiga Sammy y yo decidimos venir todos los veranos a pasar nuestras vacaciones aquí.

Mi padre conoció a mi madre en Madrid, de donde es ella y donde él estaba destinado por trabajo. Se enamoraron perdidamente, se casaron y me tuvieron a mí. Para cuando yo contaba con diez años, a mi padre le ofrecieron la posibilidad de trabajar en Nueva York, que era su ciudad natal, y no lo pensó dos veces viendo las posibilidades que esa gran metrópoli le podría ofrecer en cuanto a mejoras laborales y económicas.

Cuando comencé mis estudios de secundaria en la Gran Manzana, conocí a Sammy, la que hoy por hoy es mi mejor amiga. Con ella lo he vivido todo y a ella le debo que yo saliera del gran vacío que me produjo la muerte de mi padre al poco de haberme licenciado como psicóloga. Sin embargo, mi madre no pudo superar tanto dolor y quiso volver a Madrid, porque no soportaba seguir viviendo en la ciudad que le había arrebatado a su marido, e intentó que yo regresara con ella. No obstante, yo me sentía más de allí que de aquí y quise probar suerte profesionalmente. Al poco tiempo me contrataron en un centro de niños autistas y, definitivamente, y a pesar de lo mal que lo pasó mi madre por ello, me establecí por mi cuenta en Nueva York. Ése es el motivo

de que venga todos los veranos a España. Echo muchísimo de menos a mi madre y siempre que puedo me escapo unos días para estar con ella.

Volví a quedarme medio dormida, con la sensación de tristeza que me invadía cada vez que recordaba a mi padre y el tremendo dolor que nos produjo su muerte.

—¿Queda alguien más en el barco?

Me incorporé de nuevo, abriendo los ojos como platos.

¿Acababa de oír la voz de un hombre hablando a través de un megáfono y preguntando si quedaba alguien en el barco? ¿Qué significaba eso? Algo no andaba bien...

—¡Sammy! —grité.

Ella se había incorporado también y me miraba con cara de circunstancias.

Entonces nos entró el pánico.

¡Que si quedaba alguien más, habían preguntado! Oh, Dios mío, ¿qué estaba pasando?

Sammy y yo salimos disparadas del camarote y subimos la escalera que daba a cubierta. Unos focos muy potentes nos alumbraron desde otro navío. De repente perdí el equilibrio. El barco se estaba escorando. Me cogí rápidamente a una barandilla y vi que mi amiga hacía lo mismo.

—No se preocupen, las rescataremos enseguida —dijeron desde el megáfono con voz tranquilizadora—. Les vamos a lanzar unos salvavidas. Deben tirarse al agua y agarrarse a ellos.

Oh, madre mía, el velero se estaba yendo a pique.

Fui consciente en ese preciso instante del problema en el que estábamos metidas.

Pero ¿cómo era posible?

Casi no podía respirar, la angustia me atenazaba el cuerpo y era incapaz de moverme. Desde el otro navío nos seguían dando instrucciones, pero yo no estaba para escuchar nada. El barco se estaba hundiendo y por lo visto nosotras éramos las dos únicas pasajeras que quedaban en él. La cantidad de

alcohol que habíamos ingerido la noche anterior nos había dejado totalmente fuera de combate y habíamos estado a punto de morir ahogadas.

—*Signorina*, tiene que saltar al agua y agarrarse al salvavidas. Nosotros la recogeremos, no se preocupe... ¿me oye?

¡Joder! Sí lo oía, pero mi cuerpo no me respondía.

Intenté moverme, pero no hubo manera.

Entonces oí la voz de Sammy a través del altavoz.

¿Cómo era posible que me hablara ella a través del megáfono?

—¡Álex, tírate al agua, por Dios! El barco se va a hundir y te va a engullir con él.

Levanté la cabeza y la vi. Sammy estaba ya en la otra embarcación. La acababan de recoger y estaba completamente empapada. Le estaban echando una manta por encima y me miraba con expresión aterrorizada, al mismo tiempo que le temblaba todo el cuerpo. Ella se había tirado al agua antes que yo y ya la habían rescatado.

No lo dudé un momento más. No podía permitírmelo.

Saqué la fuerza necesaria, respiré hondo y, aunque me movía lentamente, fui capaz de ponerme en el borde y, casi sin pensar, di un paso hacia ese abismo negro y denso que me estaba esperando. De repente todo fue pánico. Sólo encontré humedad y oscuridad. Sentía que estaba hundiéndome. Cada vez había más oscuridad. Me giré y comprobé que todo era amenazante, pues no distinguía nada y estaba totalmente desorientada. Supongo que mi instinto fue lo que hizo que mirara hacia arriba. Una potente luz, probablemente de uno de los focos del barco de salvamento, me sirvió de guía. Intenté moverme, intenté agitar las piernas y los brazos para poder ascender a la superficie, pero estaban entumecidos debido al frío y tardaron en responderme. Entonces fui consciente de que necesitaba aire, necesitaba respirar. No sabía cuánto tiempo llevaba debajo del agua, segundos o minutos. Estaba totalmente desorientada y el aire me empezaba a faltar, tenía que subir como fuera. Tenía que llegar arriba cuanto antes.

Por suerte algo hizo que me moviera. Fue como si de pronto mis músculos hubieran recordado cómo se nadaba y una fuerza invisible me empujara hacia el exterior. Supongo que es a eso a lo que llaman «instinto de supervivencia».

Poco a poco fui avanzando. Debía de quedar ya poco para llegar arriba. Necesitaba coger aire cuanto antes, pero estaba empezando a desesperarme. La luz era cada vez más grande y la superficie debía de estar cada vez más cerca, pero seguía avanzando y el final no llegaba nunca.

«Tengo que respirar, necesito el aire ya.»

La luz se tornó enorme y me deslumbraba. Sin embargo, seguía debajo del agua. No había manera de llegar, no estaba avanzando lo suficiente.

Me invadió la desesperación. No me creía capaz de lograrlo y mis fuerzas me fallaron en ese preciso instante. Me encontraba absolutamente exhausta. Tenía todo el cuerpo entumecido por el frío y ya no me respondía. Me había quedado suspendida en el agua a escasos centímetros de la superficie, con la mirada perdida. Todo había acabado para mí. Dejé de sentir frío. Dejé de sentir mi cuerpo. Me sobrevino una paz interior desconocida para mí.

Todo quedó en calma.

Pero de repente me moví. Un hombre frente a mí me había agarrado y, dándose impulso, consiguió que saliéramos los dos. Cuando llegué arriba, abrí la boca y cogí todo el aire que mis pulmones fueron capaces de almacenar. Todo volvió a mí, mis sentidos, mi aliento, mi vida.

—¡Joder, Álex! Qué susto me has dado. —Sammy tenía los ojos inundados de lágrimas y me miraba fijamente—. ¿Estás bien? Estás muy pálida... ¡Por Dios, di algo!

Nunca antes en mi vida había sentido tanto miedo. Nunca antes en mi vida había sentido que lo perdía todo y que aún no estaba preparada para eso. Nunca antes había sentido que todavía me quedaba algo por vivir y que no me podía ir sin saber qué era. Desde luego, las vacaciones no podían haber empezado peor.

Capítulo 3

Me desperté algo desorientada e intenté saber dónde me encontraba, ya que nada de lo que había a mi alrededor me resultaba familiar. Entonces empecé a recordarlo todo. No había sido una pesadilla. Todo, por desgracia, había sido real.

Según nos contaron cuando nos recogieron, nuestro velero comenzó a hundirse sin saberse aún por qué, puesto que era bastante nuevo y había pasado todos los controles rutinarios a los que los someten para inspeccionar que todo esté correcto y que no surjan luego imprevistos de ningún tipo. El capitán, al ver que la situación se le descontrolaba y que irremediamente la nave comenzaba a zozobrar, hizo varias llamadas de socorro para que acudieran las autoridades pertinentes. El mensaje fue escuchado por todas las embarcaciones que se encontraban en la zona y varias de ellas decidieron acercarse para echar una mano en caso de ser necesario. Todos los pasajeros empezaron a ser recogidos. Nosotras fuimos las últimas en abandonar nuestro barco, ya que estábamos dormidas y no nos enteramos de nada hasta el último momento, por culpa de la resaca.

Por suerte y gracias a que las leyes así lo exigen, el capitán tenía un listado con todos los pasajeros que realizaban aquel viaje y le constaba que nosotras habíamos regresado de Ibiza un par de horas antes del naufragio y que, por tanto, aún debíamos estar dentro de la embarcación. Uno de los navíos que andaba por la zona insistió en ayudar a dar con nosotras y ponernos a salvo, mientras el resto de los pasajeros y la tripulación eran trasladados a tierra, y consiguieron, entre todos, que fuésemos rescatadas.

Desde luego no era el mejor despertar para un día de vacaciones.

Miré a mi alrededor antes de incorporarme en la cama. Era de día ya y la luz del sol inundaba todo el camarote en el que nos encontrábamos. El lugar era muy acogedor, a pesar de ser una estancia de un tamaño bastante considerable para lo que suelen ser los camarotes de los barcos. Los muebles estaban hechos con maderas claras y la decoración era muy refinada. Resultaba claro que no estábamos en un barco cualquiera, la calidad de los materiales así lo indicaba.

Un reloj de diseño, empotrado en una de las paredes, marcaba las once cuarenta y cinco de la mañana.

—*Buon giorno, signorinas!* —Una voz de hombre nos habló desde el otro lado de la puerta.

—¡Sammy, despierta! —le susurré a mi amiga.

—Déjame un poquito más... —suplicó.

—¿Se encuentran ustedes bien? —preguntó el hombre con evidente preocupación, esta vez en inglés.

—Oh, sí, sí, gracias —le contesté aún algo aturdida.

—El señor Saccheri las invita a desayunar junto a él en la cubierta de popa, si les apetece.

—Oh, por supuesto que sí —le dije educadamente—. Subiremos enseguida.

Sammy se había dado media vuelta y seguía durmiendo.

—Sammy, espabila, tenemos que subir a desayunar. Nos están esperando.

—¿Quién nos espera? —preguntó con voz somnolienta.

—¿No lo has oído...? Nos espera el señor Saccheri en la cubierta de popa —le repetí.

—Y, ése, ¿quién coño es? —preguntó bostezando al mismo tiempo que hablaba.

—Pues... no lo sé, la verdad. Supongo que el dueño de este barco. Parece un apellido italiano y nos acaban de dar los buenos días también en italiano.

Alguien con una embarcación así debe de tener muchísimo dinero, así que deduzco que el dueño debe de ser un viejo y gordo ricachón italiano. — Sonreí por mi elaborada deducción, sacada toda ella de inventadas conjeturas.

Sammy me miraba, primero alucinada por la conclusión que me acababa de sacar de la manga y después asintiendo convencida porque, al parecer, mi explicación le había parecido de lo más plausible.

—Anda, sí, vamos a comer algo... ¡que si es triste amar sin ser amado, más triste es empezar el día sin haber desayunado! —soltó mi ocurrente amiga, dando un salto de la cama—. Por cierto, Álex, te recuerdo que hemos perdido todas nuestras cosas. No sé qué vamos a hacer... No tenemos ropa, ni dinero, ni lo que es peor: nuestra documentación.

—¡Coño, Sammy! Qué positiva te levantas, ¿no? —repliqué con sarcasmo—. Mira, ya lo pensaremos después. Estamos de vacaciones, así que vamos a mantener ese espíritu en algo y ya lo intentaremos solucionar más tarde, ¿de acuerdo?

—Ok —me respondió levantando las palmas de las manos—. ¡Ni mil palabras más!

Salimos del camarote y enseguida nos dimos cuenta de lo grande y moderno que era el yate donde nos hallábamos. Todo era espacioso, luminoso y con mucho estilo. El salón por el que pasamos primero era enorme. De hecho, era el doble del que yo tenía en mi apartamento de Nueva York. Dimos varias vueltas hasta que encontramos la cubierta donde nos esperaban con el desayuno o, más bien, el almuerzo, por la hora que era ya. Al salir a ella me di cuenta de la cantidad de luz que había a esas horas del día y de que no llevábamos gafas de sol, ya que las habíamos perdido en el naufragio, junto con todo lo demás. Se lo comenté a Sammy y decidí volver a nuestra habitación a por unas gorras que había visto, antes de salir, encima de una mesita. Al menos eso nos protegería un poco de tanta luz.

Al llegar al final de la escalera que bajaba hasta nuestro camarote, me encontré con un hombre que caminaba por delante de mí. Estaba claro que

venía de practicar deporte, a juzgar por su ropa y la toalla que le rodeaba el cuello. Tenía un cuerpo trabajado, aunque en su justa medida. Sin duda tenía el porte que cualquier escultor griego que se preciara buscaría en un modelo. Equilibrio perfecto, armonía y sensualidad. Ésa era la mejor definición para lo que tenía delante de mis ojos.

De repente se paró en seco y yo, que iba totalmente distraída ante la vista que me ofrecía su espectacular anatomía, me eché encima de él sin querer. Chocamos, pero él no se movió ni un ápice de su sitio. Sin embargo, yo me tambaleé un poco, retrocediendo unos pasos, y perdí el equilibrio. Gracias a Dios, él reaccionó rápidamente, girándose y cogiéndome antes de que pudiera darme de bruces contra el suelo.

—*Mi dispiace...!* —dijo en un perfecto italiano—. ¿Está usted bien? De haber sabido que iba detrás de mí... —continuó diciendo, ya en mi idioma.

Su voz era cálida, aunque parecía un poco contrariado. Con todo, eso no fue lo que más me llamó la atención de él. Lo que más me sorprendió fue lo atractivo que era. Tenía el pelo castaño, los ojos verdes y la piel bronceada.

¡Madre mía!, pero ¿de dónde sacaban al personal para la tripulación...?, ¿del *casting* de «Mujeres y hombres y viceversa?», pensé.

—¿Me ha oído... o, aparte de ser muy silenciosa cuando va detrás de alguien, también lo es cuando se le pregunta algo? —añadió con marcado acento italiano.

—Oh, sí, no, no.

Me miraba expectante.

—Sí, ¿no? ¿Está bien o no?

Me sorprendí a mí misma mirándolo embobada y sin saber qué contestar, mientras él me seguía sosteniendo en el aire, observándome atentamente.

«¡Reacciona, por Dios, que pareces una chiquilla babeando frente a una fábrica de caramelos!», me reprendí.

—Sí, sí, estoy bien, gracias. Lo siento, es que no sé en qué estaba pensando...

«¿En el pedazo de culo apretadito que tiene, quizá?, ¿o en la ancha y musculada espalda que luce?», me preguntó, travieso, mi subconsciente.

—De acuerdo —me dijo mirándome fijamente y devolviéndome a mi posición vertical—. La próxima vez que nos encontremos, hágame el favor de tener más cuidado.

Dicho esto, se dio media vuelta y se fue, dejándome allí de pie, plantada y con la boca abierta sin poder articular palabra.

«Desde luego, sí que me gustaría encontrármelo otra vez, aunque sólo fuera por alegrarme la vista. Tipos así de bien hechos no se ven todos los días. Aunque tengo que decir que muy agradable de trato no me ha parecido. Ha estado un pelín borde conmigo, la verdad.»

Cuando llegué de nuevo a la cubierta del barco, Sammy estaba hablando con un hombre de unos setenta años, de aspecto muy cuidado y con un atuendo impecable. Supuse que sería el dueño de la embarcación.

—*Buon giorno, signorina!* —me dijo muy sonriente.

—Álex, te presento a Carlo Biondini. Por lo que me ha explicado, él es la mano derecha del señor Saccheri, el dueño de esta pasada de yate que estás viendo —me aclaró Sammy, señalándome con ambas manos todo lo que teníamos alrededor.

Desde luego el barco no podía ser más impresionante.

—Encantada, señor Biondini. Es usted italiano, ¿verdad? —le pregunté.

—Así es, *signorina*, al igual que el señor Saccheri y el resto de la tripulación. Pero, por suerte para ustedes, tanto el señor como yo hablamos perfectamente su idioma.

—Ah, por cierto, ¿él no iba a desayunar con nosotras? —preguntó mi amiga.

—¡Sammy! No seas impertinente —la reñí.

—Me temo que al señor Saccheri le ha surgido un contratiempo y ha tenido que marcharse repentinamente. Pero antes de irse me ha pedido que las invite a que pasen unos días junto a nosotros, hasta que puedan arreglar su

situación en cuanto al tema de los pasaportes y cualquier otro papeleo que necesiten solucionar antes de que tengan que volver a su país. Podrán hacer uso de todas las instalaciones de la embarcación siempre que lo deseen. Esperamos que se sientan como en su casa.

—Oh, bueno... No queremos molestar y, además, el papeleo y ponerlo todo en orden para poder volver a Estados Unidos nos llevará varios días, supongo —le contesté.

—No son ninguna molestia, *signorina*. Nosotros permaneceremos aquí todo el tiempo que ustedes necesiten para arreglar su situación.

—Bueno, Álex, no tenemos otro sitio a dónde ir, ni dinero, ni ropa. Te lo recuerdo por sí se te había olvidado —intervino Sammy, casi reprendiéndome—. Lo hemos perdido absolutamente todo en el naufragio, así que me parece que no nos queda otra que aceptar su invitación hasta solucionar este asunto, ¿no te parece?

—Sí, imagino que sí —le contesté pensando que eso era verdad. Realmente no teníamos muchas más opciones y no quería llamar a mi madre para que acudiera en nuestra ayuda y preocuparla por lo sucedido. No creía que pudiera soportar un susto de este tipo después de lo ocurrido a mi padre—. Eso sí, Carlo, el señor Saccheri está siendo muy considerado con nosotras y nos gustaría darle las gracias personalmente.

—No se preocupen por eso, *signorinas*. Considero que es lo menos que podemos hacer por ustedes, después de lo que les ha pasado. De hecho, el señor también me ha pedido que las acompañe a Ibiza mientras él no está, para que compren todo lo que les haga falta hasta que puedan recuperar lo que quede de sus pertenencias en el barco hundido. El señor correrá con todos los gastos que ustedes tengan que hacer.

—Bueno, Carlo, dígame al señor Saccheri que agradecemos mucho su gesto, pero que, en cuanto podamos, le devolveremos todo el dinero que gastemos estos días. Con dejarnos pasar aquí el tiempo necesario hasta que solucionemos el problema, ya es más que suficiente.

—No creo que eso agrade demasiado al señor, *signorina*. Él sólo quiere ser amable con ustedes y que se encuentren a gusto y... bueno... sin duda puede permitirse hacerles ese regalo. Tómenselo como tal.

—De acuerdo —contesté, pero no tenía claro si estábamos haciendo bien. No sabíamos nada de ese hombre, pero, por otra parte, ¿qué otra cosa podíamos hacer? Estábamos allí solas, sin documentación, sin dinero y sin nada más excepto la caridad de aquellas personas.

—Nos iremos de compras en cuanto terminemos este magnífico desayuno, ¿es posible, Carlo? —preguntó, descarada, Sammy—. ¡No tenemos de nada, Álex! —me recordó a modo de excusa ante la mirada de reprobación que le dirigí.

Al cabo de un rato estábamos subidas en una lancha rápida que nos acercaba a la isla de Ibiza. Carlo nos acompañó para hacerse cargo de pagar nuestras compras. La vista era espectacular. Hacía un día espléndido y el paisaje era una maravilla. Sin duda, era un sitio idílico donde pasar unas increíbles vacaciones.

Esa isla la conocíamos ya. Habíamos estado un par de veces, aunque siempre de noche para salir de fiesta, por lo que iba a resultar una experiencia diferente visitarla de día.

Conforme nos alejábamos del yate, pude observar las dimensiones de éste. Era realmente grande y reflejaba de manera espectacular la luz del sol. Atraía las miradas de todos los que pasaban por la zona. Sin embargo, lo que más llamó mi atención no fue eso, sino el nombre que tenía puesto con unas letras enormes de color grafito en la parte de proa.

—¡Sammy, mira, mi nombre! —dije señalando hacia la parte delantera del navío.

Mi amiga me miraba con cara de no entender nada.

—El barco... se llama como yo... ¡Qué casualidad! —insistí.

—¿Desde cuándo te llamas tú Alexandra? —replicó mi amiga.

—Joder, Sammy... ¿tantos años juntas y no sabes que me llamo así?

—Pues no. Yo pensaba que tus padres te habían puesto *Álex* sin más. Creía que era un nombre español así, tal cual, y por eso nunca te pregunté de dónde venía.

—Mis padres me pusieron *Alexandra*, pero toda la vida me han llamado *Álex* porque es más corto.

Sammy hizo un gesto de excusa por su desconocimiento y yo me volví de nuevo a mirar el barco.

Quizá el destino, que siempre es caprichoso, había hecho que fuera un barco con mi propio nombre el que nos salvara la vida.

Capítulo 4

Siempre quise ir a las islas Baleares, pues me parecía que podían tener un encanto muy especial... y no me había equivocado. Desde que mis padres me contaron que pasaron su luna de miel en dichas islas y que fueron los días más felices de su vida, quise visitarlas y recorrer los lugares que con tanta pasión ellos me habían descrito. No obstante, de momento sólo habíamos pisado Ibiza. Habíamos querido comenzar nuestro viaje por la isla más marchosa, para dejar las más tranquilas para el final de las vacaciones. Llevábamos allí ya cuatro días fondeados cerca de la costa ibicenca cuando nuestro velero se hundió. Lo habíamos elegido frente a los grandes cruceros por evitarnos las aglomeraciones de gente y para poder tener una estancia más tranquila y menos ajetreada que la que un crucero nos iba a proporcionar, con tantas excursiones y tantas visitas a diferentes ciudades en tan pocos días.

Como era de esperar, las calles de Ibiza eran un hervidero de gente. A diario llegaban muchísimos turistas que habían decidido pasar allí parte del verano. Había muchos visitantes comprando *souvenirs* en las tiendecitas y haciéndose fotos en cualquier rincón donde miraras. Pero, a pesar de ello, tenía un encanto increíble. Las calles eran preciosas, estrechas, adoquinadas, con sus casas blancas todas perfectamente pintadas y engalanadas, cuyo color, que dominaba la estética de toda la isla, era roto exclusivamente por el de las flores. Además, se percibía ese ambiente tan cálido y acogedor de los pueblos del mar Mediterráneo que los hace únicos en el mundo.

Sammy estaba encantada con el hecho de tener que ir de compras e hizo

que entráramos en todas las tiendas.

—¡Qué disparate! —oí que soltaba mi amiga cuando estábamos haciendo cola para el probador de una de ellas—. Pues no dice aquella mujer del último vestidor que no le entran los vaqueros... ¡Ni los indios le van a entrar, con lo fea que es la tía!

—¡Sammy!

—¿Qué?, ¿es que acaso he dicho alguna mentira?

Lo cierto era que no la había dicho. Me tuve que ir de allí por la risa que me entró.

No podía imaginar mi existencia sin Sammy. En los peores momentos de mi vida siempre había permanecido a mi lado para arrancarme una sonrisa, y me hacía la vida mucho más fácil con su apoyo y comprensión. Conocerla había sido una de las mejores cosas que me habían pasado en la vida, a pesar de lo diferentes que éramos.

Seguimos entrando en más tiendas, a cuál más agobiante por la cantidad de gente que había en ellas. Pero no nos quedaba otra si queríamos tener algo más con lo que poder vestirnos.

—¡Me voy a cagar en todo!

—¿Qué te pasa ahora? —le pregunté con desgana, ya que llevaba toda la jornada refunfuñando cada vez que se probaba algo.

—¡Pues que el mundo sería más bonito si los mosquitos chuparan grasa y no sangre!

En los últimos dos años, mi amiga había cogido algo de peso. No es que fuera mucho, pues ella siempre había sido muy delgada, y aún seguía siendo igual de presumida que siempre.

Me acerqué a su vestidor y entré en él.

Se había puesto un vestido que no la dejaba respirar.

—Está claro que comer chocolate encoge la ropa —soltó muy irritada.

—Pero ¿cómo leches has conseguido meterte ahí? —le pregunté observando cómo las costuras estaban a punto de estallarle.

—¡La cuestión no es cómo me he metido el vestido, la cuestión es cómo coño me lo saco ahora!... Llevo ya diez minutos intentando quitármelo y no sale.

La cara de Sammy era todo un poema. Estaba totalmente roja, sudorosa y despeinada.

Me dio por reír. La estampa era digna del mejor cómic.

—¡Joder, no te rías y ayúdame a quitármelo! —me gritó—. Me estoy empezando a poner azul.

Y era verdad. Eso me hizo reír aún más. ¿Cómo había dado lugar a esa situación? Esas cosas sólo le pasaban a ella...

Intenté ayudarla, primero tirando del vestido hacia arriba y después tirando de la prenda hacia abajo, pero no había manera. Lo tenía tan pegado al cuerpo, y ella estaba tan crispada, que no hacía más que sudar, lo que dificultaba más todavía la tarea de ayudarla.

—Vamos a tener que llamar a una dependienta —le dije intentando contener la risa.

—¡Y una mierda! Si es necesario lo pago y me voy con él puesto antes que pasar la vergüenza de que tenga que venir alguien a sacármelo.

—¡Pero si no puedes ni respirar, ¿cómo te vas a ir a la calle con él?!

Ya no podía aguantarme más y estallé en carcajadas.

—¡Álex, coño!

Cada vez estaba más azul, más sudorosa y más desesperada.

Cogí el teléfono y simulé llamar a un número en concreto.

—¿Qué haces ahora? —me preguntó ella con la cara desencajada.

—Pues llamar a los profesionales que mejor te pueden ayudar con una cosa así.

—¿A quién? —demandó ya muy alterada.

—Evidentemente, a los bomberos.

—La madre que te parió. Serás hija de... —me espetó, abalanzándose sobre mí para quitarme el teléfono.

La visión de todo el cuerpo de bomberos observándola y proponiendo diferentes opciones para sacarle el vestido debió de aterrarla.

—¿A que ahora ya no te parece tan mala idea que llame a la dependienta para que nos ayude?

—Eres lo peor, de lo peor, de lo peor.

Al final tuvieron que venir tres dependientas más y ni con éstas logramos nuestro objetivo. Definitivamente hubo que cortarlo con unas tijeras para que se lo pudiera quitar y, por supuesto, tuvimos que pagarlo.

Sammy le lanzó una mirada asesina a la dependienta cuando ésta le preguntó si quería que le pusiera el vestido en una bolsa para llevárselo.

—¡Hazte tú un fular con él, a ver si con un poco de suerte te ahorcas, bonita! —soltó rezongando para sí mientras nos íbamos.

Prácticamente teníamos comprado ya todo lo que necesitábamos, cuando Sammy insistió en entrar en la última tienda a echar un vistazo. En ella había muchas prendas muy exclusivas, todas preciosas, y a mí me gustó una en particular. Era un vestido color champán, que llevaba una falda corta, ceñida y cubierta de plumas, cuya parte de arriba era un blusón amplio de gasa semitransparente, que dejaba la espalda totalmente al descubierto. El diseño era espectacular.

—Hay que tener un cuerpo perfecto para poder lucir bien una prenda así —comenté con fastidio.

—Pero, Álex, tú sí que lo tienes... ¡no como yo, que no pienso ponerme un vestido más en toda mi vida! —anunció, cabreada después de su odisea—. ¿Por qué no te lo pruebas?

—No me lo pruebo porque también hay que tener una cartera espectacular para poder pagarlo —le contesté.

—¡Qué más da! Por probártelo no te van a cobrar —Sammy se dirigió con su mayor sonrisa hacia las dependientas—, ¿verdad?

Éstas ni se enteraron. Estaban tan absortas leyendo una noticia en el periódico que ni oyeron la pregunta.

—Espera, que entro contigo en el probador. ¿Sabes que esas dos están leyendo la crónica de nuestro naufragio? —me comentó Sammy conforme cerraba la puerta de éste.

—¿Sí? ¿Y qué dice la noticia? ¿Pone algo sobre las causas por las que pudo ocurrir?

Sammy abrió de nuevo la puerta del vestidor para que pudiéramos oír lo que decían las vendedoras.

—... y los últimos pasajeros del barco, dos mujeres norteamericanas, fueron recogidas por el famoso magnate italiano Saccheri, en el impresionante yate con el que se encuentra pasando unos días de visita en nuestras islas, disfrutando de un merecido descanso —terminó de leer una de las chicas.

—¡Madre día, qué suerte han tenido esas dos! No sólo son salvadas de un naufragio, sino que encima son rescatadas por Saccheri. Deben de estar encantadas —comentó la otra dependienta.

—Joder, Cristina, ¡que casi mueren ahogadas! Y, además, ese tipo será muy guapo y tendrá mucho dinero y todo lo que tú quieras, pero yo no sé para qué se le acerca ninguna mujer —replicó la primera vendedora.

—Pues, hija, se le acercan porque está buenísimo y es rico, no, lo siguiente.

—Ya, pero esa fortuna es inaccesible para ninguna mujer. ¿Cómo puede un abuelo hacerle una putada tan gorda a su nieto? Es algo que nunca entenderé.

En ese momento salí del vestidor enfundada en aquel precioso vestido, que por cierto parecía estar hecho a mi medida, y me dirigí sin pensarlo a las dependientas.

—Perdonad, pero es que he oído sin querer vuestra conversación y me gustaría saber a qué os referís con lo del abuelo —les pregunté curiosa.

—¿No lo sabes? —me plantearon ambas al mismo tiempo, con cara de incredulidad absoluta, como si fuera un crimen no estar al tanto de la vida de

los demás—. Nos referimos a la aceptación de la herencia con «cláusula adicional» que tuvo que firmar para poder quedarse con la fortuna de su abuelo ¡Todo el mundo conoce ese hecho! —me espetó una de ellas, como si eso fuera del dominio público, una especie de conocimiento universal—. Desde que la firmó, se convirtió en un solterón de por vida, sin remedio, ya que no puede tener una relación estable con una mujer o lo perderá todo. Por tanto, se dedica a usar a las chicas para sus intereses particulares... ¡tú ya me entiendes!, y luego no las vuelve a ver más. En realidad no parece estar muy afectado por eso: obtiene lo que quiere y, después, si te he visto no me acuerdo. Sin complicaciones para él. ¡Todo lo que un hombre podría soñar, vaya!

Carlo carraspeó, cortando la conversación.

—*Signorina* Álex, ¿se va a llevar usted el vestido que lleva puesto? Le sienta fenomenal —me preguntó, desviando así nuestra atención y evitando que siguiera indagando sobre el tema.

—Oh, no... Gracias, Carlo, pero no me lo puedo permitir.

Volví a mirarme en el espejo, esta vez con resignación.

—Pero *signorina*, ya sabe usted que el señor estará encantado de que usted se lo quede...

—Ya, Carlo, pero no puedo aceptarlo. El precio es desorbitado y ya ha hecho bastante por nosotras —contesté, encerrándome después en el probador para quitármelo antes de que me pudiera la tentación.

—¡Tú eres tonta! —me espetó Sammy—. Si fuera yo, me llevaba la tienda entera.

—¡Ya, pero yo no soy tú! No soy capaz de echarle tanto morro —repliqué colgando con mucha pena el vestido en el mismo lugar de donde lo había cogido.

Por fin habíamos terminado con las compras. Habíamos adquirido ropa para el día, para la noche, zapatos, algún complemento de bisutería, ropa interior, bikinis, artículos de higiene y de cosmética, gafas de sol, un teléfono

móvil para cada una y algún que otro accesorio que, según Sammy, era absolutamente imprescindible también. Prácticamente habíamos sustituido todo lo que habíamos traído en nuestras maletas.

Como ya teníamos todo lo que necesitábamos, nos subimos de nuevo a la lancha para que nos acercara hasta el yate del señor Saccheri. Ambas íbamos calladas. En realidad estábamos exhaustas, después de todas las compras que habíamos realizado. Entonces me acordé del encontronazo que había tenido por la mañana con ese marinero.

—Sammy, con tanto ajetreo no te he contado lo que me ha pasado esta mañana.

—No, sorpréndeme... ¿Te has levantado, te has mirado al espejo y has visto que te habían crecido las tetas?!

—¡Pero qué gilipollas eres! —le dije con desaprobación.

—Sí, sí, muy gilipollas, pero ya te hubiera gustado.

—Ay, de verdad, no puedo contigo —contesté con desidia—. ¿Sabes?, te recuerdo que no soy yo la que tiene que usar rellenos —repliqué con mala leche.

—Vale, lo he pillado.

—Bueno, a lo que iba... cuando he bajado esta mañana a por las gorras a nuestro camarote, me he chocado con un tipo guapísimo, de esos que te gustan tanto a ti y que sólo salen en las películas. Seguramente debe de pertenecer a la tripulación que trabaja para el señor Saccheri.

—Joder, Álex, me pierdo las mejores. Pero, bueno, ¿habéis quedado o algo así?

—¡No! —respondí poniendo los ojos en blanco—. ¿Cómo vamos a quedar, si no lo conozco de nada?

—¡Álex, hija, no me extraña que nunca te comas un rosco! Una oportunidad así no debes dejarla pasar. Haberle pedido el teléfono por lo menos.

—¡Ay!, yo no valgo para esas cosas. Me he puesto muy nerviosa. ¡Si no

atinaba ni a contestarle cuando me ha preguntado si me encontraba bien!

—¡Madre mía lo que te queda por aprender, criatura! Bueno, si dices que forma parte de la tripulación, nos lo volveremos a cruzar, así que ya me andaré yo ligera para conseguirte una cita con él.

—¡No, ni se te ocurra, qué vergüenza!

—Vale, vale, lo que tú digas —me respondió sin ningún atisbo de querer hacerme caso—. Eres preciosa y tienes un cuerpo de escándalo, así que únicamente necesitas un poco más de seguridad en ti misma, Álex. ¡Si no, no te voy a casar nunca!

—Bueno, déjalo ya. No sé para qué te cuento nada. Por cierto, ahora, nada más llegar, voy a ir nuestro camarote a ponerme el bikini; me apetece tomar un rato el sol.

—Sí. Yo ya me he dejado uno puesto en la tienda, así que te esperaré en cubierta. A ver si con un poco de suerte pasa tu guapo de esta mañana y me lo ligo antes de que llegues tú. Te aseguro que yo no lo voy a dejar escapar.

—Eres imposible... —declaré poniendo de nuevo los ojos en blanco.

En cuanto llegamos al barco, un marinero se acercó a Carlo y lo informo de que el señor Saccheri ya había vuelto de su reunión y que estaba esperándolo para hablar con él.

Yo me dirigí a nuestro camarote. De camino a él decidí pasarme por la parte de la cubierta del barco que aún me faltaba por ver. Hacía un sol espléndido y la brisa del mar era muy cálida. De repente algo me hizo tropezar. Había en el suelo una cuerda, o un cabo, o como quiera que se llame en términos náuticos. El problema es que no lo vi, así que perdí el equilibrio y mi cuerpo se inclinó totalmente hacia delante. Iba a caerme de bruces sin más remedio, pero por suerte para mí no llegué a tocar el suelo. Alguien acababa de evitar que me estampara y me estaba sujetando con fuerza por la cintura. Cuando me giré, lo vi de nuevo.

Era él otra vez. No podía ser... ¡Qué vergüenza, madre mía!

En ese instante me hubiera gustado que me tragara la tierra. ¿Se podía ser

más torpe?

—¡Vaya, esto empieza a ser una costumbre! —me dijo él con una sonrisa muy socarrona.

—¡Ainss... qué patosa que soy! —atiné a responder.

—Empiezo a creer que sí, la verdad.

Me estaba mirando con una sonrisa dulce, aunque al mismo tiempo muy picarona.

¡Ay, Dios! Debía de tener la cara roja como un tomate maduro y las piernas me temblaban. Ese hombre iba a pensar que era idiota perdida. Si Sammy me hubiera visto en ese momento, hubiese pensado que no se me podía sacar de casa. ¡Qué bochorno, por favor!

—¿Estás bien? —me preguntó mirándome intensamente a los ojos y sin borrar esa pícara sonrisa de la cara.

—Sí, bueno..., un poco avergonzada y con la autoestima por los suelos. —«Casi como termino yo cada vez que me cruzo contigo», pensé—. No he visto la cuerda esa —acabé por decirle.

—El cabo —me corrigió.

Estaba tan confusa que no sabía de qué me estaba hablando y debió de notármelo en la expresión de mi rostro.

—A esas cuerdas se les llaman «cabos».

—Ah, vale, vale. Tú debes de entender de eso más que yo. —Sonreí tontamente.

Seguía sujetándome por la cintura con fuerza. Gracias a Dios, porque mis piernas parecían un flan. Y, para más inri, seguía mirándome con sus ojos clavados en los míos.

¡Madre mía, qué guapo era! A la luz del sol sus iris eran aún más claros, pero a la vez más intensos. ¿O era la forma en que me miraba lo que yo percibía con intensidad?

—Si te suelto, ¿me prometes que no volverás a ponerte en peligro? No siempre voy a estar cerca para cogerte en el último segundo —me señaló

socarronamente.

—Bueno... —contesté yo muy digna—... he pasado veintiocho años sin conocerte y aquí estoy, vivita y coleando, así que supongo que podré sobrevivir sin ti unos cuantos años más.

Pero ¿qué se había creído el engreído ese?, ¿es que nunca lo había puesto nadie en su sitio?

—Está bien. ¡Vaya carácter! —me contestó mientras me liberaba.

Sus manos se separaron de mi cuerpo y de repente noté que algo me faltaba. Me sorprendió darme cuenta de que me sentía muy a gusto cuando él me tocaba. Me hacía sentirme protegida y segura..., pero, además, también me percaté del instinto que ese hombre había despertado en mí. Me atraía poderosamente y mi cuerpo reaccionaba ante él cada vez que lo tenía cerca.

Una voz me sacó de mis pensamientos. Me giré instintivamente porque alguien me llamaba. Estaban descargando nuestras cosas de la lancha y querían saber dónde las tenían que llevar.

Cuando me giré de nuevo para despedirme del hombre que acababa de evitar que me cayera por segunda vez ese día, ya no se encontraba allí. Se había largado sin más.

«¡Joder, como le cuente a Sammy que lo he visto de nuevo y que sigo sin quedar con él, me mata!», pensé.

Volví donde se hallaba la lancha y les di las instrucciones necesarias respecto a dónde tenían que colocar nuestras cosas. Bajé a ponerme el dichoso bikini para reunirme con Sammy por fin y, cuando llegué donde se encontraba ella, comprobé que estaba feliz, con una sonrisa de oreja a oreja, tomándose un mojito.

—¡Esto es vida! Podría tirarme así toda mi existencia. Esto es una pasada. —No dejaba de hablar como un loro—. Voy a pedirle otro mojito al camarero para ti. Por cierto, está buenísimo —comentó sonriendo de oreja a oreja—. ¡Y el mojito también! —exclamó guiñándome un ojo.

Esta Sammy no cambiaría nunca.

La verdad es que daba gusto ver cómo disfrutaba de la vida, cómo aprovechaba cada momento y cómo siempre tenía una sonrisa para todo el mundo.

No tardó en llegar con mi cóctel. Mientras tanto, yo me había estado acomodando en una confortable tumbona.

—¿Será demasiado tarde para envolverme en una sábana como un bebé y abandonarme en la puerta de la casa de algún millonario? —me preguntó haciéndose la inocente.

Definitivamente, Sammy no tenía remedio, se mirara por donde se mirase.

—¡O mejor aún... podría dedicarme a ser la Barbie divorciada! —soltó inmediatamente después.

—¿Y por qué leches quieres ser tú la versión divorciada de esa muñeca? —planteé, curiosa por la respuesta que me pudiera dar.

—Pues porque viene con la casa de Ken, el coche de Ken...

Ni le contesté, aunque he de admitir que me hizo sonreír.

Por suerte para mí, no tardó en ponerse sus cascos, así que iba a poder descansar un poco de su verborrea.

El sol nos daba de lleno en los cuerpos y el calor que sentía era bastante sofocante, por lo que enseguida me terminé el mojito.

Decidí entonces levantarme e ir a por otro.

Cuando estaba buscando con la mirada al camarero, alguien se apoyó en la barra con ambos brazos, rodeándome a la altura de la cintura, dejando caer su peso sobre mi cuerpo y dejándome, por tanto, atrapada.

Eran los brazos de un hombre joven, moreno de piel, que se pegó a mí de una manera furtiva. Intenté zafarme de él, procuré al menos girarme para ver de quién se trataba, pero la fuerza de su cuerpo me lo impidió.

—Estate quieta —me susurró lascivamente al oído.

Conocía esa voz. Fui consciente entonces de quién era ese hombre que con tanto ímpetu se había acercado a mí.

Miré a mi alrededor, pues no daba crédito a lo que estaba pasando, pero

allí no había nadie más.

Pegó su pecho a mi desnuda espalda y percibí cómo su respiración se iba volviendo cada vez más intensa y acelerada. Él únicamente vestía un bañador negro, por lo que tampoco llevaba ropa en la parte superior, y nuestros cuerpos comenzaron a disfrutar del contacto piel con piel. Acto seguido hundió su nariz en mi pelo, aspirando mi aroma. Yo estaba comenzando a excitarme a pesar de no controlar para nada la situación y de que ese desconocido me estuviera acorralando como si de su presa se tratase.

Sentí entonces cómo me apartaba el pelo del cuello y dirigía su atención hacia él. No tardó en acariciármelo con la mano, para después comenzar a besármelo, rozando con deseo, una y otra vez, sus húmedos y gruesos labios contra él.

No podía creer lo que me estaba pasando. Un absoluto desconocido me había empotrado contra aquella barra y yo, rendida ante él, me estaba dejando hacer mientras gemía de placer a cada paso que él daba.

Sus manos, entonces, viajaron primero a mis labios, los cuales recorrió con absoluta dulzura, como si el tiempo no apremiase, para después comenzar un viaje a través de todo mi cuerpo sin que yo le pusiera objeción alguna.

Saboreó mi cuello mientras sus manos se paseaban golosas sobre mis ya abultados pezones y los acariciaban con decisión. Mi apremiante necesidad se hizo obvia para él y abandonó esos lares para acudir a mis otros labios. Comenzó a acariciármelos por encima del bikini, pero no tardó en hundir su mano por debajo de él, hallando un caliente y húmedo cobijo que muy deseosamente lo arropó y que pronto le exigió su ansiado botín.

Su cuerpo me aprisionaba sin piedad contra esa barra desierta. Me encontraba absolutamente a su merced. Sentía su erecto miembro reposar impaciente contra mi trasero, mientras que su boca susurraba en mi oído la necesidad que tenía de mí.

Todo en mí palpitaba, todo en mí lo deseaba...

—Álex, ¿estás bien?

—¿¡Qué!?!... ¡Oh, joder!... Me he quedado dormida y estaba soñando — contesté rápidamente a mi amiga, siendo consciente de lo que me acababa de ocurrir.

—Pues tenía que ser un sueño muy interesante, porque no parabas de jadear. ¡Córtate un poco, tía!

—¡La madre que me parió, qué vergüenza! —susurré para mí, mientras miraba alrededor por si había alguien más por allí que me hubiera podido ver.

No daba crédito a lo que acababa de pasarme. Jamás había experimentado nada igual. Aquel sueño había sido tan real que incluso sentía húmedo mi sexo.

—Vaya festín te has tenido que dar. ¡Seguro que te has puesto fina filipina!

—¡Sammy, eres de lo que no hay!

—¡Ya, ya!, pero tienes una cara de felicidad que no puedes con ella. Me tienes que decir quién era el afortunado.

—¡Cállate ya, por Dios, que te va a oír alguien! Voy a darme una ducha, que ya no aguanto más este calor.

—Sí, sí, date una ducha, ¡pero que sea muy fría!

Era la primera vez en mi vida que me pasaba eso. Jamás había soñado con ningún hombre y mucho menos teniendo una fantasía así.

Estaba claro que el «dichoso marinerito» no me dejaba indiferente.

Carlo sabía que su jefe quería hablar con él, así que, en cuanto acomodó las cosas de las invitadas, se acercó a su camarote y llamó a la puerta.

—Adelante, puedes pasar, Carlo —contestó el señor Saccheri.

—¿Cómo sabía que era yo, señor? —preguntó con curiosidad al entrar.

—Sólo tú llamas a mi puerta. El resto de la tripulación no se atreve y te

mandan siempre a ti para decirme lo que sea.

—Eso es cierto, señor. —Sonrió asintiendo—. Es usted muy observador.

—No me llames señor, Carlo. Te lo he dicho mil veces. Estos formalismos no van conmigo. Tú eres algo más que mi mano derecha para mí. Ahora mismo eres todo lo que tengo y te considero mi familia.

—Lo sé, señor, pero, como llevo toda mi vida dirigiéndome así, a su abuelo primero y a su padre después, me cuesta mucho aceptar tanta familiaridad. Sabe que le tengo mucho aprecio y que lo quiero como al hijo que nunca tuve, pero me siento más cómodo sirviéndolo y llamándolo señor..., más que de otra forma.

—De acuerdo, no te insistiré más en eso, si tú lo prefieres así. Cambiando de tema, ¿cómo han ido las compras esta mañana? He visto descargar un montón de paquetes.

—Bueno, creo que no ha habido ninguna tienda en toda Ibiza que no hayamos visitado. No entiendo muy bien a las mujeres y esa necesidad de comprar tantas cosas. Pero, en fin, supongo que todo será indispensable para ellas.

—De eso te quería hablar, Carlo. Me acabas de comentar la necesidad de comprar cosas de las mujeres... Cuando recogimos a los supervivientes del naufragio..., ¿no me dijiste que eran dos hombres?

—¿Dos hombres?... No, señor. Le dije que habíamos recogido a dos supervivientes y que se llamaban Sammy y Álex.

—¿Sam y Álex? Ésos son nombres masculinos, Carlo.

—No, señor —negó éste sonriendo—. Ya veo de dónde proceder el error. Sammy y Álex —dijo Carlo pronunciando sílaba por sílaba—. Son dos chicas norteamericanas.

—Joder, ya lo entiendo. Mi confusión ha venido por esa moda de que las chicas usen nombres masculinos.

—Bueno, sus nombres completos son Samantha y Alexandra, pero siempre usan los diminutivos para dirigirse entre ellas.

—¿Has dicho Alexandra? —La expresión del señor Saccheri había cambiado totalmente. Su rostro mostraba impaciencia y demandaba una respuesta mientras su cuerpo entero se tensaba.

—Sí, señor. La *signorina* con el pelo moreno es Alexandra, Álex, como a ella le gusta que la llamen, y la que tiene el pelo rubio es Sammy, Samantha. Ambas son encantadoras, a decir verdad. Desprenden vitalidad por los cuatro costados.

—Carlo, déjame solo, por favor. Necesito arreglar unos asuntos.

—Sí, señor, pero antes de irme quisiera comentarle una última cosa. Las *signorinas* quieren agradecerle todo lo que está haciendo por ellas y me han pedido que les organice un encuentro con usted para decírselo personalmente.

—Está bien, Carlo, pero tengo cuestiones urgentes que resolver primero. Mañana hablaremos de eso. Por cierto, esta noche voy a salir a dar una vuelta. He quedado a cenar en la isla, así que prepárame la lancha para las ocho, por favor.

—De acuerdo, señor. Así lo haré.

Carlo salió de la estancia y Saccheri se derrumbó en su sillón. Todo había sido muy repentino. Sentía preocupación, pero a la vez también curiosidad. Siempre lo había tenido todo controlado y eso se le escapaba de las manos. Necesitaba relajarse y olvidarse de ello.

—Alexandra... —repitió para sí, pensativo.

No debía de ser más que una mera casualidad. ¿Qué otra cosa podía ser, si no?

Capítulo 5

—Álex, no sé qué ponerme para esta noche —dijo mi amiga dejándose caer sobre su cama.

—¡Lógico! Eso es lo que pasa cuando una se compra tantísima ropa.

—Mira, bonita, todo el mundo sabe que el armario de una mujer siempre está lleno de «no tengo nada que ponerme», tengas la ropa que tengas.

—Sí, ya..., pero vamos a lo que vamos, que ese cuento ya me lo conozco y yo tampoco sé con qué arreglarme.

—¡Pues tú lo tienes fácil! Ponte lo más sexy que te hayas comprado. ¡Esta noche tenemos que arrasarlo! —me contestó con una sonrisa de oreja a oreja—. Primero vamos a cenar a un sitio tranquilo, pero después vamos a ir a una discoteca de la que me han hablado muy bien, a ver qué fauna se mueve por allí y, desde luego, si hay alguna pieza interesante, no la vamos a dejar escapar, ¿verdad? —me soltó esto último guiñándome un ojo.

—¡Por Dios, Sammy! Hablas de los hombres como si fueran ganado.

—Mira, chica, han sido ellos los que nos han estado buscando a nosotras durante muchos años con un único objetivo, así que a partir de ahora vamos a ser nosotras las que saquemos el máximo partido a eso. Los tiempos han cambiado. Ahora las mujeres también queremos sexo sin compromiso y yo no voy a desaprovechar la oportunidad que me ofrece esta isla, así que, al primer españolito guapo que me encuentre, le voy a dejar bien claro quién soy yo. ¡Esta noche tenemos que triunfar, sí o sí!

—Bueno, lo único que espero es no quedarme sola mucho tiempo.

—No te preocupes por eso. Ya te buscaré yo compañía. —Sammy me

miraba con una sonrisa muy picarona.

—Pues no sé qué es peor... ¡Miedo me das! —le dije temiendo de verdad que me buscara a alguien con quien dejarme tirada.

—Álex, abre tu mente... ¿No hemos venido de vacaciones a empaparnos de otras culturas? Pues piensa que el beso es conocimiento. —Expectante me hallaba ante lo que pudiera decirme a continuación—. Besando se conocen... otras *lenguas*.

Definitivamente no tenía remedio.

—¡Sammy! —la reprendí—. Deja las tonterías ya, que vamos muy retrasadas.

Habíamos quedado en que la lancha nos acercaría al puerto sobre las nueve de la noche, pero eran las ocho pasadas y aún no habíamos comenzado a arreglarnos.

—Álex, corazón, a ver si te aprendes la primera máxima de toda mujer que se precie.

—A ver... ilústrame —le pedí intrigada.

—Pues obvio: ¡es mejor llegar tarde que llegar fea!

Lo peor de todo era que lo decía absolutamente convencida. No era la primera vez que se retrasaba por pasar demasiado tiempo arreglándose para estar «perfecta».

Estaba claro que Sammy quería pasárselo bien, así que decidí adoptar la misma actitud que ella y esperar que la noche fuera inolvidable. Me enfundé en el vestido con el que más atractiva me sentía y no me equivoqué... Esa noche fue, cuanto menos, desconcertante.

La cena resultó muy tranquila. El sitio era maravilloso y la comida, increíble. Estuvimos en un pequeño restaurante, con toda la decoración en blanco y dorado, lleno de pequeñas mesitas con sus velas encendidas y con una vista panorámica de todo el puerto de Ibiza que resultaba espectacular.

La discoteca a la que fuimos después estaba situada a orillas del mar y era enorme. Había muchísima gente y la música estaba muy alta. Lo primero que

hicimos fue dirigirnos a la barra para pedirnos unos mojitos. Los hacían muy buenos, así que nos bebimos tres o cuatro antes de que conociéramos a unos chicos de la zona. Parecían muy simpáticos, pero estaban claras sus intenciones. Eso a Sammy no le importó en absoluto; de hecho, era lo que buscaba, así que se sentía feliz.

—¿A qué os dedicáis? —nos preguntó uno de ellos.

—Básicamente a respirar —le contestó Sammy—. No ganamos mucho, pero nos da para vivir —terminó diciéndole mientras se partía de la risa.

¡La madre que la parió! Ya sé que ni el sitio ni la compañía daban para una conversación mucho más formal, pero es que Sammy siempre daba la sensación de que no se tomaba la vida en serio y eso tampoco era así. Era verdad que le daba mucho valor a cosas muy banales en muchos momentos, pero también centraba su interés en las cosas importantes de la vida. Sin embargo, ésa no era la apariencia que transmitía.

No tardó en decirme que se iba con uno de ellos «a conocerlo a un sitio más tranquilo», así que allí me quedé con el otro muchacho, que a simple vista no parecía muy espabilado.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté por educación y por hablar con él de algo, ya que la situación, si no, iba a ser muy incómoda.

—Adivínalo —me sugirió sonriendo, orgulloso, como si me hubiera propuesto el desafío más interesante de mi vida—. Empieza por «E».

—Eduardo, Esteban...

—No.

Suspiré por la tontería del jueguito, pero no quise ser grosera con él.

—Ernesto, Emilio... —seguí diciendo con absoluta desidia.

—No. —Él, sin embargo, sonreía satisfecho.

—Eustaquio, Eusebio...

—No.

—¿Entonces? No se me ocurren más nombres.

—¿Te das por vencida? —Sonreía como si fuera el ganador del reto más

importante de su vida.

Levanté ambas manos en señal de rendición, pero él se mantuvo expectante.

—Me rindo —le dije por fin, ya que no parecía haber entendido mi gesto—. ¿Cómo te llamas?

— Yo soy... El Lucas.

¡Vale, ya había oído suficiente! ¿De verdad ése era el espermatozoide que había ganado?

No sé qué edad tendría el chaval, pero me daba igual. Parecía un adolescente con una conversación de besugo que no nos llevaba a nada. Tenía que librarme de él como fuera o iba a empezar a ser maleducada de un momento a otro. No soportaba tanta sandez.

—Tengo que ir al baño —le dije a modo de excusa.

—Vale, te acompaño. —Tuvo los redaños de responderme.

—No, no, gracias. —«Sólo me faltaba eso», pensé—. No es preciso. Además, creo que me voy a ir. Estoy cansada, así que ya nos veremos en otro momento.

Le sonreí con apatía y con las mismas me levanté y me fui. Me dio lástima el chico, pero no tenía ganas de seguir escuchando estupideces cuando tenía claro que no iba a pasar nada con él.

Salí de la discoteca en busca de Sammy, pero no la vi por ningún lado, así que decidí regresar a ver si aún se encontraba dentro. Era imposible hallarla entre tanta gente y no me cogía el móvil. Decidí subirme a una tarima que se había quedado libre para poder buscarla mejor. Quizá desde lo alto la viese.

Cuando ya llevaba allí en lo alto un buen rato, alguien se me acercó por detrás y, cogiéndome por la cintura, me dijo:

—¡Debería agarrarte fuerte! La caída desde aquí podría ser muy dolorosa y tú tienes tendencia a querer besar el suelo.

Estaba muy pegado a mi espalda y me sujetaba fuertemente con sus manos apoyadas en mis caderas mientras mecía ambos cuerpos al ritmo de la

música. Su boca me había susurrado esas palabras al oído. La voz me resultaba familiar.

¡Oh, Dios mío, no podía ser! Era él otra vez, era su voz.

Intenté girarme, pero seguía pegado a mi espalda y seguía sujetándome muy fuerte, así que no pude hacerlo y él continuó susurrándome al oído.

—Eres demasiado preciosa para estar subida a esta tarima con todos esos idiotas ahí abajo babeando por ti. ¿No querrás que tenga que salvarte otra vez del peligro?

¡Pero quién se había creído que era! ¿Cómo se podía ser tan arrogante? No daba crédito a lo que oía.

Sin duda era el empleado de Saccheri. Intenté zafarme de nuevo y esa vez sí que dejó que me liberara. Me giré hacia él y me miró con sus intensos ojos. En ellos había deseo.

Todo en mí vibraba y no era precisamente por los altavoces que tenía al lado. Podía sentir la potencia de su mirada y podía sentir la poderosa atracción que había surgido entre nosotros.

Pero de pronto la expresión de su rostro cambió. Sus ojos comenzaron a brillar intensamente. Tensó su mandíbula y pasó de mostrar pasión y deseo a reflejar en su cara un gesto de desconcierto. Yo no entendía nada.

Algo hizo que se alejara de repente. Se dio media vuelta y, de un salto, bajó de la tarima donde nos encontrábamos. Iba vestido con unos vaqueros que le sentaban de fábula y una camisa de lino blanca con las mangas recogidas que hacía que contrastaran aún más sus verdes ojos y su piel morena.

Desfiló delante de mi mirada mientras se alejaba, destacando por encima de los demás con un paso muy seguro y confiado. Estaba claro que se sentía a gusto consigo mismo y era consciente de las miradas que atraía. Era muy sexy y sin duda lo sabía.

Lo seguí con la vista hasta que lo perdí. Me había quedado allí como una idiota, atónita ante lo que acababa de ocurrirme.

Mis piernas empezaron a temblar de nuevo y tuve que bajarme rápidamente de la tarima o corría el peligro de caerme de verdad. En ese momento llegó Sammy, que había visto toda la escena desde abajo.

—¿Estás bien? Pareces nerviosa. ¿Quién era ese tío? Era muy atractivo. No te ha hecho nada raro, ¿verdad?

Mi mente iba a mil por hora y no paraba de dar vueltas. ¿Qué acababa de pasar? ¿Habría sentido él lo mismo que yo? ¿Por qué se había largado así? No lograba entender nada y no sabía qué explicarle a Sammy.

—¡Quieres decirme algo! ¡Desde luego, no te puedo dejar sola! —me soltó con tono de reproche.

—Estoy bien, Sammy. Sólo quiero salir de aquí y volver al barco. — ¡Puf... al barco! No había pensado en eso. Podría volver a encontrarme con él allí también—. ¿Y tu amigo, no te despides de él, Sammy?

—No te preocupes por eso ahora. Mañana ya lo buscaré y me excusaré con él por haberme ido así —me contestó.

Una vez fuera de la discoteca, algo nos llamó la atención. Se había formado un pequeño revuelo alrededor de un coche deportivo de color negro y con tapicería de cuero beige. El conductor había arrancado el motor y todo el mundo se había girado para verlo.

De repente se oyó un rugido y el vehículo salió prácticamente derrapando. Al llegar a nuestra altura ya iba a mucha velocidad; sin embargo, me dio tiempo a ver al conductor. Él también me estaba observando a mí, así que nuestras miradas se cruzaron unas milésimas de segundo.

Volvía a ser él y su intensa mirada.

—¡Joder, qué pasada de coche...! ¿Te has fijado? —me preguntó Sammy, entusiasmada.

—No mucho, la verdad; no me ha dado tiempo —le contesté.

En realidad sólo había tenido tiempo de fijarme en él y en cómo ambos habíamos sido conscientes únicamente el uno del otro, sin tener en cuenta nada más a nuestro alrededor.

De camino al yate mi mente no paró de darle vueltas a todo hasta que llegamos a nuestro camarote. Nos pusimos los pijamas y, una vez metidas en la cama, Sammy me miró con cara de querer saberlo todo.

—¡Vaaale! —le dije ante su escrutadora mirada—. El hombre de la discoteca es el empleado de Saccheri que me he tropezado esta mañana.

—¿El que estaba tan bueno? ¡No fastidies! ¿Y qué hacía en la disco?

—No lo sé, Sammy. Se me acercó por detrás y luego se fue enseguida. No me dio tiempo a hablar con él.

—Pues te diré que, antes de subirse a la tarima, te estuvo observando durante un buen rato y desde luego, si te hubiera podido comer entera, créeme que lo habría hecho. Se pasó todo el rato que permaneciste ahí arriba sin quitarte el ojo de encima. Yo creo que le atraes mucho.

—Yo no estoy tan segura de eso, Sammy. Cuando nos miramos, cambió la expresión de su cara. No sé, fue como si se hubiera dado cuenta de algo o hubiera visto algo en mí que lo aterrara y entonces fue cuando salió corriendo sin más. No me dio tiempo a decirle nada.

—Bueno, no te preocupes, mañana lo buscaremos; nos haremos las contradanzas con él y, cuando te vea delante de él y pueda admirar lo guapísima que eres, no tendrá más remedio que caer rendido a tus pies.

—¡Ya, claro! Ésos son los ojos con los que tú me miras, Sammy, pero de todas formas muchas gracias por intentar animarme. Por cierto... —le continué explicando—... el hombre que conducía el coche deportivo que vimos al salir de la discoteca era él también.

—¿Qué dices? ¿Cómo va a ser él? ¿Tú sabes lo que vale ese coche?... ¡Es un Bentley! ¡Es imposible que con su sueldo se pueda permitir un deportivo así! Claro que a lo mejor el coche pertenece al señor Saccheri y él es su chófer... Carlo me comentó algo de que su jefe iba a acercarse a la isla a cenar con unos amigos.

—Bueno, da igual, Sammy, vamos a olvidarnos de eso. Cambiando de tema, aún no sabemos cuándo vamos a poder ver al señor Saccheri para

agradecerle todo lo que está haciendo por nosotras. No todos los días se pueden pasar unas vacaciones en un yate de lujo con todos los gastos pagados.

—Eso es cierto. —Sammy afirmó con la cabeza—. Estas vacaciones van a ser inolvidables, ya lo verás. Mañana se lo recordaremos a Carlo. Ahora vamos a descansar un poco, que hoy ha sido un día muy largo.

El día había sido largo y muy raro para mí..., agotador por todas las compras, entretenido por la cena y los bailes en la discoteca y desconcertante por aquel hombre que no podía sacar de mi mente. Pensar en él me hacía sentir emociones encontradas. Físicamente me atraía muchísimo y hacía que mi mundo temblara cada vez que se acercaba a mí..., pero, por otra parte, también había algo que me decía que me alejara de él. Había algo que me daba miedo; su intensidad, quizá. Sin embargo, y a pesar de despertar ese recelo en mí, era la persona con la que más segura me había sentido en mi vida.

Lo que estaba claro era que no me dejaba en absoluto indiferente.

Capítulo 6

El día amaneció precioso. El sol radiante entraba por la ventana de nuestro camarote. Me encontraba muy descansada y con mucha energía, así que decidí ponerme ropa deportiva y hacer uso del gimnasio del barco. Gracias a Dios, cuando llegué estaba desierto. No me apetecía encontrarme con el empleado de Saccheri de nuevo. Me sentía muy vulnerable ante su presencia.

El ejercicio físico me vino muy bien para despejar la mente. Tras él, me sentía más animada. De vuelta a nuestra habitación, me encontré con Carlo.

—Buenos días, *signorina*... ¿Ha dormido usted bien?

—De maravilla, Carlo. Me siento renovada. Por cierto, no pretendo ser pesada, pero quiero recordarle que nos gustaría darle las gracias personalmente al señor Saccheri por todo lo que está haciendo por nosotras.

—No hay problema con eso, *signorina*. Hoy probablemente lo verán y podrán decírselo directamente. De hecho, me ha comentado que quiere bajar al velero hundido y ver si se puede recuperar alguna de sus pertenencias. ¿A lo mejor quieren ustedes acompañarlo?

—Bueno, eso sería fantástico. Tanto Sammy como yo sabemos bucear y, si encontráramos toda nuestra documentación, sería maravilloso, porque nos ahorraríamos un montón de trámites.

—Entonces hablaré con el señor Saccheri para ver cómo lo organizan para que ustedes también puedan bajar. Eso los ayudará a ellos a encontrar sus antiguos camarotes y podrán indicarles dónde estaban sus cosas con mayor claridad.

—De acuerdo. Voy a buscar a Sammy y enseguida subimos a desayunar.

—Perfecto, *signorina*.

—*Ciao*, Carlo... ¿Lo he dicho bien?

—Una pronunciación impecable, *signorina* —me contestó con una amplia sonrisa.

Podría acostumbrarme al acento italiano. Sonaba fenomenal.

Cuando llegué al camarote, Sammy seguía durmiendo.

—Espabila —le dije—. Voy a ducharme y cuando salga quiero que estés lista para ir a desayunar. He visto a Carlo y me ha comentado la posibilidad de bucear hasta nuestro barco e intentar recoger lo que encontremos de nuestras pertenencias.

—¡Joder, eso estaría genial, Álex! Si recuperásemos alguna cosa nos vendría muy bien, sobre todo si es nuestra documentación. Además, nunca he visto un barco hundido... ¡Eso tiene que ser impresionante!

—Bueno, ya veremos. A lo mejor, cuando lo que veamos bajo el mar sea nuestro propio barco, no sé si nos resultará impresionante o más bien sobrecogedor. De todas formas, es muy buena idea hacer una inmersión a ver qué podemos salvar.

En menos de treinta minutos ya habíamos subido a cubierta, habíamos desayunado y estábamos listas para ponernos los equipos de buceo.

Cuando llegamos a la zona de popa del yate ya había allí dos buceadores, que acababan de tirarse al agua, esperándonos. Por lo visto uno de ellos era el propio señor Saccheri y el otro, un empleado suyo. Carlo y dos muchachos más nos ayudaron con las comprobaciones necesarias de los equipos que íbamos a usar y después nos los colocamos.

Cuando estuvimos listas, nos tiramos al agua y nos agarramos al cabo que habían lanzado desde la nave, comenzando así la inmersión. Aunque llevábamos los trajes de neopreno y el agua no estaba demasiado fría, el cambio de temperatura según descendíamos hizo que me diesen escalofríos.

Por lo que nos habían comentado antes de bajar, el velero hundido no estaba a demasiados metros de la superficie y el yate estaba situado justo

encima de él, así que continuamos descendiendo por el cabo y siguiendo a los otros dos submarinistas que iban por delante y que en todo momento se volvían para mirarnos y asegurarse de que todo iba bien.

Enseguida apareció frente a nosotros el barco hundido. Sammy me miraba con los ojos muy abiertos y me hacía señas. Era turbadora la imagen que teníamos delante. Ya había peces que entraban y salían de todos sus rincones. Sin duda habían empezado a hacerlo suyo.

Los dos buzos que nos acompañaban nos hicieron señales con las manos para indicarnos hacia dónde teníamos que ir. Antes de iniciar el descenso, Carlo nos había comentado que habían conseguido un plano completo del velero y que ellos ya tenían claro por dónde íbamos a entrar en él, así que los seguimos sin más.

Uno de los submarinistas se dirigió hacia atrás y se colocó justo después de mí. Teníamos que pasar por un sitio algo estrecho y eso exigía que hiciéramos una formación en línea. El otro buzo, que iba primero, nos fue dirigiendo por el interior del barco hasta que llegamos al que había sido nuestro camarote. No teníamos mucho tiempo, así que fuimos directas a buscar por allí nuestros bolsos, donde con un poco de suerte aún estaría intacta toda nuestra documentación, y algunas joyas que había en nuestros neceseres. La mayoría de las cosas flotaban por todas partes. Aquello era un caos y, además, resultaba una estampa desoladora.

Enseguida nos hicieron señas advirtiéndonos de que teníamos que regresar a la superficie. Sammy se colocó tras el primer buceador y yo me situé detrás de ella, siguiéndola. Cuando ya estábamos abandonando el velero, divisé algo que brillaba en la cubierta por la que había saltado al agua durante el naufragio. Descendí un par de metros para poder recuperarlo. Era la pulsera que mi padre me había regalado el día que me gradué en la universidad. Siempre la llevaba conmigo, aunque con tanto ajetreo no la había echado de menos después del desastre. Debió de enredarse en el cabo en el que estaba

enganchada, cuando tuve que saltar del barco para que me recogieran y no morir ahogada.

Estaba a punto de alcanzarla cuando noté que me faltaba el aire; intenté respirar y comprobé que el regulador no me respondía, no salía oxígeno.

«¡Oh, Dios mío! No me puede estar pasando esto —pensé—. ¡Otra vez, no!»

Aunque estaba empezando a ponerme muy nerviosa, atiné a intentar localizar el segundo regulador que se lleva por si surge una emergencia de este tipo. Recordé entonces cómo me dijeron los instructores de buceo que tenía que buscarlo y eso me ayudó bastante a encontrarlo con rapidez. Llevaba ya muchos segundos sin respirar y estaba empezando a encontrarme mal. Me lo puse en la boca e inhalé todo el aire que pude, lo solté y volví a hacer lo mismo, pero en esa segunda ocasión me costó bastante más poder respirar. El segundo regulador se había puesto duro también y de nuevo el oxígeno había dejado de fluir por él. Lo intenté una tercera vez, pero ya no salía absolutamente nada de aire. Miré a mi alrededor desesperadamente. No había nadie allí. Me había apartado del grupo sin darme cuenta y en ese momento no los veía por ninguna parte.

Estaba sola, casi no me quedaba oxígeno en los pulmones y estaba entrando en pánico. Ni siquiera era capaz de pensar. No podía ser, no quería morir allí ahogada. Volví a mirar a mi alrededor, pero seguía sin divisar a nadie.

Estaba a punto de escupir el regulador para que mi cuerpo empezara a respirar por su cuenta en un acto reflejo de supervivencia. Pero, si pasaba eso, lo único que entraría en mis pulmones sería agua y eso haría que me ahogara. Quise subir a la superficie como fuera, pero mi cuerpo ya no me respondía. Me había quedado sin la fuerza necesaria para moverme. Entonces cerré los ojos y todo se volvió negro. Empezaba a notar cómo me desvanecía y cómo me sobrevenían los temidos espasmos que preceden al ahogamiento y, por tanto, a la muerte.

De repente alguien me quitó el regulador que tenía en la boca y me puso otro.

Cogí todo el aire que pude y abrí los ojos. Me quedé mirando fijamente a los ojos de la persona que me había devuelto a la vida. Él me observaba atentamente, escrutando mi estado. Me agarró del chaleco y comenzó a hacer gestos. No sabía lo que me estaba diciendo. Él se dio cuenta enseguida. Yo estaba paralizada. Me cogió la cara e hizo que me fijara en él, en sus ojos verdes. Luego me agarró del brazo en un intento por calmarme y por fin me dio la mano. Yo seguía mirando esos ojos tan familiares mientras la tranquilidad volvía a mí. Mis respiraciones empezaron a ser más pausadas. Mi corazón comenzó a latir a un ritmo más adecuado.

Entonces comprendí las indicaciones que de nuevo me estaba haciendo con una mano. Teníamos que subir a la superficie o no habría aire suficiente en su botella para los dos. Me preguntó con gestos si me encontraba bien y asentí con la cabeza.

Comenzamos la ascensión. En ningún momento dejó de mirarme a los ojos. Su cara mostraba la preocupación que sentía y no me soltó la mano en todo el recorrido. Me tenía agarrada con fuerza y yo me sentía completamente tranquila a su lado.

Tardamos bastante en llegar arriba. Cuando alcanzamos la superficie, la tripulación estaba allí esperándonos y me ayudaron a subir al yate. El buceador que venía conmigo le dio instrucciones a Carlo.

—Atiéndela, no se encuentra muy bien... ¿Han subido ya los demás?

—No, aún no —le contestó.

—Pues deberían haberlo hecho ya, llevan demasiado tiempo debajo del agua.

Carlo asintió con la cabeza, mostrando en su semblante la preocupación que eso le provocaba.

—Entonces dame otra botella. Voy a bajar a por ellos. Seguramente estarán todavía buscándonos.

Se puso otra vez el regulador y, con la botella de emergencias que le tiró Carlo, se sumergió de nuevo.

—*Signorina*, está usted muy pálida y temblando mucho... ¿Se encuentra bien?

—Ha sido horrible, Carlo. Si no llega a ser por él, no estaría aquí ahora. Algo les ha pasado a mis reguladores, a los dos, y no me daban oxígeno. Tengo que ir al baño, creo que voy a vomitar.

Lo dejé con la palabra en la boca. Salí corriendo a buscar un aseo.

¡Qué experiencia más desagradable! No la olvidaría nunca.

Carlo se quedó esperando a los demás con evidente inquietud. Por suerte, no tardaron en aparecer.

—¿Y Alexandra? ¿Se encuentra bien? —preguntó uno de los buzos nada más salir a la superficie.

—Sí, señor. No se preocupe. Ahora mismo está ya descansando en su camarote.

Sammy salió del agua la primera. Se quitó rápidamente el equipo y corrió en mi busca. Había intuido que algo malo estaba pasando cuando no nos encontraban bajo el agua. Yo había tenido un problema con los reguladores y por eso habíamos subido a la superficie sin que nos diera tiempo de avisarlos, le explicaron.

El señor Saccheri estaba muy enfadado por lo que había pasado. ¿Cómo podía haber fallado uno de los equipos? Siempre se deben revisar cuidadosamente antes de una inmersión.

—¿Quién ha sido el gilipollas que ha preparado el material de buceo? —gritó Saccheri—. Está despedido. Esto es inadmisible, Carlo.

—Estoy de acuerdo, señor, pero a veces estas cosas pueden pasar...

—No en mi barco, y tú lo sabes —gruño de nuevo el magnate.

Estaba clara la obsesión que tenía porque todo se hiciera correctamente. No había lugar para los fallos. Todo tenía que estar perfectamente controlado o no le valía. No era la primera vez que despedía a alguien por un motivo así.

En ese caso con más razón, pues se había puesto en peligro la vida de una persona. Pero, además de eso, estaba especialmente contrariado con lo que había sucedido y él era consciente de ello.

—Otra cosa, Carlo: necesito que lleves a limpiar esto que he encontrado. Cuando lo hayan hecho, que lo pongan en una caja y lo envuelvan.

—De acuerdo —le contestó, extrañado por el objeto que le daba.

Carlo sabía que no era buen momento para lo que le iba a decir a su jefe, pero tenía que hacerlo.

—No quiero ser pesado, señor, pero las dos *signorinas* me han vuelto a repetir lo importante que es para ellas el poder agradecerle todo lo que está usted haciendo por ellas.

—Muy bien: organiza una cena en el barco para mañana por la noche. ¡Ah!, y seremos uno más. Piero también asistirá. Llegará mañana por la mañana y pasará unos días con nosotros.

Capítulo 7

Después del día anterior, con el episodio del buceo, sólo quería estar relajada y disfrutar de la tranquilidad que había en el barco, así que le dije a Sammy que no iría con ella a Ibiza a hacer más compras. Carlo nos había comentado que esa misma noche íbamos a conocer por fin al señor Saccheri. Nos había invitado a pasar la velada con él, y mi amiga quería comprarse algo muy elegante para ponerse. A mí me tendría que valer con el vestido que me había puesto para ir a la discoteca. No quería gastar más dinero que no fuese mío.

Una vez que me despedí de Sammy, decidí recorrer la embarcación entera y descubrir todos sus rincones. Bajé la escalera hasta el piso inferior. Claramente era la zona de máquinas del navío y también estaban allí la cocina, le despensa y un área para los empleados, que usaban a modo de salón comedor. En la siguiente planta se encontraban los dormitorios del servicio y de los invitados del barco. Extrañamente, nosotras estábamos alojadas en el siguiente nivel, junto a otra *suite* como la nuestra y la *suite* principal. Además, en esa misma planta se hallaban el gimnasio, con una sauna, y también el salón comedor y un par de zonas con sillones para ver la tele o simplemente descansar. Las otras dos plantas superiores se componían de todas las áreas que había al aire libre: piscina, sector de tumbonas, *jacuzzi*, barra de bar, mesa de comedor exterior en la que desayunábamos todas las mañanas, etc. El yate era simplemente espectacular, y exquisito en su decoración minimalista, además de muy moderno.

En ese momento me hallaba en un pasillo de la tercera planta que desembocaba en una escalera de caracol que daba al exterior. Por ella

comenzó a bajar alguien. Enseguida intuí que podría ser el empleado de Saccheri, así que di media vuelta y comencé a andar rápidamente en dirección contraria. No quería tropezármelo. Tenía que darle las gracias por lo que había hecho por mí el día anterior, cuando estuve a punto de morir ahogada, pero me dije que era mejor hacerlo en otra ocasión. En ese instante no tenía ganas.

De pronto apareció, justo frente a mí, al final del pasillo, Carlo.

—*Buongiorno, signorina*. Qué bien que esté usted aquí, así aprovecho para presentarle al señor Saccheri.

—Buenos días, Carlo. Ah, sí claro, ¡cómo no! —respondí.

—Lo tiene usted detrás —me indicó mientras me hacía un gesto con la cabeza, levantando la barbilla, para que me diera media vuelta—. Señor Saccheri, ésta es la *signorina* Álex.

Me giré y ahí estaba él..., el empleado de Saccheri se encontraba justo delante de mí, mirándome con esos preciosos ojos verdes y con ese porte tan elegante y sensual.

No podía articular palabra. Mi cabeza daba mil vueltas.

Probablemente ese tipo era el hijo del señor Saccheri y yo lo había confundido con un trabajador suyo. Tenía que ser eso. No sabía qué decir. Él me había tendido la mano y me sonreía burlonamente.

—Encantada —lo saludé mientras mi mente seguía atando cabos—. Entonces, ¿usted es el hijo del señor Saccheri? —le pregunté al tiempo que le entregaba mi mano.

—Me temo que estás equivocada, Alexandra. Sólo hay un señor Saccheri.

Mientras él pronunciaba esas palabras, nuestras pieles se rozaron en la más dulce caricia que jamás había sentido. Mi cuerpo entero reaccionó y se estremeció. No era la primera vez que sentía aquella sensación con él.

Pero ¿por qué me ponía tan nerviosa cada vez que estaba a su lado?

No daba crédito a lo que estaba pasando. Sólo había un señor Saccheri y era él. No había ningún viejo y gordo ricachón italiano, tal como creíamos

Sammy y yo.

El famoso, aunque desconocido para nosotras, señor Saccheri era un hombre joven, guapo —bueno, más que eso, era arrebatadoramente sexy— y encima en ese preciso instante se encontraba mirándome de la forma más intensa en la que nadie lo había hecho nunca.

—Perdone —le dije—. Mi amiga y yo habíamos dado por hecho que un hombre con tanto dinero debía de ser alguien con más edad y... en fin... me ha sorprendido su apariencia.

—Bueno, espero que para bien, Alexandra —replicó, de nuevo con un tono burlón.

De sobra sabía que no me dejaba indiferente.

—Sí, claro que sí... Bueno, quiero decir... es usted...

—No me trates de usted, por favor, Alexandra. Mi nombre es Hugo y espero que de aquí en adelante me llames por mi nombre.

—Lo intentaré, señor Sacch... —él me reprendió con la mirada de una manera tan sexy que tuve que corregir rápidamente—... Hugo.

No podía decir nada más. Estaba en *shock*. En todos los encuentros que había tenido con él, había creído que era un simple empleado y resultaba que era el señor Saccheri en persona.

—En fin, Alexandra, ahora tengo que irme. Esta noche nos veremos en la cena. Estaré impaciente hasta entonces.

Y como de costumbre, se dio media vuelta y se fue, dejándome allí con la palabra en la boca. Bueno, esa vez no tenía nada más que decirle... No, hasta que me recuperara de la impresión.

Por cierto, me había llamado Alexandra... ¡Ay, qué bien sonaba mi nombre en su boca!

El resto del día transcurrió tranquilo. Estuve dándole vueltas a cómo era el señor Saccheri, es decir, a cómo era Hugo. Caí en la cuenta de que Carlo nos había dicho que en el barco todos hablaban italiano, a excepción del señor Saccheri y él.

¡Qué tonta, ¿cómo no me he dado cuenta antes?! No podía ser ningún empleado, ya que hablaba nuestro idioma.

Recordé cómo lo conocí, cuando lo vi la primera vez al tropezar con él; rememoré el encuentro que tuvimos en la discoteca, y también cómo me sujetó por segunda vez para que no me cayera de bruces sobre la cubierta del barco; evoqué la manera de mirarme, tranquilizándome, mientras me ponía el regulador cuando casi me ahogo y, por último, las palabras que me había dicho cuando Carlo me lo presentó esa misma mañana. Cada imagen de él me hacía sentir algo que hasta ese momento nunca había experimentado. Recordé cada vez que me había tocado y la extraña sensación que había recorrido mi ser. Ese hombre tenía algo que hacía que a su lado me sintiera muy cómoda y segura, pero también tenía algo más que me atraía poderosamente..., algo que no sabía explicar, pero que sentía en cada rincón de mi cuerpo.

Sumida en mis pensamientos, llegué hasta nuestro camarote, donde ya se encontraba Sammy. En cuanto me vio, esbozó una sonrisa de oreja a oreja y comenzó a hablar. Empezó a enseñarme todo lo que había adquirido. Tenía su cama repleta de bolsas y cajas. Se había vuelto loca. ¡Se había comprado demasiadas cosas!

—... y este vestido es para esta noche. Me lo voy a probar para que lo veas y así me ayudas a elegir los zapatos que mejor le van.

—Vale —dije con gesto de aburrimiento.

Me había puesto la cabeza como un bombo en un momento. No me había dejado ni abrir la boca.

Quería tumbarme un rato para descansar, pero sobre mi colchón también había ropa. Decidí apartarla, pero cuando me acerqué me di cuenta de que el vestido que había allí tendido era el que me había probado en Ibiza el día anterior y que me sentaba tan bien, pero que no había querido comprarme debido a su elevado precio. Por un segundo pensé que Sammy me lo había traído sin decirme nada para darme una sorpresa, pero encima de él había un

sobre pequeño con mi nombre. Lo abrí y saqué una tarjeta blanca con algo escrito a mano. Lo leí:

Un vestido fascinante, para una mujer que lo es aún más.

H. SACCHERI

Sammy salió del cuarto de baño ya enfundada en la ropa que iba a llevar esa noche. Me vio la cara y automáticamente me preguntó qué pasaba. Mi rostro debía de estar expresando todo lo que mis palabras no sabían cómo hacer.

Miró el vestido, vio la nota en mi mano, me la cogió y la leyó.

—¿Te ha regalado el vestido? ¡Madre mía, si era carísimo!

Yo no sabía qué decir. No entendía por qué lo había adquirido para mí y mucho menos cómo sabía él que ese vestido me había gustado tanto. Supuse que Carlo tenía algo que ver en todo ello.

—¡Qué suerte tienes! Aunque, pensándolo bien, no sé si a mí me gustaría que un viejo me regalara un vestido tan sumamente sexy. —Sammy hizo un mohín de desagrado.

Entonces caí en la cuenta de que ella todavía no sabía que el famoso señor Saccheri en realidad era un hombre joven y atractivo, con un encanto arrebatador y de lo más sexy.

—Bueno, creo que, cuando lo veas, te vas a llevar una sorpresa —le dije.

—¡Ah, ¿sí?! Y eso, ¿por qué? ¿Es que tú ya lo conoces? —me preguntó, curiosa.

—Lo cierto es que sí. Esta mañana me lo ha presentado Carlo.

—¡Ya! Y ha tardado en mandarte este regalito... Humm, ¡qué poco me gusta ese tipo! —Empezó a refunfuñar—. Aún no lo conozco y creo que ya sé de qué calaña es. Ya decía yo que tanta amabilidad no era normal.

—Bueno, es mejor que no hables sin saber. Seguro que esta noche te sorprende cuando lo veas. —Sammy me miraba con cara de recelo, escrutando todos mis gestos—. ¡Ya lo entenderás! —le aclaré.

—¡Si tú lo dices! ¿Y qué hay en el paquete de al lado?

Junto al vestido descansaba una caja grande, plateada, con el nombre de una firma muy conocida impreso encima. La abrí y descubrí en su interior unos zapatos con un diseño espectacular. Siempre había pensado que el calzado en una mujer podía hacerla más sexy, pero es que esas sandalias, con ese tacón y esa pulsera destinada a rodear el tobillo, harían sin duda que cualquier mujer lo pareciera muchísimo más aún.

Estaba impresionada por todo aquello. No sabía muy bien qué significaba. Podía ser simplemente un acto de cortesía o quizá fuera algo más. En cualquier caso, no me había dejado indiferente. Saccheri nunca lo hacía.

Pasamos el resto de la tarde arreglándonos y riéndonos de nuestras cosas. Sammy no paraba de bromear.

—Todo lo que sube, tiene que bajar, ¿no? Yo subí de peso, así que, Newton, estoy esperando tu ley —terminó de decir medio riendo—. ¿Por qué no puedo tener tu figura? —preguntó, medio lloriqueando, pero no me dio tiempo a responderle, ya que siguió con su soliloquio—. ¿Tú sabes cuál es mi plato preferido?

—No —le contesté resoplando, porque sabía que estábamos entrando en terreno farragoso.

—Pues el hondo, porque en él cabe más comida..., pero, claro, así me va, que no sé qué hacer con estos kilos de más que de tanta mala leche me ponen.

Continuó así un rato más, riéndose a ratos, compadeciéndose en otros momentos y, en otros, cabreada porque su físico había cambiado y le costaba mucho asumirlo.

No obstante, y ella lo sabía perfectamente, no había perdido ni el gusto para vestir ni la elegancia, y siempre acababa llamando la atención de los hombres, porque sabía sacarles mucho partido a sus curvas.

A las nueve de la noche ya estábamos listas para subir a cenar. Sammy estaba muy guapa y ella me decía que yo estaba espectacular con el vestido que me había regalado «mi marinerito».

Cuando llegamos a la terraza de proa, Saccheri y otro hombre joven nos estaban esperando en la barra del bar, tomándose un Martini.

Hugo se levantó de su taburete en cuanto nos vio y se dirigió a mí caminando con esa seguridad que lo caracterizaba. Estaba guapísimo. Iba vestido con un traje de corte muy moderno que le sentaba de fábula. Se notaba el buen gusto que tenía para todo.

—Buenas noches, Alexandra —me dijo mientras me cogía de la mano y luego me daba un beso en la mejilla.

—Buenas noches, señor Sacc... —me miró con expresión de reprimenda otra vez—... Hugo. Buenas noches, Hugo —corregí rápidamente llevada por su intensa mirada.

—Estás preciosa esta noche.

—Muchas gracias. —Le sonreí, tímida.

Hugo y yo nos estábamos mirando fijamente. El tiempo se había detenido para los dos, hasta que Sammy me pegó un codazo y carraspeó.

—¡Ah, sí! Sammy, perdona... Te presento al señor Saccheri —le dije a mi amiga, que ya estaba alargando la mano para dársela.

—¡Encantada de conocerlo, señor Saccheri! —Sammy se giró hacia mí y me miró atravesándome.

Estaba claro que acababa de caer en la cuenta de que el propietario de todo aquello era un hombre joven y guapo y no un viejo gordo como habíamos pensado.

—Lo mismo digo, Sammy, pero puedes llamarme Hugo. Lo de señor Saccheri me hace más mayor... ¿verdad, Alexandra? —Otra vez esa mirada pícara en él que hacía que me estremeciera.

—Sí, eso nos habíamos figurado nosotras al principio —le contesté, al tiempo que le devolvía la mirada a Sammy con un gesto de «¡Ya te dije que te sorprenderías al conocerlo!».

—Os presento a Piero —intervino entonces Hugo. El otro hombre que había sentado a la barra se acercó y nos tendió la mano, primero a Sammy y

luego a mí—. Es mi primo y va a pasar unos días con nosotros.

—Encantado —saludó Piero—. Ya me ha contado Hugo lo que pasó con vuestro velero. Tuvo que ser una experiencia horrible... —Piero se giró con ánimo de ir hacia la mesa donde nos iban a servir la cena e hizo un gesto con el brazo, indicándonos que lo acompañásemos a ella—. Quiero que me lo contéis todo con pelos y señales —terminó por decir.

Sammy aprovechó el momento y se enganchó a su brazo, dedicándole una amplia sonrisa.

No me podía creer que mi amiga fuera así. Estaba encantada con Piero y seguro que iba a ir a saco a por él. ¡Pobrecillo! Lo compadecía.

Minutos más tarde comenzamos a degustar la exquisita cena que nos habían preparado. A mi lado tenía a Sammy, que no paraba de hablar con Piero, y enfrente tenía a ese hombre que con sólo mirarme me cautivaba y me inquietaba.

—Si miras al cielo... —comenzó a decirle Sammy a Piero en un tono algo íntimo para el poco tiempo que hacía que se conocían y como si los demás no estuviésemos allí presentes también—... comprobarás que falta la estrella más espectacular de todas... ¡Te juro que no sé cómo me he caído!, pero puedes estar tranquilo, porque estoy bien —terminó diciendo con una sonrisa picarona y lanzándole un guiño a Piero.

Tras soltar eso, ¡se había quedado tan pancha! Pero ¿dónde había aprendido a conquistar así a un hombre?

Hugo la miró algo desconcertado y yo, algo abochornada por su descaro, pero a Piero, sin embargo, pareció que su comentario le había hecho mucha gracia.

—Ahora lo entiendo todo, entonces —dijo riéndose—. Por eso hoy el firmamento está más apagado que de costumbre. No estás tú para brillar.

¡Vaya con Piero! Era evidente que sabía aprovechar la más mínima ocasión. Lo que no tenía claro yo era si iba a saber parar lo que se le venía

encima. Porque, con lo que terminaba de ocurrir, acababa de darle vía libre a Sammy, que sonreía como una niña pequeña ante su pastel preferido.

—Por cierto, no sé si os habéis enterado... —comenzó a decir Piero, poniéndose serio y con un tono algo preocupante—... pero el Banco Central ha vuelto a bajar los tipos de interés... Me temo que cada vez quedamos menos.

—Ahora lo entiendo todo, entonces —dijo Sammy contestándole en el mismo tono y con las mismas palabras que él había usado anteriormente—. Por eso ahora los bancos ya no dan créditos, porque se han quedado sin tipos de interés.

Nos tuvimos que reír. Después de la salida de Sammy, Piero y ella chocaron sus copas de manera cómplice mientras se miraban con un especial brillo en los ojos. Era obvio lo bien que habían conectado entre ellos. Parecían hechos a medida y eso se notó durante el resto de la velada.

—Quería agradecerte lo que has hecho por nosotras estos días. No sé qué hubiéramos hecho sin tu amabilidad —le dije a Hugo en un momento en el que los otros dos empezaron a hablar entre ellos como si nosotros ya no siguiéramos allí.

—No tiene importancia, Alexandra. Era lo mínimo que podía hacer. Además, estoy encantado de que estéis aquí, sobre todo esta noche..., así no tengo que soportar al pesado de mi primo.

—Bueno, creo que Sammy estará encantada de tener que aguantarlo ella. —Sonreí.

—Sí, parece que han congeniado muy bien —me replicó Hugo, asintiendo pensativo.

—¡Brindo por estas dos sirenas que has recogido en el mar, primito! —exclamó Piero entonces, levantando su copa al aire.

—¡Pero qué zalamero eres! —Hugo negaba con la cabeza mientras se lo decía a modo de pequeño reproche.

El resto de la cena transcurrió entre chistes de Piero y bromas de Sammy.

Cuando terminamos, nos levantamos y Hugo le hizo un gesto a uno de sus empleados. A continuación comenzó a sonar música a través de unos altavoces que había situados a cada lado de la barra..., esa misma barra que hacía que me estremeciera cada vez que recordaba el sueño tan excitante y vívido que había tenido con el que en ese momento era mi compañero de velada.

Sammy y Piero acudieron a pedir unas bebidas. Hugo fue con ellos y volvió con dos cócteles.

—Te he traído un mojito... Es tu bebida preferida, ¿no?

—Sí... pero ¿cómo estás tú al corriente de eso? —Lo miré con extrañeza.

—Procuro saberlo todo de la gente desconocida que subo a mi barco —me contestó.

Supuse que alguno de sus camareros se había chivado de lo que habíamos estado bebiendo Sammy y yo durante esos días.

—No está mal —soltó entonces Hugo.

—¿El qué? —pregunté mientras lo miraba divertida.

—El mojito. Nunca lo había probado. Es interesante la mezcla de sabores.

—¿Cómo es posible que nunca hubieses probado un mojito? —Estaba completamente alucinada.

—Bueno, no lo sé. La gente de la que me rodeo siempre bebe whisky, Martini y cosas así.

Lo miré con asombro. ¿De quién se rodeaba? ¿No tenía amigos con los que salir y tomarse un mojito o un cubata? Debió de darse cuenta de mi expresión.

—Verás... Mi vida no es muy divertida, aunque muchos puedan pensar lo contrario. Tener dinero no lo es todo. La gente sólo se te acerca por tu fortuna y es difícil diferenciar a los verdaderos amigos, así que no suelo quedar con nadie para tomarnos copas y contarnos las penas... Pero, bueno, no quiero aburrirte —dijo cambiando el tono—. Quiero enseñarte una cosa. Ven conmigo.

Me cogió de la mano y nos acercamos a la escalera que daba al piso superior. La subimos y nos apoyamos en la barandilla. Estábamos en la parte más alta del yate y delante de nosotros se veían las luces del puerto de Ibiza. La panorámica resultaba impresionante.

—¡Qué preciosidad! Estas vistas son una maravilla. —Estaba embobada admirando el paisaje, cuando me di cuenta de que Hugo me estaba mirando a mí.

—Tú eres preciosa —me dijo ofreciéndome algo que llevaba en las manos.

Lo miré a los ojos y de nuevo sentí esa sensación de vértigo. Mi mundo, otra vez, tambaleándose ante su mirada.

Cogí lo que me tendía. Era una pequeña caja con un lazo; lo deshice y la abrí.

¡No me lo podía creer! Dentro estaba la pulsera que había intentado recoger en el velero hundido y que casi había provocado que me ahogara. ¿Cómo podía ser...?

Lo miré de nuevo. Me estaba sonriendo como un chiquillo.

—Me imaginé que debía de ser muy importante para ti, cuando casi mueres por intentar recuperarla —me explicó.

—Pero... —Me había quedado sin habla.

—La busqué cuando volví a por los demás. Supuse que te haría feliz tenerla.

—Gracias —atiné a decir entonces.

Una lágrima rodó por mi rostro. Hugo me enmarcó la cara con ambas manos.

—Por favor, no llores —me pidió mientras me secaba la lágrima con su dedo pulgar.

—No te preocupes, es de alegría. Esta pulsera me la regaló mi padre. Él era muy importante para mí. Todo lo que soy como persona se lo debo a él.

—Tienes suerte. Yo casi no pude disfrutar de mis padres; murieron

jóvenes. Apenas era un adolescente cuando se fueron. —Hizo una pausa—. Mi abuelo falleció un año antes que ellos, así que, aparte de mi primo, únicamente tengo a Carlo, que siempre ha trabajado para mi familia. Para mí, él es como mi segundo padre.

—¡Cuánto lo siento, Hugo! —le susurré ante el dolor que se percibía en su rostro.

Su mirada estaba clavada en el horizonte. ¡Parecía tan vulnerable en esos momentos! Me entraron ganas de abrazarlo, pero no tenía suficiente confianza con él. No sabía cómo me iba a responder, así que no lo hice.

Se giró de nuevo e, intentando esconder su amargura, cambió de tema.

—Podéis permanecer aquí todo el tiempo que os haga falta. Yo no volveré a Nueva York hasta que vosotras no podáis hacerlo. Puedo trabajar desde aquí.

—¿Cómo sabes que somos de Nueva York? —planteé, aunque conforme lo hacía ya sabía cuál era la respuesta.

—Ya te he dicho antes que no puedo subir a mi barco a dos extrañas sin más. Tenía que investigar quiénes erais.

—Bueno, no queremos abusar de tu hospitalidad, Hugo, aunque te lo agradecemos mucho. Además, en la embajada nos han explicado que, como hemos podido recuperar parte de nuestra documentación, en cuatro o cinco días lo tendremos todo en regla.

—Muy bien, pues, mientras tanto, vamos a disfrutar de estos días. Mañana podríamos ir a ver Menorca.

—Me parece una idea genial. —Hice una pausa—. Por cierto, quería agradecerte también el regalo del vestido y los zapatos... ¿Cómo lo supiste?

—Le pedí a Carlo que, si había algo que te hubiera gustado pero no lo hubieras adquirido, te lo comprara él a pesar de lo que tú dijeras. Intuía que ibas a tener más reparo que tu amiga a la hora de comprarte lo que realmente te agradara... y no me equivoqué. Además, no podía dejar que otra mujer llevara este vestido. Parece estar hecho para ti y, bueno, creo que... —

carraspeó—... que estás espectacular con él. No quería perderme la maravillosa vista que tengo ante mí, y no me refiero al paisaje de la isla de Ibiza precisamente.

¡Madre mía! Mis piernas empezaron a temblar por enésima vez. Pero ¿por qué me sentía tan vulnerable ante él?

«¿Será porque te gusta mucho y acaba de decirte lo más bonito que te han dicho nunca?», me pregunté.

De repente un fogonazo de luz nos sorprendió. Me giré en dirección al foco y oí maldecir a Hugo. Apenas podía ver nada debido a los destellos. Él me cogió de la mano y tiró de mí. Inmediatamente nos puso a cubierto, donde no nos podían ver desde el exterior.

—¡Carlo! —gritó Saccheri—. ¡Saca ahora mismo a ese maldito *paparazzi* de aquí!

—Enseguida, señor.

Carlo había salido de la nada y, sin perder una décima de segundo, obedeció. Miré a Hugo, que estaba completamente congestionado por la ira.

—¿Qué pasa? —le pregunté preocupada.

—Era un *paparazzi*, un periodista especializado en la prensa del corazón. Me siguen día y noche desde que esos buitres se enteraron de lo de la herencia de mi abuelo, porque quieren cazarme para joderme la vida y hacerse ricos a mi costa.

—Vaya, pues lo siento.

Hugo seguía muy enfadado. No paraba de dar paseos por toda la habitación, pasándose la mano por el pelo.

—¿Puedo hacer algo?

—No, Alexandra. No puedes hacer nada.

—Vale, me iré entonces a mi camarote. —No quería importunar a Hugo, ya que se mostraba muy contrariado.

—No, no te vayas. —Se paró en seco y me miró—. Siento haberme puesto así, no es culpa tuya... Lo lamento, no quiero que te vayas todavía.

En ese momento me miraba suplicante.

—Es porque tu abuelo especificó que no podías tener una relación si querías conservar la herencia, ¿verdad? —le pregunté.

—Sí, más o menos, Alexandra. No debo salir con una mujer o mi patrimonio desaparecerá. Es el legado que quiso mi abuelo para mí y esos cabrones de la prensa rosa lo saben bien. De hecho, hay uno en particular que me sigue día y noche. Quiere pillarme in fraganti y luego hacerme chantaje para que no lo pierda todo.

—Bueno, no estábamos besándonos ni nada de eso. En realidad no tiene nada —le dije para tranquilizarlo.

—¡Te tiene a ti, Alexandra! No quiero que tu foto salga mañana publicada en todas las revistas como la nueva amiga que me he echado. ¡Tú no eres eso!

—¡Ahhh...!

«¿Que habrá querido decir con eso? ¿No quiere que me consideren su amiga porque no lo soy o en realidad lo que ha intentado decirme es que empiezo a ser algo más que eso para él?»

Carlo apareció de pronto.

—Está todo solucionado, señor. Las fotos ya no están en su poder y probablemente no volverá a intentarlo durante un tiempo.

—Gracias, Carlo.

El semblante de Hugo había cambiado por completo al oír esas palabras. Su expresión volvía a ser relajada.

Regresamos a la zona del barco donde habíamos dejado a Sammy y Piero, pero éstos habían desaparecido. Hugo pidió otros dos mojitos y nos sentamos tranquilamente. Estaba mucho más calmado.

—Siento haberte asustado antes. Me enfurecen mucho este tipo de parásitos que sólo viven a cuenta de los demás.

—No te preocupes, es lógico —le dije, serenándolo. Aproveché el momento entonces y le pregunté por algo que me había despertado mucha

curiosidad—. Tiene que ser muy duro también lo de tu abuelo... ¿Por qué quiso fastidiarte la vida de esa manera? No lo entiendo.

—Bueno, en realidad él creía que, con esa forma de proceder, con esa cláusula en el testamento, me estaba protegiendo.

—Protegerte, ¿de qué?

—De las mujeres, supongo..., del daño que te pueden causar.

«¡¿Perdona?!» Mi vena feminista estaba a punto de hacer acto presencia, con toda la artillería pesada.

—Nunca he oído semejante tontería. ¿Ahora somos un peligro del que debéis protegeros? —solté cabreada.

—Por favor, no te enfades, Alexandra. Mi abuelo tenía sus razones para aborrecer a las mujeres.

—Ah, ¿sí? ¿Y cuáles eran esas razones? —No daba crédito a lo que estaba oyendo—. ¿Es que nunca se enamoró?

—Lo cierto es que sí lo hizo... y eso fue lo que cambió su visión de este asunto. De hecho, se enamoró perdidamente de una mujer alemana. En la segunda guerra mundial casi dio su vida por ella y ésta se lo agradeció vendiéndolo a los alemanes, que lo encerraron en un campo de concentración durante mucho tiempo. Cuando salió de allí ya no era el mismo. Mi abuelo cambió radicalmente. Siempre estaba malhumorado y siempre maldecía a las mujeres y sus «malas artes», como él decía. Así y todo, consiguió rehacer su vida y, con el tiempo, se volvió a enamorar. Estuvo a punto de casarse con otra mujer de la que había quedado prendado, pero, por suerte para mi abuelo, el día anterior a la boda la pilló con otro hombre en la cama, y acabó descubriendo que lo único que ésta quería era casarse con él para divorciarse poco después, llevándose gran parte de la fortuna familiar. Sólo estaba interesada en su dinero. Tras ese segundo desengaño, dejó de creer por completo en las mujeres. Años después tuvo un hijo con una mujer a la que no quería y con la que se casó, de mutuo acuerdo con ella, para tener

descendencia; en cuanto tuvieron a mi padre, se divorciaron amigablemente y le dejó a ella la vida solucionada.

—¡Madre mía, pobre hombre! No me extraña que estuviera tan desengañado. Pero, de todas formas, no veo justo que te haga pagar a ti por todo ello.

—Bueno, creyó que ésa era la mejor forma de asegurarse de que, si alguna vez me casaba, mi esposa querría contraer matrimonio conmigo únicamente por amor y no debido a mi fortuna.

—Ya... pero tú lo perderías todo —le apunté.

—Mi abuelo siempre decía que, si me enamoraba realmente y era correspondido de la misma manera, no me importaría perderlo todo.

—¡Jolín con tu abuelo! —solté sin pensar—. Lo peor que me hizo el mío fue regalarme, un año por Navidad, un camión enorme que anunciaban en la tele y que yo había estado pidiendo insistentemente. Cuando abrí el paquete y vi la caja, di saltos de alegría hasta que saqué el camión, abrí la portezuela que tenía por detrás y de allí no salió nada. —Hugo me miraba con cara de no entender nada—. ¡En el anuncio salía un precioso cachorro de cocker spaniel de él y en el mío no había ninguno! Lloré y lloré hasta que consiguieron calmarme y entonces les pude explicar por qué me había puesto así. Yo, en realidad, quería el cachorro, no el camión. Mi abuelo se sintió fatal durante bastante tiempo. Mi madre no quería perros en casa, así que no pudo hacer nada por arreglar el desastre.

Hugo me miraba fijamente, con los ojos brillantes. Tenía el semblante triste.

—No sé quién me da más pena... —dijo entonces—... si tu pobre abuelo o tú.

Nos reímos.

La música seguía sonando por todo el barco. Era curioso, porque había canciones de todas las épocas y de todos los estilos y, sin embargo, me

encantaba todo lo que sonaba. Era como si hubieran cogido mi iPod y le hubieran dado a reproducir.

—¿Quieres bailar? —me preguntó entonces.

Accedí. Hugo me cogió de la mano y, con suavidad, tiró de mí, acercándome a él. Sus manos se posaron dulcemente en mi espalda, a la altura de la cintura. Todo mi cuerpo se estremeció y un calambre lo recorrió hasta mi sexo. Comenzamos a bailar. Nos miramos fijamente. Él posó su frente sobre la mía. Yo lo agradecí. Si hubiésemos seguido mirándonos de esa manera, seguramente habría perdido el control. Tenía su boca a escasos centímetros de la mía y sentía cómo ambas se atraían como imanes. Lo hubiera besado en ese mismo instante de no ser porque Sammy y Piero llegaron justo en ese momento.

Nos separamos de inmediato. Piero miraba a su primo con cara de asombro.

—Primito, primito... ¡qué sorpresa, tú flaqueando!

—¡Vete a la mierda, Piero! —soltó Hugo muy enfadado, mientras se alejaba de mí y desaparecía escaleras abajo, al parecer muy contrariado por aquel comentario.

Sammy se me acercó y me comentó, ilusionada, que iba a pasar la noche con Piero en su camarote.

—¡A la mierda la lotería, Álex, yo lo que quiero es que me toque este tío!

Si no fuera porque Hugo se había ido sin más y me volvía a sentir como una idiota sin saber a qué atenerme, me hubiera hecho gracia su comentario.

—Sammy, ten cuidado... no lo conoces aún.

—Sé lo suficiente de él, Álex. No es Google, pero creo que tiene todo lo que busco.

—Pero ¿cómo puedes saberlo en tan poco tiempo? —Mi pregunta sonó más a reproche que a duda.

—Pues porque esas cosas se saben y, si no, ya me lo dirás cuando te pase a ti —me espetó.

Se dio media vuelta y se marchó. Mis palabras la habían mosqueado, pero no eran más que el fruto de mi preocupación por ella y porque le hicieran daño.

Aunque quizá también había percibido en sus ojos un brillo especial que no había visto nunca antes y eso me asustó. No quería perderla, no quería que mi mayor apoyo en la vida me relegara a un segundo plano y que dejáramos de ser una prioridad la una para la otra.

Así que allí me quedé, totalmente sola. Sammy iba a pasar la noche con Piero, lo quisiera yo o no, y Hugo se había largado sin dar ningún tipo de explicación.

¡Dios, cómo deseaba a ese hombre! Lo que sentía por él empezaba a ser irracional. Me atraía poderosamente y a su lado me sentía más que bien. Sin embargo, cada vez que nos acercábamos, él salía corriendo. Tendría que acostumbrarme a la idea de que yo no entraba en sus planes. Tendría que acostumbrarme a la idea de que yo no era para él.

Capítulo 8

De nuevo otro día soleado y radiante comenzaba. El sol entraba ya por la ventana del camarote y eso hizo que me despertara. Mi primer pensamiento fue la cara con la que la noche anterior Hugo se había largado sin decir nada. Parecía muy contrariado y no entendía por qué. El comentario que le había hecho su primo no era para ponerse así, a no ser que hubiera algo que yo desconociera. En cualquier caso, debía ir haciéndome a la idea de que sólo estaríamos unos días más en su yate y, después de eso, ya no lo volvería a ver.

Cuando miré la cama de Sammy y vi que estaba desierta, recordé que me dijo que iba a pasar la noche con Piero. Suspiré. Tenía que hablar con ella y pedirle disculpas por mis palabras de la noche anterior. Si ése era el hombre con el que quería estar, no iba a ser yo la que le pusiera impedimentos.

Puesto que me encontraba sola, decidí entonces subir a desayunar y, después de eso, ir a tomar un poco el sol.

No había ni rastro de nadie en el barco..., únicamente el empleado que me sirvió el café del desayuno y Carlo, que apareció cuando ya estaba a punto de ir a tumbarme en una hamaca.

—*Buongiorno*, Carlo —lo saludé.

—*Buongiorno, signorina* —me contestó mientras me sonreía de una manera muy especial. Era como si me hubiese cogido cariño y me demostrara así su afecto, aunque apenas nos conociéramos.

—¿Dónde está todo el mundo hoy? —le pregunté.

—La *signorina* Sammy ha salido a dar un paseo en la moto de agua con

Piero.

—Ah —respondí pesarosa, pensando que mis peores temores comenzaban a hacerse realidad. Sammy ni siquiera había contado conmigo.

Sin embargo, no quise centrarme en el malestar que me provocó que no me hubiera dicho nada.

Por otra parte, me hubiera gustado preguntarle a Carlo por Hugo, pero no me atreví.

—Y el señor Saccheri está ocupado trabajando en un nuevo proyecto — me explicó entonces él, con una sonrisa cómplice.

Parecía que hubiera visto reflejada en mi cara la pregunta que yo no me había atrevido a formular.

—Si necesita algo o quiere que le comunique alguna cosa al señor Saccheri, no tiene más que decírmelo, *signorina*.

—Gracias, Carlo, pero no necesito nada. Me iré un rato a tomar el sol.

—Como usted quiera.

El día no pintaba demasiado bien. Sammy parecía que había encontrado la horma de su zapato en Piero, con lo que no esperaba que me hiciera mucha compañía el resto de los días que nos quedaban por pasar allí, y Hugo... en fin... Lo mejor sería no pensar más en ello.

Me dirigí a la zona de las tumbonas que había en la cubierta de popa de la embarcación. No se veía a nadie por ningún lado. Me quité la camiseta y el *short* que llevaba puestos y me tumbé, decidida a relajarme. Me puse los cascos de mi iPod y le di a reproducir. Empezaron a sonar baladas de la lista de reproducción «Mi música», donde había hecho una recopilación de todas las canciones que, por una razón u otra, me habían gustado a lo largo de mi vida.

Decidí entonces que era un buen momento para leer, así que abrí una novela que había adquirido en Ibiza la mañana que fuimos con Carlo a comprarnos la ropa. Me había decantado por ella porque me había llamado mucho la atención su título: *Si Dios puso la manzana, fue para morder*. Era

una comedia romántica aderezada con bastante pasión, que parecía tener todos los ingredientes para que la narración me atrapara desde un principio.

Conforme iba avanzando en la lectura, cada vez me sentía más inmersa en la historia de la protagonista. Pensé entonces que ojalá tuviera a mi lado a un hombre que me deseara como lo hacía su *partenaire* en la novela. Me imaginé a mí misma con Hugo en una de las escenas eróticas que estaba leyendo. Me imaginé sus besos, sus caricias, sus dedos juguetones recorriéndome. Me imaginé cómo sería estar con él en la cama, con mi cuerpo desnudo expuesto ante su intensa mirada, sabiendo que a continuación me poseería dulce a la vez que apasionadamente. Me imaginé cómo mis terminaciones nerviosas no podían parar de sentir la intensidad que ese hombre me transmitía a través de sus manos, de su lengua saboreando mi cuerpo, de su miembro cada vez más erecto y pugnando por encontrar su sitio...

Entonces algo me hizo salir de mi ensoñación. Desperté y poco a poco me fui dando cuenta de cuál era la realidad. Fui consciente en esos momentos de que Hugo empezaba a ser para mí un dulce tabú. Alguien que nunca podría tener. Me encantaba ese hombre, pero no estaba a mi alcance.

Cuando finalmente abrí los ojos, me percaté de que casi estaba jadeando. Las escenas imaginadas me habían puesto a mil y mi respiración se había acelerado. Por suerte no había nadie más allí.

No podía creer que me hubiera vuelto a pasar lo mismo. Jamás en mi vida había tenido fantasías de este tipo y ya había vivido dos en muy pocas horas.

Decidí irme a la piscina para refrescarme un poco. Me hacía falta.

Cuando terminé con el baño, me dije que ir a la sauna podría ser una buena alternativa al aburrimiento que estaba comenzando a notar.

De camino a ella seguía escuchando música. Esta vez era la que salía por los altavoces del hilo musical del yate.

Cuando llegué a la sauna, la luz de dentro estaba encendida. Abrí la puerta y, para mi sorpresa, me encontré con Hugo allí. Me quedé paralizada. No

sabía qué hacer. No sabía si a él le importaría que yo estuviese allí también. Decidí irme. Me excusé y me di la vuelta, dispuesta a marcharme.

Hugo se levantó corriendo y pronunció mi nombre.

—Alexandra —de nuevo me miraba fijamente a los ojos—, no te vayas.

—No quiero molestarte. Puedo volver en otro momento —le dije.

Lo tenía de pie frente a mí. Únicamente llevaba puesta una toalla blanca alrededor de la cintura. Estaba absolutamente empapado en sudor y con el pelo húmedo. Estaba tremendamente sexy con ese cuerpo tan moreno y musculado que tenía, y me estaba mirando como nadie lo había hecho antes. Era el hombre más excitante que había conocido en toda mi vida.

Se me acercó hasta tal punto que mi respiración empezó a acelerarse. Mi corazón latía más fuerte cada vez. Estaba extasiada ante lo que tenía delante y absolutamente embriagada por la atracción que ejercía sobre mí.

Sus ojos me miraban intensamente, como siempre lo hacían. Estaba tan cerca que podía sentir también su acelerada respiración.

Se acercó todavía más, posando sus labios sobre mi oído como si quisiera susurrarme algo.

Suavemente, deslizó sus palabras, provocándome un dulce estremecimiento. Repetían el estribillo de la canción que sonaba de fondo. Ésta hablaba de pertenecerse el uno al otro. Hablaba de hacerlo a través del tiempo. A pesar de todo.

Estaba tan cerca que todo mi cuerpo ardía en deseo. Necesitaba que me besara. Mi mente lo pedía a gritos. Mi sexo palpitaba y esa palpitación recorría todo mi ser. La excitación entre ambos resultaba evidente. Su erección empujaba la toalla y yo la sentía tan cerca, tan poderosa... Entonces se separó de mi mejilla y sus labios se acercaron a los míos.

¡Oh, Dios mío, me iba a besar!

Ambos estábamos casi jadeando. Sus labios rozaron como un susurro los míos y después se alejaron. Abrí los ojos. Mi respiración era totalmente errática. Se había alejado de mí unos pasos y me miraba con intensidad.

—Siento haberme ido ayer del modo en que lo hice —se disculpó con el semblante serio—. No quería... bueno, no sé lo que me pasó. Fui un completo imbécil. Lo lamento.

¿Qué...? ¡Y ya estaba! ¿Me iba a dejar así? No me lo podía creer...

—No pasa nada —atiné a decirle, algo contrariada.

¡Sí pasaba algo! Cada vez que estábamos cerca, él salía pitando y deseaba saber por qué... y lo que acababa de pasar... Bueno..., no tenía palabras, así que no fui capaz de decirle nada más.

—Quédate. No tienes por qué irte —me dijo invitándome a sentarme sobre el banco de madera.

Asentí levemente con la cabeza y me coloqué a su lado.

El silencio se instaló entre nosotros. Yo no sabía qué decirle, estaba totalmente descolocada. Él, por su parte, parecía ausente y únicamente miraba al frente... pero eso sólo fue hasta que se decidió a hablar.

—Alexandra, me desconciertas por completo.

¿Cómo? ¿Qué yo lo desconcertaba a él? ¡Esto sí que era bueno!

—No entiendo qué quieres decir —afirmé sin salir de mi asombro.

—Eres totalmente diferente a todas las mujeres que he conocido hasta ahora.

Bueno... ¿y eso qué significaba? ¿Qué me quería decir, que era un perro verde?

—¿Me estás diciendo que soy rara o algo por el estilo? —demandé absolutamente indignada.

—No, Alexandra. —Se giró y me miró de nuevo a los ojos—. Te estoy diciendo que eres una mujer muy especial.

¡Eso sí que me había dejado descolocada por completo! No me esperaba esa respuesta por su parte. No sabía qué decirle. Como de costumbre con él, me había quedado sin palabras.

—Gracias, supongo.

Hugo sonrió ante mi respuesta.

De repente alguien llamó a la puerta.

—Señor Saccheri, tiene un asunto que debería atender inmediatamente.

—Gracias, Carlo. Alexandra, debo irme.

Se levantó, me dio un beso en la mejilla, giró sobre sí mismo y, como ya había hecho en otras ocasiones, se fue sin más.

Y, entonces, ¿qué? Hugo me arrebatava el aliento cada vez que se acercaba a mí. Me sentía absolutamente atraída por él. Sin embargo, nuestros encuentros siempre acababan igual. No parecía que pudiese existir nada entre ambos... aunque esa vez me había parecido distinta. No sabía qué habría podido pasar si Carlo no nos hubiera interrumpido. Lo malo era que ya nunca lo descubriría.

Así que allí seguía, en la sauna, sola y con más incertidumbre que nunca. No sabía qué pensar... ni a qué atenerme. De nuevo Hugo se había largado sin que pasara nada entre nosotros.

«¿Y si no lo atraigo? De hecho, ¿por qué iba a hacerlo?», me pregunté.

Nunca me habían despertado demasiada curiosidad los hombres y, aunque sí había tenido alguna pareja, siempre habían acudido ellos a mí. Mis intereses se habían centrado constantemente en otras cosas y, a diferencia de mis compañeras de instituto y de universidad, yo había prestado más atención a mis estudios que a los chicos, así que muchas veces no sabía muy bien cómo actuar o cómo interpretar determinadas cosas de ellos. Sin embargo, en ese caso el problema era, sobre todo, no entender la actitud de Hugo, lo que me estaba volviendo loca.

Decidí irme a mi camarote para darme una ducha e intentar pasar página. Cuando llegué a él, Sammy estaba allí. Acababa de volver de su excursión con Piero a no sé qué isla y estaba eufórica. Sin duda su mañana había sido más provechosa que la mía.

—Y colorín, colorado... definitivamente me he enamorado. ¡Oh, Álex, creo que he encontrado el amor de mi vida! ¡Me encanta Piero! Es muy

cariñoso, está siempre pendiente de mí, es buenísimo en la cama, es superguapo... ¿Te he dicho ya que es buenísimo en la cama?

Sammy me miraba con una sonrisa de oreja a oreja. Estaba pletórica. Yo, en cambio, no podía hacer más por disimular mi malestar y ella lo notó enseguida.

—Álex, ¿qué te pasa...? Estás seria —me dijo mirándome con preocupación—. ¿Es que no te alegras por mí?

—¿Cómo no me voy a alegrar, Sammy? —le contesté intentando poner la mejor de mis sonrisas.

—Entonces, ¿qué es lo que te ocurre? —Me cogió las manos en un afán de que me abriera a ella y sin un atisbo de enfado después de las palabras que le había soltado la noche anterior—. ¿Es por Hugo?

—Sí, Sammy —contesté suspirando—. Me tiene desconcertada y no sé qué pensar.

—Pensar, ¿sobre qué? —preguntó con los ojos muy abiertos—. ¿Es que ha pasado algo entre vosotros?

—No, y ése es el problema. —Mis ojos se llenaron de lágrimas.

Sammy me miraba con cara de no entender nada. No le había contado nada de mis últimos encuentros con Hugo, así que no sabía cómo iban las cosas entre nosotros dos.

—Álex, nunca te había visto así.

—¡Claro, joder, porque nunca me habías visto enamorada! —le solté.

—¿Qué?

Los ojos se le salían de las órbitas.

Sammy sabía que con mis parejas anteriores no había llegado a nada más serio porque realmente nunca me habían llenado y, en consecuencia, nunca me había llegado a colgar de ellos, así que supongo que oírme decir que estaba enamorada de Hugo había roto todos sus esquemas.

Su cara era un poema.

—Y él, ¿qué dice? ¿Lo sabe? —Mi amiga seguía sin salir de su asombro,

pero se dio cuenta de lo agobiada que yo estaba e intentó comprender qué era lo que me estaba pasando.

—No creo que sepa nada. Bueno, no lo sé —le expliqué—. La verdad es que no sé ni siquiera si le atraigo.

—¡Joder, Álex, esas cosas se saben!

—¡Pues yo no, vale! Cada vez que estamos juntos, me atrevería a decir que hay un acercamiento, pero luego siempre pasa algo que hace que Hugo salga corriendo. —Me senté en la cama, totalmente abatida.

—¡Álex, cuánto lo siento! No sabía que te encontrabas así. —Ella también se sentó en la cama, junto a mí, y siguió cogiéndome la mano—. Pero ¿por qué no me has dicho nada antes?

—¿Cuándo, Sammy? —le pregunté, aunque no quería echarle nada en cara. Era lógico que ella estuviera viviendo su momento con Piero—. No ha habido ocasión.

—¡Lo siento, Álex! Lo siento de verdad. —En ese instante me apretaba la mano, infundiéndole veracidad a lo que me estaba diciendo—. No sé cómo no me he dado cuenta antes. —Seguía escrutando mi reacción con su mirada—. ¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé. No debería estar sintiendo esto —le contesté amargamente—. Él no tiene nada que ver conmigo y hasta ahora lo único que Hugo ha buscado en una mujer ha sido su propio placer e interés, así que está muy claro que no tengo nada que hacer. Lo mejor será que me olvide de él cuanto antes.

—Bueno, nos iremos de aquí en pocos días y después no lo volverás a ver —afirmó muy seria—. Creo que lo mejor es que te olvides de todo lo que haya pasado. Hugo no es hombre de una sola mujer y, con la cláusula que tiene debido a su herencia, aún peor. No te conviene. —Sentenció—. ¡Y lo sabes!

Claro que lo sabía. Ése era el problema, que lo tenía muy claro, a pesar de lo que estaba empezando a sentir. No podía permitirme enamorarme de un

tipo así. Sin embargo, ya lo había hecho. Hasta la médula.

Capítulo 9

Seguía sin poder dormirme. No me había apetecido tomar nada esa noche y me había ido pronto a la cama. Sammy me había comentado que Hugo había preguntado por mí en la cena y que se había mostrado bastante preocupado, pero seguro que únicamente había sido por cortesía.

Estaba ya bastante desesperada de dar tantas vueltas en la cama cuando decidí irme a dar un paseo por la cubierta del barco y que me diera la brisa fresca del mar.

Sammy, que esa noche había querido quedarse a mi lado para recuperar el tiempo que no había pasado conmigo, seguía dormida en su cama.

No quería despertarla, así que intenté hacer el menor ruido posible. Fuera del camarote todo estaba en silencio. Eran algo más de las tres de la madrugada, así que lo normal era que todo el mundo estuviera durmiendo. A pesar de ello, había un par de luces encendidas en el salón y también en la terraza de popa del yate. Me dirigí hacia allí y me asomé a una de las barandillas. Pasé un buen rato admirando las vistas, pero se levantó viento y me dio un escalofrío.

—Deberías taparte, Alexandra. El aire de la noche es muy traicionero.

Una voz de hombre sonó detrás de mí. Tenía claro que era Hugo. Me giré y lo encontré sentado en una de las tumbonas, con un portátil sobre las piernas, mirándome.

Pero ¿desde cuándo estaba él allí?, me pregunté.

—Hola, Hugo. No... No sabía que estabas aquí. No te he visto cuando he llegado.

—Lo sé —me aclaró.

Entonces, ¿había estado observándome todo ese tiempo?

—Toma, ponte mi chaqueta si quieres. —Se la quitó y me la entregó—. Espero que estés bien. Me he preocupado por ti en la cena, cuando Sammy me ha comentado que te encontrabas mal y que habías preferido quedarte en el camarote.

—Sí, sí, estoy bien. Es sólo que me dolía un poco la cabeza.

—¿Y te sigue doliendo ahora? ¿Estás aquí por eso? —me preguntó con preocupación—. Si necesitas lo que sea para el dolor, puedo ver lo que tenemos en el botiquín. Seguro que hay algo que puedas tomarte.

—No, gracias. Ya no me duele.

Bueno, en realidad no me había dolido en toda la noche. Ésa era la excusa que Sammy había decidido dar si alguien le preguntaba por mí y a mí me pareció perfecto.

—¿Entonces...? —me preguntó Hugo.

—Entonces, ¿qué? —respondí yo sin saber a qué se refería.

—Que, entonces, ¿qué te pasa? ¿Por qué estás aquí a estas horas? —inquirió mirando su reloj de muñeca—. Son las tres y media de la madrugada.

—No podía dormir —le expliqué sin más—. Supongo que igual que tú.

—Bueno... Yo en realidad estaba mirando unas fotos en el ordenador.

¿De qué o de quién serían las imágenes que estaba mirando?, me pregunté.

—Son las fotos que nos sacó el *paparazzi* —dijo respondiéndome a la pregunta que yo me había formulado mentalmente.

—Ah... ¿Y cómo es que las tienes tú?

—Carlo se encargó de quitárselas para que no las pudiera publicar.

Vaya con Carlo. Ese hombre tenía muchas facetas, aunque me costaba imaginarlo en una situación como ésa. No parecía que fuera capaz de matar una mosca.

—¿Puedo verlas? —inquirí acercándome.

—No —respondió Hugo cerrando el portátil y levantándose

repentinamente de la hamaca donde estaba sentado—. Debes de tener hambre, no has cenado nada, ¿quieres que te prepare algo?

No sabía qué responder. ¿Por qué no podía ver las fotos? Y sí, tenía mucha hambre.

—Vale —contesté sin pensar siquiera.

—De acuerdo. Vamos a bajar a la cocina a ver qué encuentro por allí. — Me tendió la mano y tiró de mí con entusiasmo. Sonreía como un niño pequeño.

Bajamos la escalera, hasta el piso donde se encontraba la cocina, intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a nadie.

Hugo encendió las luces y fue directo al enorme frigorífico que tenían. En ese momento llegó alguien de su tripulación que debió de preguntarle si necesitaba algo. Yo no lo entendí bien, ya que hablaba en italiano.

—No, Francesco, *grazie* —contestó Hugo.

El empleado pareció insistir, pero Hugo siguió negándose, así que nos dio las buenas noches y se fue.

—¿Qué quieres que te prepare? Hay prácticamente de todo —inquirió sonriente.

—Pero ¿tú sabes cocinar? —planteé con claro asombro.

—Pues sí... ¿Por qué no iba a saber?

—Bueno, no sé... Supongo que, cuando te lo dan todo hecho, no necesitas aprender determinadas cosas —respondí.

—Eso da igual, Alexandra. A mí me lo han dado todo hecho siempre, pero eso no significa que por ello tenga que ser un inútil. Eso no va conmigo.

—Ah, ¿no?... ¿Y qué más sabes hacer? —De repente me puse muy roja. Mis palabras habían sido más rápidas que mis pensamientos y me acababa de meter en un jardín del que no sabía cómo iba a salir, ya que mi pregunta había sonado un tanto pícara.

—Bueno, Alexandra, te sorprendería descubrir todas las cosas que sé hacer, y muy bien además —me explicó con la mirada encendida. Después

carraspeó—. Pero, volviendo a la comida, ¿qué te apetece cenar?

Madre mía, ese hombre me descolocaba constantemente.

—No sé... ¿cuál es tu especialidad?

—*Risotto alla parmigiana* —contestó en italiano—. Perdón, arroz meloso con parmesano, quería decir.

—Vale, pues eso suena muy bien.

—¿Quieres que te prepare un *risotto* a estas horas? —me preguntó con expresión de asombro en la cara, aunque parecía divertido.

—Es tu especialidad, ¿no? Pues eso es lo que quiero que me prepares.

—De acuerdo. —Sonrió—. No hay más que hablar.

Y con las mismas se puso manos a la obra. Cogió todos los ingredientes que iba a necesitar y comenzó a elaborar el plato.

Yo me quedé sentada en uno de los taburetes que había en la isla central de la cocina, observando cómo manejaba los cuchillos y los ingredientes. Estaba claro que no era la primera vez que cocinaba, o sea que era cierto lo que me había dicho. De hecho, me atrevería a decir que era posible que supiera más que yo de cocina.

Me encontraba sumida en mis pensamientos cuando me di cuenta de que había empezado a sonar una canción a través del hilo musical. Desconocía la melodía y al cantante, pero me gustaba cómo sonaba.

Hugo se acercó entonces a mí con dos copas de vino en la mano y me ofreció una. Estaba de pie, a escasos centímetros de mí, mirándome a los ojos.

—¿Te apetece? Este vino le irá muy bien al *risotto*.

—Tú eres el chef esta noche, así que deberé fiarme de ti.

Probé el vino y me pareció delicioso. Estaba muy frío y era afrutado y muy espumoso.

—Por ti y por la canción que suena en este momento —dijo levantando la copa para hacer un brindis conmigo, acercándose más aún a mí.

—No entiendo lo que dice la canción; de hecho, no la conozco —contesté

mientras chocaba mi copa con la suya y luego le di otro trago al vino.

—Es de un cantante italiano —me explicó.

—¿Y qué dice la letra? —pregunté con curiosidad—. Parece muy romántica.

—A ver... Viene a decir algo así como que la mujer de la que habla es un ángel que ha bajado para entrar en su vida, ponérsela patas arriba y recordarle lo bello e importante que es el amor.

Como de costumbre cuando estaba cerca de él, me había empezado a inquietar. Le retiré la mirada y la dirigí al suelo. Él me cogió la cara por la barbilla e hizo que elevara otra vez la vista hasta encontrarme con sus ojos.

—¡Por el ángel que tengo delante de mí... por ti, Alexandra! —dijo chocando otra vez su copa con la mía.

El tiempo se había detenido de nuevo para nosotros y nos mirábamos intensamente.

De repente un pitido comenzó a sonar. Hugo dejó su copa sobre la encimera y acudió corriendo a apagar lo que fuese que estuviera pitando.

—En la cocina uno no debe distraerse nunca —comentó, para mi desilusión.

Enseguida terminó de preparar lo que le quedaba y empezamos a cenar.

—¡Humm... esto está riquísimo! ¿Dónde has aprendido a cocinar así de bien? —quise saber.

—Le pedí a la cocinera que teníamos en casa que me enseñara. No quería quedarme sin comer si algún día ella no podía venir. —Sonrió.

—¿Y cómo se llamaba esa mujer?

—Elisabetta —respondió él con nostalgia.

—¡Pues brindemos por Elisabetta! Desde luego supo enseñarte magníficamente el arte culinario.

—Bueno, no todo el mérito es suyo. Tengo que decir a mi favor que también ella tenía un buen alumno —replicó con una amplia sonrisa—. Yo

soy de esos a los que, cuando quieren aprender algo, les gusta profundizar en ese aprendizaje y no quedarse en la superficie.

—¿Eres perfeccionista, entonces? —requerí, curiosa por saber más de él.

—Por supuesto. Lo que hago, lo hago muy bien, Alexandra.

¡Uff, cómo había sonado eso!

—Cambiano de tema —le dije, para no seguir con la línea de pensamientos que habían acudido a mi mente tras lo que yo había entendido como una insinuación—, ¿mañana trabajas?

—Eso depende, Alexandra —respondió con sonrisa picarona—. ¿Por qué quieres saberlo?

—No sé, era porque a lo mejor podríamos hacer algo divertido. Sammy no se despega de Piero y yo me aburro un poco. ¿De qué depende que trabajes o no? —demandé.

—Pues de lo interesante que pueda ser tu propuesta.

—Vale... El otro día dijiste que podíamos ir a Menorca a ver la isla. Es algo que me apetece mucho hacer y así pasaríamos un rato juntos —le propuse tímidamente.

Se me quedó mirando en silencio durante unos segundos.

—Me temo que ése es el problema que yo tengo, Alexandra: que no quiero pasar contigo sólo un rato. —Me miraba fijamente, con ojos de deseo.

No sabía qué decirle. Me había dejado sin palabras. ¡Como siempre!

Sin embargo, Hugo carraspeó y cambió de tema rápidamente.

—Me parece buena idea lo de Menorca. Pondré ahora mismo rumbo hacia allí. Así, cuando os levantéis, ya estará todo listo para acercarnos a la isla y visitarla. Pasaremos el día entero en tierra y por la noche incluso podemos cenar en un pequeño restaurante con unas vistas preciosas que conozco y que estoy seguro de que te encantará.

—Perfecto. —Sonreí ilusionada.

—Muy bien, pues a dormir, que mañana promete ser un día muy interesante. —Me cogió de la mano y tiró de mí.

Subimos hasta mi camarote y allí se despidió con un beso en la mejilla.

—*Buona notte, Alexandra!* Que descanses.

Abrí la puerta de la habitación y entré. Sammy seguía dormida. Me hubiera gustado hablar con ella y contarle lo que había pasado esa noche, pero me dio pena despertarla, así que me acosté.

«*Buona notte, Alexandra!*», recordé sus palabras. Me encantaba cómo pronunciaba mi nombre y ese acento italiano que tenía. En realidad me encantaba todo de él.

En cuanto Hugo dejó a Álex en su camarote, éste se dirigió hacia el suyo. Por el camino se cruzó con Carlo, que mostraba un semblante muy serio en contraste con la sonrisa que brindaba siempre a todo el mundo.

—Señor, ¿podemos hablar? —le pidió a Hugo.

—¿A estas horas?, ¿tan urgente es?

Carlo miraba a su jefe con cara de preocupación.

—Me temo que es bastante importante.

El semblante de Hugo cambió radicalmente. Su cuerpo se tensó y asintió sin decir nada mientras entraba en su camarote.

—Señor, sabe que jamás me metería en su vida, ni diría nada que lo pudiese molestar, pero... ¿está usted seguro de lo que está haciendo?

—No sé a qué te refieres, Carlo —contestó Hugo malhumorado.

—Permítame decirle, señor, que creo que sabe de sobra de qué le estoy hablando. No debería acercarse a ella. No, si no quiere ponerla en peligro... o tengo que recordarle...

—¡No, no es preciso! —lo cortó Hugo antes de que continuara—. Sé muy bien lo que debo hacer —terminó por decir, con todos los músculos de su cuerpo en absoluta tensión.

Carlo conocía muy bien a su jefe y sabía que le molestaba mucho que le

estuviera, por decirlo de alguna manera, llamando la atención. Su semblante era cada vez más serio y Carlo comprendió que no debía decir nada más al respecto.

—¡Maldita sea! —gritó Hugo enfurecido—. Lo estoy fastidiando todo. — Se había dado la vuelta y miraba al infinito con preocupación.

—Estoy convencido de que usted es muy inteligente y sabrá lo que tiene que hacer.

—Eso espero, Carlo... —contestó muy apesadumbrado—. Eso espero.

—¿Necesita algo más, señor?

—Sí, necesito que pongas rumbo a Menorca. Mañana sábado, Piero y nuestras dos invitadas pasarán el día entero allí y por la noche cenarán en el restaurante de siempre. Prepáralo todo.

—Muy bien, señor. Reservaré para cuatro personas. ¿A las nueve y media está bien?

—Sí, ésa es buena hora para cenar, pero haz la reserva sólo para tres. Mañana tengo cosas que hacer. Excúsame ante ellos y diles que no he podido asistir porque me ha surgido un asunto importante que me ha sido imposible eludir.

—Pero señor...

—Es mejor así, Carlo. Diles también que el domingo por la tarde regresaremos a Estados Unidos. Me han comunicado que mañana traerán la documentación que faltaba de las dos invitadas para que no haya ningún problema.

Carlo asintió y se fue, cerrando tras de sí la puerta del camarote de Hugo. Ambos sabían que era lo mejor para todos. Hugo había tomado la decisión acertada.

Capítulo 10

Ese día me desperté antes que ningún otro. Me sentía radiante, me sentía feliz. Tenía ganas de contarle a Sammy todo lo que me había pasado con Hugo la noche anterior. Parecía una chiquilla, pero me daba igual. Estaba absolutamente ilusionada y sabía que el día que me esperaba por delante iba a ser muy intenso.

Me levanté de un bote de la cama. Todavía era muy temprano y no quería despertar a Sammy aún. Decidí ir a hacer un poco de ejercicio físico antes de ducharme. Cuando volví de mi sesión en el gimnasio, mi amiga ya estaba despierta.

—¡Buenos días! —la saludé efusivamente.

—¡Pero bueno, ¿y esa sonrisa?! Ya veo que hoy te encuentras mucho mejor.

—Verás: es que ayer pasó algo, después de que te durmieras, que lo cambió todo.

Le conté a Sammy mi acercamiento con Hugo y lo bien que me encontraba cuando estaba a su lado. En esos momentos me sentía más viva que nunca; irradiaba felicidad, tanta que por un segundo me dio miedo.

—Voy a ducharme y subimos a tomar un café. Hoy nos espera un día muy largo. Convencí a Hugo de que nos trajera a conocer Menorca... —comenté mientras miraba por la ventana del camarote—... y por lo que veo ya hemos llegado.

El yate estaba atracado cerca de la isla. El sol volvía a lucir radiante en el Mediterráneo y todo parecía estar preparado para ser un día estupendo.

Nada más lejos de la realidad.

Una vez que Sammy se hubo preparado, subimos a desayunar. Piero ya se encontraba allí esperándonos, pero no había ni rastro de Hugo.

—¡Buenos días, chicas! ¿Listas para pasar un día fantástico en la espectacular isla de Menorca?

—Por supuesto —dijo Sammy guiñándole un ojo—. Y más si es al lado de dos hombres tan apuestos como vosotros. ¡Vamos a ser la envidia de muchas!

—Bueno... me temo que será sólo al lado de uno —contestó Piero girando la cabeza y mirándome a mí—. Hugo no va a poder acompañarnos. Me ha rogado que os pida disculpas. Le ha surgido un contratiempo que no ha podido eludir..., ¿verdad, Carlo?

—Me temo que sí. El señor lo lamenta de veras, *signorinas*.

¿Qué? No me lo podía creer. ¡¿Que no podía venir?! Pero ¿por qué? ¿Qué era tan importante para que tuviera que cambiar nuestros planes?

En ese instante me hubiera gustado poder perderme. No sólo Hugo me había dejado tirada, sino que, encima, iba a tener que pasar el día con los dos empalagosos que tenía enfrente.

Carlo carraspeó.

—El señor Saccheri también quiere que sepan ustedes que mañana por la tarde partiremos hacia Nueva York. La documentación que faltaba ha llegado hace un rato, con lo que no habrá ningún problema con el viaje. Mañana, después de comer, llegaremos al aeropuerto de Barcelona, desde donde saldrá el avión privado del señor hacia Estados Unidos.

El día iba de mal en peor. Únicamente me quedaba un día para aprovecharlo con Hugo y él, sencillamente, había desaparecido sin más. Estaba destrozada.

Sammy observó mi reacción y enseguida supo cómo me sentía.

—Álex, cariño, no te preocupes. Hoy vamos a pasar un día estupendo y no nos vamos a separar ninguno de los dos de ti.

Eso precisamente era lo que más me temía. En esos momentos no me

apetecía estar con nadie y probablemente el resto del día tampoco, pero no quería amargarles la jornada, así que intenté poner una de mis mejores sonrisas y subirme así el ánimo a mí misma.

—Está bien. No podemos desaprovechar la oportunidad de conocer la isla. Sería de idiotas, ¿no? —dije, más casi para convencerme a mí que para otra cosa.

Dos horas después estábamos paseando por las preciosas calles de Mahón. Éstas estaban atestadas de gente, pero, aun así, la estampa no podía ser más idílica. El lugar era precioso y tenía un encanto especial. Cualquiera que pasee por allí está condenado a sentir su embrujo.

Gracias a Dios, Sammy y Piero se portaron de maravilla conmigo, estando en todo momento pendientes de mí. Eso sí, estuvimos en todas las tiendas, como ya era habitual cuando iba con mi amiga. En todas ellas vimos objetos que nos gustaron y compramos de todo, cosas que nos hacían falta y otras que no.

También nos hicimos mil fotos: en el casco antiguo, en el mercado, en el puerto con el Mediterráneo de fondo... pero Hugo no iba a salir en ninguna de ellas. Mi cabreo iba en aumento conforme avanzaba el día. Podría, por lo menos, haber dado la cara y, sobre todo, haber dado una explicación de por qué no había venido con nosotros. ¡Parecía tan contento la noche anterior! La conexión entre los dos era real, eso ya lo sabía en esos momentos, pero, entonces, ¿qué podía haber ocurrido para que nuestro último día en las islas Baleares no lo pasáramos juntos...? Simplemente no conseguía entenderlo.

Cuando llegó la hora de la cena, Piero nos recordó que teníamos hecha una reserva. El restaurante lo había elegido precisamente Hugo, porque a él le gustaba especialmente.

Desde luego el sitio no podía tener más encanto. Era precioso y tenía la decoración típica de esa zona del Mediterráneo. Las mesitas, vestidas en tonos blancos y dorados, estaban engalanadas con flores naturales y velas, confiriéndole un aspecto muy romántico. Se encontraba a orillas de la playa y

desde él se podía observar la puesta de sol. Inmejorable... si no hubiera sido porque yo estaba totalmente destrozada ante la nueva huida de Hugo.

Así y todo, tenía la esperanza de que, al menos, viniera a la cena, pero esa esperanza se desvaneció enseguida. Al entrar en el restaurante, Piero le dijo al encargado que había una reserva para cuatro personas a nombre del señor Saccheri, pero aquél lo corrigió, informándole de que la reserva se había hecho sólo para tres comensales.

Tuve ganas de salir corriendo en ese momento. No estaba de humor y encima tenía que hacer el esfuerzo para no amargarles la velada a mis compañeros. No era justo para ellos.

No podía estar más abatida. Mi última noche en aquel paraíso y la iba a pasar sola.

Enseguida nos sirvieron la cena, que por cierto estaba deliciosa. Piero y Sammy estaban muy animados, más cuanto más vino bebían, y no paraban de contar chistes y cosas divertidas, pero a mí ya nada me hacía gracia.

Cuando terminamos de cenar, salimos a la calle a esperar el coche que debía acercarnos hasta el puerto, donde se encontraba la lancha para llevarnos al barco.

El cielo de aquella noche estaba inundado de estrellas. Hacía una temperatura estupenda y el ambiente a nuestro alrededor era muy agradable. Había parejas paseando por la orilla de la playa y otras charlando animadamente mientras tomaban una copa en alguno de los locales de alrededor.

Piero y Sammy no paraban de hacerse arrumacos y no podía culparlos por eso. Eran jóvenes, se gustaban y el sitio era de lo más romántico. Me aparté un poco de ellos para dejarles algo de intimidad. Bastante habían aguantado con estar todo el día a mi lado intentando subirme el ánimo.

Me sentía enormemente decepcionada con Hugo y, sobre todo, conmigo misma. ¿Cómo podía haber sido tan tonta de haberme enamorado de un tipo así?

Una melodía llegó a mis oídos. Procedía de alguna de las tantas terrazas que había. Era una canción que me encantaba, pero que en esos momentos se me clavaba en el corazón. *Need You Now*, de Lady Antebellum. Te necesito ahora.

¡Dios mío!, lo que hubiera dado por pasar esa última noche con Hugo a mi lado.

Mis sentimientos eran más profundos de lo que había imaginado. Tendría que sobreponerme a ellos. Hugo estaba empezando a hacerme mucho daño y no quería pasar por eso. No podía permitírmelo. Bastante había sufrido con la muerte de mi padre un tiempo atrás, como para tener que superar otra pérdida más.

Sumida en mis pensamientos, había seguido caminando, alejándome de Piero y Sammy, cuando delante de mí, en el suelo, vi lo que parecía ser un recorte de una revista del corazón en la que aparecía una foto de Hugo. Bajé de la acera donde me encontraba y di unos pasos hacia delante para recoger la imagen.

Todo pasó de repente.

Al agacharme oí el rugido de un motor, levanté la vista y sólo pude vislumbrar dos focos que me deslumbraban dirigiéndose hacia mí. Me quedé paralizada mientras el coche avanzaba hacia donde yo estaba. Oí a Sammy y a Piero gritar, pero no me moví. Mi cerebro no reaccionó y mi instinto de supervivencia, simplemente, no apareció.

Enseguida comprendí lo que me esperaba. El impacto iba a ser brutal y me iba a destrozar entera. Cada vez oía más cercano el ruido del vehículo que se acercaba peligrosamente hacia mí. Para mi sorpresa, el coche, en lugar de frenar, aceleró. En cuestión de milésimas de segundos, se me echó encima. Era mi final. Lo sabía. No podía hacer otra cosa ya aparte de esperar la embestida y dejarme llevar con la esperanza de no sufrir demasiado dolor.

Cerré los ojos.

En ese instante una brisa muy fuerte movió mi pelo hacia un lado. Mi ropa

también se movió hacia el mismo lado y sentí ese viento golpeando todo mi cuerpo lateralmente de derecha a izquierda. Después de eso, sólo oí un ruido muy fuerte y el sonido de los cristales al romperse.

Todo se volvió calma. Silencio.

Capítulo 11

—¡Oh, Dios mío! ¡Álex...!

Oí gritar a Sammy. Su voz era desgarradora.

Me volví y la vi corriendo hacia mí, con la cara desencajada. Me giré de nuevo para poder mirar hacia delante y comprobé que el automóvil que me iba a embestir ya no estaba allí. Lo busqué con la mirada. Estaba a unos cien metros a mi izquierda, con un deportivo de color negro empotrado en uno de sus laterales. Piero corría hacia donde se encontraban los dos vehículos.

¿Qué había pasado?

Estaba viva.

Sammy llegó a mi lado y se puso delante de mí. Me cogió la cara para que le prestara atención.

—¿Estás bien? —me preguntó aterrada.

Yo la miraba sin entender nada aún y sin poder articular palabra. Ella estaba temblando y tenía las manos heladas.

—¡Joder, Álex! —Sólo dijo eso.

Entonces se echó a llorar y se abrazó a mí con mucha fuerza.

Yo seguía sin entender qué demonios había pasado. Giré la cabeza de nuevo. Quería saber por qué el coche no me había embestido finalmente.

Piero gritaba algo en italiano que yo no era capaz de entender. Estaba intentando sacar a alguien del deportivo negro, el cual, en el último momento, había desplazado con un certero golpe al que iba a atropellarme sin más remedio.

Entonces lo entendí todo. Era el Bentley de Hugo..., el que conducía

cuando se cruzó con nosotras a la salida de la discoteca.

Pero ¿qué hacía él allí?

Me deshice de Sammy como pude y salí corriendo en dirección al coche de Hugo. Me paré en seco. Éste salía por su propio pie del deportivo.

Caí al suelo de rodillas sin dejar de mirarlo. Las lágrimas comenzaron a brotar por mi cara. Él estaba bien.

Nuestras miradas se cruzaron. Él me estaba buscando y salió corriendo hacia mí en cuanto me vio allí tirada.

—Alexandra, ¿estás bien?

Se había arrodillado a mi lado y me abrazaba con fuerza. Me cogió del pelo, tirando suavemente de mi cabeza hacia atrás, y me miró fijamente a los ojos. Su mirada hizo que se me encogiera el alma. Sus ojos reflejaban la gran preocupación que sentía.

—Dime algo, Alexandra. ¿Te encuentras bien...? No soportaría que te pasase nada. Jamás me lo perdonaría.

—Pero... —me costaba mucho hablar—... ¿de dónde has salido? —le pregunté sin comprender nada todavía.

—Eso da igual. Lo único que me importa es que tú estés bien.

—Tienes sangre en la frente —le indiqué.

—¡Joder, Álex! ¿No me has oído?, ¿te encuentras bien? —Su rostro permanecía tenso—. Ahora mismo sólo me interesa eso.

—Sí. Estoy bien... supongo. —Yo seguía en *shock*.

—Vale... —dijo relajándose un poco—. Tenemos que irnos de aquí, Alexandra. La policía y la prensa van a aparecer en cualquier momento y no quiero que te agobien con preguntas idiotas.

—Pero...

—Hazme caso, Alexandra. Sé lo que hago. —No me dejó que le replicara.

Hugo se puso en pie como un resorte y tiró de mí con cuidado de no hacerme daño. Me cogió de la mano y me arrastró hasta su coche.

—¡Piero, llévate de aquí a Sammy! —le gritó Hugo a su primo—. Vuestro

vehículo os está esperando para llevaros a la lancha que os acercará al barco. Yo me encargo de Alexandra.

—Tú sabrás lo que haces —le contestó un resignado Piero, quien a continuación cogió a Sammy y se la llevó de allí, perdiéndose rápidamente en la noche de Menorca.

Hugo y yo nos dirigimos hacia su deportivo. A pesar del golpe que había recibido, prácticamente no se había hecho nada. Sin embargo, el otro vehículo estaba destrozado.

—Deberíamos llamar a la ambulancia y esperar a que llegara.

—No hay tiempo para eso —repuso arrancando el motor.

—Pero el conductor debe de estar grave. —Me giré con la intención de acercarme a echarle un vistazo.

—Sube ahora mismo al coche, Alexandra —me ordenó Hugo con tono amenazador—. ¡Me importa una mierda lo que le pase a ese cabrón! Tenemos que irnos.

Me quedé paralizada. No sabía qué hacer. Mi corazón me decía que le hiciera caso, pero mi raciocinio me indicaba que eso estaba mal.

—Confía en mí, por favor... Sé lo que hago —me pidió ya más calmado.

Su mirada me suplicaba que me fiara de él, así que no pude evitarlo. Subí a su coche y salimos de allí a toda pastilla.

Dejamos atrás las sirenas de la policía y los flashes de la prensa.

Todo me daba igual en ese momento, excepto una cosa: estaba con el hombre que amaba. Eso era lo único que me importaba y acababa de ser realmente consciente de lo que eso significaba.

Todo lo ocurrido no hizo más que demostrarme cuáles eran los verdaderos sentimientos de Hugo hacia mí, a pesar de las idas y venidas a las que me tenía acostumbrada en esos pocos días. Haber estado a punto de perder la vida y que él estuviera ahí de nuevo para cambiar eso no había hecho más que confirmarme lo mucho que yo le importaba.

Hugo me atraía físicamente, mucho, más de lo que nunca hubiera

imaginado que podría hacerlo un hombre, llegando a despertar en mí inesperados deseos... pero, además, con él me sentía segura. Su tacto me transmitía la calidez de la protección, así como un cariño desinteresado. Sin embargo, todo ello contrastaba con la intensidad de su mirada, que me informaba de la poderosa excitación que yo le provocaba.

Por todo eso y porque jamás había sentido nada ni lo más remotamente parecido, sabía que ése era el hombre de mi vida. No sólo estaba perdidamente enamorada de él, sino que, además, tenía claro que los sentimientos que me despertaba serían para toda la vida.

Hugo siguió conduciendo sin dejar de mirar atrás. Su cuerpo estaba totalmente en tensión. Vestía un traje gris oscuro muy elegante y moderno. Debajo llevaba una camisa blanca ajustada que le marcaba todo su escultural cuerpo y lo tenso que estaba. No llevaba corbata y los dos primeros botones de la camisa los tenía desabrochados. A pesar de lo que acababa de pasar, su aspecto era impecable. Era un hombre sumamente atractivo y verlo conduciendo su deportivo de esa manera hacía que aún lo fuera más.

En la radio del coche sonaba una canción que hablaba del destino y de lo caprichoso que se puede mostrar a veces con dos personas. Comencé a tararearla.

Miré a Hugo. Estaba aún más tenso que antes y parecía cabreado. Pulsó algún botón del volante del coche y cambió la emisora.

—¿Por qué la quitas? Me encanta esa canción —protesté.

—Demasiado reveladora.

—¿Qué?

—Ponte el cinturón. Nos están siguiendo —me exigió al tiempo que cambiaba bruscamente de marcha.

Y de repente estaba pegada al asiento. Hugo había acelerado mucho. Había pisado a fondo el pedal de su deportivo y nos deslizábamos por la noche de Menorca a gran velocidad.

—Hugo, vas muy rápido. Me está empezando a dar miedo.

—No te preocupes. No nos pasará nada.

Dio una curva increíble. El coche derrapó y pasamos cerca del muro de contención de la carretera.

Grité. Me estaba comenzando a poner nerviosa de verdad. El camino era ascendente y muy estrecho. A nuestra derecha caía el acantilado.

—Hugo, por favor, para.

—No.

Su firmeza me sorprendió, pero también me causó temor. Seguía conduciendo a demasiados kilómetros por hora. Me asombró su destreza para manejar el vehículo, pero eso no hizo que me tranquilizara. Cada vez íbamos más rápido y cada vez era más difícil poder ver el trazo de la calzada. La luna menguante que había en el cielo tampoco ayudaba demasiado a ello.

—¡Quiero que pares ahora mismo! ¿Estás loco? —le grité.

—Confía en mí, por favor. Sé lo que hago.

La carretera cada vez era más empinada y más estrecha. La velocidad era de vértigo y el corazón se me iba a salir por la boca.

—Por favor... para —le rogué en un susurro esta vez.

Había comenzado a llorar. Estaba muy asustada. El miedo me estaba paralizando.

Hugo me miró horrorizado.

—Lo siento, Alexandra, no pretendía asustarte. Conmigo estás segura, de verdad. Confía en mí.

Había aminorado un poco la marcha. De repente giró el volante, lo que hizo que el deportivo derrapase. En un lateral del camino había un pequeño saliente tapado por varios árboles y nos escondimos tras ellos.

En cuanto paró el motor y apagó las luces, se soltó su cinturón de seguridad y se acercó a mí. Me abrazó.

—Siento haberte asustado.

Mi cuerpo temblaba y yo seguía llorando. No podía hablar. Sólo quería seguir abrazada a él. Sólo así me sentía segura.

Hugo me cogió de la barbilla y me levantó la cara para que lo mirara.

—Perdóname, por favor. No soporto a esa gente... No podía dejar que nos cogieran. Aquí no nos verán.

Las luces de un vehículo pasaron fugaces a nuestro lado. Hugo se quedó observando, pero éste no disminuyó su velocidad. Al parecer los habíamos despistado.

Hugo se giró de nuevo hacia mí y me secó las lágrimas que rodaban por mis mejillas.

De un manotazo le aparté las manos de mi cara. De pronto no quería que me tocara. Había puesto en peligro mi vida y eso no se lo iba a perdonar.

—Alexandra... ¿qué haces?

—¡Déjame en paz! —Comencé a darle puñetazos en el pecho—. Sólo me haces daño. No quiero que te vuelvas a acercar a mí.

Hugo me cogió los brazos e intentó inmovilizarme. Yo me resistí mientras le gritaba que me soltara, que me dejara irme. Intenté abrir la puerta del deportivo, pero no me lo permitió.

—¡No, no voy a dejar que te marches! ¿Estás loca?

—¿Loca, yo? —le grité perpleja.

Me había inmovilizado por completo. Con una mano me sujetaba las muñecas para que no siguiera golpeándolo y con la otra me había cogido la cara para que lo mirara.

—Tranquilízate, por favor.

Seguía intentando zafarme de él, pero Hugo era muy fuerte y, aunque no me hacía daño, no conseguía soltarme.

—¡Eh!... —llamó mi atención—. Mírame.

Me quedé quieta y obedecí. Su cara reflejaba preocupación por mí. Sin embargo, sus ojos expresaban deseo. El deseo que ambos sentíamos el uno por el otro.

Entonces me besó. Me besó tan apasionadamente que el mundo a mi alrededor dejó de existir. No me importaba ya lo que acababa de pasar, ni sus

desplantes anteriores, ni cómo habíamos llegado a esa situación. Únicamente me importaba él y lo que en esos instantes me estaba haciendo sentir.

Su cálida boca inundó la mía. Su cálido aliento me llenó por completo. Me estaba besando como nunca nadie lo había hecho... con ternura, con pasión, con locura, con deseo extremo. Mi corazón latía desbocado. La intensidad de sus labios era casi insoportable. La excitación entre ambos resultaba evidente. Su mano izquierda liberó mis muñecas y se posó en mi hombro desnudo e hizo que me estremeciera. Mis manos, entonces, volaron a acariciarle el pelo. Necesitaba tocarlo, necesitaba sentirlo más aún. Él seguía sujetándome dulcemente la cara. Con cada caricia suya, sentía cómo la electricidad recorría cada poro de mi piel. Ese hombre disparaba mis terminaciones nerviosas, poniéndolas a mil. ¡Lo deseaba tanto!

De repente se separó de mí. Me miraba con una intensidad que asustaba.

—Lo siento, no puedo —me dijo incorporándose hacia su asiento.

Arrancó el coche y pisó el acelerador a tope. Por suerte no había ninguna marcha metida, así que no nos movimos. Golpeó el volante varias veces con la palma de la mano. Tenía todo el cuerpo en tensión. Los músculos de su cuello reflejaban su estado.

Metió la marcha y salimos derrapando.

No habló en todo el camino de vuelta.

Yo no sabía qué pensar y mucho menos qué decir. No entendía nada. Todo en torno a Hugo era una auténtica locura.

Estaba catatónica. Ni mi cuerpo ni mi mente reaccionaban.

Cuando llegamos al puerto, donde nos esperaba la lancha para llevarnos a su barco, lo miré a los ojos. Los tenía inyectados en sangre.

—¿Por qué me haces esto? —le pregunté.

Hugo agachó la cabeza, negando con ella. Levantó las manos en un gesto que lo expresaba todo.

No podía darme una explicación.

Capítulo 12

Llegamos a su yate sin pronunciar palabra alguna ninguno de los dos.

Durante todo el trayecto yo había estado temblando por el frío, o por todo lo que acababa de ocurrir, o por la noche tan extraña que había vivido.

Nada más salir de Menorca en la lancha, Hugo había pasado a mi lado y me había puesto su chaqueta por encima, pero a continuación había seguido avanzando hasta el puente de mandos, donde permaneció hasta llegar a su embarcación.

En esos momentos mil preguntas acudieron a mi mente y necesitaba las respuestas. Necesitaba una explicación de todo. Mis últimas cuatro horas habían sido una auténtica locura y se me escapaban muchas cosas de las manos. Pero en realidad lo que más me dolía era la actitud de Hugo. En algunos momentos se había mostrado encantador y tierno conmigo, y en otros había estado fuera de sí o me había rechazado explícitamente. Sobre todo, lo que más me molestaba de él era la falta de explicaciones por su parte... No saber por qué ocurría todo lo que estaba pasando estaba acabando conmigo.

Me sentía por completo abatida. Quería salir corriendo, perderme en algún lugar donde nadie me pudiera encontrar y encogerme haciéndome un ovillo para que nadie más me pudiera hacer daño. Era incapaz de dejar de llorar, pero tenía que ser fuerte. Estábamos llegando a su dichoso yate y mi orgullo no quería que él me viese en ese estado.

Intenté recomponerme. Intenté sonreír e incluso intenté flirtear con el marinero que me ayudó a subir al barco, en un impulso desesperado por hacer reaccionar a Hugo.

Por suerte surtió efecto. Hugo se nos acercó y se dirigió en italiano a su empleado. No logré entender qué le dijo, pero éste se fue inmediatamente y nos quedamos a solas en cubierta.

—Supongo que lo que querrás es tu chaqueta —le dije mientras me la quitaba y se la ofrecía.

—Sabes de sobra que la chaqueta me importa bien poco, Alexandra. — Volvió a colocármela sobre los hombros.

De nuevo me había tocado y las chispas habían saltado una vez más.

¿Es que él no sentía eso?, me pregunté.

Me miraba intensamente, como lo hacía siempre.

—Siento todo lo que ha pasado esta noche. Lo último que deseo es hacerte daño. Mañana los dos volveremos a nuestras vidas y no nos volveremos a ver.

Me partió el corazón. ¿Cómo podía ser tan duro?

Mi orgullo me impedía decirle lo que sentía por él, pero necesitaba una explicación de todo lo que había ocurrido.

Me quedé mirándolo a los ojos fijamente.

—¿Es por tu maldita herencia, por lo que no quieres estar conmigo? —le pregunté furiosa.

Hugo sonrió.

—¿De verdad piensas que es por eso? Qué poco me conoces, Alexandra —me espetó.

—Entonces, ¿por qué es, Hugo? ¿Temes que le cuente a todo el mundo lo nuestro? ¿Me tienes miedo? ¿Es eso?

—No, Alexandra, no te tengo miedo a ti... Lo que tengo es miedo de mí mismo —me soltó para darse luego la vuelta y ponerse de espaldas a mí.

—¿Qué? —No daba crédito.

—Tengo miedo de no poder controlarme cuando estoy contigo —me contestó casi en un susurro.

—¿Qué? —No salía otra palabra de mi boca. Estaba atónita—. ¿Y por qué

demonios tendrías que controlarte? —quise saber.

—¡Porque, si no, te estaría poniendo en peligro, joder! —exclamó, dándole al mismo tiempo una patada a una hamaca que tenía al lado.

¿Ponerme en peligro? Pero ¿de qué demonios estaba hablando? ¿No estaría más bien hablando de poner en peligro su fortuna personal?

Yo lo miraba intentando comprender qué quería decirme. Si de verdad, como acababa de afirmar, no tenía nada que ver con la cláusula de la herencia, entonces, ¿con qué diablos tenía que ver?

Todo eso me superaba.

Se hizo el silencio.

No sabía qué decir y él... él únicamente miraba al horizonte con las manos en los bolsillos. Su postura corporal denotaba abatimiento.

Permanecimos así un buen rato. No sabía a qué atenerme. No comprendía nada y no quería irme sin una explicación, pero tampoco me iba a quedar allí esperándola eternamente. Estaba claro que ya nos lo habíamos dicho todo el uno al otro, así que me quité su chaqueta y la dejé caer encima de una de las tumbonas. Empecé a andar y pasé a su lado, rozándole el brazo.

—Alexandra... —susurró.

Pero no me detuve. Seguí caminando y alcancé la escalera que llevaba a mi camarote. Había tenido suficiente por esa noche.

No intentó retenerme. Se había acabado todo entre nosotros.

Cuando entré en nuestra habitación, Sammy me estaba esperando.

—¡Dios mío, Álex! Qué locura de noche. ¿Estás bien? Pareces...

Me dejé caer sobre la cama, llorando amargamente. Ella enseguida acudió a mi lado y me pasó la mano por el pelo.

—¿Es por el susto que nos hemos llevado con el tarado que casi te atropella o hay algo más, Álex? —Sammy tenía un sexto sentido para esas cosas y, además, me conocía mejor que nadie en el mundo.

No le contesté. Simplemente no pude hacerlo y seguí llorando. Necesitaba descargarme de la tensión acumulada durante todo el día y toda la noche.

Permanecí así durante bastante rato. Sammy no dijo nada. Sabía que lo único que necesitaba en ese momento era desahogarme y simplemente me dejó tranquila para que pudiera hacerlo. Mi corazón estaba herido y precisaba curarlo.

Capítulo 13

De nuevo la luz del sol inundaba nuestro camarote. Había llegado el día y, con él, mi desconsuelo se hacía más evidente. Me había tirado la mayor parte de la noche llorando, intentando comprender, volviendo a llorar, diciéndome a mí misma que debía olvidar a Hugo, volviendo a llorar otra vez... Estaba exhausta y encima tenía que preparar el equipaje para irnos. Volvíamos a Nueva York. Todo se había acabado... Las vacaciones y mi relación con Hugo, o lo que quiera que hubiésemos tenido, habían terminado. Definitivamente.

Apenas tenía ganas de moverme. Era como si mi cuerpo hubiera triplicado su peso y me encontraba sumamente agotada. Necesitaba darme una ducha. Eso haría que me espabilara y que mejorara un poco mi estado de ánimo o, al menos, haría que me sintiera más relajada.

Sammy seguía durmiendo, así que cogí mis cosas y me metí en el baño. Abrí el grifo de la ducha, pero no salió ni una gota de agua.

Lo intenté varias veces, pero el grifo permanecía seco. En el lavabo tampoco había agua.

—¡Joder!, ¿qué más me puede pasar? —solté en voz alta, muy malhumorada—. Por cierto, universo... Este comentario que acabo de hacer es una pregunta retórica, no es un reto, ¿de acuerdo? Sólo me faltaría que todos los astros se alinearan contra mí para tener más mala suerte aún.

Cogí el telefonillo que había en el baño y llamé. La voz de Carlo se oyó al otro lado del auricular.

—¡Buenos días, *signorina*! ¿Desea usted algo?

—Buenos días, Carlo. Tengo un problema: no sale agua ni en el lavabo ni en la ducha.

—Lo siento, *signorina*. Ha habido una complicación con una tubería y hemos tenido que cortar el agua. Únicamente sale agua en la *suite* del señor Saccheri. Puede ir usted a ducharse allí.

¡Coño, lo que me faltaba! Después de la noche que había pasado por su culpa, lo que menos me apetecía era ir a pedirle que me dejara ducharme en su cuarto de baño.

—No, gracias, Carlo. ¿Y no podría ir, aunque fuera, a la ducha que hay al lado de la piscina?

—No, *signorina*. Ya le he dicho que el agua está cortada en todo el barco, a excepción del camarote del señor. Él también tenía que ducharse y por eso es el único baño que tiene agua.

—Ya... Es que no quiero molestar, Carlo.

—No se preocupe, *signorina*. No será molestia ninguna. Además, el señor ya no debe de estar ni siquiera allí. Tenía una reunión importante a las ocho y ya casi es esa hora, así que debe de estar en su despacho, preparándola.

—¿Estás seguro, Carlo? —No sabía cómo decirle que lo último que quería era encontrarme con su jefe.

—Sí, sí. Puede usted ducharse allí tranquilamente. Al señor no le importará en absoluto. Él tiene una cita importante a la que atender.

—De acuerdo, entonces.

Cogí mis cosas y me dirigí hacia el camarote de Hugo.

Una vez delante de su puerta, respiré profundamente y llamé. Nadie contestó.

«¡Bien, no está!», pensó por mí mi subconsciente.

Giré el pomo, abrí la puerta y entré en un impresionante dormitorio. La estancia era enorme, muy luminosa y con una decoración exquisita.

De repente oí una voz de hombre. Era Hugo. Estaba saliendo de su cuarto de baño y hablaba al mismo tiempo.

—Adelante, Carlo... ¿qué quieres? —preguntó.

—No soy Carlo —atiné a responder.

Entonces apareció delante de mí.

¡Oh, Dios mío! Estaba completamente desnudo. Madre mía, la naturaleza había echado el resto con él. Era el cuerpo más impresionante que había visto en toda mi vida..., perfectamente esculpido. Estaba absolutamente arrebatador, con el pelo mojado y ese porte tan sexy que tenía.

—Alexandra... —me dijo mientras me miraba fijamente a los ojos—. No esperaba que fueses tú, sólo Carlo viene a verme a mi camarote, y di por hecho que era él.

Seguía delante de mí, totalmente desprovisto de ropa, y yo no podía apartar la vista de él.

«¡Joder, que situación más incómoda!», pensé.

Sin embargo, estaba claro que a Hugo no parecía importarle lo más mínimo que lo estuviera viendo desnudo. Era evidente que se sentía muy seguro de sí mismo.

—No... no hay agua en... Carlo me dijo que tú no... Lo siento, da igual.

Me di media vuelta y me dispuse a salir cuanto antes de allí.

—Espera, no te vayas.

Había avanzado hacia mí y lo sentía justo detrás.

No atiné a decirle nada, estaba en *shock*. Me quedé parada. Percibía su aliento en mi nuca. Sentía la poderosa atracción que me provocaba. Quería huir, pero mi cuerpo no me respondía.

Entonces sentí su cálida mano en mi brazo.

¡Ay, Dios mío, me iba a derrumbar literalmente en cualquier momento! Ya tenía otra vez las piernas hechas un flan.

—¿Necesitas algo? ¿Por qué has venido? —me preguntó mientras me cogía del otro brazo y me giraba para ponerme frente a él.

Me iba a dar algo. Mi cuerpo se había independizado de mi mente y no hacía caso a mis órdenes de salir corriendo. Y, para colmo, mis ojos no

tuvieron otra cosa que hacer que mirar a su entrepierna.

—Espera... voy a ponerme algo —dijo sonriendo.

¡Por Dios, qué vergüenza! Se había dado cuenta de cómo lo miraba y me quería morir.

Hugo se puso una toalla alrededor de la cintura, lo que para mi desgracia lo tornó aún más sexy. Vino hacia mí, cerró la puerta y me preguntó qué era lo que necesitaba.

«¡A ti, no te digo!», pensé.

Menos mal que no se lo solté. En realidad, sólo quería irme. Estar con él en la misma habitación sin poder tocarlo siquiera era superior a mis fuerzas y me hacía daño. Mucho daño.

—Únicamente quería ducharme. Está cortada el agua de todo el barco. Carlo me dijo que sólo había agua en tu camarote y que a ti no te importaría que me duchase aquí, ya que se suponía que estabas en una reunión..., pero está claro que se equivocó —terminé de decir, con una mueca de disgusto.

—Anulé la reunión. No estoy de humor esta mañana —me comentó mirándome a los ojos y tal vez escrutando cuál era mi estado de ánimo—. Pero puedes ducharte si quieres, yo ya he terminado.

«Uf... sí. Mejor me doy una ducha, ¡pero bien fría!», pensé.

—De acuerdo, seré rápida. No quiero molestar.

—Tú nunca molestas, Alexandra. Tómate el tiempo que necesites. — Seguía mirándome a los ojos de esa forma tan intensa en la que él lo hacía y por un momento todo se paró. Mi cuerpo se estremeció entero.

Me fui corriendo al baño. Era eso o... Mejor no pensar en ello.

Cerré la puerta y me miré al espejo. Estaba horrible, tenía los ojos hinchados y con unas ojeras tremendas.

La zona de la ducha era enorme. Se encontraba a ras de suelo y estaba toda acristalada a su alrededor. Abrí el grifo y me metí debajo. El agua salía templada y me estaba sentando muy bien. Busqué el bote de gel y me enjaboné. Olía a Hugo. Era su aroma.

De repente creí oír una voz.

—Alexandra...

Efectivamente. Era la voz de Hugo.

Me giré pensando que tenían que ser imaginaciones mías, pero no. Lo tenía justo delante. La puerta de la ducha era totalmente transparente, así que lo veía perfectamente. Se había quitado la toalla y la había dejado caer allí mismo. Volvía a tener su cuerpo desnudo ante mí, para deleite de mis ojos, sólo que esta vez podía admirar, además, toda la majestuosidad de una tremenda erección.

Entonces caí en la cuenta. Yo también estaba desnuda ante él.

—Eres preciosa —susurró con deseo.

Abrió la puerta de la ducha y entró en ella.

Estaba a muy pocos centímetros de mi piel. Me miraba como nunca antes le había visto hacerlo. Desbordaba sensualidad, pasión. Me miraba con vehemencia.

—No lo soporto más. No consigo apartarte de mi mente y estoy perdiendo la razón —me dijo entonces a modo de explicación.

—Pero ayer dijiste... —Hugo me interrumpió.

—Lo sé. De hecho, esto no debería estar pasando, pero en estos momentos, contigo aquí, me da todo igual.

Entonces elevó su mano hasta mi nuca y, tirando de mí, me atrajo con ímpetu hacia él. Yo ya sabía qué venía a continuación y no me pude negar. Nuestros labios chocaron y me besó con tal pasión que me dejó sin aliento.

¡Oh, Dios mío! Nunca había sentido nada parecido con un hombre. Lo amaba, pero además lo deseaba con tal vehemencia que me sentía perdida ante él.

Seguía besándome, recorriéndome la boca, inundándome con la suya mientras sus manos se paseaban de forma experta por todo mi cuerpo, aún con jabón. Sabía exactamente dónde debía parar y en qué instante. Sabía exactamente dónde tocarme y de qué manera hacerlo.

Me estaba haciendo sentir lo que nunca nadie había hecho. Toda la tensión sexual acumulada entre nosotros se estaba liberando. Ambos nos deseábamos desesperadamente y ahí estábamos, besándonos y acariciándonos descontroladamente.

Entonces se separó de mí.

Cerró el grifo y apoyó sus brazos sobre la pared de la ducha, dejándome encerrada entre ellos. Me miraba con ojos de absoluto y desbocado deseo. Me agarró con fuerza las nalgas, me levantó en peso y yo, instintivamente, lo rodeé con ambas piernas. Me empujó contra la pared y pegó su cuerpo al mío. Continuamos besándonos como si eso fuera lo último que fuésemos a hacer en nuestras vidas. Los dos estábamos completamente empapados por el agua y nos faltaba el aliento. Los jadeos resultaban cada vez más intensos. El deseo era insoportable. Los dos necesitábamos sentirnos sólo uno. Mi cuerpo se había rendido a él, y mi mente... mi mente también lo había hecho desde hacía mucho tiempo. Era absoluta y perdidamente suya y de nadie más.

Entonces me separó de la pared y se dirigió, sin soltarme, al dormitorio. Me dejó caer suavemente sobre la cama y se quedó de pie, observándome.

—¿Estás segura de que quieres hacer esto? —me preguntó.

Tímidamente, asentí. Claro que estaba segura. Estaba tan excitada ya que dolía. Tenía una necesidad absolutamente imperiosa de sentirlo dentro.

—¿Y tú? —pregunté casi sin pensar.

Se inclinó sobre mí flexionando sus brazos alrededor de mi cuerpo. Tenía absolutamente todos sus músculos contraídos y preparados para la batalla. Entonces empezó a besarme en el cuello. Quería saborearme. Sentía cómo el deseo de él inundaba todo mi cuerpo a cada paso suyo.

Rozó con su boca una y otra vez mi piel, lamiéndola, succionándola, al mismo tiempo que sus dedos comenzaron a explorar mi sexo. Gemí en el momento en el que abrió mis labios y jugó con ellos mientras buscaba aquello que sabía que me haría perder la cabeza.

No tardó en encontrarlo y, para entonces, a mí ya me costaba bastante

pensar. Toda su mano apresaba mi sexo, haciéndome jadear irreverentemente, mientras sus besos me robaban el poco aliento que me quedaba.

Quise acariciarlo, quise que mis manos le hicieran sentir exactamente lo mismo que él me estaba haciendo sentir a mí. Recorrí su cuerpo como pude, pues seguía perdida en ese mar de emociones desgarradoras, hasta que me encontré con su miembro en la mano. Su suave tacto contrastaba con su enorme dureza. Hugo gimió.

—¡Oh, joder! Te deseo tanto... —susurró.

Se volvió loco ante mis caricias y yo me abandoné completamente rendida ante las suyas, pues siguió besándome insolentemente, manoseando mis pechos, apresándome los pezones y proporcionándome el mayor de los placeres. Los lamió y mordisqueó para después continuar su camino, bajando por mi cuerpo, que se encontraba totalmente arqueado y expuesto ante él.

Recorriéndome con sus manos y su lengua de esa manera, estaba logrando que me sintiera como nadie lo había conseguido nunca antes, y eso me encantó. Mi excitación era tal que había perdido absolutamente el control de mi mente y de mi cuerpo haciendo que me abandonara por completo a él y a sus expertas manos.

—Desearte como te deseo debería estar prohibido —dijo mirándome a los ojos con imperiosa lascivia.

Una nueva caricia suya hizo que mi cuerpo entero se erizara por el placer. Me besó otra vez, ahogando el intenso gemido que solté ante tanta excitación, ya que una de sus manos se había deslizado de nuevo furtivamente por mi entrepierna y sus dedos jugaban conmigo, adentrándose en mi húmedo, excitado y anhelante sexo.

Definitivamente había perdido ya la cabeza del todo. En mi vida me había sentido tan excitada. Abrí los ojos y noté la intensa mirada de Hugo clavándose en mí. No quería que ese momento acabara nunca.

Hugo me estaba abocando a vivir emociones inexpresables que contenían todo lo que ese hombre me hacía sentir.

—Lo que despiertas en mí no es bueno para ninguno de los dos —me susurró al oído entonces.

Pero antes de que pudiera perderme de nuevo en esas vertiginosas sensaciones que me estaba haciendo sentir, alguien llamó a la puerta e instintivamente los dos nos levantamos de la cama corriendo. Me dio tiempo a meterme en el cuarto de baño antes de que Hugo preguntara quién era.

—Soy Carlo, señor. Únicamente quería saber si la *signorina* Alexandra se ha duchado sin problemas.

Hugo ya le había abierto la puerta y Carlo miraba hacia dentro de la habitación con curiosidad.

—Sí, Carlo. Ya se ha duchado sin ningún problema... ¿Quieres algo más?

—No, señor. Eso era todo.

Entonces salí del baño completamente vestida como si acabara de ducharme de verdad. Me fijé en que a Hugo le había dado tiempo a ponerse unos pantalones antes de abrir la puerta.

—Ah, hola, Carlo. Ya he terminado con el baño, gracias Hugo.

Y, sin más, salí de allí y me dirigí a mi camarote como si nada hubiera pasado. No quería que Hugo tuviese problemas por mi culpa y, cuanto menos gente supiera lo que había ocurrido, mejor.

Llegué a mi destino sintiéndome la mujer más feliz del mundo. De no ser por la interrupción de Carlo, habría pasado... Nunca olvidaría ese momento, junto con las emociones y sentimientos que Hugo había despertado en mí. Siempre recordaría esos dulces instantes.

Capítulo 14

Cuando entré en nuestro camarote, Sammy ya estaba despierta y salía del baño refunfuñando por el hecho de que no tuviésemos agua.

Yo sólo podía sonreír. Estaba radiante y probablemente tenía el semblante más luminoso que había tenido en toda mi vida. Sammy me miró con cara de no entender nada.

—Perdona, no te sigo —me dijo sin salir de su asombro—: Anoche no parabas de llorar y ahora no paras de sonreír... ¿Qué me he perdido?

—La verdad es que... —No me decidía a contárselo. Sammy era mi amiga y sabía que podía confiar en ella, pero me daba la sensación de estar defraudando a Hugo si le explicaba lo que había ocurrido. ¿Y si ella se iba de la lengua y se lo contaba a Piero? No quería que, por mi culpa, Hugo tuviera que dar explicaciones a nadie—... estoy mejor que ayer. Al fin nos vamos a casa y todo volverá a la normalidad, por fin.

Sammy me miraba como si no se creyera lo que le estaba diciendo. Me conocía desde hacía muchos años e intuía que le estaba mintiendo.

—Está bien. Si es eso lo que quieres que crea, no te haré más preguntas, pero, si te vuelvo a ver llorar, tendrás que contármelo todo de cabo a rabo, te lo advierto.

Lo dijo muy seria. Era la primera vez que respetaba que no quisiera contarle algo. Supongo que entendió que yo tuviera mis motivos y que éstos fueran lo suficientemente importantes como para no querer que ella supiera nada.

Agradecí su gesto y le sonreí. Tenía una gran amiga y algún día tendría

que hacérselo saber. A veces era un poco bruta, pero estaba claro que sabía cómo se tenía que comportar en los momentos más importantes para mí.

Aun así, Sammy seguía mirándome con recelo, así que intenté aparentar que me encontraba bien, aunque sin ser excesivamente efusiva.

—Y, cambiando de tema, ¿ya lo tienes todo preparado? —le pregunté.

—Me queda muy poco para terminar, la verdad. —Se sentó en su cama con expresión de abatimiento—. ¡No quiero irme de aquí! —dijo a continuación, lloriqueando—. Éstas han sido las mejores vacaciones de mi vida. Este sitio es precioso; el clima es estupendo; la gente, encantadora, y la comida ni te cuento, pero es que encima he conocido a Piero, que es un tío que me entiende a la perfección y con el que me llevo genial... y para colmo los días que he pasado aquí con él, en esta pasada de islas, han sido insuperables y me da miedo volver a casa y que todo esto haya sido sólo un sueño.

Eso mismo sentía yo.

A pesar de lo que acababa de pasar con Hugo, no sabía cómo reaccionaría él la próxima vez que lo viera. Todavía no lo conocía lo suficiente como para saberlo..., pero sí creía en él y en sus palabras. Por alguna extraña razón, tenía claro que no me mentía, aunque también había algo que me decía que iba a ser muy complicado poder estar juntos.

—Te entiendo perfectamente —le dije a mi amiga—, pero seguro que Piero y tú seguiréis manteniendo el contacto. No creo que te deje escapar, tal y como te mira.

Y de verdad que lo deseaba. Entre otras cosas porque, si ella y Piero seguían saliendo, siempre habría algo que, de alguna manera, me uniría a Hugo.

—¡Dios te oiga, porque lo amo, Álex!

—¿Y cómo sabes que es amor? —le pregunté para conocer hasta qué punto sentía por él.

—Pues porque pienso en él y no puedo respirar.

—Eso es asma —repliqué graciosa, debido a mi buen humor.

—Pues entonces lo *asmo* con toda mi alma —me soltó mi amiga muy risueña.

Estaba claro que sus sentimientos iban más allá de un simple encaprichamiento de verano.

—Por cierto... —me dijo mientras buscaba algo revolviendo todas las cosas—... un día de éstos me voy a esconder yo a ver qué cara pone el móvil —soltó cabreada—. ¡Siempre lo pierdo, coño! ¿Tú lo has visto por algún lado?

El resto de la mañana seguimos empaquetándolo todo y buscando el dichoso móvil, que finalmente apareció debajo del último montón de ropa que quedaba encima de la cama, preparado para meter en su maleta. Al mediodía, después de comer unos sándwiches a modo de almuerzo, nos dirigimos hacia el aeropuerto de Barcelona. No pude hablar con Hugo en todo el trayecto, ya que estaba con Carlo en el coche que iba delante de nosotros y, cuando llegamos, él ya se había subido al avión.

Conforme entramos en él, una azafata y Carlo nos estaban esperando para darnos la bienvenida e indicarnos dónde nos teníamos que colocar cada uno. Nos acomodaron en unos asientos que eran bastantes confortables, ya que el viaje iba a ser muy largo y pasaríamos la noche allí. También nos indicaron que le pidiéramos a la azafata que nos estaba atendiendo cualquier cosa que necesitáramos.

Yo me sentía algo desconcertada y no sabía qué pensar. No veía a Hugo por ninguna parte y no quería preguntarle a Carlo por él. No, al menos, sin tener una buena excusa que darle.

El despegue fue tranquilo y enseguida nos pudimos desabrochar los cinturones y acomodarnos en los asientos a nuestro gusto, aunque yo no encontraba la postura de ninguna manera.

¿Y si Hugo no se había subido al avión y ya no lo volvía a ver más? La incertidumbre me estaba matando.

Carlo iba sentado detrás de mí, leyendo un periódico, pero había observado que se había levantado en dos ocasiones cuando una luz naranja con el dibujo de una azafata se había encendido, así que probablemente Hugo se encontraba en otra estancia y era su forma de llamarlo. Al menos eso quería pensar yo. Probablemente Hugo estaba trabajando y por eso no se había reunido todavía con nosotros.

Cuando llevábamos casi ocho horas de vuelo, ya no sabía cómo ponerme. Había cenado, había leído todas las revistas que había en el avión, había visto la película que nos habían puesto, y Hugo... Hugo seguía sin aparecer.

Me armé de valor y me dirigí a Carlo. Le pregunté dónde estaba el baño; así tendría una excusa para salir de allí e intentaría averiguar por mi cuenta si Hugo se encontraba o no en la aeronave. Me daba la sensación de que era mejor que Carlo no supiera que estaba interesada en su jefe. Cuanto menos supiera nadie, mejor.

Amablemente, Carlo me indicó por dónde tenía que ir.

—Conforme salga usted, *signorina*, verá que hay tres puertas. La de enfrente es la de la cabina de mandos y a la derecha tiene usted el baño y una pequeña cocina por si necesita tomar alguna cosa.

—Muchas gracias, Carlo. —Le sonreí.

Efectivamente me encontré con lo que la descripción de Carlo me había dibujado de la distribución del avión... sólo que yo no me dirigí a la parte de la derecha. En la parte izquierda había otra puerta más. Me situé frente a ella y llamé.

—Adelante —me dijo una voz de hombre.

Y eso hice. Entré.

Hugo se encontraba allí. Estaba sentado sobre una cama, con las piernas cruzadas y el portátil encima de él. Terminó de teclear algo y levantó la vista. Automáticamente soltó el portátil y se puso en pie. Llevaba puesto el pantalón del traje con el que habíamos salido de Barcelona, pero no llevaba la chaqueta ni la corbata y tenía la camisa desabotonada, mostrando parte de su

pecho y abdomen. Por lo que pude ver, tampoco llevaba ni los zapatos ni los calcetines puestos. Avanzó hacia donde yo me encontraba con esa seguridad que lo caracterizaba y se quedó parado delante de mí con expresión seria.

—¿Necesitas algo? —me preguntó sin cambiar su frío semblante.

—Bueno, sólo quería... —Carraspeé—. En fin, no sé, quería hablar de lo que ha ocurrido esta mañana.

—Debes olvidar todo lo que ha ocurrido, Alexandra. Es algo que no se volverá a repetir jamás. Lo siento.

¿Qué...? ¡No! No podía estar pasando eso otra vez. Hugo me iba a volver loca con tantas idas y venidas. ¿A qué demonios estaba jugando?

—Pero ¿qué coño te pasa? —le grité. Me había sacado totalmente de mis casillas.

—Lo siento, yo no... —Había agachado la cabeza, intentando escabullirse de mi mirada.

—¡Tú no, ¿qué?! —Seguía fuera de mí, pero esa vez no estaba dispuesta a irme sin ninguna explicación, así que allí me quedé, con los brazos cruzados, mirándolo y esperando su explicación.

—¡Joder, Alexandra, esto es más complicado de lo que tú crees! —dijo levantando su mirada hacia mí.

—¡Ah, ¿sí?! ¿Y por qué es complicado...? ¡Vamos, dime! ¿Por qué no me lo explicas?

—¡Porque no lo entenderías! —me soltó.

—¿Qué? ¿Y por qué no pruebas a ver?

—Alexandra, nosotros no podemos estar juntos y no hay nada más de qué hablar. —sentenció alzando la voz.

Su semblante era todavía más serio. Parecía enfurecido.

—¡Y me lo dices ahora!, ¿después de dejar que me haya enamorado de ti? ¡Eres un cabrón! ¿Qué he sido yo para ti? ¡Dime!, ¿una más en tu lista de conquistas?

—¡Mierda, Alexandra, sabes que eso no es cierto!

—Ah, ¿no? ¿Y, entonces, qué se supone que tengo que pensar? ¿Que en realidad sí te gusto, pero que perderás tu fortuna y que por eso no quieres estar conmigo?

—Mi herencia no tiene nada que ver con nosotros. No es eso lo que me impide estar contigo.

—Entonces, ¿de qué se trata, Hugo?

—No puedo hablar de ello —dejó caer sin más.

Estaba a punto de estallar. La furia se estaba apoderando de mí y él debió de notármelo.

—Mi vida es complicada, Alexandra. Tengo unas normas que no debo obviar. No puedo, ni debo, estar contigo... y diciéndote esto ya te estoy contando algo que no debería. Necesito que confíes en mí. Jamás te haría daño. —Sonrió—. Créeme, precisamente eso es lo último que quiero. —Se apartó de mi lado y se dio media vuelta, dándome la espalda—. Alexandra, no puedo evitar lo que ambos sentimos, pero sí que eso nos complique la vida, al menos a ti.

—Yo... yo... —No sabía qué decir.

Su explicación me había convencido, porque sentía que él me hablaba con el corazón. Notaba que él estaba realmente afectado por lo que había pasado, pero no entendía bien a qué se refería con eso de sus «normas».

Se había dado la vuelta y me estaba mirando de nuevo.

—Hace mucho tiempo decidí, por determinadas circunstancias, vivir mi vida de cierta manera y en esa forma de vida no cabe el amor para mí. Mi vida sentimental, simplemente, no debe existir. —Me miraba implorándome que lo comprendiera—. ¿Es que no lo entiendes, Alexandra? Yo ya no puedo decidir por mí mismo según qué cosas y estar contigo es una de ellas. Lo siento mucho. Esto no tendría que haber ocurrido. ¡No sé qué coño me ha pasado! No he conseguido controlar la situación —acabó diciendo en un susurro, como si de una reflexión que le contrariara bastante se tratase.

Mi mente daba mil vueltas. No entendía nada de lo que me había dicho.

Volvía a hablarme de algo que impedía que pudiéramos estar juntos, pero él aseguraba que no tenía nada que ver con la cláusula de su herencia. Entonces, ¿a qué se refería?

Tenía que asimilar lentamente todas y cada una de las palabras que me había dicho. Quería creerlo, sentía que me decía la verdad y que realmente estaba afectado, pero no comprendía las razones que aducía. No entendía nada cuando me decía que parte de su vida y parte de sus decisiones ya no estaban en sus manos.

Lo peor de todo era que me tenía que conformar con eso, con tan sólo eso. Me pedía que confiara en él y que comprendiera que no quería hacerme daño de ninguna de las maneras. Sin embargo, jamás en mi vida me había sentido tan mal, tan vacía, tan herida.

Estaba tan consternada que ni siquiera reaccioné ante las turbulencias que se comenzaron a percibir. Los indicadores que advertían de que nos sentásemos en nuestros asientos y nos pusiéramos los cinturones se habían encendido.

La azafata llamó a la puerta y nos pidió que volviésemos cada uno a nuestro sitio. Me giré y salí de allí como una autómatas.

La situación me había desbordado por completo y mi mente se había quedado totalmente en blanco. Supongo que esas cosas pasan como manera para protegerse a uno mismo. La mente se vacía y ya no hay problema sobre el que pensar.

Me abroché el dichoso cinturón y miré por la ventanilla. Ya habíamos llegado al continente, así que no tardaríamos en aterrizar. De hecho, el indicador de los cinturones no se volvió a apagar. Estábamos descendiendo.

Después de que el avión se posase en suelo norteamericano, todo el mundo empezó a recoger sus cosas. Yo no quería hacerlo, porque eso significaba que era el final del trayecto, lo que implicaba a su vez que ya no volvería a ver más a Hugo. Se me hizo un nudo en la garganta, me dolía el corazón. Literalmente.

Sammy y Piero sonreían felices y, por supuesto, la azafata también lo hacía. Hasta Carlo tenía el semblante relajado y tranquilo.

Debía recomponerme. Ya tendría tiempo de darle vueltas a la cabeza cuando llegara a mi apartamento. No me apetecía nada lo que se me venía encima. La vuelta al trabajo, la vuelta a la dichosa rutina, el invierno y... y no volver a verlo.

Empezaron a salir todos de la aeronave. Yo me quedé rezagada, haciendo como que terminaba de recoger mis cosas para ver si Hugo salía..., pero no lo vi.

Carlo se me acercó y me preguntó si necesitaba ayuda con algo.

—Es usted la última, *signorina*. Debemos abandonar el avión, ya que tienen que moverlo de aquí para que puedan seguir aterrizando más aparatos.

Si yo era la única pasajera que quedaba, entonces, ¿por dónde había salido Hugo?

—Carlo, no me he despedido del señor Saccheri y me gustaría volver a darle las gracias por todo lo que ha hecho por nosotras.

—Me temo, *signorina*, que ya no llega usted a tiempo. El señor ha salido, junto con los pilotos, por la puerta delantera del avión. De hecho, ya está subiéndose a su coche —me acabó de decir mientras me señalaba para que mirara por la ventanilla.

Hugo se había ido sin ni siquiera despedirse de mí. Con eso me lo confirmaba todo. Estaba claro que yo ya era pasado para él.

Me encaminé hacia la puerta. Me despedí como pude de la azafata y bajé las escalerillas. Al llegar al final, Carlo me llamó.

—*Signorina*, olvidaba darle una cosa.

Lo miré con cara de no saber a qué se refería.

—El señor Saccheri me pidió que le entregara esto.

Lo cogí, sonreí y le di las gracias.

—Me alegro mucho de haberle conocido, Carlo. Es usted un buen hombre. Cuide bien de Hugo, por favor.

Él me sonrió, incluso me pareció ver alguna lágrima asomar a sus ojos, pero se despidió tan rápidamente que se fue sin que me diera tiempo a saberlo realmente.

Un taxi, con Sammy dentro, me estaba esperando. Me subí a él y decidí abrir el paquete que Carlo acababa de darme.

Al principio no sabía muy bien de qué se trataba, hasta que le di la vuelta. Era un marco con una fotografía en él. La fotografía que el *paparazzi* nos había hecho en la cubierta de su barco unos días atrás.

Los ojos se me llenaron de lágrimas. En la parte inferior de la imagen había una nota escrita a mano.

Eres la mujer más fascinante que he conocido en mi vida.

No me guardes rencor, por favor.

H. SACCHERI

Mientras tanto, Hugo iba sumido en sus pensamientos. Su chófer los acababa de recoger en el aeropuerto y los llevaba de camino a casa. Carlo iba informándolo de las reuniones que tenía programadas para los siguientes tres días. Regresaba a su trabajo y a la actividad frenética que éste suponía..., pero Hugo no estaba prestando atención a lo que Carlo le estaba comentando. Simplemente asentía de vez en cuando, pero tenía la mirada perdida en las calles de Nueva York.

Él había llegado a la Gran Manzana, o más bien su cuerpo lo había hecho, porque su mente... su mente estaba a kilómetros de allí. No podía apartar de la cabeza la imagen de Alexandra durante esos días atrás. Era la mujer más bella que había conocido nunca, pero además había conseguido captar su atención de una manera que creía que nadie lo haría jamás. Era inteligente,

sensible, vulnerable, pero quizá lo que más le gustaba de ella era su inocencia y que se había acercado a él por él mismo y no por su dinero.

Le dolía en el alma pensar en las palabras tan duras que le había dicho en el avión. Él también se había enamorado de ella, pero no se lo había confesado. Simplemente no debía hacerlo. No podía hacerlo. Si se lo revelaba, rompería la única barrera que impedía que estuviesen juntos y, por mucho que le doliera, él tenía un objetivo en su vida y Alexandra no entraba dentro de sus planes. Mientras ella pensara que únicamente había sido un pasatiempo para él, lo dejaría tranquilo y lo olvidaría.

Pero ¿y él? ¿Conseguiría olvidarla alguna vez?

Por los altavoces del vehículo comenzó a sonar una balada que describía perfectamente cómo se sentía Hugo.

Sonrió amargamente. La canción no podía relatar mejor todo lo que le estaba pasando. La echaba muchísimo de menos, la quería como nunca habría imaginado que podría llegar a querer a nadie, pero, aun así, había decidido dejarla marchar. Debía dejarla marchar.

Para siempre.

Capítulo 15

La puerta de mi apartamento se cerró tras de mí al entrar en él. Estaba a oscuras, solté las maletas y suspiré. Me invadió una tremenda soledad y me apoyé contra la pared, me dejé resbalar por ella hasta llegar al suelo y, llevándome las manos a la cara, comencé a llorar.

Jamás pensé que algo tan bonito pudiera llegar a causar tanto daño. Con la pérdida de mi padre, tiempo atrás, me había sentido fatal. Con él se había ido una parte de mí. Lo quería por encima de todo. Sin embargo, el ahogo que en ese momento experimentaba era más intenso que el que entonces sufrí; no sólo sentía dolor y vacío, además me sentía decepcionada. Me sentía rota por haber confiado en alguien que finalmente no había apostado por mí. Sólo una vez en la vida me había sentido de ese modo y era justo en aquel preciso instante. Me dolía el corazón. Aquél sería un golpe difícil de remontar.

Los siguientes días resultaron muy duros para mí. La vuelta al trabajo, el comienzo del curso, la preparación de todo el material para trabajar con los niños, las labores de dirección que también ejercía... Todo ello fue muy estresante, pero, gracias precisamente a eso también, conseguí no derrumbarme, no al menos en público. Lo echaba tanto de menos que me dolía, literalmente. Su ausencia asfixiaba mi corazón, pero tenía que sobreponerme.

A veces veía a Hugo en las revistas o en la televisión, acompañado de otras mujeres que supuestamente eran cada una su nueva pareja. Viendo cómo sonreía y cómo las cogía de la cintura, no parecía que se acordase

mucho de lo nuestro. ¡Qué imbécil me sentía! Se había reído de mí y de mis sentimientos, y lo peor de todo era que yo había creído sus palabras.

¡Qué buen actor había sido él y qué ingenua había sido yo!

Poco a poco fui intentando olvidarme de él. Tenía que seguir adelante, debía continuar con mi vida.

Una noche, sumida en mis pensamientos mientras regresaba conduciendo a casa, me fijé en que un motorista se colocó a la altura de la ventanilla de mi asiento y me miró. No podía verle la cara, ya que llevaba el casco puesto, pero por su ropa tenía claro que se trataba de un hombre. De repente aceleró la moto y salió disparado hasta que lo perdí de vista. No le habría dado mayor importancia a no ser porque, cuando llegué a la puerta del edificio donde se encontraba mi apartamento, volví a ver la misma moto y al extraño que la conducía justo enfrente. Aparqué mi vehículo y me metí rápidamente en el vestíbulo. Subí hasta mi piso, encendí la luz y miré a través de la cortina de la ventana. Él estaba mirando hacia donde yo me hallaba, pero, en cuanto me vio, arrancó y se fue.

¿Quién sería ese tipo y cómo sabía dónde vivía? La situación había conseguido asustarme bastante, aunque pensándolo bien a lo mejor todo habían sido alucinaciones mías. Tenía que relajarme. Me dije que una buena ducha lo arreglaría todo. Llevaba mucha tensión acumulada y estaba empezando a afectarme.

Acababa de darme esa ducha caliente, cuando sonó el timbre de la puerta de la calle.

—¿Quién es? —quise saber, aún algo nerviosa.

—Soy Sammy... ¡Abre ya, coño, que me estoy helando aquí abajo!

Me alegré muchísimo de oír su voz. Había hablado con mi amiga varias veces desde que habíamos vuelto de las vacaciones, pero todavía no la había visto y pensé que me vendría de fábula su compañía.

—Vengo cargada con comida china y un par de pelis para ver... ¿Qué prefieres, una de miedo o una romántica?

—Casi mejor la de miedo —le contesté.

—Por supuesto, ¡qué pregunta más tonta he hecho! —Su semblante se tornó serio—. ¿Cómo te encuentras? —inquirió a continuación, mientras me miraba directamente a los ojos, escrutando mi estado.

—He pasado momentos mejores, la verdad. —Los ojos se me llenaron de lágrimas—. Pero has venido para divertirnos un rato, así que nada de historias tristes. Voy a ir poniendo la mesa mientras tú vas preparando la película. Por cierto, cuéntame cómo te va con Piero.

—Bien.

Tenía claro que su respuesta había sido tan escueta porque no quería hacérmelo pasar mal explicándome lo contenta que ella estaba.

—Que tú seas feliz me hace a mí feliz, Sammy —le aclaré, apremiándola para que me explicara algo más.

—La verdad es que estoy encantada con él, Álex. Me hace muy feliz y es muy romántico conmigo. El otro día me dijo algo precioso, me dijo que le recordaba al mar.

—¡Eso será porque lo mareas! —le solté con sorna.

—Ja, ja, ja... ¿Desde cuándo te has vuelto tú tan graciosa?

—Cuéntame más cosas de él, anda —le pedí.

—Sí, para que te cachondees más de mí.

—Que no, que te prometo que ya no me reiré más.

—No sé qué más contarte, Álex. —Con eso ya me lo estaba diciendo todo. Se lo veía en la cara. Sammy estaba completamente enamorada de él y no necesitaba explicarme nada—. La verdad es que es encantador conmigo y nos llevamos muy bien, aunque a veces discutamos por cosas tontas. Él dice que la culpa de eso es mía, porque, según él, soy una inmadura..., pero es que a veces me saca de mis casillas y es entonces cuando me dan ganas de sacar mi pistola y aniquilarlo con mi rayo láser de criptonita —terminó por decir, poniendo cara de Kung Fu Panda asesina.

—Ya. —La miré intentando contenerme para no terminar riéndome a

carcajada limpia por lo que acababa de decir. Ella sola se había delatado y era consciente de ello.

—Vale, tú también piensas que soy una inmadura.

—Sólo a veces, Sammy, pero se te perdona por las otras doscientas virtudes que tienes.

Hizo un mohín y cambio de tema.

—Antes de que nos pongamos a ver la peli, quiero hablar contigo de algo para que no se me olvide. Piero da una fiesta por su cumpleaños la semana que viene y me gustaría que vinieras con nosotros.

—Sammy, sabes que no... No quiero volver a encontrarme con él. —Se me rompió la voz.

«Nada me gustaría más en la vida», pensé para mí... pero lo único que lograría sería hacerme más daño del que ya sentía, así que estaba claro que mi negativa tenía que ser rotunda.

—¿Crees que no he tenido eso en cuenta? —me preguntó Sammy algo molesta—. ¿Por qué clase de amiga me tomas?

No entendía qué me quería decir con eso.

—Ya he hablado de esto con Piero. Me ha asegurado que Hugo no estará en su fiesta; en esa fecha tiene que estar en Japón por cuestiones de trabajo. Y además... —dijo muy despacio, buscando captar mi atención—... me he permitido la licencia de buscarte un acompañante.

—Sammy, no creo que eso haya sido una buena idea. Ahora mismo no me apetece en absoluto salir con nadie.

—Ya, pero a veces hay que hacer cosas que a uno no le apetecen para poder seguir adelante. Todavía eres muy joven como para quedarte encerrada en casa. Un poco de fiesta y un tío al lado que te haga carantoñas no te van a hacer ningún daño.

Fui a abrir la boca, pero Sammy hizo que me callara.

—No hay más que hablar, ¿me oyes? Ya está todo arreglado, así que ese día te pones el vestido más sexy que tengas y te comes el mundo y al que se

te ponga por delante, ¿de acuerdo?

—¡Cualquiera te dice que no! —le contesté sonriendo—. Iré, lo prometo, pero, eso sí, antes quiero saber quién será mi cita esa noche.

—Eso es una sorpresa —me contestó con ojos picarones.

—¡Sammy...!

—No insistas, no te lo voy a decir. Y ahora, silencio, que ya empieza la peli.

Me quedé pensando en las palabras de Sammy. Tenía claro, a pesar de que no me apeteciera lo más mínimo, que salir y conocer gente nueva me iba a venir muy bien y tarde o temprano tendría que rehacer mi vida, así que mejor temprano que tarde.

Los días siguientes apenas tuve tiempo para acordarme de la fiesta de Piero. Por suerte para mí, el trabajo me absorbía casi todas las horas, aunque no me importaba. Trabajaba con niños autistas y la satisfacción de verlos avanzar, aunque a veces fuera muy despacio, hacía que me sintiera bien. Cuando estaba con ellos me olvidaba del mundo y sólo me concentraba en sacar lo mejor de cada uno.

Una mañana, estando en mi despacho, llegó una carta dirigida al responsable del centro donde trabajaba. En ella explicaban que nos denegaban las ayudas que hasta entonces habíamos estado recibiendo y que hacían que el tratamiento de esos niños fuera posible. No me lo podía creer. Nos decían que a partir de ese momento las subvenciones tendrían que ser privadas, ya que el dinero público que habíamos estado percibiendo hasta entonces se esfumaba por culpa de la crisis.

Me hundí en el sillón y me vine abajo. En otro momento hubiera sacado fuerzas y me hubiera ido a patear toda la ciudad en busca de esas ayudas, pero, tal y como me encontraba anímicamente, no podía hacerlo. Me sentía tan débil y tan vulnerable en esos tiempos que sólo quería gritar y llorar de rabia y de frustración.

No conseguir las ayudas supondría perder mi trabajo y el de casi veinte

compañeros más, y lo peor de todo era que nuestros niños también perderían nuestro apoyo y, por tanto, su tratamiento.

No podía empezar peor el día. No quería contárselo todavía a mis compañeros. Era viernes, así que, cuando acabó nuestra jornada laboral, me despedí de ellos y me fui sin decirles nada del asunto. No quería arruinarles el fin de semana. El lunes tendría que explicárselo, pero hasta entonces me daría tiempo a pensar en algo que quizá pudiera solucionar el problema.

Mientras volvía conduciendo a casa hablé con Sammy por el manos libres. Me había llamado para recordarme lo de la fiesta. Con todo lo que había pasado en el trabajo, casi se me había olvidado, pero no se lo dije.

—Ya sabes que pasaremos por ti sobre las ocho y que espero verte con el mejor vestido que tengas. ¡No, con el mejor no! —se corrigió—, con el que más curvas te marque. Tienes que estar espectacular. No puedes defraudar al acompañante que te he buscado.

—Bueno, veré lo que puedo hacer. Te advierto de que no me encuentro de muy buen humor hoy, pero intentaré estar a la altura de las circunstancias. Luego nos vemos, Sammy.

Colgué el teléfono, y mi mente, entonces, fue consciente de que ya llevaba un rato viendo por el espejo retrovisor a un motorista que me seguía. Era el mismo tipo de la vez anterior. La última semana me había seguido puntualmente todos los días desde mi apartamento hasta mi trabajo y, cuando llegaba a él y lo miraba desde la ventana, arrancaba y se iba. No sabía si me estaba volviendo loca y eran imaginaciones mías o realmente era eso lo que ocurría todos los días.

Me dije que a lo mejor es que daba la casualidad de que entraba a la misma hora a trabajar que yo y teníamos la misma ruta. Podría ser eso... pero, entonces, ¿por qué siempre se paraba enfrente de mi trabajo y se esperaba hasta verme en la ventana para irse?

La situación empezaba a preocuparme, a pesar de que extrañamente no lo sentía como ninguna amenaza. Más bien parecía que estuviera velando por

mi seguridad. Pero el caso es que estaba siendo observada por un desconocido y no me sentía cómoda con la situación. Si las cosas seguían así, tendría que hablar con alguien de ello o incluso llamar a la policía si fuera necesario. Pero, claro, ¿qué les iba a decir...? ¡¿Que todos los días un motorista me escoltaba hasta mi trabajo y que luego se esperaba para asegurarse de que había entrado en el edificio, y que lo arrestaran por ello?! ¡Qué locura!

Sin embargo, ese día decidí hacer algo al respecto. Paré el coche, me armé de valor, me bajé de él y me dirigí hacia donde estaba el tipo parado, pero, en cuanto descubrió mis intenciones, salió a todo gas. No me dio tiempo a llegar donde estaba y pasó por delante de mí como un rayo, sin que pudiera saber de quién se trataba. Al menos, eso sí, ya sabría que lo había descubierto y que le había plantado cara. Esperaba que eso fuera suficiente como para asustarlo y que no volviera a molestarme nunca más.

A las ocho en punto, Sammy me hizo una llamada perdida para que bajara. Piero estaba esperándome en la puerta del coche para abrirmela.

—Buenas noches, Piero. ¡Muchísimas felicidades! —le dije, al tiempo que le daba un beso en la mejilla. Después él me abrió cortésmente la puerta de su deportivo y, con un gesto, me invitó a entrar en él—. Tú tan caballero como de costumbre.

—Buenas noches, Álex. ¿Cómo no voy a ser un caballero con una dama tan bella como tú? —me contestó adulator.

—Buenas noches, Sammy. ¡Pero qué zalamero es Piero! —le dije—. No me extraña que te tenga tan enganchada.

Sammy me miró picarona.

—Bueno, eso no es precisamente lo que más me engancha de él —me contestó, al tiempo que se reía con autosuficiencia.

—Vale, no quiero saber nada más. Por cierto, ¿dónde está mi acompañante? Ya tengo ganas de saber quién es. Me has tenido toda la semana en vilo.

—Lo sabrás en cuanto lleguemos. Ten paciencia —me pidió mi amiga.

Más que impaciencia, lo que tenía era curiosidad por saber de quién se trataba. No imaginaba quién podía ser, aunque probablemente ni siquiera lo conociera, eso era lo más seguro.

El club privado donde Piero celebraba la fiesta no estaba lejos de mi casa, así que tardamos poco en llegar.

Como mandaba la tradición, el cumpleaños debía ser el último en entrar al local, así que, cuando llegamos, todos los invitados habían pasado ya dentro. Únicamente esperaba una persona fuera y estaba de espaldas.

—Ahí tienes a tu cita —me anunció mi amiga, satisfecha.

En ese momento él se giró.

No me lo podía creer. No podía creer que Sammy me la hubiera jugado de esa manera. Matt estaba allí.

Capítulo 16

—Buenas noches, Matt; te presento a Piero —dijo mi amiga.

Matt le dio la mano cortésmente al novio de Sammy, la saludó a ella con dos besos y después se giró hacia mí.

—Buenas noches, Álex. Cuánto tiempo... Me alegro de verte.

En ese mismo instante ya no me importaba nada en el mundo excepto una cosa: agarrar el cuello de Sammy y retorcérselo hasta dejarla sin respiración. ¿Cómo podía haberme hecho eso?

Jamás hubiese imaginado que mi cita a ciegas iba a ser con Matt, el guapo y capullo novio que unos meses atrás me había encontrado con otra en mi propia cama.

Estaba al tanto de que Sammy había seguido hablando con él en varias ocasiones. Según me contaba, lo veía realmente arrepentido y éste le decía que no podía vivir sin mí. Pero a mí todo eso me daba igual. Había traicionado mi confianza y Sammy sabía cuánto me había molestado eso.

Además, nuestra relación no hubiera llegado nunca a ningún puerto. Yo no estaba enamorada, pero es que, encima, que me hubiera engañado de esa manera no mejoraba lo que sentía por él. Tenía claro que era agua pasada para mí, y más después de lo que había llegado a sentir este verano por Hugo.

El problema, al parecer, era que Matt no lo tenía claro aún y todavía estaba intentando quemar su último cartucho.

Ideas fugaces de hacerle mil cosas al impresentable de mi exnovio acudieron a mi mente... desde darle una patada donde más le doliera y entrar sola a la fiesta hasta pegarle, en su cuidado y largo pelo, el chicle que estaba

masticando para que se lo tuvieran que cortar y perdiera todo su *sex-appeal* y sus exclusivos contratos de modelo.

No obstante, opté por la más sencilla de todas: no entrar en confrontación, no remover las cosas, poner mi mejor sonrisa, agarrarlo del brazo y entrar con él a la dichosa fiesta. Eso sí, no se lo iba a poner nada fácil. La venganza sería un plato que iba a servir bien frío.

Una vez dentro, al principio de la noche todas mis fuerzas iban destinadas a lanzarle toda clase de pullas a Sammy y a Matt, por la encerrona en la que me habían metido, pero enseguida me di cuenta de la tensión que estaba creando y decidí que Piero no se merecía eso en su cumpleaños, así que empecé a relajarme y a cambiar de actitud. Todos lo agradecieron, aunque Sammy sabía que la tormenta aún no había pasado y que mi cabreo con ella me iba a durar varios días.

—¿Nos tomamos la última antes de irnos? —preguntó Matt—. Está claro que con la música que han puesto quieren echar ya a la gente.

Llevábamos ya como cuatro horas de cumpleaños y habían bajado un poco las luces del local y el ritmo de las canciones. De hecho, en la pista cada vez había más parejas bailando muy acarameladas.

Piero, que ya se había puesto en pie, se dirigía a la barra a pedir otra ronda. De vuelta con los mojitos, no venía solo. Una pareja iba detrás de él. Cuando se apartó y vi de quién se trataba, me quedé helada. Era Hugo. Con otra mujer.

Él pareció sorprenderse tanto como lo había hecho yo. Se quedó parado unos instantes, pero Matt enseguida lo saludó como si lo conociera de toda la vida. En realidad no lo conocía de nada, pero supuse que sabía perfectamente quién era por la televisión y las revistas. Sammy también lo saludó y entonces Hugo les presentó a su acompañante.

Mientras se daban a conocer unos a otros, Hugo me miraba fijamente con una expresión indescifrable en la cara. Yo, por mi parte, no sabía dónde

meterme. Hasta ese momento había sido un día horrible y pensaba que nada lo podía empeorar más, pero estaba claro que me había equivocado de lleno.

—Buenas noches, Alexandra. —Mi nombre sonaba en su boca como la mejor de las melodías.

—Hola. —Eso fue todo lo que pude decir yo.

Quería gritar, salir de allí corriendo y perderme, pero tenía que guardar la compostura. No quería parecer una desquiciada. Por tanto, armándome hasta los dientes de valor y mucha mala leche, esboqué mi mejor sonrisa, le di dos besos a Hugo, me presenté a su querida y me agarré a la cintura de Matt, quien se sorprendió gratamente por mi actitud y me devolvió su afecto cogiéndome de la mano y dándome un beso en la mejilla.

A Sammy, que no sabía dónde meterse, se le iba y se le venía el color del rostro. Supongo que estaba pensando en la posibilidad de que allí ardiera Troya con ella dentro... y no iba muy desencaminada. ¡Querían fiesta, pues la iban a tener!

—Bueno, primito... ¿tú no tenías que estar en Tokio hoy? —le preguntó Piero, con algo de nerviosismo, a Hugo.

—En realidad lo arreglé todo para que los japoneses vinieran aquí y no tener que desplazarme. Por nada del mundo me hubiese perdido tu fiesta de cumpleaños... aunque ya veo que buena compañía no te falta. —Me miraba a mí directamente mientras terminaba de decirlo.

—La verdad es que, con Sammy aquí, tengo todo lo que un hombre puede desear, así que estoy feliz. Por cierto, ¿por qué no vamos a bailar un poco? —sugirió, en un intento de que la cosa se calmara un poco. El ambiente estaba realmente tenso y probablemente ésa era su forma de intentar resolver la situación sin que comenzara una guerra.

—¡Muy buena idea, Piero! —exclamé tirando de la mano de Matt hasta arrastrarlo a la pista de baile.

Me abracé a él como si me fuera la vida en ello y él parecía estar encantado. Lo hubiera besado si hubiera sido necesario con tal de intentar

fastidiar a Hugo, pero no hizo falta. Con su acostumbrada seguridad, se acercó a nosotros y se separó de su amiguita.

—Cambio de parejas —anunció Hugo, cogiéndome por la cintura y acercándose a él todo lo que le fue posible y yo le permití.

Matt, que se había quedado bastante sorprendido, no tuvo más remedio que coger a Miss Melones y empezar a bailar con ella.

Mientras tanto, Hugo comenzó a dirigir los movimientos de nuestros pasos de baile con su habitual elegancia. Cada vez tiraba más de mí hacia él. Mi cuerpo empezó a rendirse ante sus poderosos brazos y finalmente dejé de oponer resistencia ante su notable perseverancia.

—Ya veo que no has perdido el tiempo —me dijo susurrándome al oído y mirando a Matt de reojo.

—Bueno, ya veo que tú tampoco —contesté agriamente.

—Ella no es importante para mí.

—Ya... ¿Y lo sabe? Porque a lo mejor deberías aclarárselo antes de hacerle daño y romper su corazón en mil pedazos como hiciste conmigo —le solté sin pensar.

Se separó de mí y me miró tan intensamente que me dio miedo.

Matt, que no dejaba de observarnos, aprovechó la oportunidad y volvió a cogermme para bailar. Hugo, a pesar de su reticencia inicial, no tuvo más remedio que regresar con su amiguita, no sin antes lanzarle a Matt una mirada enfurecida.

Pero no había pasado ni medio minuto cuando volví a oír que Hugo decía:

—Cambio de pareja otra vez.

—¡Pero tío, si acabamos de cambiar! —protestó Matt.

—Ya, pero es que aún no he terminado de hablar con Alexandra —rugió con rabia.

Lo agarró y prácticamente lo lanzó contra Miss Melones, quien recibió a Matt con los brazos abiertos y los airbags a pleno rendimiento.

—No creo que nosotros tengamos nada más de que hablar —le espeté yo

—. Estoy feliz con Matt, así que quiero seguir bailando con él.

—¡Y una mierda! —bramó Hugo, elevando su tono de voz lo suficiente como para que todo el mundo nos mirara.

Su cabreo iba en aumento y volvió a agarrarme con fuerza. Intenté zafarme de él, pero no me lo permitió.

—Suéltame, quiero irme.

—Está bien —me dijo aflojando la fuerza que ejercía sobre mí—, pero seré yo quien te lleve a casa —sentenció amenazadoramente.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres? —Le estaba gritando porque me sentía muy furiosa con él—. Me iré con quien me dé la gana. Tú no eres mi dueño, ¿te enteras?

No tuvo más remedio que soltarme. Todo el mundo nos miraba.

Agarré a Matt del brazo y le pedí que me sacara de allí y me llevara a mi casa.

Hugo apretaba los puños con fuerza. Percibía su ira, su sentimiento de impotencia.

Sammy me miraba con cara de absoluto desconcierto.

—Gracias por la fiesta, Piero. Estoy cansada y Matt me va a acompañar a casa. —Le di un beso a él y uno a Sammy y nos fuimos.

Matt estaba que se salía de contento. Él pensaba que por fin había conseguido lo que perseguía y hasta era posible que lo hubiera hecho de verdad. Estaba tan enfadada, tan furibunda, que en ese momento hubiera hecho cualquier cosa que le hubiera causado daño a Hugo, incluso acostarme con Matt si hubiese sido necesario. Al menos así descargaría parte de la rabia que acumulaba en mi interior.

Una vez fuera del club, no hacía más que darle vueltas a la cabeza. No entendía la actitud de Hugo, para variar. Me hervía la sangre, tenía ganas de... No sabía muy bien de qué tenía ganas, pero sí tenía claro que estaba deseando que Matt volviera con su coche para irnos de allí de una vez.

—Por favor, déjame que sea yo quien te lleve a casa.

Me giré y Hugo estaba justamente detrás de mí.

—Ya tengo quien me lleve —le solté furiosa.

—¡Ya! Así que me estás diciendo que prefieres que te lleve el cabrón ese antes que yo, ¿no?

Estaba estupefacta. No salía de mi asombro.

—¡¿Perdona...?! Matt no es ningún cabrón.

El Bentley de Hugo, con su chófer, acababa de aparcar justo delante de nosotros.

—¡No me hagas reír, Alexandra! Que tu novio se acueste con otra en tu propia cama creo que cabe perfectamente en la definición de lo que es ser un cabrón. —Me miraba muy cabreado.

¿Cómo demonios se había enterado él de eso? Estaba alucinada.

—¡¿Sí?! Pues es que resulta que lo he perdonado y, además, lo que yo haga con mi vida no es asunto tuyo —le ladré.

—En eso te equivocas, Alexandra. No voy a permitir que un capullo como ése te haga daño. Y ahora sube al coche, por favor —dijo abriéndome la puerta del deportivo.

—No.

En ese instante llegó Matt con su coche y me dirigí hacia él. Hugo me agarró del brazo.

—¡Por favor, Alexandra! —suplicó.

Pero yo me solté. Me metí en el coche de Matt y éste salió derrapando. Pude ver cómo Hugo se quedaba de pie en la acera, mirando tremendamente furioso cómo me alejaba de él.

No tardamos mucho en llegar a mi calle. Matt aparcó e insistió en acompañarme hasta la puerta. Mi cabeza no podía pensar con claridad después de todo lo que había ocurrido, así que no me negué.

Sin darme cuenta estábamos en la entrada del edificio buscando las llaves en mi bolso. Me giré para despedir a Matt, ya que era consciente de que la

mejor opción no era que subiera a mi piso, pero justo en ese momento llegó Hugo en su Bentley.

¿Cómo podía ser tan arrogante? No podía meterse en mi vida de esa manera. No podía entrar y salir de ella cuando le diera la real gana. No se lo iba a permitir.

Agarré la cara de Matt y lo besé con toda la intensidad que mi estado de ánimo me permitió. Eso debió de ser suficiente para disparar todas las terminaciones nerviosas de mi acompañante, que me cogió en brazos y, sin dejar de besarme, me llevó hasta mi apartamento.

Abrí la puerta y entramos.

—¿Por qué no nos tomamos una copa antes? —le dije casi sin aliento, separándome de él.

—¿Y para qué vamos a perder el tiempo con eso? Estoy deseando follarte, nena.

Antes de que Matt me alcanzara, pude ver a través de la ventana que Hugo se había bajado de su coche y miraba hacia mi apartamento. Su rostro lo decía todo, pero ya era tarde para él. Matt me había cogido y me llevaba directamente al dormitorio.

Capítulo 17

—¿Que te acostaste con Matt?! ¡No me lo puedo creer! —Sammy tenía cara de estar absolutamente sorprendida, gratamente sorprendida más bien—. Entonces, ¿estáis saliendo otra vez?

—¡Nooo! —contesté rápidamente a su pregunta—. Sólo fue... ya sabes... sólo fue sexo.

—¿Y se lo has dejado claro a él?

—No tengo nada que dejar claro. Lo que pasó fue simplemente que me dejé llevar por las circunstancias, pero no se volverá a repetir. No quiero tener nada que ver con Matt.

—¡Ya! ¿Y qué circunstancias son esas que hacen que te vuelvas a acostar con un ex tuyo, del cual ya no vas a querer saber nada más después?

—A ver, Sammy... Somos adultos, habíamos bebido, me acompañó a casa y una cosa llevó a la otra.

—Mira, Álex, te conozco desde hace mucho tiempo y detrás de que te acostaras con Matt hay algo más, si no, no lo hubieras hecho. —Me miraba con cara de preocupación—. ¡Si casi me matas cuando descubriste que él era tu cita a ciegas!

Sammy tenía razón, como casi siempre. Llevaba ya un rato ordenando las cosas del salón con tal de mantenerme ocupada mientras hablaba con ella para no pensar demasiado, pero en ese momento, en ese mismo instante, fui consciente de mis actos. Me senté abatida en el sillón y se me llenaron los ojos de lágrimas. Sammy se sentó a mi lado y me cogió la mano, pero

permaneció en silencio. También para ella se acababa de hacer evidente cuál era mi estado de ánimo y a qué se debía.

—¡Me dejé llevar por la rabia que sentía en ese momento! —le solté entre sollozos—. Quería hacerle daño a Hugo..., pero lo único que he conseguido es hacérmelo a mí misma. Soy idiota.

—Álex... no digas eso. Cualquiera que hubiera estado en tu situación hubiese hecho lo mismo. No eres una idiota por eso.

Las lágrimas no paraban de brotar y los sentimientos de tristeza y vacío iban aumentando en mi pecho. Me dolía cómo me había comportado por dos razones. La primera era porque no quería crearle falsas esperanzas a Matt sobre una relación que jamás existiría. Y la segunda, más importante para mí, era que no podía dejar que el resentimiento que el rechazo de Hugo me había causado nublaste mi raciocinio de esa manera. No podía permitir que su presencia influyera en mi comportamiento hasta el punto de perder los papeles y hacer cosas de las que en ese momento estaba inmensamente arrepentida.

—Álex... No te martirices, no merece la pena. Intenta pasar página y ya está. El tiempo apaciguará las cosas.

—Tienes razón, tengo que sobreponerme a todo esto. Me centraré en mi trabajo y en los niños. Eso me ayudará. Además, ahora me necesitan más que nunca.

—Y, eso, ¿por qué? ¿Ha pasado algo en el centro que deba saber? —Sammy me miraba preocupada.

Había conseguido dejar de llorar, pero, aun así, todavía me costaba hablar. Suspiré, cogí fuerzas y le expliqué a Sammy el problema que se nos venía encima.

—Nos han retirado todas las ayudas que recibíamos por parte del Gobierno y, si no encuentro un benefactor que quiera apoyar nuestra causa, tendremos que cerrar, con lo que eso supondrá para nuestros niños y para

todos los trabajadores del centro, que por cierto aún no saben nada del asunto. Mañana tendré que contárselo todo y no me hace ninguna gracia.

Sammy se quedó pensativa. Desde luego nadie querría estar en mi situación y eso era lo que probablemente se le estaba pasando por la cabeza en esos instantes.

—Podríamos organizar una fiesta benéfica y, con los contactos que tiene Piero, seguro que lograríamos recaudar bastante dinero.

—Te agradezco la intención, Sammy, pero eso no sería suficiente. Esa suma que se recogiera duraría un tiempo, pero, y luego, ¿qué? Estaríamos otra vez en la misma situación. Se trata de buscar varias empresas que se comprometan a hacer aportaciones importantes y periódicas con las que nosotros contemos de forma continuada. De otra manera no saldríamos adelante.

—Lo siento mucho, Álex. ¡Vaya marrón...! No me gustaría estar en tu lugar, la verdad.

—A mí tampoco..., pero no me queda otra. Mañana lo comunicaré en el centro y me dedicaré toda la semana a buscar esas ayudas.

Lo cierto es que, aunque lo dije muy decidida, no tenía ni la menor idea de por dónde empezar. No conocía a nadie en ninguna gran compañía ni multinacional, y conseguir una entrevista con un directivo para pedirle una enorme cantidad económica, así, sin más, sin duda iba a resultar muy complicado. No obstante, tenía que intentarlo.

Al día siguiente me dirigí a mi trabajo. Como todas las mañanas desde que había vuelto de las vacaciones, ahí estaba el motorista siguiéndome a cierta distancia, pero sin perderme de vista. Ya me había acostumbrado a su presencia y casi había dejado de ser, por raro que pareciera, una amenaza para mí. Realmente, si hubiera querido atacarme o hacerme daño, lo hubiera podido hacer, pues ocasiones no le habían faltado. Sin embargo, era como si simplemente estuviera ahí para vigilarme y asegurarse de que siempre llegaba

bien a mi destino. Una vez que entraba por la puerta del trabajo, desaparecía hasta que salía... o al menos eso era lo que yo percibía.

El lunes, después de terminar la reunión de trabajo que cada primer día de la semana realizábamos para planificar las labores semanales y coordinar los tratamientos de cada niño, les pedí a todos los empleados que se quedaran un rato más, pues tenía que explicarles algo.

No se tomaron muy bien la noticia; de hecho, yo parecía ser la más optimista en cuanto a la situación que se nos venía encima.

Con todo el peso de la responsabilidad que suponía asumir el reto de buscar las ayudas y que no clausuraran el centro, cerré la puerta de mi despacho detrás de la última persona que salió de la reunión y, totalmente abatida, me derrumbé sobre mi silla de trabajo y me eché las manos a la cabeza. Un nudo se hizo en mi garganta. No sabía por dónde empezar.

Supuse que hacer un listado de las grandes compañías de la ciudad que hubieran colaborado alguna vez en alguna obra social sería un buen punto de partida.

Cuando acababa de coger lápiz y papel para dedicarme a ello, llamaron a la puerta. La mujer de la limpieza traía una carta dirigida a la directora del centro. Ésa era yo.

Miré la carta para ver de dónde provenía. No quería abrir más facturas esa mañana. Total, si no hallaba una solución no iba a tener cómo pagarlas de todas formas.

Sin embargo, el remitente no era ninguno de nuestros proveedores habituales, así que decidí abrirla.

Era una carta escrita a mano, dirigida a mí personalmente, de parte del presidente de SM HOLDINGS.

SM HOLDINGS

120 WALL STREET-NEW YORK, NY 10005

(877) 452-6546

smholdings-president@smholdings.com

Estimada señorita Roberts:

Me dirijo a usted conociendo la precaria situación financiera por la que atraviesa su centro y con el único fin de concertar una reunión, en la que seguramente podremos llegar a un acuerdo económico que permitirá la continuidad de su admirable labor y la de sus compañeros, durante al menos cinco años más. La espero para comer hoy. Un coche la recogerá a las doce del mediodía en su lugar de trabajo.

Atentamente,

H. SACCHERI MANN

¡No me lo podía creer! Conforme mi optimismo y alegría iban aumentando, mis esperanzas se iban desvaneciendo al mismo tiempo. Esa carta provenía de Hugo.

¡¿Cómo se atrevía a meter las narices también en mi trabajo?!

A pesar de lo que significaría para mucha gente, no estaba dispuesta a que me manipulara de esa manera intentando comprarme con su beneficencia. Me hervía la sangre y Milly debió de notármelo, ya que no me había quitado el ojo de encima desde que me había entregado la carta.

—¿Está usted bien, señorita Roberts? —me preguntó preocupada.

No sabía qué contestarle. Eran tanto buenas noticias como malas, pero eso ella no lo entendería y, además, no iba a contarle mi vida privada.

—Sí, Milly, no te preocupes. De hecho, son muy buenas noticias, sólo que tengo que hacer algo que no me apetece en absoluto. Eso es todo.

Lo acababa de decidir. Estaba mirando las fotos de final de curso que nos hacíamos siempre con los niños y estaba claro que tendría que tragarme mi orgullo por ellos. No me hacía ninguna gracia, pero resultaba evidente que no

podía rechazar su propuesta. Ni los empleados ni los niños se merecían lo que nos estaba pasando y una oportunidad así no iba a surgir todos los días.

A las doce en punto, el Bentley de Hugo aparcó en la puerta de mi centro de trabajo. Treinta minutos más tarde estaba entrando en el restaurante más caro y lujoso de Nueva York. Me acompañaron hasta una mesa que había en una especie de reservado. Hugo, que no me había quitado la vista de encima desde que había entrado en el local, estaba sentado y hablando por el móvil.

—Un segundo, por favor —dijo susurrándome y haciendo un gesto con la mano mientras seguía hablando por teléfono con su interlocutor—. Me da igual lo que te parezca. Las cosas se van a hacer cómo yo diga... Me importa un bledo lo que piense el consejo, es mi empresa y mi dinero. Además, no voy a seguir hablando contigo de esto por dos razones. Una, yo decido lo que hago con mi capital y no hay lugar a discusión al respecto, ¿queda claro? Y dos, ahora mismo estoy ocupado con algo mucho más importante.

¿Desde cuándo yo había pasado a ser una ocupación importante para él?

Pero ¡qué tonta era! Con todo lo que me había hecho pasar, ¿y de pronto me ponía a pensar que a lo mejor podía ser importante para él?

Estaba claro que mi cerebro se iba de vacaciones de vez en cuando sin avisar.

Su intensa mirada me vigilaba, intentando obtener algún indicio sobre cuáles eran mis sentimientos en ese momento, por lo que decidí hacerle patente mis intenciones poniéndole mi cara de «estoy aquí únicamente por negocios, así que no te la juegues».

—Hola, Alexandra.

El simple hecho de oír su voz pronunciando mi nombre ya hacía que me volviera más vulnerable... pero tenía que ser fuerte. Había acudido a la cita decidida a mantener exclusivamente una conversación de negocios con él y, con las mismas, largarme. Tenía que demostrar mi profesionalidad y dejar al margen mis sentimientos. No podía fallarles a mis compañeros y mucho menos aún a mis niños.

—Buenos días, señor Saccheri —le contesté con indiferencia.

Se quedó helado. Su semblante se tornó serio. Supongo que no esperaba una actitud tan fría y distante por mi parte.

Ambos permanecemos callados unos instantes. Se podía percibir perfectamente la tensión que había entre nosotros, así que entiendo que ocupó esos segundos en intentar recomponer su discurso ante la nueva situación que se le planteaba. Seguro que en ningún momento se le había pasado por la cabeza que yo fuera a estar tan cortante con él.

Hugo carraspeó y cogió las cartas del menú, pasándome una a continuación.

Abrí la mía y me escondí tras ella. No sabía durante cuánto tiempo más iba a poder seguir mostrándome tan fría debido a todo lo que sentía por él.

El camarero vino a tomarnos nota.

—Alexandra, ¿lo tienes claro ya? —me preguntó Hugo—. Yo voy a pedir lo mismo de siempre, Frank —le indicó al camarero—. Y la señorita... —Se quedó mirándome.

—Yo tomaré lo mismo que él, gracias.

Hugo me miró primero extrañado y después sonrió.

—¿Estás segura, Alexandra? —me preguntó sonriendo aún más mientras un brillo especial inundaba sus ojos.

—Sí, lo que hayas pedido estará bien. Gracias.

Hugo le entregó las dos cartas al empleado del restaurante y éste, tras apuntar nuestra comanda, se retiró rápidamente.

Otra vez el silencio se instaló entre nosotros. Yo no sabía dónde mirar, ya que Hugo me observaba fijamente y eso hacía que me sintiera intimidada.

—Alexandra, no muerdo.

—¡Pues ten cuidado, porque yo sí! —le gruñí.

Otra vez el afilado silencio.

—Vale, ya veo que no me lo vas a poner fácil.

Seguía mirándome intensamente y yo no hacía más que jugar, nerviosa,

con los cubiertos. Cada vez me sentía más incómoda. Por suerte para mí, enseguida apareció el camarero con el vino que había pedido Hugo, nos lo sirvió y él levantó su copa.

—Brindo por la continuidad de tu centro.

Las copas chocaron y ambos bebimos. El vino estaba delicioso.

—Alexandra, soy consciente de que no he hecho bien las cosas contigo, pero quiero recompensarte por ello. Sé que tu centro pende de un hilo y no puedo dejar que la labor que hacéis por esos críos se pierda. Quiero donar todos los años la cantidad que sea necesaria para que el centro siga abierto y funcionando como hasta ahora.

Casi me atraganto.

—¡Pero eso es mucho dinero! —le dije perpleja.

—No me importa. Sea lo que sea, lo pagaré encantado. Además, seguro que a mi empresa le vendrá bien a nivel fiscal, a pesar de lo que piensen el consejo y mi abogado.

—Te estoy muy agradecida... —lo miré a los ojos—... pero quiero saber qué me vas a pedir a cambio —terminé de decirle bastante contrariada.

Si él pensaba que con ese dinero iba a comprarme de alguna manera, se había equivocado por completo conmigo.

Hugo sonrió.

—Lo único que quiero es que seas feliz, Alexandra. Pero, bueno, ya que me lo preguntas, sí que habría algo que podrías hacer por mí... —Hizo una pausa y carraspeó. Su voz se volvió grave—. No quiero que vuelvas a ver a Matt.

¿Qué? No me podía creer lo que estaba oyendo.

—¡Eso no es negociable! No te voy a dejar que te metas en mi vida privada a cambio de dinero —le solté, totalmente fuera de mí.

—No quiero meterme en tu vida. Lo único que intento es protegerte... ¿Es que no lo entiendes? —Me miraba con cara de preocupación.

—¿Protegerme?!... ¡Protegerme, ¿de qué?! —le grité; vi que todo el

mundo nos miraba. Intenté calmarme, pero no pude y acabé escupiéndole todo el veneno que llevaba dentro—. ¿Sabes lo que pienso? Que en realidad no debería haber venido aquí y así, al menos, estaría protegida de la persona que más daño me ha hecho en este mundo. ¿Qué te parece eso, Hugo?

Me había levantado dispuesta a irme, pero él me agarró de la muñeca y me suplicó que me sentara. Como siempre, consiguió convencerme. Realmente su cara denotaba preocupación por mí, pero no entendía su actitud... una vez más.

—Lo siento —susurró apesadumbrado—. Todo es muy complicado. Las cosas no deberían ser así, Alexandra..., pero lo son y yo no puedo cambiarlas. No puedo.

—¿Qué es tan complicado, Hugo? —le espeté aún enfurecida. Intentaba mirarlo a los ojos, pero él había bajado la mirada. Sus ojos brillaban de rabia, de impotencia.

—Lo siento, pero no puedo hablarte de ello. Únicamente te pido que confíes en mí. —En ese momento había levantado su rostro y me miraba directamente a los ojos—. Te daré el dinero que necesites a cambio de nada, pero, por favor, aléjate de Matt. —Me cogió la mano por encima de la mesa—. Él sólo quiere hacerte daño y yo no lo puedo permitir.

Separé mi mano de la de él. Como siempre, algo me decía que Hugo era sincero, pero no entendía su comportamiento y mucho menos qué tenía contra Matt.

El camarero llegó con nuestros platos. Cuando vi lo que había en ellos, me sorprendí.

—¿Una hamburguesa con patatas? —pregunté atónita. Hugo sonreía, aunque seguía teniendo los ojos muy brillantes—. ¿Te vienes al restaurante más caro de la ciudad y pides una simple hamburguesa con patatas? —le pregunté de nuevo, sin salir de mi asombro.

—Soy un hombre de gustos sencillos, Alexandra. Además, las cosas más sencillas son a veces las más impresionantes. Y, si no, fíjate en ti...

Por unos instantes nos quedamos los dos mirándonos en silencio. Sus ojos me contemplaban con cariño, con necesidad de protegerme.

Me ruboricé y bajé la vista a mi plato. En un segundo había pasado de sentir mucha ira a encontrarme totalmente relajada y a gusto con él. ¿Cómo demonios lograba hacer eso conmigo?

Finalmente terminamos de comer la deliciosa hamburguesa en un ambiente bastante más distendido entre nosotros, charlando sobre lo que era mi trabajo y la importante labor social que llevábamos a cabo en el centro.

A la hora de despedirnos y después de haberme acercado hasta mi apartamento, estuve a punto de preguntarle si quería subir, pero no podía caer yo misma en mi propia trampa, así que me olvidé de la idea. Hugo pareció tenerlo bastante claro también, aunque sí que me acompañó hasta la puerta de entrada al edificio.

—Mañana mismo recibirás un cheque por la cantidad necesaria para la financiación del primer año. Carlo te lo traerá a tu trabajo.

—Gracias, Hugo. No sabes lo que esto significa para mucha gente... y para mí.

Me acerqué y le di un beso en la mejilla. El calor me invadió el cuerpo entero. La electricidad nos recorrió a ambos, pero nos separamos inmediatamente para no caer en la tentación de algo que, por las razones que fueran, no podía ser.

Capítulo 18

Despuntó un día soleado y precioso en la ciudad de Nueva York. Era martes y estaba de muy buen humor. Esa mañana iba a darle a mis compañeros de trabajo una excelente noticia y eso me hacía verlo todo muy diferente. Estaba muy positiva y mi rostro resplandecía.

Cuando terminó la reunión en la que les comenté nuestra nueva situación económica, todos decidieron que teníamos que celebrarlo y esa noche fuimos al bar donde acostumbrábamos a ir a tomarnos unas cervezas después del trabajo.

Brindamos mil veces por el cheque que Carlo había traído y los mojitos se me empezaron a subir a la cabeza. De repente me pareció ver un rostro familiar entre la gente, pero no estaba segura de ello. Enseguida salí de dudas. Matt venía directo a la mesa donde nos hallábamos acomodados.

—¡Buenas noches, Álex! Qué alegría verte.

Se había hecho el silencio entre mis compañeras y todas miraban con la boca abierta a Matt.

—¡Álex, hija de mi vida!..., preséntanos a tu amigo —me pidió Raquel, al mismo tiempo que se ponía de pie y le tendía la mano al recién llegado.

Raquel era compañera de trabajo desde hacía mucho tiempo y teníamos bastante confianza entre nosotras. Era hija de una venezolana y tenía ese carácter latino tan apasionado que tanto gustaba a los hombres. Además, era muy exuberante y no dejaba indiferente a ninguno.

En realidad no sé para qué me había pedido que le presentara a Matt. Cuando fui a hacerlo ya se estaba dando a conocer ella solita. No había

perdido el tiempo y se lo estaba comiendo con los ojos. Detrás le siguieron todas las demás. Tampoco esperaron a que yo interviniera. Estaba claro que había causado sensación entre las féminas del grupo.

Por supuesto, y sin pedirme mi opinión, lo invitaron a sentarse con nosotras.

Matt, que vio venir la situación, se hizo un hueco a mi lado antes de que ellas lo sentaran en otra parte.

—¿Cómo no nos has dicho nunca que tienes amigos tan guapos? —me preguntó Raquel dándome un codazo—. ¡Qué calladito te lo tenías, ¿no?!

Obvié su comentario y me dirigí, curiosa, a él.

—¿Desde cuándo vienes tú por aquí? —quise saber.

—Oh, bueno... Es que tengo unos amigos que trabajan por esta zona y me he pasado a saludarlos. —Me miró de una manera que me hizo desconfiar de él—. Te noto muy contenta, ¿no? —me preguntó a continuación.

—Sí, la verdad es que sí. Estamos celebrando la continuidad de nuestro centro de trabajo, con todo lo que eso supone y... bueno... creo que he bebido alguna copa de más. —Le sonreí a modo de disculpa.

Él me devolvió la sonrisa, pero percibí en ella un deje malicioso.

Cuando todos decidieron marcharse, Matt se ofreció a llevarme a casa y no me pude negar. No estaba en condiciones de conducir y no había nadie más que viviera por mi zona.

Durante el trayecto se mantuvo en silencio, pero no se le borró esa sonrisa maliciosa de la cara. Yo, sin embargo, no estaba para sonreír. No me encontraba demasiado bien y no era muy consciente de mis actos.

Lo que sí recuerdo fue ver, por el espejo retrovisor del coche, al motorista de siempre. Ahí estaba, siguiéndonos a una distancia prudencial. Matt también fue consciente de su presencia y en ese momento aceleró. Lo hizo hasta tal punto que le tuve que gritar para que frenara. No me hizo caso y siguió acelerando, pero el desconocido era muy hábil y tenía la ventaja de colarse fácilmente por entre los coches, así que no pudo lograr despistarlos.

Para cuando llegamos a mi edificio, aún nos seguía. Matt se bajó del vehículo y lo rodeó. Me abrió la puerta y me ayudó a salir. Yo estaba muy mareada y tuve que sujetarme a él. Entonces pude ver la mirada furiosa que le echó al motorista y cómo éste le aceleraba la moto en señal de advertencia.

Lo siguiente que recuerdo fue a Matt besándome y desnudándome en mi habitación. Yo lo seguía por absoluta inercia. Mi voluntad, por culpa del alcohol, estaba totalmente anulada.

Horas más tarde, me desperté. Aún era de noche y Matt estaba tumbado de espaldas a mí. Por lo poco que recordaba, me había acostado otra vez con él.

La cabeza me iba a estallar, me dolía muchísimo. Me levanté y me dirigí a la cocina a por un vaso de agua para poder tomarme un analgésico.

Al encender la luz me llevé un susto tremendo, pero una mano ahogó el grito que mi garganta emitió.

—Chist... No grites, por favor.

Hugo, situado a mi espalda, me sujetaba con una mano por la cintura y con otra me tapaba la boca.

Intenté zafarme de él, pero no me dejó.

—¡Por favor! —me susurró. Me giró hacia él, aunque sin soltarme, y pude verle la cara. Me miraba advirtiéndome de que lo obedeciera—. Matt no debe saber que estoy aquí. Eso, lo único que haría, sería complicar las cosas todavía más.

Yo lo miraba estupefacta, pero no le tenía miedo. Nunca lo tuve estando con él. Siempre me había protegido y, por alguna extraña razón, sabía que aún seguía haciéndolo.

Pero todo eso había llegado demasiado lejos. El hecho de que se colara en mi casa, en mitad de la noche, y más cuando yo tenía a alguien en mi cama, me pareció excesivo; pensé que había traspasado todos los límites de mi intimidad. Así que, sin pensármelo dos veces, le di un rodillazo donde sólo puede provocar que te suelten inmediatamente.

—¡Joder, Alexandra! —gruñó de dolor.

Estaba retorcido sobre sí mismo y con una gran mueca de sufrimiento en la cara.

—¿Álex, pasa algo? —gritó Matt desde el dormitorio.

A pesar del dolor que debía de sentir Hugo, se incorporó rápidamente y me volvió a tapar la boca.

—Tenemos que irnos de aquí ya —me susurró al oído—. Dile que está todo bien —me ordenó a continuación.

No sabía qué hacer.

Todo lo que estaba pasando me parecía una auténtica locura y definitivamente mi cabeza no estaba para decidir qué era lo correcto, así que obedecí sin más.

—Estoy bebiendo agua —le contesté a Matt—. Vuelvo enseguida.

—Ahora nos vamos a ir tú y yo de aquí sin hacer nada de ruido, ¿de acuerdo? —me dijo Hugo cogiéndome la cara con ambas manos—. Como siempre has hecho, confía en mí, por favor.

—Pero no quiero irme de mi casa... ¿por qué demonios tengo que hacerlo? —le pregunté susurrando, al tiempo que me cruzaba de brazos mostrándole así mi desacuerdo.

—Joder, Alexandra, ¿no puedes hacerlo simplemente porque yo te lo pido? —me preguntó, mientras sus labios rozaban la piel de mis mejillas.

—Eso no es suficiente. Dame una buena razón o no me iré contigo.

—Está bien, no me dejas otra alternativa. Que conste que te lo he pedido por las buenas y tú no has querido.

Y, sin más, me cogió en peso y me cargó sobre sus hombros como si fuera un saco. Mi cerebro no pudo asimilar ese cambio tan brusco de postura y me mareé, perdiendo prácticamente todas mis fuerzas. Únicamente pude golpearlo en la espalda para intentar que me soltara, pero, para cuando me quise dar cuenta, ya estábamos en la calle y me estaba dejando caer sobre el asiento trasero de su coche. Él subió a mi lado. Su chófer arrancó de inmediato y salimos prácticamente derrapando.

Me giré para mirar la entrada de mi edificio y ahí estaba Matt, prácticamente desnudo, lanzando un puñetazo de rabia al aire.

Lo siguiente que recuerdo fue desvanecerme.

Durante lo que me pareció un largo trayecto en coche, me desperté en varias ocasiones, pero todo fue como una ensoñación y únicamente recuerdo encontrarme recostada sobre el regazo de Hugo y su cara mirándome con ternura mientras me acariciaba con suavidad el pelo.

Después, ya no sé qué más ocurrió.

Capítulo 19

Abrí los ojos. La luz del sol entraba por la ventana, por lo que deduje que ya era de día. Oía pájaros cantar en el exterior, lo cual resultaba bastante anómalo para la ciudad de Nueva York. Intenté incorporarme, pero mi cabeza aún estaba resentida por la cantidad de alcohol que había ingerido la noche anterior. Sin embargo, me notaba muy descansada, con fuerzas. Intenté incorporarme de nuevo, esta vez más despacio, y una vez que estuve sentada sobre la cama, comprobé que no me encontraba en mi habitación. Ni en ninguna otra que conociera.

Me hallaba en un dormitorio con paredes de piedra y ventanas de madera. Una gran chimenea encendida coronaba la estancia. La cama en la que me encontraba era enorme y muy cómoda. En la habitación había, además, tres puertas. Me dirigí hacia la primera. Era un vestidor, pero sólo tenía ropa de hombre. Había un par de trajes y todo lo demás era vestimenta informal.

Detrás de la siguiente puerta me encontré con un enorme baño. Aproveché para mirarme en el espejo. Tenía una cara horrible y estaba muy pálida. Como era de esperar, a juzgar por la ropa del vestidor, todos los productos que había en el baño también eran masculinos. Por suerte para mí, hallé un cepillo de dientes que intuía estaba sin usar, ya que se encontraba dentro de un plástico.

Me lavé la cara y los dientes, pero necesitaba despejarme bien, porque presentía que iba a tener un día muy largo y que necesitaría estar lo más despierta posible, así que me metí en la ducha. Al desnudarme, fui consciente de la ropa que llevaba y empecé a recordarlo todo. Era mi pijama, el pijama

con el que Hugo me había sacado en contra de mi voluntad de mi apartamento la noche anterior. Sólo llevaba eso y la pulsera que mi padre me había regalado para mi graduación y que casi había perdido en Ibiza. Desde que Hugo me la había devuelto, ya no me la había quitado.

Una vez fuera de la ducha, cuando me estaba secando con una toalla, vi que en el lugar donde yo había dejado mi pijama había unos vaqueros, un jersey, ropa interior, calzado deportivo y un analgésico.

Me vestí mientras me preguntaba de quién sería aquella ropa. Enseguida salí de dudas. No era de nadie, puesto que toda ella tenía sus correspondientes etiquetas aún puestas.

Me peiné, y decidí abrir la tercera puerta que había en el dormitorio. Ante mí apareció un ancho y largo pasillo repleto de más puertas.

Me encontraba en una casa cálida, a pesar del frío que se intuía que hacía en el exterior. Todas las paredes eran de piedra y parecía más bien una casa de campo o de montaña. Desde luego no era un piso en Nueva York.

Antes de salir de la habitación, decidí intentar saber dónde demonios me encontraba y miré por el enorme ventanal del que disponía el dormitorio. La vista era espectacular. Un inmenso lago rodeado por millones de árboles se abría ante mis ojos. El paisaje era impresionante y, por alguna extraña razón, algo en él me resultó familiar. Fue una sensación muy rara. No recordaba haber estado en ese sitio, y, sin embargo, no me era ajeno del todo.

Volví a salir de la estancia y, después de recorrer el ancho pasillo, bajé al piso inferior, donde, nada más terminar la escalera, se encontraba el vestíbulo de entrada a la vivienda.

No sabía hacia dónde dirigirme. Parecía que el vestíbulo dividía la casa en dos partes. Hacia la derecha se veía una biblioteca o despacho y, hacia la izquierda, una gran estancia muy acogedora y cálida, con una inmensa chimenea en ella, pero en la que no se divisaba a nadie.

Detrás de mí, y por debajo de la escalera por la que había descendido, se oían ruidos de platos. Debía de ser la cocina. Me decidí por el despacho. Abrí

del todo la puerta, que hasta ese momento se hallaba entornada, y allí estaba él.

Hugo, de espaldas a mí, frente a otro inmenso ventanal, hablando por el móvil. Llevaba el pelo algo alborotado y ropa informal: unos vaqueros desgastados, un suéter de cuello vuelto azul marino y unas botas Timberland. El suéter era ceñido y marcaba perfectamente su ancha espalda y sus musculados brazos, y los pantalones le sentaban a la perfección, como todo lo que se ponía.

Él no se percató de que yo había entrado en la habitación y siguió hablando. Parecía cabreado con su interlocutor. Le repetía una y otra vez que él consideraba la opción de retenerme allí como la mejor forma de mantenerme a salvo.

—A salvo, ¿de qué? —pregunté sorprendida y en voz alta sin darme cuenta.

Hugo se giró con el móvil aún pegado a la oreja, pero inmediatamente se despidió de la persona con la que estaba conversando y se acercó lentamente hacia mí.

—¿Cuánto tiempo llevas escuchando, Alexandra? —planteó con cautela.

—El suficiente como para saber que para ti es estupenda la idea de retenerme aquí, aun en contra de mi voluntad, porque crees que es lo mejor para mí sin ni siquiera haber tenido en cuenta mi opinión —le espeté furiosa.

Hugo seguía mirándome con todo su cuerpo en tensión y absolutamente expectante ante mis palabras.

—No entiendo nada, Hugo. Se supone que no quieres hacerme daño o, al menos, eso dices y, sin embargo, entras a hurtadillas de noche en mi apartamento, me secuestras, me traes a un sitio absolutamente desconocido para mí sin pedirme permiso para ello y, por lo que veo, además parece ser que voy a tener que estar aquí durante un tiempo. —Conforme iba diciéndole las cosas, mi crispación iba en aumento, así como también lo hacía mi tono de voz—. Y, después de eso, ¿qué quieres que haga, Hugo? ¿Que me alegre

de verte? ¿Que no pregunte y me olvide de mi vida y de mi trabajo en Nueva York?

—Alexandra... es... es complicado —me dijo con exasperación.

—¡Eso ya lo he oído antes! Quiero una explicación de lo que está pasando, ahora mismo, ¡¿me oyes?!

—No puedo darte ninguna explicación. Simplemente tendrás que confiar en mí.

Me lancé a darle una bofetada por la ofuscación que sentía en esos momentos, pero Hugo debió de adivinar mis intenciones y, en un rápido movimiento, me dejó completamente inmovilizada, de pie, de espaldas a él y pegada por completo a su cuerpo. Intenté zafarme, pero lógicamente, con su fuerza, no pude moverme ni un ápice.

—Por favor, Alexandra, no me lo pongas más difícil —me susurró al oído.

En ese instante Carlo entró en el despacho y nos miró perplejo a los dos. Después entendió qué estaba ocurriendo y miró con cara de reproche a su jefe.

—Lo siento, señor, pero la comida ya está servida y estoy convencido de que la *signorina* estará hambrienta. Si es tan amable de acompañarme —terminó de decir dirigiéndose a mí y mirándome con un especial cariño en los ojos.

Hugo me soltó de inmediato y susurró un «lo siento».

—Carlo, ¿qué está pasando? ¿Por qué estoy retenida en contra de mi voluntad? ¡Esto es una locura!

—Yo no puedo contestarle a esas preguntas, *signorina*. Hable usted con el señor.

—Ya lo he intentado y lo único que me ha dicho una y otra vez es que confíe en él, ¡pero no me da más explicaciones! —grité exasperada.

—¿Y qué le dice su corazón que haga, *signorina*? ¿Qué siente usted que debe hacer?

Me quedé noqueada. ¿Qué tipo de respuesta era ésa?

Sin embargo, transcurridos unos segundos en los que miré a Hugo directamente a los ojos y vi en ellos verdadera preocupación, decidí dejarme llevar por mi intuición y por lo que mi corazón me pedía tal como me había sugerido Carlo y, sin pensar en nada más, accedí a acompañarlo hasta el comedor.

Entramos en una sala preciosa, con una gran mesa preparada para la ocasión en el centro de ella. Era una estancia muy cálida y acogedora, con una chimenea enorme encendida y muchísima luz que entraba a través de, cómo no, otro gran ventanal.

—Tome asiento, por favor, *signorina* —me pidió educadamente Carlo.

Le hice caso sin pensar y le pedí que me trajera un analgésico. Tenía un tremendo dolor de cabeza. Mi mente se había ido de vacaciones, así, sin previo aviso. Se había visto desbordada ante los nuevos acontecimientos y me había dejado a mí sola ante el peligro. Ya volvería más tarde para hacer su trabajo cuando me hubiera recuperado de mi estado de conmoción.

Hugo entró en la sala y se sentó en la otra punta de la mesa. Sin mediar palabra, comenzó a comer como si nada.

—Carlo dile a... ¿cómo se llamaba la nueva cocinera?

—María, señor. Es española, como la *signorina*. Aquí tiene el analgésico.
—Me lo dio y se lo agradecí.

—Pues dile a María que lo que ha preparado está buenísimo.

¡Eso ya era el colmo! Hugo hablando de la comida, como quien habla del tiempo cuando no tiene nada más importante que decir, después de lo que había pasado.

—¿La has probado, Alexandra? Está exquisita —me comentó sin levantar la vista de su plato.

De repente vi mis cubiertos volando a toda velocidad hacia Hugo.

¡Vaya!, mi mente había vuelto y se había traído con ella a doña Imaginación.

Si hubiera podido, se los hubiera lanzado de verdad, pero el hambre me

estaba pasando factura y el olor me estaba haciendo sucumbir, así que pinché un trozo de carne y me lo llevé a la boca. Hummm... Verdaderamente estaba exquisito.

Terminamos la comida sin dirigirnos ni una palabra y, por supuesto, Hugo no me miró ni una sola vez.

—Tengo cosas que hacer —me dijo al tiempo que se levantaba de su asiento—. Si necesitas algo, no tienes más que pedirselo a Carlo. Él te proporcionará todo cuanto te haga falta. Espero que disfrutes de tu estancia aquí.

Y, sin más, salió del comedor.

«Y, ahora, ¿qué?» Todo eso era surrealista. No tenía sentido alguno. Me levanté y me dirigí a mi habitación con la intención de coger mis cosas e irme cuanto antes de allí, pero de repente recordé que, en realidad, no tenía nada que recoger, únicamente mi pijama, ya que Hugo me había sacado de mi apartamento en medio de la noche, sin darme tiempo a preparar nada. Ni siquiera tenía mi bolso, con mi documentación o mi móvil.

Llegué a la habitación y cerré de un portazo. Me derrumbé encima de la cama llorando de pura rabia e impotencia ante la situación tan incomprensible en la que me encontraba. No sé cuánto tiempo estuve así. Finalmente me dormí, exhausta.

Cuando desperté, el reloj de la mesita indicaba que eran casi las ocho. Había estado durmiendo toda la tarde y me hallaba algo desorientada. Había anochecido y todo estaba a oscuras.

De pronto recordé dónde estaba, cómo había llegado allí y el encuentro que había mantenido con Hugo. Las lágrimas volvieron a aflorar, pero ya estaba cansada de tanto sollozar, así que reprimí el llanto y me dirigí al cuarto de baño para lavarme la cara.

¡Parecía un sapo, con los ojos tan hinchados como los tenía!

El cabreo me estaba entrando en vena. Por momentos notaba cómo la furia que sentía iba en aumento. Tenía que tomar una determinación, así que decidí

que esa noche no iba a bajar a cenar y a la mañana siguiente me largaría de allí fuera como fuese. Únicamente tenía que seguir el camino que llegaba hasta la casa y, de ahí, coger la carretera que seguro llevaría a algún pueblo cercano donde poder telefonar a Sammy y, si cabe, también a la policía para informarlos de todo lo que me estaba pasando.

De repente alguien llamó a la puerta.

—*Signorina*, la cena está servida. ¿Bajará usted o prefiere que se la suban a su habitación?

No contesté. Carlo no se merecía eso por mi parte, pero la impotencia que sentía me cegaba y no quise responderle. Estaba desbordada por todo lo que me estaba pasando y no supe bien cómo gestionarlo.

—*Signorina...* ¿está usted bien? —Carlo volvió a golpear la puerta con los nudillos—. *Signorina*, por favor...

No contesté. Me quedé sentada en la cama mientras oía cómo Carlo se marchaba escaleras abajo.

Me asomé a la ventana. Estaba desolada. Ésa no era manera de comportarme con Carlo. Él era un buen hombre y no se merecía mi desprecio. Al día siguiente me excusaría con él antes de irme.

Unos nudillos volvieron a golpear la puerta y corrí a abrirla para decirle a Carlo que sentía haberme comportado de esa manera, pero la voz de Hugo sonó en ese momento. Era él y no Carlo quien estaba tras la puerta, así que no la abrí.

—Alexandra, no seas niña. Baja a cenar algo y charlemos tranquilamente, por favor.

«¿Para qué? —pensé yo—. ¿Para que luego me digas que no puedes explicarme nada, pero que confíe en ti?»

No le respondí.

—Por favor, sé que te estoy haciendo daño y eso me martiriza. Por favor... —dijo de nuevo, bajando bastante su tono de voz.

No. No quería nada de él, únicamente alejarme. Seguí sin contestar.

—Está bien —susurró—. Como quieras.

Dejó algo en el suelo y se fue. Abrí la puerta cuando ya no pude oír sus pasos y vi la bandeja con la cena que me había dejado. En ella, además, había un tulipán morado —mi flor preferida— y una nota escrita a mano por él.

Siento de verdad lo que está pasando y espero que algún día puedas perdonarme.

HUGO

Capítulo 20

Me desperté a la mañana siguiente. Se oía mucho jaleo en la casa y fuera de ella. Me asomé rápidamente por la ventana, pero no se veía nada, así que salí al pasillo y, por el gran ventanal que había al final de éste, puede ver cómo Hugo se subía a un helicóptero y se alejaba de allí.

Me vestí corriendo y bajé en busca de Carlo.

Lo encontré en la cocina, desayunando con el resto del personal. Del susto que se dio al verme allí casi se atraganta, pero reaccionó inmediatamente y se levantó de la silla como un resorte. Los demás empleados me miraban con cara de extrañeza por haber irrumpido de esa manera en la cocina.

—¿En qué puedo ayudarla, *signorina*? —me preguntó aún tosiendo.

—¿Ese que acabo de ver subiéndose al helicóptero era el señor Saccheri? —le pregunté retóricamente, porque de sobra conocía la respuesta. Estaba tremendamente cabreada.

—Me temo que sí, *signorina*. Tenía asuntos que resolver, pero me pidió que le explicara que, para la hora de la cena, ya estará aquí de nuevo.

—¡Pues qué bien, qué considerado por su parte! —gruñí cruzándome de brazos.

Y de la misma manera en que había llegado hasta allí, me fui. Necesitaba aclarar mis ideas, así que subí a la habitación y me encerré de nuevo en ella.

Tenía que pensar qué hacer. Todo lo que estaba ocurriendo me resultaba ya inconcebible y no estaba dispuesta a seguir estando a merced del capricho de un hombre que seguramente estaba acostumbrado a hacer siempre lo que le daba la gana. No entendía su juego, ni sus idas y venidas. Conmigo se

equivocaba si pensaba que iba a salirse con la suya. Decidí que iba a desayunar, ver qué posibilidades tenía de irme de allí por mi cuenta y largarme. Tenía muchas cosas de las que ocuparme en mi trabajo y en mi vida en general, y una de ellas era la de poner tierra de por medio con el demente que me tenía allí retenida.

Bajé a la planta inferior y aparentemente todo estaba en calma, así que decidí dejar el desayuno para después e indagar primero sobre mis posibilidades de huida. Eché un vistazo a la puerta de salida de la casa y giré el pomo para abrirla. No tuve problemas.

Ante mí se abría un paisaje maravilloso con unas vistas preciosas al inmenso lago y a todo el bosque que lo rodeaba. Hacía mucho frío. Estábamos ya casi en diciembre y, aunque era una mañana soleada, el vapor que salía de mi nariz ponía en evidencia la temperatura tan baja que hacía. Me dio un escalofrío y, aunque mi intención era acercarme al embarcadero para poder ver más de cerca el lago, pensé que sería mejor idea ir a desayunar primero y coger algo de ropa de abrigo del armario de Hugo después.

Cuando entré de nuevo en la cocina, Carlo ya no estaba allí y sólo quedaba una persona. A juzgar por cómo olía, era evidente que se trataba de María y que estaba preparando el almuerzo.

—Buenos días —le dije.

La mujer, que no se había percatado de mi presencia, dio un respingo y se giró rápidamente hacia mí.

—Buenos días, señorita Roberts... ¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó sobresaltada.

—Me gustaría desayunar, si es posible.

—Por supuesto, enseguida se lo sirvo en el comedor.

—Oh, bueno, si no le importa, prefiero desayunar aquí. —Le sonreí—. El comedor es tan grande y... en fin... para estar allí sola casi que prefiero sentarme aquí con usted. Se llama María, ¿verdad?

—Sí, señora. Le prepararé la mesa enseguida.

—Gracias. Aunque, si me dice dónde están las cosas, ya lo hago yo. —No estaba acostumbrada a que me sirvieran y me sentía muy incómoda—. No quiero darle más quehaceres de los que ya tiene.

—No se preocupe, señorita Roberts. —Me sonrió amablemente—. Es mi trabajo.

No tardó ni dos minutos en servirme. Todo tenía una pinta deliciosa, pero yo no tenía muchas ganas de recrearme con la comida. Más bien quería desayunar cualquier cosa e irme de allí lo antes posible. No es que no me sintiera a gusto en aquella casa y con aquella gente tan amable. En realidad, era el hecho de tener que estar allí en contra de mi voluntad lo que me ponía un poco de los nervios.

Mientras me terminaba el café me pregunté si María tendría órdenes de vigilarme. Casi mejor no averiguarlo. Le di las gracias por el fabuloso desayuno que me había servido y me dirigí de nuevo a mi habitación.

Rebusqué en el vestidor de Hugo y me puse todo lo que encontré que me sirviera para protegerme del frío. Hecho esto, bajé y salí al exterior. De nuevo la puerta estaba abierta y ninguna alarma sonó. Me dirigí al embarcadero, pero no vi ningún bote que pudiera usar para navegar hasta el otro extremo del lago, donde se divisaba un pequeño pueblo.

Busqué entonces el camino por donde debían de llegar los vehículos a la casa, pero, con la nieve, no fui capaz de encontrarlo, ni tampoco un garaje donde estuvieran guardados. No había coches y no había camino hacia carretera alguna. No daba crédito.

¡¿Cómo demonios se llegaba a esa casa cuando había nieve, entonces?! No me podía creer que la única manera posible fuera a través del lago con una embarcación.

Mi cabeza se empezó a acelerar. La imagen de Hugo subiendo al helicóptero acudió rápidamente a mi mente. Sólo había dos formas de acceder allí: a través del agua o a través del aire. Actualmente no había acceso por tierra.

Mi enfado iba en aumento conforme pasaban los minutos e iba siendo consciente de la gravedad de la situación en la que me hallaba. Empezaba a pensar que Hugo no podía estar bien de la cabeza, y una sensación de miedo, a la vez que de odio hacia él, comenzó a surgir en mi interior.

Realmente no lo conocía mucho y no sabía hasta qué punto podían llegar las excentricidades de un millonario que probablemente estuviera aburrido de tenerlo todo en la vida. Un escalofrío me recorrió el cuerpo. No sabría decir si por el intenso frío que estaba comenzando a sentir o por la sensación que me produjo pensar en Hugo como en alguien en el que no poder confiar y con el que no sentir esa seguridad que siempre me había transmitido.

La ira y el temor se apoderaron de mí y comencé a correr hacia el bosque. Lo hice siguiendo la orilla del lago de manera instintiva. Era muy probable que más adelante encontrara otra casa en la que me pudieran ayudar a llegar a la civilización.

No recuerdo el tiempo que pasé corriendo hasta que caí al suelo completamente exhausta. Tenía que recobrar el aliento, así que descansé un buen rato. En cuanto tuve algo de fuerzas, continué la marcha andando. Había perdido la noción del tiempo, pero mi estómago y el frío todavía más intenso que empezaba a hacer me indicaban que la hora de la comida debía de haber pasado ya. Aún no estaba oscureciendo, pero el sol ya no brillaba con tanta fuerza y cada vez sentía más frío. Además, la humedad había comenzado a calar en mis huesos. No sabía cuánto tiempo más aguantaría en esas condiciones y menos si empezaba a anochecer.

Cada vez me sentía más abatida. No sólo físicamente estaba ya demasiado cansada, sino que también comenzaba a sentirme muy desanimada psicológicamente. El frío era ya preocupante y empezaba a hacerme sentir entumecida. No había tenido una buena idea, en ese momento lo veía claro. Era evidente por qué no era necesario retenerme expresamente en aquella casa. Simplemente no se podía escapar de allí..., no sin una embarcación o un helicóptero.

Seguí caminando mientras pude hasta que mis piernas flojearon y caí al suelo casi sin aliento. Prácticamente ya era de noche y no divisaba la luz de ninguna vivienda con la que poder orientarme o la de algún pueblo al que dirigirme. Comencé a estar muy asustada.

Definitivamente no había sido la mejor idea de mi vida, pero no podía perder el tiempo en lamentaciones. La temperatura cada vez era inferior y, si no encontraba una casa o a alguien pronto, sin duda podría llegar a morir de hipotermia. Intenté levantarme, pero las piernas no me respondieron. No soy consciente de lo que pasó después. Sólo recuerdo la negrura del bosque, una lágrima rodándome por la mejilla y la voz de Hugo como en una ensoñación. Después, oscuridad total.

Capítulo 21

Me desperté totalmente desorientada. Me sentía muy cansada, pero estaba cómoda y hacía calor. Estaba tumbada sobre una cama. Me hallaba de nuevo en el dormitorio de Hugo. La chimenea estaba encendida y la luz del sol entraba por la ventana.

Él estaba sentado en una butaca a mi lado, frotándose la cara con ambas manos. Cuando dejó de hacerlo y me vio despierta, se levantó enérgicamente y se me quedó mirando sin decirme nada. Tenía los ojos muy rojos y brillantes. Sin duda su noche tampoco había sido muy buena.

Su rostro denotaba enfado y preocupación a partes iguales.

—Lo siento —le dije a modo de disculpa—. He sido una inconsciente.

Las lágrimas afloraron a mis ojos tras darme cuenta de la insensatez que había cometido y lo peligrosas que podían haber sido las consecuencias.

—No lo vuelvas a hacer —me pidió Hugo con la voz rota.

Metió las manos en los bolsillos y salió de la habitación con evidente contrariedad en el rostro.

No pasaron ni dos minutos cuando Carlo llamó a la puerta.

—Adelante —dije totalmente abatida.

—¡Dios mío, *signorina!* No sabe el susto que nos ha dado. El señor Saccheri... Yo nunca lo había visto así... —dijo Carlo con la voz temblorosa—. No sabe lo que ha sufrido por usted hasta que los médicos le han confirmado que se encontraba bien. ¿Cómo se le ocurre?

No pude responderle. Giré la cabeza y comencé a llorar. Demasiadas sensaciones contradictorias se acumulaban en mi interior.

—Dejaré que descanse un rato y luego volveré por si necesita algo —me dijo con más suavidad tras ver mi reacción.

Lloré desconsoladamente durante bastante rato. Acababa de poner en peligro mi vida porque estaba retenida en una casa en contra de mi voluntad y sin saber el motivo. Sin embargo, allí me sentía a gusto, me sentía protegida, y Hugo, al que no entendía para nada, me generaba sentimientos contradictorios. Por un lado, mostraba interés y preocupación por mí, más de la que cabría esperar, pero, por otro, a veces se mostraba frío e inflexible conmigo y no entendía la determinación que había tomado con eso de llevarme a aquel lago para ponerme a salvo. A salvo, ¿de qué?

Me di una larga y reconfortante ducha y me puse ropa nueva que habían dejado para mí en el vestidor. Me sequé el pelo, me miré en el espejo y, tras respirar hondo para serenarme lo máximo posible, bajé en busca de Hugo.

Estaba en su despacho. Se encontraba sentado, con una copa de vino en la mano y la mirada perdida.

—¿Puedo pasar? —pregunté, tras tocar con los nudillos en la puerta y asomar la cabeza.

Hugo me miró y asintió.

A pesar de haber estado pensando durante un buen rato qué es lo que le iba a decir, en esos momentos me quedé en blanco y se me hizo un nudo en la garganta. Supongo que él tampoco sabía por dónde empezar, así que simplemente nos miramos a los ojos y con eso nos bastó.

Se acercó y me abrazó, exhalando un suspiro desgarrador que hizo evidente la intensidad de sus sentimientos por mí. Yo le correspondí de igual manera. Nada en el mundo me gustaba tanto como sentirme entre sus brazos. Lo olvidé todo por unos instantes. Olvidé mi vida, mi trabajo y que estuviera allí retenida en contra de mi voluntad. Simplemente me entregué a ese abrazo que me hizo sentir como en casa, que me hizo sentir como una niña pequeña que es querida y protegida y, al mismo tiempo, como una mujer adulta que es amada y deseada.

Tardamos un buen rato en separarnos. Ninguno de los dos quería hacerlo. Finalmente coloqué mis manos en su pecho para poder apartarme de él.

—Hugo, tenemos que hablar —le dije con seriedad.

—Lo sé, Alexandra. —Volvió a suspirar intensamente—. Pero ¿puedo darte algo antes? Te lo traje ayer, aunque con todo lo que pasó... Es algo que no puede esperar.

—Sinceramente no creo que sea el momento de regalos, Hugo —le espeté. No iba a comprarme con ese tipo de cosas.

—Entiendo perfectamente que quieras hablar de todo lo que ha pasado, pero no te diría que cogieras lo que te ofrezco si no fuera estrictamente necesario. Por favor, Alexandra. Después contestaré a todas tus preguntas. Lo prometo. —Me miró suplicante.

—No me vas a ablandar, si es lo que intentas. Te lo advierto —solté a modo de respuesta afirmativa ante su petición.

—¡Ven conmigo! —me dijo con la mayor sonrisa que yo le había visto nunca. Parecía un chiquillo el día de Navidad delante de los regalos de Papá Noel.

Le agarré la mano que me tendía y tiró de mí hasta una estancia de la casa en la que yo aún no había estado. La habitación era muy acogedora, siguiendo la misma línea decorativa del resto de la vivienda.

En el centro de la sala había una caja enorme que me llegaba casi hasta el pecho, con un gran lazo rojo. Hugo me miró muy sonriente.

—Tienes que abrirlo ya. Lo que hay dentro no tiene espera. —Le centelleaban los ojos.

—Hugo, ahora mismo no puedo aceptar ningún regalo tuyo. No... no quiero nada de ti —le dije casi en un susurro, sabiendo el daño que mis palabras podrían causarle.

No me equivoqué. Sus ojos cambiaron de expresión. Se volvieron tristes y vidriosos.

—Por favor, sólo ábrelo y, si después no lo quieres, lo entenderé. Pero

dame una oportunidad.

¿Una oportunidad? Ya le había dado muchas.

Estaba desconcertada. Su cara era de súplica y volvía a resplandecer como la de un niño. Volvía a mirarme expectante.

Acepté.

Me acerqué al enorme regalo y tiré del lazo. Levanté la tapa de la caja y las cuatro paredes se vinieron abajo, dejando al descubierto un enorme camión.

¡¿Un camión?!

Miré a Hugo aturdida. Él sonreía como nunca antes le había visto hacerlo. Estaba pletórico. Yo, sin embargo, no entendía nada. ¿Por qué me regalaba eso? ¿Qué sentido tenía?

Comencé a analizar la situación, porque era obvio que algo se me escapaba. Delante de mí había un enorme vehículo, que supuse sería la réplica de alguno de juguete de esos que se piden los niños por Navidad...

¡Oh, Dios mío...!

De repente lo entendí todo y abrí los ojos como platos. Hugo asintió cuando busqué su confirmación con la mirada. No podía ser verdad. ¡¿Cómo se había acordado él de eso?!

Me dirigí a la parte trasera del camión y abrí la portezuela.

Un cachorro de cocker spaniel color canela salió de allí moviendo su colita. Se vino hacia mí, que estaba paralizada por el *shock*, y comenzó a olerme y a corretear a mi alrededor. Mis ojos se inundaron de lágrimas. En esos momentos me sentí la mujer más feliz del mundo.

Miré a Hugo. Estaba apoyado en la pared, con las manos en los bolsillos con ese porte tan sexy que lo caracterizaba y sonreía de oreja a oreja. Me agaché a acariciar al cachorrito, que seguía moviéndose juguetón entre mis piernas.

Pasaron unos minutos en los que, mientras acariciaba al cocker, estuve intentando asimilar lo que el regalo suponía.

Por un lado, el detalle me confundía aún más en cuanto a los sentimientos encontrados que abrigaba hacia él... pero, por otro, quería parar el tiempo y disfrutar de ese instante sin pensar en nada más.

Hugo se acercó a mí y se agachó a nuestro lado. No pude evitarlo. Lo abracé. Lo hice tan fuerte como si con ese gesto intentara no sólo darle las gracias, sino también aferrarme a ese momento y a todos los sentimientos que él me despertaba. Cuando nos separamos, Hugo tenía lágrimas en los ojos, pero sonreía abiertamente.

—¿Por qué? —le pregunté mirándolo confusa.

—Alexandra, tu historia me conmovió y quería... quería que comprendieras que yo jamás te haría daño intencionadamente —dijo, terminando la frase en un susurro y bajando la mirada, quizá desalentado por temor a que yo pensara lo contrario.

Ambos nos levantamos sin dejar de observar al perrito, que corría por la habitación oliéndolo todo. No pude contenerme, o no quise hacerlo, y me volví hacia Hugo y lo besé. Fue un contacto casto en principio, de agradecimiento únicamente, pero que acabó convirtiéndose en un beso de necesidad, en un beso apasionado, en un beso de desahogo para los dos, pues estaba claro que entre nosotros había mucha tensión sexual. Hugo me agarró de la nuca y me apretó contra él. Yo gemí de placer. Tenerlo en mi boca, besándome de esa manera, me superaba. Volvía a ser la mujer más feliz del universo.

De nuevo lo hacía estando a su lado.

En medio de esa intensidad tan apabullante, me separé de él. Carlo acababa de entrar en la habitación y había carraspeado. Hugo agachó la cabeza y le preguntó a su sirviente y amigo qué era lo que quería.

—Únicamente comprobar que el perro se encuentra bien, señor. Ha estado dentro del camión más tiempo del previsto y es posible que el animal tenga hambre y sed.

—Tienes razón, encárgate de él.

Carlo salió de la estancia en busca de alimento y agua para el animal y ambos volvimos a acercarnos. Hugo me miraba con deseo, con lascivia. Volvió a agarrarme de la cintura y tiró de mí hacia él, pero inmediatamente me soltó y miró hacia abajo. El cachorrillo se había colado entre nosotros y jugueteaba enredándose entre nuestras piernas.

Hugo lo miraba sonriendo.

—Tendrás que ponerle un nombre —me dijo.

—Lo llamaré *Cocker*.

—¿Cómo lo vas a llamar así? —me preguntó divertido—. *Cocker* es la raza a la que pertenece.

—Lo sé, pero es el nombre que le hubiera puesto mi padre.

—Entonces no hay nada más que hablar.

En ese momento el cachorro levantó la cabeza hacia nosotros y nos miró. Comenzó a mover la cola y a ladrar como si hubiera entendido lo que estábamos diciendo y nos diera su aprobación para el nombre que le había puesto.

Pero en realidad no fue exactamente eso lo que nos quiso decir, ya que lo que hizo a continuación fue separarse de nosotros unos metros, agachar sus patas traseras y hacer pipí en la alfombra.

—¡*Cocker*, no! —le grité.

Salí corriendo hacia él y me tropecé con una peana que sujetaba un enorme jarrón. Éste se tambaleó y, aunque quise cogerlo en el aire, no me dio tiempo y cayó al suelo, haciéndose añicos. ¡Dios mío, qué desastre!

Hugo me miró muy serio. Yo debía de tener la cara descompuesta.

—Joder, Alexandra, no sabes lo que has hecho. Ese jarrón era de la tatarabuela de Carlo. Ha estado durante cientos de años en su familia. Es el mayor legado que le han dejado y siempre lo ha llevado con él a todas partes. Le tiene un inmenso cariño.

No sabía qué hacer. Me quedé blanca. ¡Cómo podía haber sido tan torpe! Carlo no me lo perdonaría nunca.

Me dispuse a recoger todos los trozos esparcidos por el suelo cuando Carlo entró por la puerta y vio el desastre.

—Pero ¿qué ha pasado aquí? —preguntó estupefacto—. *Signorina*, no se preocupe. Llamaré a alguien para que lo recoja.

Me levanté completamente abatida y absolutamente avergonzada.

—Carlo, yo... lo siento mucho. Sé que es algo irremplazable, pero si pudiera compensárselo de alguna forma...

—Pero ¿de qué está hablando, *signorina*? —me preguntó con cara de no entender nada.

—De... del jarrón... ¿A lo mejor lo podemos pegar? —añadí, a modo de súplica ante lo mal que me estaba sintiendo por mi tremenda torpeza.

—Pero si el jarrón no valía nada, *signorina*, y además era feísimo. De hecho, el señor lo odiaba y me había pedido que me deshiciera de él.

Miré a Hugo desconcertada.

Estaba literalmente muerto de la risa.

—Tendrías que haberte visto la cara, Alexandra —me dijo mientras continuaba riéndose a carcajada limpia.

«¡Será...!»

Capítulo 22

Me desperté con la primera entrada de rayos de sol en la habitación. De nuevo hacía un día radiante y yo me sentía feliz. Mi estado de ánimo había dado un giro de ciento ochenta grados y estaba exultante.

Debí de despertar a *Cocker*, porque comenzó a gruñir y a tirar de mis sábanas.

—Ya voy, ya voy...

Me desperecé y salí de la cama. Rápidamente me asee y me vestí.

—Supongo que necesitas hacer pipí... o comer... o beber.

¡Madre mía! Tenía que aprender cómo funcionaban los perros y cuáles eran sus necesidades.

Cocker me miraba expectante y movía el rabo sin parar. Le puse la correa y abrí la puerta del dormitorio. Salió disparado, tirando de mí escaleras abajo hasta que llegamos a la puerta principal. La abrí y salió corriendo conmigo tras él.

Por lo que me comentó Hugo la noche anterior tras el incidente del jarrón, el perro había sido adiestrado por un criador, por lo que si se hizo pipí en la alfombra fue por la cantidad de horas que había estado el pobre animal dentro del camión, esperando a que yo lo abriera.

Efectivamente *Cocker* sólo quería hacer sus necesidades y enseguida decidió entrar en la casa de nuevo. Probablemente lo que tenía entonces era hambre.

«¡Como yo!», pensé.

En la cocina estaba de nuevo todo el personal de la casa desayunando. Me

sumé a ellos. Al principio estaban algo nerviosos, pero rápidamente empezaron a ver que yo era una más. Hugo también solía ser muy cercano con los empleados, pero supongo que nunca hasta el punto de sentarse a la misma mesa con ellos a comer.

Le pregunté a Carlo por su jefe. Aún tenía una conversación pendiente con él y, aunque después de los últimos acontecimientos me sentía más relajada y confiaba algo más en él, todavía me debía una explicación acerca de todo lo que estaba pasando.

—Volverá a la hora de la cena. Tenía unos asuntos pendientes de trabajo que debía resolver, antes de cogerse unos días de vacaciones para poder estar con usted como se merece, *signorina*.

—Gracias, Carlo.

Mi optimismo iba en aumento. Hugo iba a dejar de trabajar unos días para poder estar conmigo. Eso sonaba muy bien.

Pasé el resto del día dando paseos al perro por aquel espectacular enclave. Era curiosa la sensación que me transmitía el sitio. Era como si ya hubiera estado anteriormente allí. Me resultaba familiar, a pesar de que era la primera vez que me encontraba en ese precioso lugar.

El cachorro enseguida se hizo a mí y yo a él. Desde el primer momento supe que me iba a acompañar durante muchos años a lo largo de mi vida. Era precioso. Tenía los ojos un poco tristes, a pesar de su vivacidad, y las orejas muy largas, que iba metiendo en todos los sitios donde se arrimaba. Sin duda habíamos conectado y, cuando no se encontraba explorando nuevos rincones, se acurrucaba a mi lado buscando mi mano para que lo acariciara.

Por la tarde, cuando ya empezaba a anochecer, decidí subir a arreglarme. Quería ponerme guapa para la cena y rebusqué en el vestidor de mi habitación, donde cada vez había más ropa de mujer.

Encontré un pantalón de vestir, que combiné con una blusa semitransparente muy moderna. Me peiné con un recogido informal y me

maquillé con los productos de alta cosmética que se encontraban en una enorme bolsa de aseo, que obviamente Carlo había dejado allí para mí.

Cuando bajé, Hugo acababa de llegar. Entraba por la puerta conforme yo descendía por la escalera y se quedó parado, mirándome sin pronunciar palabra.

—¿Tan fea estoy? —Sonreí tímidamente.

—Alexandra, estás... espectacular. —Carraspeó.

Me miraba intensamente. De hecho, no me quitó el ojo de encima hasta que terminé de bajar.

Menos mal que no me tropecé o caí rodando. No hubiera quedado muy glamuroso, la verdad.

—Dame unos minutos y estaré contigo enseguida. Necesito darme una ducha y ponerme cómodo, ¿de acuerdo?

Asentí ilusionada pensando en lo que esa noche me podría deparar.

Hugo dejó su maletín y el resto de cosas sobre la mesa de su despacho y se dirigió hacia la escalera.

—Sólo una cosa, Hugo... —Carraspeé y cogí fuerzas para preguntarle y asegurarme de que esa noche tendría mi explicación—. Tenemos una conversación pendiente, lo recuerdas, ¿verdad?

Asintió, de nuevo mirándome con intensidad a los ojos, provocando que me estremeciera. Después subió la escalera apresuradamente y desapareció de mi vista.

Me estremecí porque sus ojos reflejaban deseo por mí, pero también preocupación. En cualquier caso, esa noche iba a salir de dudas y por fin me explicaría qué demonios estaba pasando.

Carlo me invitó a pasar a la estancia donde Hugo me había sorprendido con el regalo del perro. En ella habían montado una pequeña mesa y habían dispuesto todo lo necesario para que cenáramos allí. Lo agradecí, porque el comedor era algo frío y prefería sentirme más cercana a Hugo cuando hablara con él.

No tardó en bajar. Estaba impresionante. Se había puesto un pantalón azul marino que le sentaba fenomenal, con una camisa blanca y un jersey muy moderno gris claro encima. Todavía llevaba el pelo algo húmedo y me pareció que así estaba aún más atractivo.

Hugo agradeció a Carlo cómo lo habían dispuesto todo y le dijo que ya podían retirarse él y el resto del personal. Nos quedamos a solas.

—Alexandra, si no te importa podemos cenar primero y después, tranquilamente, contestaré a todas tus preguntas.

—De acuerdo —le respondí—. Sería una lástima que, después de todas las horas que lleva María cocinando, dejáramos enfriar sus elaboraciones.

Fue una cena relajada y muy íntima. Hugo descorchó una botella de vino que guardaba para una ocasión especial y tengo que decir que estaba delicioso. No recuerdo cuántas copas tomé, pero probablemente más de la cuenta. Entre tanto, la conversación fluía entre nosotros y Hugo se abrió a mí como si me conociera de toda la vida, con total confianza y cercanía. Me contó algunas cosas de su trabajo y de su vida actual, pero sobre todo me reveló más detalles de su dura infancia y cómo Carlo se convirtió en su única familia y lo cuidó como si de un hijo se tratase. Por eso tendría que agradecerse siempre, ya que se había convertido en su segundo padre y en su único apoyo en la vida, aparte de su primo Piero.

El gesto de Hugo en esos momentos era de absoluta tristeza, pero también mostraba rabia, furia. Evidentemente perder a sus padres siendo tan joven y de esa manera tuvo que marcarle de por vida.

Entonces se hizo un silencio y Hugo me cogió la mano. Ya habíamos terminado de cenar.

—Ven conmigo —me dijo, aún con los ojos vidriosos, tirando de mí para que lo acompañara.

Nos dirigimos a otra habitación de la casa que aún no conocía... un enorme, aunque acogedor, salón. A pesar de lo grande que era, la chimenea y la decoración lo hacían muy cálido. Hugo puso música relajante, encendió la

luz de una pequeña lamparita, creando así un ambiente más íntimo todavía, y apagó las luces de las enormes lámparas que colgaban del techo.

Me pidió que me sentara en el sofá.

En un principio no me acomodé muy pegada a él, pero Hugo me pasó el brazo por los hombros, atrayéndome hacia sí, por lo que acabé recostándome sobre su pecho. Me sentía muy relajada y algo adormilada. El calor de la estancia, el ambiente tan acogedor, el vino que me había tomado y lo a gusto que estaba percibiendo la respiración de Hugo tan cerca hacían que me sintiera como lo estaba haciendo. Cerré los ojos.

—Me encanta cómo hueles siempre —me susurró mientras aspiraba profundamente el aroma de mi pelo.

—Tenemos que hablar —le recordé musitando.

Aunque en esos momentos todo me daba igual ya. Me sentía muy bien... Estaba cayendo en un estado de sopor en el que únicamente percibía la rítmica respiración de Hugo y la preciosa música de fondo que había puesto. Lo demás ya no existía para mí.

—Lo sé —contestó, dando un profundo suspiro de resignación—. Intentaré darte las máximas explicaciones, pero tienes que entender que habrá cosas que, por tu propia seguridad, es mejor que desconozcas.

Respiró hondo y continuó.

—Por desgracia, y sin tú saberlo, te has convertido en partícipe de algo que pone en peligro tu vida. Además, el hecho de que nosotros nos encontráramos hizo que se complicaran aún más las cosas. —Respiró hondo de nuevo—. Aunque me da la sensación de que eso era inevitable... —dijo esto último como si fuera más bien un pensamiento propio expresado en voz alta y con el que quisiera llegar a comprender algo que se le escapaba de las manos.

No recordaba nada más.

Capítulo 23

Me desperté sintiéndome igual de reconfortada que la noche anterior. Abrí los ojos y empecé a ser consciente de dónde me encontraba, aunque no sabía cómo demonios había llegado allí. Lo último de lo que me acordaba era estar abrazada a Hugo sentada en el sofá del salón, sentir su respiración acompasada y escucharlo hablar sobre... «cosas que, por tu propia seguridad, es mejor que desconozcas... te has convertido en partícipe de algo que pone en peligro tu vida... que nos encontráramos los dos no hizo más que complicarlo todo».

Debí de quedarme dormida, pero lo peor de todo era que estaba metida en la cama con Hugo, que, por cierto, estaba pegado a mi espalda y me abrazaba con fuerza.

¡Opss! En ese momento fui consciente de que yo sólo llevaba puesta la ropa interior. Nada más.

Me giré un poco y vi que la luz del sol empezaba ya a entrar por entre las tupidas cortinas. Por lo tanto, debíamos de haber dormido juntos. Lo peor era que no podía recordar si había pasado algo entre nosotros. Levanté un poco las sábanas y vi que Hugo estaba vestido. Puse los ojos en blanco y suspiré con alivio. No me hubiese gustado que hubiera pasado algo entre nosotros y que yo no me hubiese enterado. Me moriría de la vergüenza, a partes iguales que de la rabia, de no acordarme.

Fue entonces cuando sentí el aliento de Hugo en mi nuca. Se había despertado y acariciaba con sus labios mi cuello desnudo. Tuve que contenerme para no gemir de placer. El simple hecho de notar su boca sobre

mi piel había desatado en todo mi cuerpo una ola de placer y sensaciones que jamás había sentido de esa manera tan intensa. Me removí intentando darme la vuelta, pero Hugo me abrazó de tal manera que mi cuerpo quedó absolutamente encajado en el de él. Su boca entonces se dirigió hacia mi oído. Su aliento hizo que cerrara los ojos de auténtico placer.

—No te muevas —me susurró con una voz tan sensual que otro latigazo recorrió todo mi cuerpo hasta terminar en el vértice de mi sexo.

Su boca continuó hacia abajo. Sus labios iban arrasando toda mi piel con su cálido contacto. Se paró en el hombro y retiró la ropa de cama que había sobre él. Un escalofrío me recorrió mientras él seguía mordisqueándome.

La mano que tenía sobre mi abdomen cada vez me apretaba más para que me pegara a él y sintiera toda su presencia. Sin duda su cuerpo estaba reaccionando también ante la pasión que comenzaba a desatarse entre ambos.

Con un movimiento rápido, me giró y me puso boca abajo en la cama. Comenzó a desnudarse. Se lo quitó todo y se sentó a horcajadas sobre mis nalgas, se inclinó hacia delante y comenzó a recorrer mi espalda con su lengua.

Oh, Dios mío. Mi cuerpo y mi mente se habían abandonado a las sensaciones.

—Quiero saborear cada poro de tu piel —ronroneó.

Los estremecimientos que me estaba provocando me pedían ir a más. Mi cuerpo quemaba y lo necesitaba a él para apagar ese fuego.

—Gírate —demandó de pronto.

Lo hice y me quedé sentada frente a él. Comenzó a despojarme de la ropa interior mientras me miraba ardientemente. Entonces me agarró de la cintura y tiró de mí, haciendo que me sentara sobre él. Sus labios chocaron con los míos con absoluta impaciencia. Su deseo por entrar en mi boca se vio recompensado enseguida. Después continuó besándome el cuello con total desesperación. Gemí intensamente, exhalando todo el deseo que sentía por él, gesto que aprovechó su boca para invadir de nuevo la mía. La penetró, la

recorrió, la saboreó y la hizo suya. Su cálida lengua me enredaba, me poseía, me besaba con absoluta pasión, con necesidad y vehemencia.

Mi cuerpo hacía rato que estaba preparado para recibirlo. ¡Lo necesitaba tanto! Y él sabía cómo hacérmelo desear hasta la desesperación.

Sus labios, abandonando los míos aún sedientos de más, se dirigieron hacia mi pecho. Lo rodearon y lo lamieron hasta que llegaron a su cumbre. El calor de su boca sobre mis pezones hizo estallar mi deseo de ser poseída por él. Sus mordiscos juguetones me estaban volviendo loca. Le cogí la cabeza y tiré de él hacia mi boca. Lo besé con tanta fuerza, con tanta rabia, con tanta pasión, que desperté en él la fiera que llevaba dentro. En un giro inesperado, se tumbó en la cama y me colocó a horcajadas sobre él... sobre su sexo. La presión me estaba matando. Su virilidad pugnaba por entrar en mí, pero yo aún me resistía. Me agarró entonces de las caderas y empezó a restregarme contra él con absoluta desesperación, mientras me pellizcaba una y otra vez ambos pezones, cada vez con más vehemencia, cada vez con más anhelo, cada vez con más ansia de mí. Se incorporó, me agarró de las nalgas y me levantó lo suficiente como para luego dejarme caer sobre él, abriéndome, haciéndome resbalar por él, hasta llegar al final del recorrido. Mi cuerpo entero se estremeció. Cada poro de mi piel lo sentía, cada terminación nerviosa estaba conectada a esa sensación. Me miraba intensamente y esa mirada me lo transmitía todo. Todo lo que sentía por mí. Necesidad, desesperación, atracción, deseo, cariño, amor. Todo. Y así, mirándome fijamente y yo a él, empezó a moverme. Mi cuerpo le seguía los movimientos por inercia, por instinto. El placer era infinito, insuperable. Aumentó el ritmo, luego lo bajó, haciendo que lo deseara todavía más. Todo lo que yo quería en este mundo estaba allí mismo en ese instante... delante de mí, mirándome con absoluta determinación.

De pronto me tumbó sobre la cama, apoyó sus brazos alrededor de mi cabeza y me volvió a penetrar. Oh, Dios, qué sensación tan maravillosa. Todo su cuerpo en tensión entraba y salía de mí. Mi cuerpo no aguantaba ya más.

Sus embestidas iban en aumento y sus jadeos denotaban su estado. Nos encontrábamos al límite. Se agachó, acercó su boca a la mía e intentó besarme, pero no pudo. Ambos estallamos en un gemido que resonó en toda la habitación. Nuestros cuerpos explotaron de placer y yo me abandoné a él y él a mí. Nos miramos durante varios segundos, con la boca aún abierta debido al inmenso placer que sentíamos. Me besó en los labios, me volvió a besar, esta vez en la frente, y finalmente cayó rendido en la cama, junto a mí.

Quedamos el uno frente al otro. Nos miramos. Me sonrió con cariño, con devoción. Ninguno de los dos dijo nada. Simplemente nos abandonamos a ese instante.

Me desperté poco tiempo después. Hugo ya no estaba a mi lado. A juzgar por el ruido que provenía del baño, se estaba dando una ducha.

Me sentía absolutamente feliz, plena; quería aferrarme a esa sensación para el resto de mi vida. No deseaba despertar jamás de lo que parecía un fabuloso sueño, por nada del mundo.

Cerré los ojos y rememoré mentalmente cada caricia suya, cada sensación mía... cada aliento, cada beso, cada sentimiento despertado, cada instante de plenitud junto a Hugo. No había sido un sueño, había sido real, y yo lo había vivido en primera persona.

Un ruido proveniente quizá de la cocina me hizo salir de mi estado de confort. Probablemente el servicio había vuelto ya a sus quehaceres diarios.

Me levanté de la cama de un brinco y abrí las cortinas para que penetrara la máxima luz posible en la habitación. Me vestí y decidí bajar a la cocina para beber agua. Tenía la boca muy seca, demasiado. Estaba claro que esos eran los efectos secundarios de la cantidad de vino que me había bebido la noche anterior.

«Resaca, se llama», apuntó mi subconsciente.

Al entrar en la estancia, comprobé que no había nadie. Eso me sorprendió mucho. Esperaba ver a María y a los demás empleados trajinando como de

costumbre, pero por allí no había ni rastro del personal, ni tampoco rastro de la deliciosa comida de la cocinera.

Me asomé por la ventana mientras bebía la ansiada agua, pero tampoco vi al jardinero que acostumbraba a regar las plantas todas las mañanas. De hecho, me empecé a sentir incómoda. Había demasiada quietud.

Salí al exterior y, por no oírse, no se oía ni el alegre canto matutino de los pájaros de la zona. Tampoco vi a *Cocker* corretear, como solía hacer, detrás de algún bichillo.

Al girarme para volver a entrar en la casa, choqué con el cuerpo de un hombre joven y fuerte, que primero creí que era Hugo, hasta que levanté la vista y la cara de Matt apareció ante mis ojos.

Me tapó la boca con una de sus manos y me inmovilizó con la otra en un movimiento diestro y rápido.

No podía salir de mi asombro. ¿Qué demonios hacía Matt allí? ¿Y cómo me había encontrado?

—¡Buenos días, Álex! —me dijo con mucha prepotencia.

No entendía nada, pero mi instinto me decía que de allí no podía salir nada bueno. Intenté zafarme de él, pero ni mi fuerza ni mi poca destreza para esas cosas me permitieron hacerlo. Cada vez me sujetaba con más violencia y me arrastraba, casi sin ser yo consciente de ello, hacia el embarcadero.

Hugo gritó tras nosotros. Me giré y le vi la cara desencajada. Sólo llevaba puestos unos pantalones. Sin duda eso lo había pillado tan de sorpresa como a mí.

—¡Suéltala ahora mismo, hijo de puta, o te juro que te mataré con mis propias manos! —le gritó Hugo muy enfurecido.

—Matt, ¿qué coño haces? —le pregunté cuando dejó de taparme la boca al haberlo mordido—. Suéltame.

No me respondió. Me miró completamente rabioso y siguió forcejeando conmigo. Nunca le había visto esa expresión en la cara y me entró el pánico.

¿Qué demonios estaba pasando allí?

Matt me arrastraba violentamente y Hugo había desaparecido. Sus palabras de la noche anterior resonaban en mi cabeza y empezaba a tomar conciencia de ellas.

«Te has convertido en partícipe de algo que pone en peligro tu vida», me estuvo diciendo.

¡Pero eso no podía ser cierto!

Comencé a gritar. Continué forcejeando con Matt, intenté morderlo de nuevo, procuré darle patadas, puñetazos, hice todo lo que estuvo en mi mano para liberarme, pero no conseguí que me soltara. Cada vez me hacía más daño, cada vez me apretaba con más fuerza y seguía tirando de mí. Me arrastraba por la nieve, que había hecho acto de presencia esa noche cayendo copiosamente, como si yo fuera una frágil muñeca.

Nos aproximamos al embarcadero. En él había una lancha rápida con el motor en marcha. En el interior de la misma pude ver a dos hombres esperándonos. A Matt no le fue fácil introducirme dentro de ella, ya que luché todo lo que pude. No entendía lo que pasaba, pero estaba claro que no podía ser nada bueno.

Entonces oí un disparo y todo se precipitó.

Matt me lanzó de un fuerte empujón dentro de la embarcación. Al caer noté un aterrador crujido en mi tobillo seguido de la sensación más desagradable y dolorosa de mi vida. Sin duda me lo había lastimado.

La lancha aceleró y salió de allí precipitadamente. Me giré y vi cómo Hugo llegaba exhausto al embarcadero y nos apuntaba con un arma. Quiso disparar, pero Matt me usó como escudo de protección. Después éste me apuntó a la cabeza con un revólver que sacó de debajo de su chaqueta y le dedicó a Hugo una sonrisa orgullosa.

—Ahora el trofeo me pertenece a mí, Saccheri —afirmó con satisfacción en su rostro—. Será mejor que te despidas de ella.

De repente algo golpeó mi cabeza y todo se volvió confuso. Después, oscuridad.

Capítulo 24

Remembranzas muy diferentes acudieron a mi mente. De mi niñez, de mi adolescencia, actuales. Todas pasaron por mi cerebro a gran velocidad, dejándome entrever no sólo la imagen, sino también las sensaciones que albergaban cada uno de esos recuerdos.

Juegos infantiles, regalos de cumpleaños, amigos del verano, aquel extraño chico del lago, mi primer día de instituto, primeros besos robados, el orgullo que sintió mi padre el día de mi graduación, su funeral, mi primer día de trabajo, Matt, Hugo.

Abrí los ojos inmediatamente y desperté de mi ensoñación de la manera más cruda en que podía hacerlo. Ante mí sólo había oscuridad, humedad y silencio.

Una pequeña rendija de luz artificial se colaba por debajo de la puerta. Ésa era la única luminosidad que había dentro del cubículo en el que me encontraba. Mis ojos enseguida se acostumbraron a la penumbra y pudieron adivinar cuatro paredes, mugrientas y húmedas, que me rodeaban, devorándome. Hacía frío y tenía el cuerpo entumecido. Mi boca estaba seca. Tenía mucha sed.

Me encontraba tumbada sobre una suerte de cama desvencijada y maloliente. El colchón era bastante incómodo y únicamente tenía una vieja manta con la que arroparme. Me dolían las muñecas, mucho. Intenté masajearmelas y un ruido acompañó al movimiento de mis manos. Unos grilletes rodeaban mis muñecas y unas cadenas unidas a ellos hacían que estuviera irremisiblemente unida a la pared. Me incorporé como pude y me

quedé sentada en el lecho. Aún estaba algo aturdida y me dolía muchísimo la cabeza. Me la toqué y sentí una punzada cuando palpé una herida bastante prominente y que todavía sangraba. Intenté levantarme, pero no lo conseguí a la primera. Me encontraba muy débil y tuve que intentarlo un par de veces más hasta que lo logré..., pero, en cuanto puse el pie derecho sobre el suelo, me vine abajo otra vez. El tobillo me dolía muchísimo y apenas podía apoyarlo.

La estancia en la que estaba no medía más de cuatro o cinco metros cuadrados; apenas tenía espacio para moverme. Tampoco tenía mucha altura, ya que podía tocar el techo con las manos. Y, por supuesto, allí no había ventana alguna por la que mirar al exterior y hacerme una idea del lugar en el que me encontraba.

Comencé a llorar. Me sentía hundida, desprotegida y, sobre todo, vencida. No tenía fuerzas para nada. Me encontraba muy débil, hambrienta, sedienta, entumecida por el frío, dolorida y, lo que era peor, aterrada.

No sabía por qué estaba allí encerrada. No sabía qué podría querer Matt de mí. No sabía qué relación había entre Matt y Hugo... y lo peor de todo era que no sabía qué había pasado con él. Recordaba verlo caer de rodillas en el embarcadero totalmente abatido. Lo recordaba mirándome con absoluta desolación. Pero ya no recordaba nada más. Solamente un fuerte golpe en la cabeza y, a continuación, despertarme en las condiciones deplorables en las que lo había hecho.

Un sonido captó mi atención. Una llave giró y la puerta se abrió, dando paso a una cantidad de luz inmensa. Tuve que taparme los ojos con el antebrazo hasta que éstos se acostumbraron a la claridad. Pude observar entonces que en la habitación donde me encontraba había una bombilla que habían encendido y también pude ver que en una esquina había una cámara con un punto rojo encendido, dándome a entender que me observaban desde el otro lado y que quizá por eso habían acudido en cuanto me había despertado.

Tras la puerta, apareció Matt. En esos momentos sentí algo contradictorio en mi corazón. Por un lado, él era el culpable de que yo estuviera allí encerrada... pero, por otro lado, él era una persona con la que había mantenido una relación íntima y probablemente, allí, eso sería lo más cercano a un amigo que pudiera hallar.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó.

Lo traspasé con la mirada.

—Mira, a mí esta situación tampoco me gusta, pero es lo que hay, así que te aconsejo que, por tu bien, te muestres dócil y que colabores con todo lo que te pidan. Digamos que no tienes muchas opciones aquí, así que es mejor que no cabrees al personal.

Comencé a llorar desesperadamente. Miré a Matt y le supliqué al menos una explicación de por qué me tenían allí retenida.

—No creo ni siquiera que te la den. En cualquier caso, no me corresponde a mí proporcionarte ninguna información. Sólo vengo a traerte comida y agua y a ver cómo estás.

—¡Uy, divinamente, en mi nuevo *loft*! —le espeté irónicamente, mientras lo miraba encendida por la ira.

—Álex, no hagas las cosas más difíciles. No seas tan testaruda como lo fue tu padre e intenta colaborar. Todo será más sencillo —dijo, mientras se daba media vuelta y salía de allí dejándome sola otra vez.

A los pocos minutos la puerta se volvió a abrir y un tipo más bien bajo y regordete, con un uniforme azul y con la cara prácticamente cubierta por una gorra y su propia barba, dejó en el suelo una bandeja con algo de agua y comida. La puerta se cerró de nuevo y no se volvió a abrir hasta la mañana siguiente.

Durante ese largo día tuve mucho tiempo de pensar en las palabras de Matt y en las de Hugo, y en la posible relación que podría haber entre ambos, pero lo que más me volvía una y otra vez a la cabeza como un resorte eran las últimas frases de Matt. «¡No seas tan testaruda como lo fue tu padre e intenta

colaborar!» ¿Qué me habría querido decir con eso? ¿Es que acaso él conoció a mi padre? Y, por otra parte, ¿en qué tendría que colaborar?

Me estaba volviendo loca ante tanto sinsentido.

Al día siguiente, irrumpieron dos hombres en la habitación, me quitaron los grilletes y me llevaron a rastras hasta un cuarto de baño.

—¡Desnúdate y ponte esto! —Me ordenó uno de ellos mientras me lanzaba una especie de bata de hospital blanca.

No podía sentir mayor terror. Tenía el cuerpo atenazado por el miedo. Estaba absolutamente paralizada y no sabía qué hacer. Matt apareció entonces.

—Yo me quedo con ella. ¡Fuera de aquí! —les gritó.

Se giró hacia mí y sonrió.

—Por los viejos tiempos, Álex.

—¡Eres un hijo de puta! —le espeté.

—¿Prefieres que vengan ellos, entonces?

—No, no hace falta —musité.

Cogí la bata y me la puse por encima de lo que llevaba puesto. Poco a poco me fui deshaciendo de mi ropa, hasta quedarme totalmente desnuda con el único abrigo de esa fría y aséptica prenda que me habían proporcionado.

Matt sonrió con picardía.

—Eso no vale, Álex. Se trata de asegurarnos de que no llevas absolutamente nada encima, ni ropa, ni joyas, ni nada donde puedas esconder el chip, así que me temo que, para hacerte el registro, tienes que desnudarte entera. La bata ya te le pondrás después. Claro que, si no estás conforme con que yo te vea desnuda, siempre podemos llamarlos a ellos. Eso sí, me temo que el registro va a ser mucho más exhaustivo que el que te vaya a hacer yo. Tú decides.

Me miraba con malicia.

Una lágrima rodó por mi mejilla.

—Venga, Álex, que no voy a ver nada que no haya visto ya antes.

Su comentario hizo que se me revolviere el estómago.

Me desnudé completamente.

—Levanta los brazos y date la vuelta —me ordenó.

Le hice caso.

—Está bien. Ponte la bata y acompáñame.

Cuando terminó de darme la orden, ya había salido del baño, así que me puse corriendo la dichosa prenda y lo seguí.

—Matt... —reclamé su atención—. Por favor, dime al menos por qué estoy aquí encerrada. —Intenté sujetarlo del brazo para frenar su paso.

—Vamos, Álex... ¿No me digas que no lo sabes ya?

La expresión de mi cara tuvo que ser lo suficientemente convincente, porque no me lo preguntó otra vez, pero tampoco me respondió.

—Sígueme en silencio —me ordenó, y aceleró el paso.

Llegamos a una sala cuyo aspecto me recordó a la de un hospital. En ella todo era blanco, limpio y olía a desinfección. Nada que ver con el zulo de donde había salido.

—Tienes que tumbarte sobre esta camilla y esperar las órdenes que te van a ir dando. Por tu bien, haz lo que te pidan, Álex. —Matt se giró y se fue, dejándome allí sola.

Me tumbé sobre el frío armazón y esperé con terror los acontecimientos.

Un ruido potente comenzó a sonar detrás de mí. Cerré los ojos por instinto y me removí, pero alguien me ordenó por megafonía que permaneciera absolutamente quieta. La voz me era desconocida y no me resultó para nada amigable.

Intenté no moverme. Una máquina redonda avanzó desde mi cabeza hacia mis pies, haciendo mucho ruido a mi alrededor.

—Si continua así de quieta, habremos acabado enseguida —me informó la voz.

Y no me mintió. Muy pocos minutos después, la máquina se retiró y el estridente sonido desapareció con ella.

Matt entró en ese momento en la habitación.

—Ya puedes levantarte. Estás limpia —dijo torciendo la boca—. No sé si eso es bueno o malo para ti, la verdad. —Chasqueó la lengua—. Por cierto, tu tobillo está bien. Sólo ha sido una leve torcedura.

Durante el camino de vuelta hacia mi celda, Matt no añadió nada más. Iba muy pensativo.

Cuando ya me encontraba de nuevo en el zulo y estaba esposada con los grilletes, pregunté con voz temblorosa:

—¿Qué deberían haber encontrado, Matt?

—¿De verdad que no lo sabes? No me creo que seas tan ingenua.

Me tumbé en la cama de lado, me abracé las rodillas y comencé a llorar silenciosamente con la vista perdida.

—Tarde o temprano te lo dirán... supongo. No creo que te maten sin explicártelo todo antes.

Simplemente no reaccioné ante sus palabras. Sólo lloré y lloré, hasta que, extenuada, caí en un profundo sueño.

Capítulo 25

«Indefensión aprendida» le llamábamos los psicólogos a lo que sentía yo en aquellos momentos. Tenía la sensación de que todo había terminado y de que ya daba igual lo que ocurriese o hiciese, porque sabía cuál iba a ser mi irremediable final. Esa devastadora sensación invadía mi cuerpo. Estaba abatida, desolada y sin aliento. No cabía esperar nada ya.

Los días se sucedieron de esa manera anodina.

No tuve más visitas de Matt ni de nadie. Únicamente veía la luz cuando el gordo oficial de siempre, con su inmensa gorra y su espesa barba, entraba y me dejaba en el suelo, al lado de la puerta, la comida y bebida para ese día. Nunca pude verle bien la cara, ni nunca mostró la más mínima compasión por mí. Lo que me pasara le daba igual. Me lanzaba la bandeja al suelo con la misma desidia todos los días, y sin mediar palabra se largaba, dejándome en la más absoluta oscuridad de nuevo. A veces lo oía reírse con la tele que tenía para entretenerse. Eso era lo más cerca que había estado de oír su voz.

No supe cuántos días y cuántas noches estuve allí encerrada. Mis ritmos circadianos estaban completamente descontrolados. No sabía cuándo era la hora de comer o la de cenar. Me tiraba prácticamente todo el día durmiendo. Ésa era la única forma que tenía de defenderme para no volverme completamente loca, huyendo de la sinrazón que estaba viviendo.

Así transcurrió mi tiempo allí, hasta que un día volvieron a sacarme para trasladarme a otra sala, en esta ocasión más acogedora y cálida que la de la vez anterior.

—Siéntese, señorita Roberts.

Hice caso a la voz que me hablaba a través de un altavoz situado en una mesa frente a mí. Más allá, un gran espejo cubría toda la pared. Tenía claro que había alguien observándome tras él.

—¿Sabe usted por qué está aquí? —preguntó la voz con impaciencia.

Negué con la cabeza. Apenas tenía fuerza para mucho más.

—Está bien. Quiero creer que no me está mintiendo —dijo en tono amenazador—. De lo contrario, señorita Roberts, las consecuencias serían terribles para usted. Esperamos que colabore con nosotros. Eso facilitaría mucho las cosas y ahorraría daño innecesario a personas que usted aprecia.

A mi cabeza acudieron rápidamente imágenes de Hugo, de Carlo y, por supuesto, de mis compañeros de trabajo, de mi madre, de Sammy y del cachorro. Si le pasara algo a cualquiera de ellos, perdería la razón por completo.

—¿Dónde está la pulsera que le regaló su padre para su graduación? —preguntó entonces la voz.

En un acto reflejo, me toqué la muñeca donde solía llevarla. La pulsera no estaba. Quizá la hubiera perdido en el forcejeo con Matt o al ponerme los grilletes. En cualquier caso, había desaparecido.

Miré hacia el espejo y me vi reflejada en él. La imagen que me devolvía no era la mía, la que yo recordaba al menos. Había adelgazado mucho y mi cara estaba demacrada, ojerosa. Parecía haber envejecido y mis ojos estaban faltos de brillo, de esperanza.

Una lágrima rodó entonces por mi mejilla.

—¿No me ha oído usted? —bramó la voz con furia, provocando que me sobresaltara.

Un hilo de voz temblorosa me permitió contestarle.

—No sé dónde está.

Me eché ambas manos a la cara y comencé a llorar desesperadamente.

Pasaron dos o tres minutos y aún no había sido capaz de controlar mi llanto cuando Matt entró en la sala.

—Tienes suerte de que yo esté aquí. Querían matarte, Álex. ¡Joder, tienes que colaborar!

Lo miré con los ojos anegados en lágrimas y con el corazón arrasado por la desolación.

—¿Es que no lo entiendes? Sin la pulsera ya no les sirves de nada y esta gente no se anda con minucias. Tienes que decirme dónde está. —Hizo una pausa—. Vamos, te llevaré a tu habitación.

La última vez que recordaba la pulsera en mi muñeca fue la última noche que pasé con Hugo. Cuando me arreglé para cenar con él, la llevaba puesta, pero no tenía presente haberla vuelto a ver desde entonces.

¿Por qué sería tan importante la dichosa pulsera? Sólo era un regalo que me hizo mi padre el día de mi graduación. Tendría ese día grabado en mi mente para siempre, ¡estaba tan orgulloso de mí! Ese día él me miraba con absoluta devoción. Su pequeña se había convertido en una gran mujer, que además se había sacado la carrera con excelentes notas. Me veía feliz y él estaba exultante. Recuerdo las palabras que me dijo cuando me la dio... «Cariño, quiero que sepas lo orgulloso que me siento de ti», afirmó con auténtica satisfacción.

Quizá para otra persona esas palabras no significaran mucho, pero para mí fue lo más valioso que me podía haber dicho. Jamás me había mostrado que estuviera orgulloso de mí; de hecho, siempre sentía que para él nunca era suficiente el esfuerzo que yo realizaba. Siempre me reclamaba más y parecía que jamás iba a poder llegar a satisfacerlo. Sin embargo, en ese momento entendía muy bien su actitud... Siempre había sido muy duro conmigo, cierto, pero sin duda podía afirmar que, si había llegado a donde estaba, había sido gracias a él y a su alto nivel de exigencia.

Por todo eso, que el día de mi graduación me reconociera mi esfuerzo y, sobre todo, que me dijera lo orgulloso que se sentía de mí, fue, sin lugar a dudas, el mejor regalo que me podría haber hecho... Y también me entregó la pulsera. Para mí materialmente no tenía demasiado interés, aunque fuera

bonita. Para mí, lo importante era el significado que tenía y por eso me pareció el detalle más bonito del mundo y decidí que siempre la llevaría conmigo. La pulsera me recordaba lo que yo quería a mi padre y lo orgulloso que se había sentido él de mí ese día.

Mientras recordaba todo eso, habíamos llegado al zulo donde me tenían retenida. Matt entró conmigo y él mismo se encargó de ponerme de nuevo los grilletes.

—Álex, como no les des lo que quieren, te van a matar, joder. ¿Por qué no colaboras?

Lo miré fijamente a los ojos e, intentando controlar mi ira, le respondí.

—Escúchame bien, Matt: no sé dónde está la maldita pulsera, pero menos aún entiendo por qué la querría nadie y por qué me tienen secuestrada aquí por eso. Supongo que, según vosotros, esa pulsera debe de ser importante por alguna extraña razón que desconozco, pero yo sólo sé que me la regaló mi padre el día de mi graduación y que ésa es toda la trascendencia que tiene para mí. No sé qué más puedo decirte. No sé qué más puedo hacer. ¡Si me tienen que matar, que lo hagan ya! —terminé gritándole, enfurecida.

Estaba exasperada, cansada. Ya me daba igual todo. Un llanto descontrolado me sobrevino, dificultándome que pudiera respirar bien. Me estaba dando una crisis de ansiedad. Las pulsaciones del corazón se me aceleraron y comencé a lanzar todo lo que se encontraba a mi alrededor. Necesitaba descargar toda la furia que llevaba dentro, toda la desesperación que sentía ante tan cruel situación. Matt salió de allí, no sin antes decirme lo poco que entendía mi actitud. Tuvo suerte de que en ese momento no me quedaran más cosas que tirar.

Al cabo de un buen rato ya me había calmado y había pasado de encontrarme totalmente alterada a sentirme abatida, fatigada y, por último, adormecida.

Me sacó de mi ensoñación el oficial con su dichosa bandeja de comida.

¿Por qué no me dejaban morir de hambre y ya fin del asunto? Resultaría

más fácil para todos.

Abrió la puerta como de costumbre y se quedó parado delante de ella. Sin embargo, no tiró con desidia la bandeja al suelo como hacía siempre.

—Espero que hoy disfrutes de la comida, Alexandra.

Se agachó, dejó la bandeja como ofreciéndomela para que le hiciera caso, se levantó, salió y cerró de nuevo.

Algo en mi interior activó la alarma. Aquel hombre me había hablado, pero no sólo eso me había extrañado. Además, me había llamado por mi nombre, no por mi diminutivo. Sólo una persona se dirigía a mí de esa manera. El corazón se me puso a mil. Rememoré en mi cabeza la apariencia del oficial que acababa de estar allí. Sólo tenía la imagen de su figura a contraluz, pero fue suficiente como para darme cuenta de que era más alto y más delgado que el que siempre venía y, además, éste no tenía barba. Corrí rápidamente hacia la bandeja. Desconocía qué me iba a encontrar, pero estaba segura de que allí habría algo para mí.

No estás sola.

Lo leí mil veces. Sólo tres palabras. Tres palabras con un mensaje tan impactante para mí como alentador.

Cogí el pan y lo pasé rápidamente por encima de la salsa con la que habían escrito eso en el plato. Si de verdad no estaba sola, no quería que Matt o cualquier otra persona se enterase.

Los siguientes días los pasé con esa esperanza en mi mente. Si conseguí sobrevivirlos fue gracias a esas tres simples palabras. «No estás sola.»

Pero los días se empezaron a alargar otra vez. Nada nuevo ocurría, nadie distinto me visitaba. Seguía trayéndome la comida el mismo oficial anodino y apático de siempre. Nunca habló, nunca sonrió... hasta que un día, a la misma hora que de costumbre, abrió la puerta, se quedó parado con la bandeja en las manos y me miró.

Sólo veía el perfil de su figura debido al gran contraluz y a que mis ojos ya

no estaban acostumbrados a tanta claridad, pero no era el oficial habitual. Volvía a ser un hombre más alto y delgado y tampoco tenía barba.

—Alexandra.

Me levanté como un resorte y corrí hacia él, pero los grilletes atados a la pared me impidieron recorrer el poco espacio que nos separaba. Así y todo, mis ojos ya se habían empezado a acostumbrar a la luz y poco a poco se comenzó a dibujar en mis iris la cara del hombre que tenía delante.

Me paré en seco. Era él. Era Hugo. Me eché a llorar. Caí de rodillas al suelo, sollozando descontroladamente, pero él no se acercó.

—Nos están grabando con una cámara. No hay audio, pero sí pueden vernos. Por favor, Alexandra, haz lo que te pido.

Lo miré con la misma desesperación con la que un niño que se muere de hambre observa un succulento plato de comida caliente.

—Me voy a acercar a ti, pero no debes tocarme. Dale un manotazo a la bandeja como si estuvieras fuera de ti y quisieras pegarme muy enfurecida. Yo me acercaré e intentaré reducirte. En tus manos pondré la llave de los grilletes. Quítatelos cuando me vaya, pero nadie tiene que ver que estás libre. En cuanto tengamos una vía de escape, volveré a por ti. Parpadea dos veces si me has entendido, por favor.

Hice todo lo que me pidió. Él se acercó y me volví aparentemente loca. Le tiré la bandeja, lo intenté agredir y él me sujetó, inmovilizándome, pero al mismo tiempo entregándome la llave de los grilletes. En esos escasos instantes en los que estuvo pegado a mí, frente a frente y con sus brazos rodeando mi cuerpo para echar mis manos hacia atrás, sentí que me derrumbaba. Sólo quería abrazarlo, sentir su protección. Sólo quería cerrar los ojos, para descubrir al abrirlos que todavía estábamos en la cama de la casa del lago y que todo había sido una terrible pesadilla.

—Siento todo lo que te está pasando, pero pronto acabará, te lo prometo —dijo susurrándome al oído.

Me giró y, de un empujón, aparentemente fuerte, me lanzó contra la cama.

Me di la vuelta con rapidez para poder verlo y observé desde aquel sitio inmundo cómo cerraba la puerta y desaparecía tras ella.

Hugo se había ido.

Capítulo 26

Los segundos después de que Hugo se marchara se convirtieron en minutos rápidamente y esos minutos dieron paso a horas. No sabía calcular cuánto tiempo había transcurrido desde que él se había marchado, pero a mí me pareció una insoportable eternidad.

Cada vez estaba más nerviosa. El corazón me latía excesivamente deprisa y las esperanzas iban y venían. ¿Habría soñado lo que me había ocurrido? De sobra sabía que, en situaciones estresantes y difíciles como la mía, la mente podía jugar malas pasadas..., pero estaba segura de haberlo visto, haberlo sentido, haberlo tocado e incluso haberlo olido.

Conseguí serenarme algo e intenté volver a la cotidianeidad de esos últimos días, que no era otra cosa que estar acostada pensando o durmiendo. No quería que vieran algo en mí diferente a lo habitual, no quería despertar ninguna sospecha.

Me tumbé y escuché con atención. Fuera no parecía haber nadie. No conseguí oír la televisión que tantas veces había entretenido a mi carcelero y tampoco vi ninguna sombra moverse a través de la rendija que había entre el suelo y la puerta. El tiempo seguía avanzando pesadamente y ya no sabía qué pensar. Existían un millón de posibilidades que podían estar aconteciendo, pero no quise centrarme en las negativas. Si algo me mantenía con vida, a pesar de lo que me estaba pasando, era la positividad que siempre me había caracterizado y que tanto aplaudían mis compañeros de trabajo. Y desde luego ése no era el momento de flaquear, así que me centré en pensar qué era lo que ocurría fuera y por qué Hugo no había vuelto aún... y, sobre todo

también, en qué hacer cuando él regresara. Seguiría sus órdenes sin más, a pesar de tener la sensación de que todo lo que me estaba sucediendo era culpa suya. Pero, por otra parte, también sabía que el único que podría ayudarme y explicarme toda esa locura era él.

El tiempo seguía transcurriendo y, no voy a mentir, mis esperanzas empezaban a desvanecerse. En el exterior todo podía haber salido mal y que lo hubieran descubierto, incluso matado. Pero no, no quería pensar de esa manera, aunque existiera esa posibilidad.

Volví a oír pasos fuera. Pasos rápidos y decididos que se acercaron a la puerta que me separaba de mi libertad.

Efectivamente ésta se abrió y un oficial, desconocido hasta ese momento para mí, apareció. No era Hugo, pero tampoco era el carcelero de siempre. Decidí observarlo atentamente, no sabía a qué atenerme. Vi cómo dirigía sus pasos hacia la cámara que diariamente grababa mi secuestro. La inutilizó y me pidió que me levantara y que lo siguiera.

—No puedo, los grilletes me lo impiden.

Evidentemente había hecho caso a Hugo y, nada más irse, me los había quitado, pero quería ver la reacción del oficial. Bien era cierto que acababa de desconectar la cámara, pero ya no sabía de quién podía fiarme y de quién no.

—Se supone que ya te han facilitado una llave para abrirlos. —Me miraba incrédulo.

Le enseñé mis manos libres a modo de confirmación. El hombre sonrió al mismo tiempo que asintió.

—Eres muy lista. Has hecho bien.

Había entendido mi estrategia y que con ella quería descartar el hecho de confiar en la persona equivocada.

—Ahora escúchame con atención. Yo no puedo ir contigo. A partir de aquí irás sola. Únicamente tienes que seguir el pasillo hasta llegar a la sala donde te hicieron la resonancia. Entra en ella y métete en un carro con ropas

de desecho que verás allí. Alguien te recogerá y, si todo va bien, te sacará de aquí en pocos minutos. Vamos, el tiempo corre... y recuerda... no estás sola.

Esas tres últimas palabras me confirmaron del todo que podía confiar en aquel hombre y que debía hacer lo que me pedía sin cuestionarlo.

Lo miré a los ojos y le sonreí, ofreciéndole toda mi gratitud con ese único gesto.

Ya no me entretuve más. Salí de allí llena de esperanza. Corrí a lo largo del pasillo hasta llegar a la puerta que recordaba como la que contenía esa máquina infernal y que parecía algo así como la sala de un pequeño hospital. Abrí la puerta y solté un suspiro de alivio. Mi memoria funcionaba correctamente y había dado con ella a la primera. Eché un rápido vistazo a toda la habitación en busca del carrito, pero no logré verlo. Empecé a ponerme nerviosa. Me moví por toda la estancia, miré detrás de todos los sitios en los que podría haber estado escondido, pero nada. No había ni rastro de él.

Las dudas asaltaron mi cabeza. ¿Me había dicho que acudiera a esa habitación o era a otra? ¿Debía de estar allí alguien esperándome o vendría después para recogerme?

Un ruido proveniente de fuera hizo que me pusiera en alerta. Se oían voces de gente hablando cada vez más cerca. De hecho, vi cómo se giró la manija de la puerta y ésta se abrió un poco. Rápidamente me agaché detrás de una camilla y me acurruqué todo lo que pude para no ser vista. Un tipo, precedido de un carrito, abrió y entró. En cuanto se aseguró de haber cerrado bien y de que nadie estuviera al otro lado de la puerta, miró atentamente a todos los rincones de la estancia.

—Alexandra —susurró.

Me puse en pie como un resorte. Era Hugo. Reconocería su voz entre un millón. Corrí hacia él y lo abracé. Las lágrimas rodaron por mis mejillas. Todo eso estaba ocurriendo de verdad, no había sido una alucinación

fabricada por mi cerebro en respuesta a la indefensión que sentía. Él estaba allí, era real.

Hugo me devolvió el abrazo con la misma pasión con la que yo se lo había dado a él. Ninguno de los dos quería separarse del otro, pero estaba claro que no era el momento de sentimentalismos y Hugo me lo hizo saber.

—Tenemos que irnos de aquí, Alexandra.

Me separé de él y, sin mediar palabra, asentí con la cabeza. Me metí dentro del carrito, me agaché y, con su ayuda, me cubrí con todas las prendas malolientes que contenía.

Desde mi posición pude oír cómo Hugo giraba la manija de la puerta y la abría. El carrito comenzó a moverse. El miedo de no saber y de no poder ver lo que ocurría a mi alrededor me invadía. La tensión aumentó cuando oí que alguien le daba el alto a Hugo y nos parábamos. No sabía si era parte del procedimiento habitual como medida de seguridad o bien nos habían descubierto. Me quedé sin respiración. Literalmente.

—Aquí tiene mi identificación. Tengo que llevar esta ropa sucia al sótano. Hoy vienen de la lavandería a recogerla —explicó Hugo.

—Está bien. Adelante.

Oí el ruido de unas puertas automáticas abrirse y el carrito, conmigo dentro, se puso en marcha de nuevo. Volví a oír el sonido metálico y deduje que eran las mismas puertas de antes, ahora cerrándose. Cogí aire y comencé a respirar de nuevo. De repente sentí un tremendo vacío en mi estómago. Probablemente estábamos en un montacargas y mi cerebro estaba asimilando aún ese movimiento en el que pasas de repente de estar parado a caer abruptamente. El ascensor iba muy rápido. Me revolví nerviosa y Hugo se dio cuenta de ello. Carraspeó. No tuvo que hacer nada más. Me estaba indicando que me estuviera quieta. Posiblemente en el ascensor también habría cámaras.

Nos paramos de nuevo y el sonido metálico de las puertas volvió a oírse. Nos pusimos en marcha y todo se oscureció, pero seguimos avanzando.

—Queda poco ya —me susurró.

El suelo era bastante más rugoso que el anterior. Entre eso, la escasa luz que había allí y lo que habíamos descendido en el ascensor, di por hecho que nos encontrábamos en un sótano o algo parecido.

No me equivoqué. Nos detuvimos y Hugo me pidió que saliera rápidamente del carrito y que me subiera al coche que teníamos al lado y que tenía la puerta del copiloto abierta.

—Entra, vamos.

Estaba completamente asustada, pero le hice caso de inmediato. Me acomodé en el asiento con rapidez y Hugo entró por la otra puerta e hizo lo propio en el asiento del piloto.

—Ponte el cinturón y agáchate —me ordenó.

Me miró a los ojos y asintió a modo de pregunta. Quería saber si me encontraba bien. Le respondí de la misma manera, afirmando con un gesto, pero sin mediar palabra.

Arrancó el coche y salió marcha atrás dando un giro de noventa grados, aceleró y salimos de la plaza de parking donde se encontraba estacionado.

Comenzó a recorrer aquel laberíntico aparcamiento hasta que llegó a una rampa que ascendía y que, a juzgar por los pisos que subía, debía de dar directamente a la calle. Entonces estalló el cristal de una de las ventanillas traseras del automóvil. Grité y, en un acto reflejo, me agaché todavía más. Hugo me miró para ver si me habían alcanzado.

—Estoy bien —dije con un tembloroso hilo de voz. Estaba tremendamente asustada.

—Vale —dijo al tiempo que salía de allí derrapando.

Subió la rampa todo lo rápido que el deportivo se lo permitió y, cuando llegó a su final, se incorporó al tráfico, no sin antes recibir una buena tanda de pitidos de otros vehículos, ya que varios de ellos tuvieron que frenar muy bruscamente para no impactar contra nosotros.

Su pericia al volante ya la conocía de la escapada que nos vimos obligados

a hacer en la isla de Menorca. Sin embargo, no dejó de asombrarme la destreza con la que frenaba y aceleraba, cambiaba de marchas y sorteaba el tráfico a toda velocidad.

Hugo tenía todos los músculos de su cuerpo en tensión, pero a pesar de ello era como si llevara haciendo eso toda la vida. Conducía sabiendo muy bien lo que tenía que hacer y a dónde dirigirse. Aun así, le estaba costando deshacerse de nuestros perseguidores e iba maldiciendo en italiano todo el tiempo.

De cerca nos seguía un todoterreno con las lunas tintadas. Iba muy pegado a nuestro coche, dando los mismos bandazos que nosotros. La imagen que me proporcionaba el retrovisor lateral del coche no era muy alentadora. La cara del conductor del todoterreno no era precisamente amigable. Iba enfurecido, probablemente maldiciendo también, y al lado, en el asiento del copiloto, había otro hombre, con un arma en la mano. Gracias a Dios no la había vuelto a usar, pero, si conseguían ponerse a nuestra altura, era muy probable que nos encañonaran con ella.

Hugo hizo varios quiebros muy rápidos, dando giros imposibles para cambiar nuestra trayectoria e intentar perder al coche que nos perseguía, pero ellos también eran muy habilidosos y no se separaban del culo del deportivo que conducía Hugo.

Yo estaba tan pendiente de sus maniobras que ni siquiera me había parado a pensar en la locura en la que estábamos inmersos. Después de que Hugo hubiera conseguido liberarme de mi secuestro, nos habían disparado y en ese instante nos perseguían por las calles de Nueva York.

Porque estábamos de nuevo en Nueva York. Fui consciente de ello en ese mismo instante.

Cuando Matt me secuestró en el lago, me metió en la barca y me dio un fuerte golpe en la cabeza. Lo siguiente que recordaba fue despertarme en el asiento trasero de un coche y que, desde el asiento del copiloto, Matt me tapó la boca y la nariz con una especie de paño húmedo y con un fuerte olor a algo

desconocido para mí. En ese momento debí de dormirme otra vez, porque me desperté en el cuchitril del que me acababan de sacar y en el que no sabía a ciencia cierta cuántos días había permanecido encerrada.

Un brusco frenazo me hizo volver a la realidad. Estábamos en un callejón sin salida. Delante de nosotros se levantaba un muro de ladrillos. Hugo decía cosas en italiano que no podía comprender y golpeaba el volante con algo que llevaba en la mano, algo que parecía un mando a distancia de unas puertas de garaje o algo así.

Miré por el retrovisor y gracias a Dios no vi el todoterreno, pero el nerviosismo que Hugo mostraba me indicaba que para él no se había resuelto la situación aún. De repente oí un sonido bastante fuerte delante de nosotros.

El muro de ladrillos se estaba moviendo. Literalmente. Lo tuve que mirar dos veces. Como si de una puerta corredera se tratara, estaba deslizándose lateralmente y prácticamente ya no quedaba nada de él ante nuestra vista.

Hugo pisó el acelerador y atravesamos la línea donde, hasta hacía unos segundos, había habido una pared de ladrillos supuestamente infranqueable. Conforme rebasamos esa línea, el muro comenzó a desplazarse de nuevo, esta vez en sentido contrario, devolviendo de ese modo a aquel callejón su cualidad de «sin salida».

Capítulo 27

El agua caliente resbalaba por mi cuerpo para desaparecer después, junto con las malas sensaciones y el abatimiento de días anteriores, por el desagüe. La ducha me estaba sentando muy bien, me estaba ayudando a relajar mi cuerpo y mi mente. No quería nada negativo sobre mí.

Oí música de fondo cuando cerré el grifo. Me sentía renovada. Sabía que era sólo el efecto de la ducha, pero eso ya era más que suficiente para encontrarme mejor.

Cuando me miré al espejo, a pesar de lo demacrada que parecía, mi cara se había transformado. En mis ojos ya no había extenuación. Mi mirada había cambiado y volvía a ser la de siempre. Sonreí. No podía hacer otra cosa. Después de tanto tiempo encerrada y sin expectativa alguna de salir de allí con vida, volvía a disfrutar de mi ansiada libertad.

Además, me encontraba otra vez con Hugo. Había anhelado tanto este momento y él estaba tan cerca de mí por fin que la sensación de plenitud resultaba indescriptible. Sólo deseaba abrazarlo, tocarlo, besarlo.

Una lágrima rodó por mi sonrosada mejilla. Estaba completamente enamorada de él y tenía que hacérselo saber. Mis días en cautividad me habían hecho darme cuenta de las cosas importantes en la vida, y Hugo lo era. Lo era más de lo que nunca hubiera imaginado.

Con esos pensamientos y la firme promesa de contarle lo que él significaba para mí y la necesidad que tenía de él, me compuse y salí de allí en su busca.

Hugo estaba de espaldas, mirando por el gran ventanal que hacía las veces

de pared del salón y que se abría ante la vibrante ciudad de Nueva York. Era de noche y no había ninguna luz encendida; sin embargo, el resplandor de la metrópoli era más que suficiente para iluminar toda la estancia. La imagen era espectacular. El medio y bajo Manhattan se abrían ante nosotros, con la torre Freedom y la Estatua de la Libertad al fondo a la derecha, el puente de Brooklyn a la izquierda y, justo en el centro, coronando la hermosa vista, el edificio Empire State. La sensación era abrumadora. Teníamos la Gran Manzana a nuestros pies y era impactante.

Estábamos en el apartamento que Hugo poseía en Nueva York. El acceso al edificio había sido a través de un muro que, como si de una puerta corredera se tratara, se había abierto ante nosotros para después volverse a cerrar. Habíamos accedido así al garaje privado de Hugo, el cual se situaba tres plantas por debajo del garaje que usaban el resto de los inquilinos del edificio. Desde allí, a través de unos monitores que nos mostraban el exterior, habíamos podido comprobar cómo el todoterreno que nos seguía había pasado de largo frente a aquel callejón. Así que por fin estuvimos a salvo.

En ese garaje había un ascensor que subía paralelo a los otros cuatro con que contaba el inmueble, pero el resto de vecinos desconocían su existencia, así como tampoco eran conscientes ni del parking privado ni mucho menos del apartamento que Hugo poseía en la última planta del edificio, donde nos encontrábamos en ese momento.

Estaba sumamente pensativo. Se había cambiado de ropa y llevaba unos vaqueros y esa camisa blanca que tanto le hacía resaltar el color de sus ojos. Tenía el pelo revuelto y estaba apoyado con un antebrazo sobre el cristal del ventanal, mirando hacia abajo.

Una lenta melodía sonaba de fondo. Espectacular visión de Manhattan, inmejorable música y él.

—Hola —musité.

Agachó más aún la cabeza, emitiendo un profundo suspiro.

—Lo siento —dijo sin girarse.

Lo miré sin comprender, esperando que dijera algo más. No lo hizo.

—¿Qué es lo que sientes, Hugo? —No respondió, así que continué porque no podía detener mi ansia de conocer la verdad—. ¿Sientes lo que me ha pasado? ¿Sientes haberme conocido...? —Seguía sin responderme—. ¿O sientes que me haya enamorado de ti? —pregunté finalmente, vacilante.

Hugo se giró y me miró con intensidad. Sus ojos me informaron de todo.

Lo expresaban todo a la vez.

Caminó hacia mí con paso decidido y se paró a unos centímetros de mi cuerpo. Acercó sus labios a mi mejilla, la rozó y después los posó sobre mi oído. Suspiró, casi jadeó, y me abrazó con desesperación. Aspiró mi olor y se mantuvo así varios segundos.

Se separó de mí, me agarró la cara con ambas manos y posó su frente sobre la mía. Sus labios estaban tan cerca de los míos que notaba la atracción. Deseaba besarlos, sentía su aliento, sentía cómo su corazón latía con ímpetu. Comenzó a negar con la cabeza.

—No puedo vivir sin ti —murmuró—. Lo he intentado, Alexandra, créeme que lo he intentado con todas mis fuerzas..., pero no puedo.

Separó su frente de la mía. Me miró a los ojos.

—Te quiero demasiado.

Sus labios se acercaron despacio, titubeando, pero pronto se encontraron con los míos. Su beso fue dulce, tierno, pausado. Saboreó cada parte de mi boca insolentemente despacio, sin querer perderse nada de mí. Pero pronto esa dulzura empezó a tornarse necesidad. Sus manos sujetaban mi cara con fuerza, mientras sus besos se volvían cada vez más ansiosos. Le acaricié el pelo al mismo tiempo que él me atrajo más hacia su cuerpo. Suspiró, jadeó, al igual que yo, al sentirnos tan cerca. Nuestras pulsaciones se habían acelerado.

Me desabrochó pausadamente la blusa, rozándome con las puntas de los dedos a cada paso que daba. Subió de nuevo las manos y, posándolas sobre mis hombros por debajo de la blusa, la obligaron a resbalar. La gravedad hizo

el resto y mi cuerpo quedó prácticamente desnudo y expuesto ante él. Exclusivamente mis braguitas separaban mi virtud de su pecado.

Continuó besándome con intensidad mientras sus manos recorrían delicadamente mi espalda. Ansiaba sus caricias, pero, cada vez más, las ansiaba en otros lugares.

Le quité la camisa y su cuerpo también reaccionó al tacto de mis manos. Volvió a jadear y me abrazó con fuerza al tiempo que siguió besándome descontroladamente. Nuestros cuerpos prácticamente desnudos desprendían fuego. Se quitó los pantalones y acto seguido me levantó y me sentó encima de la enorme y fría mesa de cristal del salón. Se separó un momento de mí y me admiró con insolencia.

—Me vuelves loco, Alexandra —masculló mientras con su cuerpo se hacía un hueco entre mis piernas.

Me agarró del cuello con una de sus manos mientras me mordisqueaba los labios. A continuación se acercó otra vez a mi oído y gruñó como un animal, para después volver a agarrarme del cuello con las dos manos, haciendo presión sobre éste. Quería que me tumbara sobre el frío cristal de la mesa. Lo hice. Me cogió de las piernas y de un tirón me acercó a él. Estaba tan desatado como lo estaba yo. Mis pezones necesitaban sus caricias. Mi sexo, aún más. Me quitó las braguitas con codicia, de la misma manera que me atrajo hacia su poderoso músculo.

Sus manos subieron vehementes por mis caderas desnudas hasta la cintura, para continuar después su ascensión hasta mis pechos. Los agarró con fuerza y jugó con ellos, hasta que se separó otra vez de mí. Me contempló durante varios segundos, probablemente imaginando con qué parte de mi anatomía se iba a recrear a continuación.

Se deshizo de su ropa interior y se acercó de nuevo a mí con su gran erección reclamando su lugar. La posó en el vértice de mi sexo y emitió un gruñido. Estaba deseándolo, pero se controló.

Se inclinó sobre mí y me besó de nuevo. Me besó con urgencia, con

lascivia, al igual que hizo con mis pezones. Los lamió, los atrapó entre sus carnosos labios y los succionó una y otra vez, haciéndome perder el sentido. ¡Dios mío, me estaba volviendo loca! Nunca había estado tan excitada y tan deseosa de lo que él me pudiera ofrecer. La humedad en mi sexo era cada vez mayor y quedaba claro que estaba absolutamente preparada para recibirlo.

En mi cabeza no había pensamientos, sólo sensaciones, y mi cuerpo pedía a gritos pasar a un nivel superior. Necesitaba tener a Hugo dentro.

Su mano derecha bajó desde uno de mis pezones hasta mi sexo y me lo abrió. Jugó con él, con su interior. ¡Ahh...! Esos dedos me estaban desquiciando, me estaban preparando para él y me estaban haciendo disfrutar egoístamente de aquel intenso momento.

Entonces su mano izquierda subió hasta mi cuello y lo agarró de nuevo, usando el índice, además, para ponérmelo sobre los labios. Quería que mantuviera silencio, pero no pude.

Me penetró suavemente, haciendo que mis sensaciones se multiplicaran por mil. Mi cabeza daba vueltas. Nunca había sentido tal cúmulo de emociones al unísono. El placer era inmenso cada vez que entraba y salía. Segundos, minutos, podrían haber sido horas y no me hubiera cansado. Sus embestidas cada vez eran más profundas, pero igual de suaves. La intensidad no estaba en la fuerza con la que me penetraba, sino en cómo lo hacía. ¡Dios, no podría describir todo el maremágnum de sensaciones que me estaba haciendo experimentar y que no sabía ni que existían!

Hugo jadeaba cada vez con más intensidad y repetía una y otra vez que lo volvía loco. Hasta que paró y tiró de mí para que me incorporara. Seguía dentro, pero entonces estábamos a la misma altura. Pegó su frente a la mía mientras volvía a embestirme.

—¡Quiero verte! —exigió, mientras posaba sus intensos ojos sobre los míos.

Y así, observándonos de esa forma tan íntima y esclarecedora, explotamos, descargando todas las sensaciones retenidas hasta ese instante.

Así, todo nos lo dijimos. Así, nos volvimos a encontrar.

Capítulo 28

Caí desmadejada entre sus brazos, mientras me llevaba al dormitorio.

Me dejó con suavidad en la cama y se tumbó a mi lado, abrazándome y besándome en la frente. Fue un beso muy dulce, de protección, nada que ver con lo que había pasado hacía un momento.

El mundo seguía parado para mí. Estando entre sus brazos, por mí se podía acabar en ese mismo instante. Olerlo, sentirlo, poder besarlo y acariciarlo era todo lo que necesitaba para subsistir.

Permanecemos así durante bastante rato, hasta que Hugo rompió el silencio.

—No sé por dónde empezar, Alexandra —declaró con preocupación—. No sé cómo explicarte todo lo que te ha pasado.

Yo tampoco sabía por dónde empezar. Tenía infinidad de cuestiones en mi mente; sin embargo, le pregunté por aquello que más me preocupaba.

—Antes de que me cuentes nada, dime si *Cocker* está bien. Aquella maldita mañana no lo vi correteando por el jardín y me temí lo peor.

—No te preocupes, está a salvo.

Solté aliviada el aire contenido en mis pulmones.

—¿Por qué me secuestraron? —inquirí temblorosa.

—Por la pulsera que te regaló tu padre —contestó con absoluta seguridad de lo que decía.

—Me preguntaron por ella mil veces y Matt insistía en que les dijera dónde estaba, pero...

—La tengo yo —me aclaró.

—¿Qué? —No entendía nada—. ¿Y por qué la tienes tú? ¿Y por qué demonios es tan importante?

—Lo es porque contiene información muy valiosa, que pondría en peligro una organización que no es precisamente la de las hermanitas de la caridad.

Mi mente procesaba palabra por palabra para poder comprender la magnitud de su explicación.

—Hugo, no entiendo nada; vayamos por partes. —Me incorporé en la cama y me puse una camiseta de él.

—Tienes razón, Alexandra. Vayamos poco a poco.

Se levantó de la cama, se vistió y me pidió que lo acompañara hasta la cocina. Una vez allí, preparó unos deliciosos sándwiches, sirvió un par de copas de vino y nos sentamos en el cómodo sofá del salón.

—Hugo... —lo apremié después de tanta espera.

—Vale.

Cogió su copa de vino, le dio un largo trago y comenzó a hablar.

—La pulsera que te regaló tu padre... —me miró a los ojos—... contiene información que él, como investigador, recopiló durante años acerca de esta organización criminal que te ha secuestrado y de la que yo... no he sabido mantenerte a salvo.

—Hugo, más despacio, por favor.

—De acuerdo, lo intentaré —exclamó comprensivo.

—Tu padre, hace mucho tiempo, se dedicó a investigar un caso en el que murieron dos personas. Él nunca creyó que hubiera sido realmente un accidente lo que les había sucedido. Eso lo obsesionó durante años y decidió investigarlo, al margen incluso de la policía.

Hugo dejó de hablar.

—Continúa, por favor —le supliqué.

—Las circunstancias en las que murieron esas dos personas coincidían mucho con las que también acontecieron un año antes, en la muerte que hubo de otra persona perteneciente a la misma familia, así que decidió saltarse

todos los cauces legales que solamente le ponían trabas e indagar por su cuenta todo lo que pudiera. Después de muchos años de investigación, consiguió dar con quien había cometido esos macabros crímenes, pero entonces temió por su vida y quiso que, si le pasaba algo, alguien tuviera la clave de todo: tú. Por eso te regaló la pulsera, porque en ella guardó encriptada toda la información que tenía contra esa organización.

—Pero ya no tengo esa pulsera... —protesté.

—Lo sé, Alexandra. Ya te he dicho que yo te la quité.

—¿Y por qué hiciste eso?

—Para salvarte la vida —me contestó con preocupación—. Sabía que iban tras de ti y de esa maldita pulsera, así que, la noche que pasamos juntos en la casa del lago, decidí quitártela. Si te encontraban, nunca te matarían hasta que no dieran con ella. Y no podrían dar con ella si la tenía yo.

—Pero... ¿y tú cómo sabías lo que contenía la pulsera y el peligro que eso conllevaba?

Mi cabeza estaba como loca intentando atar cabos.

—Verás, Alexandra: cuando buceamos y la perdiste, supe lo importante que era para ti e imaginé de quién podría ser el regalo. Por eso la recogí del barco y la envié no sólo a que la limpiaran para poder devolvértela, sino también a que la examinaran. No me equivoqué en mis suposiciones. Tu padre había incluido en ella un chip con toda la información que hasta ese momento había recabado. Nunca quiso revelarles dónde guardó todo lo que averiguó, por eso lo... —La voz de Hugo se quebró.

—¿Qué?! —Me levanté de un bote del sillón—. ¿Qué ibas a decir, Hugo? Por eso, ¿qué?

Estaba tremendamente tensa.

Mi padre había muerto hacía relativamente poco tiempo y esa herida estaba aún sin cerrar. Su muerte había sido muy repentina. Un conductor borracho se había saltado un semáforo y lo había atropellado para darse a la fuga después. Nunca dieron con él.

—Tienes que calmarte, Alexandra.

Hugo se levantó e intentó abrazarme, pero lo separé de mí.

—¿Por qué me estás contando esto...? ¡Estás mintiendo! —le grité.

—Alexandra...

Intentó abrazarme de nuevo, pero seguí resistiéndome. Me tuvo que sujetar con destreza, porque yo sólo quería soltarme y salir corriendo, pero no me lo permitió. Me agarró con fuerza y aguantó mis embestidas, hasta que acabé por tranquilizarme y rompí a llorar.

—Lo siento, Alexandra... Sé cómo te sientes ahora mismo, pero tienes que calmarte.

—¿Mi padre murió y tú me dices ahora que lo que sucedió no fue un terrible accidente, sino un despiadado asesinato?! —vociferé—. ¡No tienes ni idea de cómo me siento!

Hugo me cogió la cara con ambas manos para que lo mirara. Una lágrima rodaba por su mejilla.

—Alexandra... —Volvió a llamar mi atención—. Los homicidios que investigaba tu padre, ¡mírame!... —Esperó a que mis ojos se centraran en los suyos—. Los homicidios que investigaba eran las muertes de mis padres y de mi abuelo.

Me quedé mirándolo sin decir nada. Tenía los ojos inundados de lágrimas.

Luego nos mantuvimos bastante tiempo en completo silencio, abrazados el uno al otro, sin saber qué decir. Yo todavía estaba digiriendo toda la información.

Entonces me senté otra vez. Me estaba mareando. Me temblaba todo el cuerpo y mis piernas me fallaron. Hugo se sentó a mi lado y comenzó a hablar de nuevo.

—Cuando yo tenía dieciséis años, mis padres murieron en un trágico accidente de coche. Supuestamente algo había hecho que mi padre se saliera de la carretera y cayera por un barranco. Eso no hubiera levantado demasiadas sospechas, a no ser porque mi abuelo había muerto el año

anterior en idénticas circunstancias. El detective que lo investigó, tu padre, Alexandra, enseguida vio la conexión entre ambos accidentes y, a pesar de que sus superiores quisieron apartarlo del caso, él continuó haciendo pesquisas por su cuenta. Pronto descubrió la organización criminal que había detrás de esas tres muertes y sus intenciones. El caso es que mi abuelo los había descubierto años atrás y por eso lo mataron, y a mis padres... —A Hugo se le quebró la voz—... a mis padres los asesinaron por seguridad, por si eran conocedores de la información que mi abuelo había descubierto, igual que hubieran hecho conmigo si no llega a ser porque esa tarde decidí no viajar con ellos para ir a ver a alguien. La organización no quería dejar cabos sueltos.

Tras unos segundos destinados a coger aliento, Hugo recuperó la fuerza y continuó hablando. Mientras, mi mente iba uniendo todas las piezas del puzle.

—Cuando vuestro velero se hundió en las islas Baleares y os acogimos en el yate, investigué quiénes erais. Como comprenderás, después de todo lo que te he contado, no puedo fiarme de nadie, nunca.

Asentí.

—En cuanto supe de quién eras hija y que vuestro barco había naufragado en extrañas circunstancias, supe que tu vida corría también peligro. Luego, el incidente con los dos reguladores de tu botella de buceo y encontrar la información que había en la pulsera no hizo más que confirmar mi teoría.

Hizo una pausa.

—¿Entiendes ahora por qué no podía dejar que los *paparazzi* nos hicieran fotos y te relacionaran conmigo, Alexandra? Habría sido ponerles tu cabeza en bandeja.

Mi mente seguía trabajando a marchas forzadas.

—Entonces, aquella noche en Menorca... —comencé a decir, temerosa de la verdad—. El coche que casi me atropella... iba a por mí, ¿verdad? ¿Querían matarme, no es así? —le pregunté con absoluto espanto.

Hugo asintió.

—Por eso tuve que alejarte de mí, Alexandra. Para entonces yo ya estaba perdidamente enamorado de ti... pero permanecer juntos no habría hecho más que complicar las cosas y ponerles a tiro un blanco más fácil aún. Por eso decidí que no debía volver a verte una vez que llegáramos a Nueva York. Cada uno debía continuar con su vida, como lo habíamos estado haciendo hasta ese momento.

—Entonces... ¿por qué volviste a aparecer? —quise saber.

—Pues porque eres como un imán para mí, Alexandra. No lograba sacarte de mi cabeza, no conseguía olvidarme de ti y cuando te vi con ese tipo... —Tensó la mandíbula—. Me volví completamente loco.

—Te refieres a Matt —dije a modo de confirmación.

—Ese impresentable se estaba riendo de ti. Además, se volvió avaricioso y la organización lo captó para tenerte controlada. Les estuvo pasando información sobre ti durante un tiempo.

—Pero ¿tú cómo puedes saber todo eso?

—Nunca estuviste sola, Alexandra. Siempre tuve a una persona pegada a ti, vigilándote las veinticuatro horas.

—¿El motorista? Lo veía cada día cuando me dirigía al trabajo desde mi apartamento.

Hugo asintió.

—Él te seguía en tus desplazamientos, te vigilaba en tu lugar de trabajo, en tus salidas con tus amigos, en tu casa. Siempre fue tu sombra.

—¡Pero Matt sí sabía quién era ese motorista, claro! —deduje recordando el enfrentamiento que casi mantuvieron en la puerta de mi edificio.

—Con el tiempo lo supo, sí.

Hugo continuó hablando.

—Alexandra, me volví loco cuando vi cómo Matt se iba contigo a tu casa.

Hugo giró la cara. Tenía tensa la mandíbula y apretaba los puños con fuerza.

—En esos momentos perdí la razón. Yo no podía estar contigo, no debía, pero que otro ocupara ese lugar en tu cama... —Se le rompió la voz—. O, peor aún, en tu corazón...

Se levantó y avanzó hacia el gran ventanal.

Me recuperé del impacto de todo lo que me había estado explicando y caminé hasta donde se encontraba y lo besé. Lo besé como si no hubiera un mañana. Quería a ese hombre por encima de todo. Por fin conocía lo que significaba la palabra «amor», en todas sus dimensiones.

—Alexandra, me enamoré de ti desde la primera vez que te vi. ¡Desde la primera vez, joder, y de eso hace ya unos cuantos años! —recalcó.

Lo miré sin entender nada. ¿A qué se refería? Iba a hablar, pero me pidió que lo dejara continuar.

—Aquella mañana en el lago, me desconcertaste. Nada hasta entonces lo había hecho, pero tú, con tu naturalidad, despertaste mi interés de una manera ilógica, pero real. —Lo miraba sin entender nada de lo que decía—. Entraste de lleno en mi vida desde ese primer encuentro, aunque tú no lo supieras. Sentí un vínculo especial contigo en el instante en el que nos tocamos, nos miramos a los ojos y nos besamos. Eso es algo que no me ha vuelto a ocurrir con ninguna otra persona y que marcó mi vida desde entonces, porque, además, apareciste en el momento más oportuno y necesario para mí. ¿Nunca te preguntaste por qué mi barco lleva tu nombre, Alexandra? —me preguntó Hugo. Pero no esperó mi respuesta y continuó hablando—: Probablemente ni siquiera lo recuerdes, pero nos conocemos desde que éramos unos críos. La primera vez que te vi fue en el lago Cayuga. Nuestros amigos habían quedado para darse un chapuzón juntos y ni a ti ni a mí nos hizo gracia la idea, pero acabamos conociéndonos y tú me leíste la mano.

Entonces a mi mente acudieron las imágenes de aquella tarde de verano en el lago Cayuga. Estaba confusa. No podía creer lo que Hugo me estaba contando porque a mí me había sucedido exactamente lo mismo. Era él, el chico al que leí la mano.

—Yo únicamente he querido protegerte —continuó explicándose Hugo—. Mi mundo no es para ti. Sólo quiero vengar la muerte de mi familia, y tenerte cerca, precisamente eso, es lo que más pone en peligro tu vida. Por eso te aparté de mi lado. Era lo mejor. Pero en realidad sólo pude alejarte físicamente de mí, de mi cabeza jamás pude sacarte. Siempre estuviste conmigo. Siempre seguí tus pasos, por eso supe de los problemas financieros por los que atravesabais en el centro para niños autistas y por eso supe también de Matt. Cuando él volvió a tu vida y tú lo dejaste entrar en ella, creí enloquecer y entonces comprendí que sobre mí y mis sentimientos yo ya no podía decidir. Por eso resolví llevarte a la casa del lago. Con eso te apartaría del peligro que corrías, pero, sobre todo, te apartaría de él.

Hugo se separó de mí.

—No pude ser más arrogante —continuó—. Yo quería llevarte allí por lo que significaba para nosotros ese sitio y porque pensaba que nunca te buscarían allí. Después de la muerte de mis padres juré que no regresaría nunca al lago, pero con el tiempo cambié de opinión y acabé comprando la casa en la que veraneamos aquellas fatídicas vacaciones. Desconocía que pudieran rastrearne hasta ese punto y pensé que allí estaríamos completamente a salvo..., pero de nuevo te puse en peligro, Alexandra. No deberías acercarte a mí. No te puedo ofrecer nada bueno.

—No digas eso. —Me puse delante de él y le exigí que me mirara—. Escúchame bien, Hugo: el único sitio en el mundo donde quiero estar y donde me siento realmente protegida es en tus brazos. Así que nada, ni nadie, me volverá a separar de ti. ¿Lo has entendido?

Capítulo 29

Habían pasado diez días desde que Hugo me liberó. Ese tiempo en su compañía había sido el más maravilloso de mi vida. Me despertaba y me acostaba todos los días junto a él. Era dulce, tierno, y a la vez muy apasionado conmigo. Yo ya no concebía una vida sin él. Era la sangre que fluía por mis venas, el oxígeno que ventilaba mis pulmones. Me lo había ofrecido todo y yo se lo había aceptado.

Aún recuerdo cómo Hugo se rio de mí durante un buen rato cuando, una mañana al despertarnos, le pregunté por la cláusula de la herencia de su abuelo. Me seguía preocupando que pudiera perder toda su fortuna por culpa de estar conmigo.

—¿De verdad crees que mi abuelo me haría una cosa así?

Siguió riéndose como un niño pequeño, mientras yo le ponía cara de no entender nada.

—No existe ninguna cláusula, Alexandra. Todo eso lo inventamos entre Carlo y yo para alejar a las mujeres de mi dinero y de mi lado. Era la excusa perfecta que darle a la prensa de por qué siempre estaría solo. —Su expresión se tornó seria entonces—. He tenido suficientes pérdidas en mi vida ya como para enamorarme y que eso se convierta en el talón de Aquiles de mi lucha contra esa gentuza asesina. No quiero tener un punto débil, ni tampoco, en el peor de los casos, tener que volver a soportar la muerte de un ser amado. Juré que no me permitiría enamorarme hasta que no acabara con el último miembro de esa jodida organización, así que nos inventamos eso para tener

una historia que ofrecer a la prensa cuando se preguntaran por qué no había ninguna mujer en mi vida.

Volvió a sonreír como un crío travieso y comenzó a hacerme cosquillas por todo el cuerpo.

—Señorita Roberts... no me estará intentando decir que quiere usted convertirse en la señora Saccheri, ¿verdad? —preguntó riéndose a mandíbula batiente, mientras seguía haciéndome reír con sus caricias.

En ese momento le hubiera dicho que sí, que sería feliz sabiendo que iba a poder despertarme junto a él durante el resto de mi vida, pero las cosquillas, primero, y sus lascivas caricias, después, desviaron mi atención y no le contesté.

Volví de ese hermoso recuerdo, mientras una sonrisa nacía en mi corazón.

Esa mañana Hugo se había levantado más temprano de lo normal. Aun así, me había dado, como hacía siempre, su beso de buenos días. Sin embargo, ya no lo había vuelto a ver por el dormitorio y eso me parecía raro. Era un desastre olvidándose cosas y entraba y salía mil veces de la habitación antes de irse.

Sin embargo, esa mañana no había sido así.

Me giré en la cama y cogí su almohada para aspirar su delicioso olor. Había algo sobre ella. Una carta escrita a mano por él.

Hola, Alexandra.

Te quiero. Más de lo que nunca entenderás.

Desde que te vi por primera vez, supe que siempre serías alguien especial en mi vida, y no me equivoqué.

Has sido mi utopía a lo largo de los años. Tú eras lo único que llenaba el vacío que me dejaron mis padres. Llenabas de esperanza mis días y mis noches. Me aferré a ti y a lo que me hiciste sentir aquel día, y eso fue lo único que confirió algo de ilusión a mi triste existencia. Sólo tu dulce imagen conseguía sosegar mi ansia de venganza, y sólo tu recuerdo llenaba tanto

vacío en mi existencia. Lo hiciste hasta que te volviste a cruzar en mi camino de esta forma tan demencial y esa hasta entonces utopía se materializó justo delante de mis narices. De repente existías de verdad, ya no eras una quimera en mi mente. Y no sólo eso: la idealización de cómo serías podría haber chocado estrepitosamente con la mujer en la que te has convertido; sin embargo, eres tal cual te había imaginado... dulce, inteligente, apasionada, inocente, sensible... preciosa.

Cuando me leíste la mano en aquel lago me dijiste que terminaría casándome contigo, y desde luego, si hoy en día tuviera que hacerlo, créeme que con la única mujer en el mundo con la que querría pasar el resto de mi vida, ahora y siempre, serías tú.

Pero eso es imposible, Alexandra. Me ciega la obsesión que arrastro por hacerle justicia a mi familia y tú no tienes cabida en esta vida de rencor y venganza que me rodea. Como ya te dije, no puedo permitirme el lujo de perder a ningún ser querido más y manteniéndote a mi lado lo único que hago es ponerte en peligro, porque yo sigo en mi empeño de dar caza a los asesinos que me arrebataron lo que más quería en este mundo.

Por todo ello, te ruego, por favor, que me comprendas.

Te quiero tanto que no puedo perderte. Por eso mismo no debes seguir a mi lado.

Lo siento.

HUGO

P. D.: Nunca estarás sola.

Parte II

¿Y si te vuelvo a perder?

Capítulo 30

Vivir de nuevo con mi madre no había sido la mejor idea del mundo, en ese momento lo veía claro, pero, después de todo lo que me había pasado, necesitaba volver a su abrigo y que me arropara como siempre había hecho.

Me encantaba el olor de la sierra de Madrid. Me traía recuerdos de infancia... recuerdos de épocas muy agradables, cuando era una niña feliz y donde las palabras «tristeza», «decepción» o «amargura» no existían ni en mi vocabulario ni en mi corazón.

Fueron otros tiempos. Tiempos en los que mis padres vivían tranquilos, sin grandes preocupaciones, sin estrés por el trabajo y sin la presión y los desvelos que más adelante le causarían a mi padre, y por ende a mi madre, su trabajo.

Nací y viví en Madrid hasta los diez años. A esa edad, trasladaron a mi padre, que trabajaba para la Interpol, a Estados Unidos. Él era de allí y, por lo tanto, siempre había querido volver. Si vivíamos en España era porque mi madre es madrileña e intentó que nos estableciéramos aquí. Sin embargo, ante aquella oferta laboral que le hicieron a mi padre, con el consiguiente aumento de sueldo y de categoría, acabamos yéndonos de la tierra que nos vio nacer y crecer a mi madre y a mí hasta la tierra que vio nacer y crecer a mi padre, Nueva York.

Una vez establecidos en la Gran Manzana, regresamos muy pocas veces a España, a pesar de que nunca llegaron a vender la casa de Madrid. Mi padre siempre tenía trabajo y eran pocos los días que se tomaba de vacaciones, así que cada vez veníamos menos.

No obstante, cuando él murió en las circunstancias en las que lo hizo, mi madre se volvió loca y comenzó a odiar Nueva York. Decía que esa monstruosa metrópolis le había arrebatado a su otra mitad y que no soportaba seguir viviendo allí, así que decidió regresar a la capital española, reformó la casa y se instaló en ella definitivamente.

Yo, sin embargo, viendo cómo estaba el panorama laboral español, decidí quedarme en Estados Unidos y probar a ver qué tal me iba sola. Tuve mucha suerte y enseguida encontré un trabajo que me permitió pagar un pequeño apartamento y el resto de facturas.

Sammy, que siempre había sido mi amiga del alma desde que llegué a Nueva York, se convirtió entonces en mi única familia allí. Sus padres, además de ella, me abrieron las puertas de su casa como a una hija más y siempre les estaré eternamente agradecida por ello.

Sin embargo, cuando Hugo me dejó, no lo soporté y decidí que debía tomarme un tiempo para mí, para lamerme las heridas primero y recuperarme de ellas después, y la opción de volver con mi madre, como cuando de pequeña tenía un problema y corría a sus brazos, me pareció la mejor elección.

No obstante, como ya he dicho antes, quizá no había sido la idea más acertada, pero allí estaba, lejos de mi vida, de mi apartamento, de mi trabajo, de mis amigos... lejos de él. De lo único de lo que no había podido separarme había sido de *Cocker*, el perro que me había regalado Hugo y que por supuesto me había traído conmigo.

Habían transcurrido ya cinco meses desde que me derrumbé al leer su carta. Cinco meses durante los cuales no había sabido nada de Hugo y en los que había conseguido olvidarlo un poco, sólo a ratos, cuando estaba con gente que me distraía y no me dejaba pensar en él.

Quizá por eso mi madre me había insistido tanto en que me mantuviese ocupada. De hecho, me había repetido varias veces que había una asociación de niños con autismo cerca de donde vivíamos, a la que podía presentarme

como voluntaria. Supuse que sus intenciones iban más allá y que lo que realmente quería era que acabase conociendo a alguien allí que me ofreciera un puesto de trabajo, lo aceptase y terminase regresando definitivamente a España con ella. La idea de que yo siguiera viviendo en Nueva York no le gustaba en absoluto y constantemente me repetía que debería quedarme en Madrid para siempre.

La entendía perfectamente. Comprendía su tranquilidad de tenerme a su lado y entendía la preocupación que le causaba pensar que me fuera de nuevo a esa horrible ciudad que nos había arrebatado a nuestro ser más querido. Sin embargo, yo pretendía volver a Nueva York. No sabía cuándo aún. Todavía no me sentía preparada para ello, pero tenía claro que mi vida estaba allí y que algún día debería enfrentarme a mis fantasmas y regresar... algún día no muy lejano.

—Álex, ¿puedes abrir tú la puerta, por favor? —gritó mi madre desde la cocina, al oír sonar el timbre.

—Voy... —le respondí cabreada. Con las pintas que llevaba no estaba para que me viera nadie.

Salí de la cama en la que había estado metida casi todo el tiempo esos últimos cinco meses y fui a abrir la dichosa puerta seguida por *Cocker*.

—Buenos días.

Un tío alto, despeinado, con un físico agradable y bastante... ¿cómo decirlo...?, bastante decidido, me sonreía esperando que yo le devolviera el saludo.

Como no lo hice, me dijo que el zumo de tomate era un buen remedio contra la resaca.

Al parecer mi aspecto daba a entender que la noche anterior había cerrado muchos bares, con el consiguiente desgaste que provoca el poco sueño y el

alcohol. Nada más lejos de la realidad. Lágrimas, toda la madrugada sin dormir, más lágrimas y mucha sensación de decepción y vacío resumían lo que había sido mi noche anterior.

No le cerré la puerta en las narices porque fue muy rápido e interpuso un pie entre el marco y la hoja cuando yo empujé ésta para cerrarla con mi mala leche en todo lo alto.

—¿Qué pasa?, ¿no tienes buen beber, bonita? —me preguntó sarcásticamente.

Intenté darle otra vez con la puerta en las narices, pero su mano impidió de nuevo que lo consiguiera.

—Sólo quiero dejarte información sobre el centro en el que trabajo. La aceptas amablemente, te despides de mí, cierras la puerta y la tiras después, si quieres, al cubo de la basura, pero al menos ten la decencia de cogerme la publicidad —terminó de decir, bastante malhumorado.

La cogí, cerré y me asomé por el ventanillo de la puerta para verlo desfilar.

Menudo físico tenía. Lástima que me hubiera caído tan mal.

Me dirigí de nuevo a mi habitación, tiré el papel que me había dado aquel desconocido, me acosté, me enrollé como un ovillo con *Cocker* a mis pies y dejé mi mente en blanco.

Volví a llorar.

—Álex, cariño, no puedes seguir así. —Mi señora madre acababa de entrar en mi cuarto, para subir luego las persianas con la intención de que la claridad del día entrara de lleno.

Me tapé con las sábanas, pero ella se sentó en la cama a mi lado, me descubrió la cara para que la mirara y me dijo las palabras más duras, pero más necesarias, que había recibido en mi vida.

—Álex, entiendo tu malestar, entiendo tu dolor, más de lo que crees... Yo también sé lo que es perder al hombre al que amas, pero no te voy a permitir que sigas recreándote en ello, porque no es bueno para ti, porque no te

conduce a nada y porque no puedo seguir viendo cómo malgastas tu vida de esta manera. Sé que te puedo parecer muy dura en estos momentos por lo que te voy a decir, pero también sé que a la larga me lo agradecerás. Yo salí de unas circunstancias parecidas o incluso peores que las tuyas... y, si yo lo logré, tú también podrás. Pero metida aquí en la cama no lo vas a conseguir, así que, si quieres seguir en Madrid, tendrás que buscar alguna actividad que ocupe tu tiempo. —Dio un largo suspiro y me soltó, sin más, lo que ya me temía—. Te he concertado una entrevista para la asociación de niños autistas que te comenté; de momento es sólo para colaborar con ellos como voluntaria... y luego... quién sabe.

Me hervía la sangre. ¿Es que no entendía mi dolor? Ya no era una cría como para que me anduviera buscando ocupaciones absurdas. Yo sólo quería... sólo quería llorar y que el llanto mitigara el dolor. Sólo quería olvidar.

—La entrevista es dentro de dos horas, así que métete en la ducha y quítate las pintas esas que tienes de dejadez absoluta, pon tu mejor sonrisa y dedica tu tiempo a hacer lo que mejor sabes. Hazte un favor y ayuda a los demás para ayudarte a ti misma.

Dicho esto, se levantó, apartó a *Cocker* de la cama, agarró las sábanas y el edredón y... la muy... se los llevó con ella para que no pudiera volverme a tapar.

Justo en ese instante fui consciente de mi situación y me sentí de inmediato avergonzada por ello. Ya no era una adolescente como para tener una larga crisis amorosa. Era una mujer adulta, dolida, eso sí, y rota por el amor, eso también, pero que debía empezar a superar la situación si no quería que ésta me superase a mí. Ya había pasado demasiado tiempo desde que Hugo, de manera totalmente cobarde y ruin, había roto conmigo a través de una mísera carta en la que me mostraba claramente que él tenía otras prioridades en su vida y en la que, por supuesto, me dejaba muy claro también que yo no era una de ellas.

Pues bien, como si las palabras de mi madre hubieran tocado el punto exacto, salí de la cama, me dirigí al baño y, con toda la pomposidad del mundo, me arreglé para afrontar la dichosa entrevista que mi progenitora me había concertado.

Si bien había entendido que debía hacer algo con mi vida, también sabía que aún no estaba preparada para regresar a Nueva York, lo que no me dejaba muchas opciones. Así que allí estaba, frente a la puerta de mi futuro más cercano, si es que tenía suerte y me seleccionaban como voluntaria, al menos.

Nada más entrar observé las grandes diferencias que había entre mi centro de trabajo en Nueva York y las carencias que se adivinaban ya desde el exterior en ese en el que me iban a entrevistar. Quedaba claro que contaban con unos recursos muy muy limitados.

—Perdona, busco a Gael. Tengo una entrevista con él ahora —le dije a una chica que había tras una mesa y que parecía muy concentrada en su trabajo.

—Al fondo a la derecha. La última puerta.

Tras darle las gracias, comencé a andar por el largo pasillo hasta que llegué al sitio que me había indicado. Conforme iba a llamar con los nudillos, oí un golpe muy fuerte en el interior de la habitación y un grito a continuación. Mi instinto me dijo que abriera la puerta sin dilación y eso hice.

En el suelo, un adulto sentado tenía encima a un niño de unos seis o siete años, que se retorció, golpeaba con su cabeza el pecho del hombre y se mordía la mano.

—Ayúdame, corre —gritó.

Rápidamente me coloqué al lado de ellos, sujeté con fuerza la mano del niño para evitar que se la mordiera, me senté sobre sus piernas para evitar que siguiera moviéndolas y golpeándolo todo y, como pude, apagué la música que sonaba en una radio antigua.

De repente el niño se quedó quieto, relajó sus músculos y dejó de intentar morderse.

El tipo que lo sujetaba me miró sorprendido. Luego entrecerró los ojos para, al instante, volverlos a abrir como platos.

Yo también caí en la cuenta de quién era él. Lo había visto esa misma mañana en la puerta de casa, repartiendo publicidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó muy extrañado.

—Yo... Pues está claro, ¿no? Salvarte de un fuerte cabezazo y muchos moratones —contesté resuelta.

Él sonrió y yo también lo hice. Había sonreído por primera vez después de cinco meses.

El pequeño había vuelto a su mesa de trabajo y coloreaba con extremo cuidado un dibujo, como si no hubiera pasado nada.

—Soy Gael —se presentó tendiéndome la mano.

—Ah... pues yo soy Álex y resulta que, por lo visto, con quien tenía que hacer la entrevista era contigo.

—¿Perdona? —Gael no entendía lo que le quería decir.

Carraspeé.

—Mi madre me concertó una reunión contigo para ver la posibilidad de echaros una mano como voluntaria en la asociación, así que tenemos cita ahora a las doce.

—Espera, espera... ¿Tú eres la persona que quiere trabajar aquí de voluntaria?

—Sí, ¡¿qué pasa?! —respondí de malas maneras.

Gael se quedó observándome desde su metro noventa, con una mirada indescifrable para mí.

—¿Has traído tu currículum?

—¿Cómo? No, no lo he hecho. No he pensado que fuera preciso para trabajar de voluntaria.

—No eres la única que quiere hacer el voluntariado con nosotros, así que solemos seleccionar gente que tenga un perfil que sea afín a las labores que va a llevar a cabo aquí.

Gael se quedó esperando mi respuesta mientras me miraba curioso.

—Te lo puedo traer esta tarde, si quieres, o mandártelo por *mail*. Tengo que actualizarlo. Hace mucho que no lo entrego en ningún sitio.

—De acuerdo, tráemelo. Es más, a las cinco te quiero aquí. Me ayudarás con el grupo de psicosocial que tengo por las tardes y por las mañanas me ayudarás con los niños que llevo en tratamiento.

—Pero, entonces, ¿necesitas o no ver el currículo antes de darme el puesto?

—Ya he visto cómo te manejas con los peques. Has sabido qué hacer perfectamente en una situación complicada; lo demás te lo iré enseñando sobre la marcha. El currículo únicamente lo necesito para justificar por qué te he cogido.

Volví a sonreír por segunda vez después de cinco meses.

Supongo que el empujón que me había dado mi madre había surtido efecto y una renovada Álex comenzaba a levantar cabeza. O eso quería creer yo, porque en realidad no era más que una falacia, pero por algo debía empezar. Quizá el día a día en aquella asociación me hiciera olvidar más rápidamente y me hiciera, sobre todo, acordarme de los niños con los que trabajaba en Nueva York y eso me llevara a querer regresar allí a pesar de todo... a pesar de Hugo.

Tenía que intentarlo.

Capítulo 31

Cuando llegué a casa, *Cocker* acudió a mi encuentro mientras mi madre sonreía sospechosamente.

—¿Qué tal te ha ido, hija?

Tenía una luz especial en la cara que no entendía y una mirada pícaro que me indicaba que algo pasaba allí.

—Ya habían cogido a alguien —solté para ver cómo reaccionaba.

—¿Cómo que ya han cogido a alguien? Si Gael me prometió... —De repente se calló. Se dio cuenta de que la había pillado de lleno.

—Lo sabía. ¡Joder, mamá, que no soy una niña como para que vayas pidiendo favores a desconocidos para que me cojan de voluntaria!

—No es un desconocido —me replicó.

—Ah, ¿no?... ¿Y de qué lo conoces, si se puede saber? —demandé sumamente cabreada.

Mi madre no sabía qué contestar.

—¡Joder, mamá! Esto sí que no me lo esperaba de ti.

—Bueno, te han cogido, ¿no? Pues eso es lo importante.

No quise seguir discutiendo con ella. ¿Para qué? Todo el mundo sabe que las discusiones con una madre nunca se ganan.

Acabé de comer y la ayudé a recoger. Eso sí, todo en el más absoluto silencio, ya que no se atrevió ni a abrir la boca, porque sabía la lluvia de improperios que podrían caerle si replicaba lo más mínimo.

Finalmente, y a pesar de lo que me había molestado la situación, decidí volver a la asociación y llevarle mi currículum a Gael.

—Buenas tardes —me dijo él muy sonriente al verme llegar—. ¿Cómo llevas esa resaca?

Puse los ojos en blanco.

—No hay ninguna resaca —bufé.

—Bueno, pues ya me contarás algún día qué bares te hicieron amanecer pareciendo una mezcla entre un personaje de *Dragon Ball*, un oso panda y Morticia.

—Ja, ja... me parto —contesté irónicamente.

Sin embargo, volví a sonreír por tercera vez ese día. Era agradable hacerlo. Había olvidado esa sensación.

—¿Me has traído el currículó?

—Sí, aquí está. —Se lo pasé.

—¿Me estás vacilando? —preguntó después de echarle un rápido vistazo.

—¡¿Perdona?!

—Que si me estás vacilando, Álex. Mira, no tengo tiempo para tonterías —me soltó muy cabreado—. ¿Tú te has pensado que soy idiota o algo así? —Me devolvió el currículó de malas maneras—. Ya te puedes ir por donde has venido.

—Oye... ¡pero ¿qué mosca te ha picado?!

—No me gusta que me mientan, así que, por favor, vete.

—Y, según tú, ¿en qué te he mentado?

—Pero ¿tú te crees que me voy a tragar que, si de verdad tienes ese currículó, vas a estar mendigando un puesto de voluntaria en una asociación como la nuestra?

—¿Y por qué no?

—¡Venga ya, Álex! —Gael me traspasó con la mirada.

Suspiré resignada. Supongo que era lógico pensar de esa manera estando en su lugar.

—Oye, mira, Gael, no tengo por qué explicarte nada de mi vida, pero digamos que necesitaba tomarme un respiro y alejarme de Nueva York. Por

eso estoy aquí ahora, pasando una temporada con mi madre. Todo lo que pone en el currículo es absolutamente cierto y, si quieres, puedes llamar y comprobarlo.

Se quedó bastantes segundos mirándome mientras procesaba toda la información.

—¿Sabes que tienes mejor currículo que el director de esta asociación?

No sabía qué decirle.

—Verás... sólo quiero ocupar mi tiempo para poder... —Dejé de hablar. ¿Por qué le contaba eso a un extraño? Carraspeé—. Necesito olvidarme de... Oye, mira, me encantaría echaros una mano.

—De acuerdo —dijo entrecerrando los ojos y reflexionando—. Por eso has sabido actuar tan bien esta mañana con la crisis del peque, ¿verdad? Enseguida has detectado que podía ser la música la que pudiera estar provocando su ansiedad y por eso has apagado la radio, ¿me equivoco?

Negué con la cabeza.

—Vale. Aunque ahora mismo no sé muy bien qué labor vas a desempeñar aquí, porque quizá me puedas ayudar más de lo que en un principio hubiera esperado de cualquier voluntario.

Alguien llamó a la puerta del despacho donde nos encontrábamos.

—Perdona, Gael. Hay una madre aquí que tiene una queja sobre uno de los terapeutas y dice que sólo hablará del tema con el director —anunció la muchacha desde la puerta—. ¿La hago pasar?

—Álex, ¿te importa quedarte y echarme una mano con esta mamá? Así ya vas conociendo a la gente y cómo funcionan por aquí las cosas.

Gael se quedó esperando que yo contestara, pero la madre en cuestión casi no me dejó tiempo para hacerlo.

—¿Tú eres el director? —pregunté en voz baja a Gael mientras la señora entraba bufando y con cara de muy mala leche.

Gael me guiñó un ojo y, con las mismas, se volvió hacia la madre, tendiéndole la mano y saludándola muy amablemente, a pesar de la cara de

pocos amigos que traía ella.

Media hora después, esa misma mujer que había entrado como un elefante en una cacharrería salía completamente sonriente y feliz de la vida. El encanto de Gael la había engatusado y, al final, éste había conseguido solucionar el problema de una manera muy conciliadora.

—¿Por qué no me habías dicho que eras el director de la asociación? —le pregunté nada más quedarnos solos.

—¿Por qué no me habías dicho tú que eras la directora de un centro como éste pero en Nueva York?

Volví a sonreír. Cuatro veces en un solo día. Todo un récord para mí.

El resto de la tarde fue más tranquila y simplemente me dediqué a conocer las instalaciones, a la vez que me fue presentando a todo el personal que trabajaba allí y a alguno de los niños.

—Oye, Álex... —me dijo Gael cuando ya nos íbamos y estábamos cerrándolo todo—. ¿Quieres venir a beber una cerveza con nosotros? Todos los viernes, después del trabajo, vamos a tomar algo.

—Te lo agradezco, Gael, pero no. —Le sonreí amargamente, porque en otro momento no hubiera dudado ni un instante en irme con ellos, pero así, tal y como me encontraba, sólo tenía ganas de llegar a casa, ponerme el pijama y ocultarme bajo el pesado edredón.

—Bueno, Álex... Algún día, cuando estés preparada, ya me contarás qué te ha hecho el imbécil ese por el que estás así.

Me quedé mirándolo bastante sorprendida.

Si descubría que mi madre le había contado algo, juré por Dios que le iba a dar donde más le dolía, metiendo toda su preciadísima ropa en lejía... ¡pura!

—Perdón... parece que he dado en el clavo, a juzgar por tu cara. No quiero inmiscuirme en tus asuntos. Lo siento, he sido un bocazas —se disculpó.

Acababa de oír a la ropa de mi madre suspirar de alivio.

Estaba claro que Gael era capaz de ver más allá del físico de una persona. Se me había olvidado que también era psicólogo como yo y que, por tanto,

había estado observando mi lenguaje corporal y mi estado emocional.

—No te preocupes, Gael. Te agradezco la invitación; otro día quizá.

Cuando llegué a mi casa me di cuenta de que algo en mi estado anímico había cambiado. Ya no me sentía tan vacía. Había algo de esperanza en mi interior. No obstante, en el momento en el que me acosté, las lágrimas me sobrevinieron de nuevo, inundándolo todo... inundando mis ojos, mi corazón, mi alma.

El fin de semana lo pasé de la misma manera que los últimos cinco meses, sólo que con la diferencia de que, por primera vez, estaba deseando que llegara el lunes para poder intentar llenar el vacío que sentía.

El domingo por la noche recibí una llamada de Sammy que, aunque me inundó de alegría, también provocó un *tsunami* de emociones en mi interior.

—¿Álex?

—Sí... —atiné a decir entre suspiros e hipos.

—Joder, Álex... Tienes que superarlo ya, tía.

—Si ya lo estoy superando... —repliqué intentando calmarme.

—Claro, ya lo veo.

—¡Que sí! Es sólo que oírte me produce emociones encontradas... Te echo mucho de menos, Sammy. A ti, a mis compañeros de trabajo, a mis niños...

—Pues vuelve.

—No puedo. No aún.

—Está bien... Pues si la montaña no va a Mahoma...

—¿Eso qué significa? —inquirí, aunque ya sabía cuál iba a ser su respuesta.

—Pues que tengo un billete de avión con destino a Madrid, para dentro de quince días, así que te quiero en el aeropuerto para recogerme y preparada para enseñarme la ciudad y, por supuesto, preparada para salir de noche por los mejores garitos de la capital. Tienes quince días para concienciarte.

—Pero... no sé si podré ir a recogerte.

—Álex, no quiero excusas. Voy dispuesta a hacer que reacciones ya de

una maldita vez y a traerte de vuelta conmigo a tu vida. No puedes seguir escondiéndote.

—No son excusas, Sammy. Es que he empezado a trabajar de voluntaria en una asociación y no me parece bien, llevando tan poco tiempo, pedir una mañana para irte a buscar al aeropuerto.

—¡Oye, eso es genial! Entonces no te preocupes, ya hablaré con tu madre para que me recoja ella.

Hubo un silencio.

—Álex, estoy muy orgullosa de ti. Sé lo mal que lo has pasado, pero lo importante es que ya has superado lo peor y que a partir de ahora el camino que te queda por recorrer es sólo cuesta abajo.

—Gracias, Sammy. De verdad que estoy mejor. Haber ido hoy a trabajar y conocer gente nueva ha hecho que empiece a ver algo de luz al final del túnel.

Era cierto.

Quizá, después de todo, mi madre tenía razón y la única forma de volver al camino era comenzando a andar. El problema era que la mochila que arrastraba resultaba muy pesada y no me facilitaba nada las cosas. Maldito Hugo.

Volví a llorar, pero esa vez mi llanto había cambiado. Ya no era dolor, ni amargura, lo que sentía; más bien se trataba de rabia, desesperación. Amaba tanto a ese hombre... y lo peor de todo era saber que él también sentía lo mismo por mí. Sin embargo, había preferido la venganza al amor. Hugo había decidido dejarme fuera de su vida y yo no tenía más remedio que asumirlo de una vez por todas.

El lunes llegó y, por primera vez en mucho tiempo, el sonido del despertador me devolvió a una vida normal, con una rutina diaria que probablemente me ayudaría a olvidarme poco a poco del dolor que sentía.

Sin pensarlo dos veces, me levanté de la cama y emprendí un nuevo viaje para mí. Estaba dispuesta a trabajar duro y a dar lo mejor de mí misma con tal

de hacer felices a los demás y, por ende, conseguir serlo yo también en algún momento.

Gael me estaba esperando con un café humeante entre sus manos. El resto del personal aún no había llegado, así que la única luz encendida en el edificio era la de su despacho.

—Buenos días, Álex. —Se quedó mirándome con un semblante difícil de desentrañar para mí—. Te veo distinta hoy. Estás más...

No lo dejé continuar.

—Sí, he dormido mejor, así que estoy más descansada que el otro día, gracias.

—Sí, será eso —afirmó, con una sonrisa condescendiente, mientras bajaba su mirada hacia un documento que descansaba sobre su escritorio—. Cambiando de tema, tengo aquí un caso que me gustaría comentar contigo, a ver qué opinas tú.

—Vale, dime de qué se trata.

Mientras me leía el informe, estuve observando los rasgos de Gael. Era un tipo bastante interesante, muy seguro de sí mismo, y además tenía un físico bastante atractivo. En un momento dado, me encontré a mí misma pensando en si tendría pareja.

Sonreí. Por primera vez en mucho tiempo, me había fijado en otro hombre. Obviamente no quería nada con él. Mi corazón, por desgracia, estaba ligado todavía a otra persona y, por mucho que eso me fastidiase y por mucho que yo intentara que no fuera así, no podía evitarlo.

—Álex, ¿me has oído?

—Sí, no... Perdona, Gael.

En ese momento me sentí avergonzada. Gael me estaba pidiendo opinión profesional sobre un asunto cuanto menos desconcertante y a mí se me había ido la cabeza por unos derroteros que no tenían ningún sentido.

Retomé la conversación con él y, después de haber analizado minuciosamente el caso, ambos llegamos a la conclusión de que lo mejor era

conocer a la persona en cuestión, ya que se trataba de una mujer adulta, de cincuenta y dos años, que hasta la fecha no había tenido diagnóstico ninguno. Sin embargo, acudía a la asociación remitida por su psicólogo y, aunque el trabajo que habitualmente se realizaba allí era con menores, Gael había decidido hacer una excepción, debido a lo mal que lo estaba pasando la susodicha y a las similitudes que había entre ella y muchos de los chicos que allí se trataban.

Observando casos nuevos y trabajando con los que ya había conocido, poco a poco la semana fue pasando. Terminé por familiarizarme con todo el personal, con todos los niños, incluso con las familias de éstos, y trabajé codo con codo con Gael, que no me dejó que me despistara en ningún momento. Siempre pendiente de mí, hizo que me sintiera muy cómoda a su lado. Era como si nos conociéramos de toda la vida, y había mucha camaradería entre nosotros. Además, su paciencia conmigo hizo que me diera cuenta de lo gran profesional y mejor persona que era.

Por las noches llegaba tan cansada a casa que cenaba lo primero que encontraba y, a continuación, me acostaba y me dormía rápidamente por lo exhausta que estaba... y, a pesar de eso, mi estado de ánimo era bueno. No tenía tiempo para pensar y, si lo hacía, era sobre el trabajo, que me tenía totalmente absorbida.

Apenas me acordé de Hugo durante esos días. Gael no me lo permitió. En cuanto veía que tenía un segundo para mí misma, llamaba mi atención pidiéndome que le echara una mano o aprovechaba para comentarme algo sobre el trabajo. Él, con su actitud y su cariño, me estaba ayudando muchísimo a olvidar, si es que eso era posible.

El jueves por la noche, tal como había ocurrido también el resto de días, fuimos los últimos en salir de las instalaciones. Gael siempre me acompañaba a casa, ya que le pillaba de camino hacia la suya, así que una noche más se vino paseando conmigo.

—Todavía no me has hablado del tipo ese que tanto daño te ha hecho —

me dijo con cautela mientras sondeaba mi reacción.

Fui a responderle que eso no era asunto suyo a pesar de la confianza que habíamos cogido el uno con el otro, pero me dije que Gael no se merecía una respuesta así. Me había tratado muy bien desde el primer día y no quería parecer una estúpida con él.

—Gael... no puedo hablar de ese tema aún. Lo siento. No estoy preparada todavía.

—De acuerdo, Álex, no te preocupes. Sé por lo que estás pasando y sé exactamente cómo te sientes. Yo también sufrí un desengaño amoroso y no resulta fácil superarlo —dijo agachando su cabeza con abatimiento—. Es sólo que, a veces, hablarlo ayuda y, si necesitas hacerlo, quiero que sepas que aquí estoy, que puedes contar conmigo siempre que te haga falta.

Lo miré. Su semblante mostraba dolor. Sin duda él también había pasado por lo mismo y sabía perfectamente cómo me sentía.

Le cogí la mano en un acto reflejo. Sus ojos, tristes en ese momento, expresaban todo el sufrimiento por el que había pasado y se me partió el alma al verlo así, pero al sentir mi mano sobre la suya Gael cambió el semblante.

Nos quedamos mirándonos unos segundos hasta que él se soltó y se dio media vuelta para volver por donde habíamos venido. Era obvio que el tema le afectaba aún.

—Mañana te veo a las nueve, Álex —dijo sin girarse a mirarme siquiera.

—Gael... —lo llamé, pero no se giró—... cuando me sienta preparada, te lo contaré todo, te lo prometo.

Afirmó con la cabeza y se fue.

Confiaba en Gael, sentía que podía hablarle de cualquier cosa a pesar de lo poco que lo conocía. Era un excelente psicólogo y, por encima de todo, era una excelente persona y sabía que podía contar con él para lo que necesitase. El problema radicaba en que todavía no estaba preparada para destapar mi herida y mostrársela al mundo. Aún necesitaba lamérmela a solas durante algún tiempo más.

Por fin llegó el viernes y, con él, el día en que vería a Sammy de nuevo. La vuelta a la rutina del trabajo me había pasado factura y amanecí bastante cansada. Sin embargo, la llegada de mi amiga hizo que mis ánimos se elevaran y que saltase de la cama con gran entusiasmo. Estaba deseando reencontrarme con ella.

La mañana se me hizo eterna y eso que los viernes eran bastante más tranquilos, pues apenas se hacían tratamientos y casi todo el trabajo estaba destinado al papeleo.

Cuando dieron las dos en punto, Gael cerró su ordenador y levantó su mirada hacia mí.

—Esta noche tocan unos amigos en un bar del centro. Te recojo a las ocho y media. —No me estaba preguntando, lo estaba dando por hecho.

Fui a abrir la boca para decirle que agradecía su invitación pero que, sintiéndolo mucho, no me apetecía, cuando otra persona contestó por mí.

—Pues claro que sí. Estaremos encantadas de conocer a todos «los miembros» de la banda.

—¡¡¡Sammy!!!

Corrí hacia ella y nos fundimos en un sentido abrazo. Ambas estábamos muy emocionadas y las lágrimas asomaron a nuestros ojos hasta que Gael carraspeó.

—Gael, perdona... te presento a Sammy. Es mi mejor amiga.

Sammy miraba a Gael con cara picarona mientras le tendía la mano.

—¿Y él es? —me preguntó sin dejar de observarlo.

—Ah, sí, lo siento... Él es Gael, el director de este centro y la persona que me ha dado la oportunidad de hacer el voluntariado aquí.

—Vaya, vaya... Encantada, Gael —dijo sin soltarle la mano—. Es un auténtico placer conocerte.

Los ojos de Sammy centelleaban con ese brillo especial que se le ponía a ella cuando algún hombre le atraía.

—Sammy ha venido a pasar unos días de vacaciones aquí —le expliqué a

Gael.

—Y también a convencerte de que regreses conmigo —soltó ella sin más.

—Sammy, no estoy preparada todavía, ya te lo comenté. Además, éste no es lugar ni momento de hablarlo tampoco.

Se hizo un incómodo silencio que muy inteligentemente Gael rompió.

—Entonces, no se hable más. Esta noche os recogeré a ambas e iremos a demostrarle a Sammy cómo nos lo montamos aquí en cuestión de salir de marcha —dijo dirigiéndole a ella una mirada cómplice.

—Gael, no... —intenté replicar.

—Genial, a las ocho y media estaremos listas —contestó mi amiga, totalmente decidida, sin dejar de mirarlo.

—Perfecto —le respondió Gael con una amplia sonrisa.

—Me estáis ignorando completamente —alegué ofendida.

—Por cierto, Sammy, hablas muy bien el español.

—Gracias, Gael. He tenido muy buena profesora.

—No pensáis tener en cuenta mi opinión, ¿verdad? —pregunté muy cabreada por haberme obviado ambos de esa manera tan descarada.

—No —contestaron al unísono.

Una vez en casa, mientras nos arreglábamos, Sammy me hizo un tercer grado con respecto a Gael.

—¿Cómo no me has contado nada de él, con lo bueno que está?

—¿Está bueno? No sé, Sammy, ni siquiera me he fijado.

—Ya, claro. Tu decepción amorosa te ha dejado ciega de repente, ¿no es cierto?

—No es que esté ciega... Supongo que sí que es atractivo, pero yo ahora no tengo ojos para nadie. No estoy preparada aún.

—Pues vas a tener que empezar a estarlo. No puedes seguir escondiéndote debajo de las alas de mamá pájaro. Tienes que empezar a volar de nuevo.

—Pues sí que vienes tú metafórica.

—Ainnss... será el amor, que me pone muy tonta.

La miré directamente a los ojos. Esa mirada la conocía. Sammy tenía algo importante que decirme, pero no sabía cómo y estaba buscando la manera.

—Suéltalo ya —le pedí, con miedo a lo que tuviera que contarme.

—Yo de ti me sentaría.

—¡Joder, dímelo ya! Me va a estallar el corazón. ¿Tiene algo que ver con...? —Se me quebró la voz.

—No, Álex. Hace tiempo que no lo vemos. Sé que Piero mantiene el contacto con él y sé que no está pasando por su mejor momento, pero también sé que ha seguido adelante con su vida. Lo siento, pero no es de él de quien te quiero hablar.

Tuve sentimientos encontrados. Que no tuviera nada que decirme sobre Hugo me aliviaba al mismo tiempo que me decepcionaba. Acababa de darme cuenta de que, después de tantos meses, aún albergaba alguna esperanza. Eso me jodía inmensamente.

Sin embargo, intenté sobreponerme. Tenía que hacerlo. Sí, acababa de ser consciente del hoyo en el que me encontraba todavía, pero también acababa de serlo de la necesidad que tenía de salir de él y seguir adelante. No podía dejar que la situación me superase por más tiempo y vagar por ese limbo de emociones en el que me había acomodado. Sammy me había traído aire fresco y un golpe de realidad que por fin me había hecho despertar de mi letargo.

Estaba dispuesta a sobreponerme ya de una vez por todas. Por primera vez en mucho tiempo veía claro lo que tenía que hacer de verdad y, aunque fuera costoso, no pensaba volver atrás con la decisión que acababa de tomar. Iba a sacar a Hugo de mi cabeza fuera como fuese.

—Es sobre Piero y yo.

—¿No habréis roto? —Me eché las manos a la cara. No podría ayudarla si eso fuera así. Yo no me encontraba en mi mejor momento.

—¡No, coño! ¿¡No ves qué pasada de cutis traigo!?! Eso no es precisamente de discutir.

Me dio por reír. Sammy parecía feliz, estaba radiante y, además, era cierto que tenía un brillo especial en la cara.

—Casi mejor te enseñe el pedrusco y ya sacas tú las conclusiones —dijo mientras me mostraba su mano, con un anillo de pedida en ella.

Lágrimas de sincera emoción brotaron de mis ojos. Sammy observaba expectante mi reacción.

—¡Sammy... te vas a casar! —dije sonriéndole y dándole un abrazo inmenso.

—Sí. No puedo ser feliz toda la vida, ¡qué le voy a hacer!

—¡Sammy!

—¿Qué?

—¡Eres tremenda! ¡Si lo estás deseando!

—Ay, Álex, es verdad, soy muy feliz... —Mi amiga estaba verdaderamente emocionada. Su voz temblaba.

Era la primera vez que la veía mostrando sus sentimientos tan abiertamente.

—Pero Sammy... ¡si estás llorando!

—¿Yo?... No, ¡qué va!... Sólo estoy regando mis tetas, a ver si me crecen.

La abracé de nuevo. ¡Cuánto la había echado de menos! Sammy me cargaba las pilas de una manera excepcional. Entonces fui consciente de lo importante que había sido siempre en mi vida y, aunque su decisión me parecía muy precipitada, no quise estropear el momento. Ya encontraría otro instante en el que preguntarle si realmente, en tan poco tiempo, se podía estar segura de una cosa así.

Una vez que terminamos de arreglarnos, y antes de salir por la puerta hacia el concierto de los amigos de Gael, Sammy, como en los viejos tiempos que tan lejanos me quedaban ya, me transmitió muy buen rollo y muchas ganas de querer disfrutar de la vida. Esa noche tendría que ser inolvidable, pues se acababa de convertir en la única despedida de soltera que Sammy y

yo podríamos celebrar juntas. Tenía que hacer el esfuerzo por ella, y también por mí.

Capítulo 32

La velada prometía. Sammy estaba radiante y con más ganas que nunca de disfrutar de esa noche, puesto que sería una de sus últimas como soltera junto a mí. Gael estaba entusiasmado con acudir al concierto de sus amigos y que, además, yo estuviera allí con ellos. Por mi parte, me había propuesto darles a ambos lo mejor de mí. Quería dejarme llevar e intentar pasar página de una vez por todas.

El garito al que fuimos era bastante grande; sin embargo, éste se llenó de gente, ya que, por lo que Gael nos contó, la banda cada vez tenía más seguidores y éstos eran muy fieles a todos los conciertos que el grupo ofrecía.

Nos acomodaron en una zona muy cercana al escenario, donde había mesas y sillas que nos permitieron observarlo todo cómodamente y al mismo tiempo estar alejados de los apretujones de las primeras filas.

—¡Joder, Álex, esta gente toca muy bien! Estoy segura de que, si fueran a Nueva York, triunfarían —comentó Sammy verdaderamente entusiasmada.

—Pues eso díselo luego a ellos. Seguro que les encantará oírlo —le comentó Gael a mi amiga, elevando un poco el tono de voz para que pudiéramos oírlo por encima de la música.

—¡Eh, espera! Se me está ocurriendo una idea... Nosotros estamos buscando un grupo que toque en nuestra boda y ellos serían perfectos para eso. Además, en la fiesta habrá gente importante y es posible que acuda alguien de la industria que pueda fijarse en la banda. Voy a llamar a Piero ahora mismo para que los escuche en directo, a ver qué opina él.

—¡Como si le fueras a dejar opción! —le reproché a Sammy.

—Bueno, es lo que tiene ser la novia. Si no hago lo que quiero ahora, no lo haré nunca. A eso se le llama «sentar las bases de lo que será nuestra futura relación». Yo pido y él me concede. Lo que viene siendo enseñarle que esto es como lo de Aladino, sólo que al revés... Primero él me concede el deseo y ya después yo le froto la lámpara mágica.

—¡¡Sammy...!!

Gael estalló en carcajadas mientras ella, con el gesto de Maléfica dibujado en su cara, se alejó de la mesa para poder hablar mejor con Piero.

—Dime que tú no eres así —me inquirió Gael, suplicando con la sonrisa todavía en los labios.

—No. —Me reí—. Yo no soy así, pero a pesar de sus defectos quiero a Sammy con locura y la defenderé siempre con uñas y dientes, así que no te metas con ella, te lo advierto —le respondí intimidatoriamente, levantando el dedo de amenazar que usan las madres para estos casos.

Gael sonrió de nuevo y yo con él. Se me quedó mirando con una expresión dulce, cariñosa, con el gesto de alguien que por primera vez es consciente de lo que le gusta la persona que tiene enfrente. Entre nosotros había surgido una conexión que hacía que nos sintiéramos muy a gusto el uno con el otro.

—¡Ha dicho que sí! —Sammy estaba de regreso después de haber convencido a Piero para que aquel grupo tocara en su boda.

—No sé por qué, pero ya contábamos con que tus dotes de persuasión harían su trabajo a la perfección —le dije socarronamente.

—Ya verás cuando se lo digas a los chicos, Sammy; te van a hinchar a besos —le soltó Gael.

—Hummm... ¡Eso suena de maravilla! Y... Álex, no me vayas a decir nada, que te conozco —dijo Sammy mirándome muy seria—. Es mi despedida de soltera y, ya que no voy a tener un *boy* al que poder sobar, al menos tengo derecho a tener a cinco tíos que me quieran agasajar.

Levanté las manos en señal de rendición, porque no podía con ella. Es más, hice mía la frase aquella de «Si no puedes con tu enemigo, únete a él» y

decidí tomar prestada su actitud de disfrutar el momento y dejarme llevar sin pensar más allá.

Cuando el concierto terminó, los componentes de la banda se acercaron a nuestra mesa y, tras las presentaciones, Sammy les soltó la bomba. No pudieron más que agradecerse una y otra vez. La oportunidad que se les brindaba era muy tentadora y por supuesto no la rechazaron. En señal de gratitud, decidieron llevarnos a recorrer los mejores locales de Madrid y, según nos dijeron, hacernos pasar la mejor noche de nuestras vidas.

El *tour* comenzó con un garito un tanto cutre pero atestado de gente. Por lo visto se había puesto de moda por no sé qué famoso que acudía allí de vez en cuando. Después fuimos a un *pub* que era todo lo contrario al anterior, con gente bastante estirada y esnob. No nos gustó demasiado a ninguno y decidimos largarnos de allí antes de que acabáramos diciendo cosas como *I'm flipping in colours*, como les oímos decir a dos chicas mientras esperaban en la barra a que les sirvieran sus bebidas.

Al salir de allí, sonó mi móvil. Era Sammy, cosa que no entendía, pues me había dicho que iba al baño y debíamos vernos fuera en la puerta.

—¿Pasa algo, Sammy?

—Joder... ¡Sí que pasa! —me gritó.

—Sammy, tranquilízate y dime qué te ocurre.

—Pues me ocurre que no puedo salir del baño. —En la voz se le notaba que estaba apurada.

—¿Te has quedado encerrada?

—No, pero no puedo salir.

—¿No te has quedado encerrada, pero no puedes salir? Explícame eso.

Me temí que la noche iba a acabar con otra anécdota más que contar a nuestros nietos.

No me equivoqué.

—Pues... es que... al tirar de la cadena, se ha enredado... y ahora no sale... no sé cómo ha ocurrido, Álex, ¿¡puedes venir, por favor?! —Sammy estaba

realmente agobiada y a mí me empezó a entrar la risa.

—¿Ocurre algo? —me preguntó Gael al ver que estaba hablando con Sammy por teléfono.

—¡Como le digas algo a alguien de lo que me pasa, te juro que no te vuelvo a hablar en mi vida! —me gritó Sammy, histérica, a través del móvil.

—¡Pero si todavía no me has dicho qué te ha ocurrido... ¿cómo se lo voy a contar a alguien?!

—¿Quieres venir de una dichosa vez? Estoy empezando a hiperventilar.

—¡Vale, ya voy! —le contesté—. Oye, Gael, esperadnos aquí, por favor. Voy a por Sammy, enseguida vuelvo. Ah y, oye, estate pendiente del móvil por si te necesito, ¿ok?

—De acuerdo, pero ¿quieres que entre contigo? ¿Está todo bien?

—Sí, sí... Todo perfecto..., cosas de mujeres —le dije para tranquilizarlo.

Cuando llegué al baño, llamé a Sammy al móvil.

—¿Dónde estás? Aquí hay muchas puertas.

—En la última.

Me acerqué y llamé con los nudillos.

—¿Para qué llamas? —me espetó mi amiga.

—¡Coño, pues para que me abras!

—Pero ¿tú te crees que si pudiera abrir la puerta iba a seguir yo aquí encerrada?

—Entonces, voy a llamar al encargado para que vengan con un cerrajero.

—¡Que no es eso, joder!, la puerta está bien.

—Sammy, me estás empezando a poner nerviosa. ¿Me quieres decir qué es lo que te pasa, entonces?

—Pues... es que es difícil de explicar...

—¡Sammy! —la apremié.

—Mejor te asomas y lo ves con tus propios ojos.

La situación me estaba cabreando ya. No entendía por qué no salía de allí y se dejaba de tonterías.

Entré en el cubículo de al lado, me subí a la taza y me asomé.

—Pero ¿por qué no sales? —le pregunté ya desquiciada, sin entender aún lo que ocurría.

—Porque no llego a la puerta —me contestó desesperada y apartándose un poco para que yo pudiera ver, por fin, lo que sucedía.

—¡No me fastidies!... Pero ¿cómo te ha ocurrido eso?

Me dio por reír como una loca. Sammy era única para meterse en líos, y éste se llevaba la palma.

—No sé cómo ha pasado... —empezó a decirme—. Yo ya iba a salir del baño cuando tiré de la cadena y... el vestido, como es tan largo, se me ha metido sin darme cuenta dentro del váter; ha empezado a dar vueltas con el agua y a tragárselo. Me he agachado para intentar sacarlo y ha seguido engulléndolo. Ahora está atascado en algo y, por mucho que tiro, no sale y, si intento moverme, siento cómo se rompe la tela, así que o me ayudas de alguna forma o tendré que salir de aquí sin vestido alguno.

Estallé en carcajadas. Sammy estaba arrodillada junto al váter, con la cara desencajada, totalmente despeinada y tirando del vestido como una posesa.

—Álex, eso no ayuda —vociferó.

—Lo sé, lo sé... Estoy pensando qué podemos hacer.

—Sí, ya lo veo. ¡Te estás descojonando! —me gruñó.

La situación no podía ser más disparatada. El vestido estaba atascado por dentro de las tuberías del váter y, por mucho que Sammy tirara de él, éste no salía.

No podía pensar. Estaba teniendo tal ataque de risa que era incapaz de cavilar alguna solución para el problema de mi amiga.

Cuando ya empezaba a recuperar la compostura ante el creciente enfado de Sammy, alguien llamó a la puerta del baño.

—¿Puedo entrar? ¿Va todo bien, chicas?

Era Gael.

—Joder, Álex, ¿no te he dicho que no comentaras nada?

—Y no lo he hecho —protesté.

Gael se acercó y supongo que la escena debió de parecerle preocupante. Yo, subida a un váter y mirando a Sammy, que estaba encerrada en el baño y que despotricaba en inglés lo que no estaba escrito.

Se lo tuve que contar, claro. El problema es que él tampoco supo hallar una solución.

—Espera, voy a llamar a un colega mío que es fontanero.

—Ni se os ocurra llamar a nadie —graznó Sammy—. Os juro que, como se entere alguien más, os destierro de mi vida para siempre.

La puerta se abrió y tres chicas entraron en el baño. Al ver la situación, se quedaron paradas mirándonos con cara de esperar una explicación, sobre todo por el hecho de que un hombre estuviera allí.

Entre sonidos de resoplidos y quejas de Sammy, les explicamos lo que ocurría y se unieron a nosotros para intentar dar con una solución. Tampoco se les ocurrió nada.

Al rato, los amigos de Gael llamaron a la puerta también. Les había extrañado que su amigo tardara tanto en salir y habían decidido entrar a ver qué pasaba.

—¡Oh, por Dios!... ¿Queda alguien más por entrar y enterarse de lo que me ha ocurrido? ¿Por qué no os ponéis en la puerta y cobráis entrada? ¡Ya, total...! Esto empieza a parecer un circo, con la mujer barbuda atrapada en el váter.

Al principio la cara de los chicos era de auténtica estupefacción, pero, conforme se iban asomando para ver la escena protagonizada por Sammy, las carcajadas estallaban al mismo tiempo que ella se desesperaba cada vez más.

—¡A tomar por culo! —oí que dijo ella al fin, mientras el sonido de una tela rasgándose llegó hasta nuestros oídos.

Esperamos todos unos segundos en absoluto silencio, expectantes, hasta que la puerta se abrió y Sammy apareció, cual momia de Tutankamón, envuelta en papel higiénico desde los muslos hasta el pecho.

—¡Hala! Ahora, a crear tendencia —soltó muy digna ella, mientras se dirigía hacia la puerta de salida y la cruzaba sin ningún reparo, como si fuera una modelo con el último vestido del mejor diseñador del mundo.

Nos estuvimos riendo toda la noche. Las caras de las chicas de la discoteca eran un poema conforme la veían pasar. No me extrañaría nada que al día siguiente alguna se pusiera algo parecido para llamar la atención.

En cuanto salimos de allí, fuimos directos a una tienda de esas que está abierta las veinticuatro horas y compramos un disfraz de «criada sexy», que Sammy *customizó* a la perfección, de manera que parecía recién salida de la Madrid Fashion Week.

—Deberías dedicarte a la moda. Lo que has hecho con el disfraz es espectacular —elogió uno de los amigos de Gael a Sammy. Estaba claro que a él le había gustado mi amiga y ella se estaba «dejando querer», a pesar de que ambos sabían que entre ellos nunca pasaría nada.

Por supuesto la noche no se acabó ahí. Sammy quería seguir con su «fiesta de despedida» y los chicos nos llevaron a otro local. Bebimos, bailamos, volvimos a beber y continuamos bailando hasta que prácticamente nos echaron del bar para poder cerrarlo.

—No quiero que acabe la noche —dijo Sammy lloriqueando.

—Son las seis de la mañana. Yo creo que ya está bien por...

No me dejaron terminar. Nos metieron en el coche y nos llevaron a otro sitio a las afueras que no tenía hora de cierre.

Volvimos a beber y yo ya sentía que las copas se me estaban acumulando peligrosamente en la cabeza. Le dije a Sammy que me iba fuera a tomar un poco el aire y Gael se ofreció a acompañarme.

En cuanto salimos del local, noté el frío que hacía y me pasé las manos por los hombros.

—Ven, aquí estaremos mejor.

Seguí a Gael, que me había tendido su mano y esperaba pacientemente a que yo la aceptara. Acabamos en el parking, dentro de su coche.

—Espera, que pongo la calefacción.

—Gracias, Gael. Eres un cielo.

Mi agradecimiento sonó más cariñoso de lo que yo hubiera querido, pero ya era tarde para solucionarlo. Tenía a Gael pegado a mí, buscando mi mirada y mis labios. Los encontró y yo no retrocedí... No al principio.

Besar a otro hombre que no fuera Hugo me resultó muy desconcertante. Por un lado, me invadió una sensación de tremenda tristeza por el hecho de que esos labios no fueran los del chico al que tanto había amado. Pero, por otro lado, sentía liberación al ver que estaba siendo capaz de dejarme llevar y que incluso me resultaba agradable besar a otro hombre..., uno que había sabido estar ahí en todo momento y que me miraba con verdadero cariño.

No voy a decir que me encantara, pero si decidí apartarlo de mí no fue tampoco porque no me estuviera gustando.

—Gael, no estoy preparada aún...

—Lo sé y lo siento mucho, Álex. Perdóname, me he dejado llevar y no debería haberlo hecho.

—No te preocupes. Es sólo que necesito algo más de tiempo. —Gael miraba por la ventanilla, con la vista perdida en la oscuridad que nos rodeaba —. No te estoy rechazando, Gael. Sólo te estoy pidiendo que seas paciente conmigo. Te aseguro que eres lo mejor que me ha pasado desde...

—Desde que ese cabrón te jodiera la vida.

Llevaba razón. El daño que Hugo me había hecho me acompañaría siempre a modo de herida mal cicatrizada que me recordaría constantemente lo que podía haber sido y no fue. Sin embargo, una vez más estaba siendo consciente de que no podía permitir que eso marcara mi vida futura y, en un acto impulsivo, cogí la mano de Gael. Se volvió hacia mí con cierta confusión. Lo miré a los ojos y le pedí que me besara de nuevo.

—No, no te voy a volver a besar, Álex. No cometeré el mismo error dos veces.

—Vale, lo entiendo. Entiendo que hoy no quieras volver a besarme, pero,

por favor, no te rindas... —terminé de decir en un susurro y con lágrimas en los ojos.

Gael enmarcó mi cara y me la levantó para que lo mirara.

—Joder, Álex. No me puedes pedir eso. Si lo haces, ya no habrá marcha atrás. Si me pides que no me rinda, voy a ir a por todas y no pararé hasta conseguir que te enamores de mí. ¿Es eso lo que quieres?

Realmente no sabía lo que quería, pero sí tenía claro que o lo intentaba con un tipo tan encantador como él o seguiría sumida en ese pozo tan profundo que no me dejaba ver ninguna luz.

Asentí inconscientemente, dejándome llevar por el miedo a quedarme sola, por el miedo a ser infeliz toda la vida y por el miedo a dejar escapar a una persona maravillosa que quizá tuviera mucho que ofrecerme. Asentí sin pensar en las consecuencias. Asentí porque necesitaba salir del agujero en el que me encontraba y porque, aun a pesar de saber que podía equivocarme estrepitosamente, necesitaba probar, necesitaba darme una oportunidad a mí misma y al amor.

Capítulo 33

—Pero, entonces, ¿estáis saliendo? —me preguntó Sammy después de contarle todo lo que había sucedido la noche anterior.

—¡No! —contesté inmediatamente—. ¿Cómo vamos a estar saliendo?

—Pues, hija, eso es lo que pasa cuando dos se gustan y deciden darse una oportunidad.

—Ya... bueno, pero eso ocurrirá con el tiempo, quizá. Ahora mismo sólo somos amigos y saldremos de vez en cuando, y si Dios quiere a lo mejor acabo enamorándome de él, pero de momento sólo vamos a...

No terminé de decir la frase, porque estaba siendo consciente de la enorme tontería que estaba saliendo por mi boca. Efectivamente estábamos saliendo. ¿Qué otra cosa, si no, le había dado a entender a Gael con lo que le había pedido?

Me eché a llorar.

—¿Lloras porque te arrepientes o porque eres feliz por fin al ver que vas a tener al lado a una persona estupenda que siente devoción por ti? Porque eso se le nota a la legua.

—No lo sé —contesté desesperada.

—¡Joder, Álex, qué cacao tienes! Déjate llevar por una vez en la vida y no pienses en nada más. Lo que tenga que ser, será y el tiempo lo dirá.

—Ya, eso es lo que hice anoche y mira la que he liado. Voy a llamarlo ahora mismo y le voy a decir que todo ha sido un error y que se olvide de lo que le pedí.

—¡Como hagas eso, dejo de ser tu amiga, te lo juro!

—¿Eso es una amenaza? —le pregunté con sorna, a pesar de tener la cabeza a punto de estallar.

—¡Vete por ahí!

A pesar de que todo se había complicado demasiado para mí y de que hasta hacía unos segundos estaba completamente arrepentida del jardín en el que me había metido, mi yo interior se sentía tranquilo. Es más, mi estado de ánimo era bueno, incluso optimista, me atrevería a decir. Eso era algo que se me escapaba totalmente a la comprensión, porque, a pesar de saber que quizá acabara haciendo daño a otra persona y a mí misma, tenía una fuerza interior que me alentaba a seguir con lo que en un principio me había parecido un auténtico disparate. Sin embargo, algo en mí había cambiado. Algo en mí me gritaba que aprovechara la oportunidad y algo en mí me empujó a llamar a Gael y quedar de nuevo con él.

A las ocho y media en punto tocó el timbre de la puerta. Venía a recogernos para llevarnos a cenar a un restaurante nuevo de las afueras que estaba cogiendo mucha fama. Lo acompañaba uno de los chicos del grupo, Pablo, así que Sammy no se quedaría sola en ningún momento, como se temió ella que iba a pasar si salíamos sólo los tres.

La cena resultó muy entretenida. Pablo tenía salidas muy buenas y nos contó muchas anécdotas del grupo y las fans, a cuál más disparatada.

Gael, por su parte, estuvo muy atento conmigo y bastante cariñoso, aunque sin invadir demasiado mi espacio personal. Al parecer había entendido muy bien qué era lo que yo necesitaba y eso era justamente lo que estaba haciendo.

En un momento dado en el que nos quedamos solos, mientras Pablo y Sammy lo daban todo en la pista de baile del segundo local al que fuimos, se sinceró conmigo y me explicó la determinación que había tomado.

—Álex, no me voy a rendir.

Su declaración de intenciones me pilló un poco por sorpresa y debió de vérmelo en la cara.

—Quiero decir que he estado dándole vueltas a lo que me pediste ayer y a lo que siento por ti, y he tomado una decisión.

Fui a hablar porque no estaba segura de querer seguir escuchando lo que me tenía que decir. En esos instantes era un mar de dudas y no sabía hasta qué punto me podía arrepentir de intentar algo que no sabía hasta dónde podía llegar.

—No, no me interrumpas. Te diré todo lo que necesito que sepas y ya, después, me comentas lo que tú quieras.

No tuve opción, así que lo dejé hablar, temerosa de todo lo que me pudiera decir.

—Álex, necesito ser sincero contigo. Necesito que sepas qué pasa por mi mente y, sobre todo, qué ocurre en mi corazón antes de comenzar nada contigo.

Como la discoteca no era un buen sitio para mantener una conversación de ese tipo, Gael tiró de mi mano y me llevó hasta su coche. Me acomodé en el asiento del copiloto y comencé a escuchar lo que tenía que decirme.

—Antes que nada quiero contarte algo... —Sus ojos brillaron con una tristeza especial—. Hace cinco años empecé a salir con una chica que lo era todo para mí, tanto fue así que le pedí matrimonio cuando todos me decían que me tomara con más calma una decisión tan importante como ésa. Yo no entendía por qué nadie me apoyaba. Más tarde lo hice. Resultó que ella tenía una segunda vida, en la que estaba casada y tenía dos hijos pequeños. Me destrozó el corazón. La gente se había ido enterando de lo que pasaba a mis espaldas, pero nadie se atrevió a contármelo hasta que un día me crucé con ella y su perfecta familia en un centro comercial. Iba abrazada a su marido y de la mano llevaban a uno de sus críos. La situación te la puedes imaginar. El mundo se me cayó encima. ¿Cómo podía haber estado tan ciego? ¿Cómo no me había dado cuenta de su doble juego? Pero, sobre todo, lo que más me dolió fue ser consciente de que determinadas personas lo sabían y no me

habían dicho nada. Habían dejado que me estampara de una manera estrepitosa.

Hizo una pausa durante la cual no pude articular una sola palabra, porque estaba absolutamente consternada con su historia. El dolor que debió de sentir tenía que ser muy parecido al que yo había experimentado meses atrás. Conocía perfectamente la sensación de vacío que sin duda había ocupado su corazón.

Gael se repuso, cogió aire y me miró directamente a los ojos.

—Pensé que jamás volvería a enamorarme. Pensé que jamás sería capaz de volver a confiar en nadie, así que me centré en mi trabajo y me cerré completamente al amor... porque me sentía idiota por haber confiado a ciegas y entregado mi corazón a alguien que me había pisoteado la dignidad y la inocencia de esa manera..., pero eso fue hasta que tú llegaste a mi vida, Álex. —Me cogió una mano y siguió mirándome directamente a los ojos—. Conocerme ha sido lo mejor que me ha pasado en estos últimos años. En muy poco tiempo has conseguido devolverme la fe en las personas y la fe en el amor, porque veo en ti esa inocencia y esa dignidad que a mí me robaron y veo también cómo has sufrido, igual que yo, por amor. Por eso he decidido abrirme a esta oportunidad que el destino ha puesto en mi camino. Sé que no va a ser fácil para ti. Tampoco lo será para mí, te lo aseguro. No obstante, por primera vez en mucho tiempo, tengo ganas de intentarlo. Estoy muy ilusionado con lo que puedas ofrecerme y estoy convencido de que yo volveré a ser el hombre que fui. Por eso quiero pedirte que de verdad me dejes intentarlo, que realmente me des la oportunidad de comenzar a construir contigo todo aquello que los demás se encargaron de destruir en nosotros.

Me dispuse a hablar, pero Gael no me dejó.

—Sé que necesitas tiempo, Álex. Sé perfectamente cómo te sientes y sé cuáles son exactamente tus miedos y tus dudas, pero, si me dejas, lucharé por nosotros hasta que tú seas capaz de hacerlo conmigo. Iré todo lo despacio que ambos necesitemos. No te pediré nada y te lo daré todo. Por favor, Álex,

déjame demostrarte que ambos nos merecemos otra oportunidad y que juntos lo vamos a conseguir.

Gael me miraba intensamente, esperando una respuesta por mi parte.

Sin embargo, yo estaba abrumada por toda la información que me había facilitado y por la petición que acababa de hacerme.

—Álex, sólo te pido que me des tiempo y que no te cierres en banda. Lo demás ya se verá, pero déjame ofrecerte lo que te mereces..., lo que ambos nos merecemos.

¿Qué podía decir ante aquella exposición, por un lado tan cruel de la realidad que ambos habíamos vivido, y a la vez tan esperanzadora de un futuro para ambos?

Supongo que no tuve otra opción. ¿Qué podía perder? Obviamente, nada. Al contrario, ante su propuesta, lo único que podía pasar era que, por fin, me diera una oportunidad a mí misma y al amor y comenzara una nueva vida con una persona que me ofrecía todo a cambio de nada. No podía perder nada por intentarlo y había tomado la decisión de dejarme llevar e intentar coger lo que la vida me ofreciera, así que miré a Gael y le di la respuesta que él estaba esperando.

—Siento mucho todo lo que te ha pasado, Gael. No todas las mujeres son igual de malas y mereces a alguien en tu vida que te haga feliz y te haga recuperar la fe en el amor. Yo no sé si seré esa mujer, pero también quiero intentarlo. No sé hasta dónde podré llegar, ni sé lo que podré llegar a ofrecerte, pero sí sé que ambos merecemos ser felices y que ahora mismo no se me ocurre otra persona con la que me apetezca más intentar construir un futuro.

Su cara era una mezcla de alivio, ilusión y felicidad.

Fue a besarme, pero se quedó a medio camino. Se había dejado llevar por la emoción, pero rápidamente recordó la necesidad de avanzar despacio que yo tenía y, obviamente, no quiso agobiarme con una muestra de cariño tan íntima que pudiera estropearlo todo.

Ese gesto me gustó mucho. Sabía que podía confiar en él y que ese hombre me ofrecería la luna si se la pidiera, así que me acerqué a él y le di un beso en la mejilla.

Él inclinó hacia abajo la cara y sonrió ante mi muestra de cariño. Sabía que esa muestra de afecto era mejor que todos los besos en la boca del mundo. La pasión ya llegaría con el tiempo. Lo importante era dar paso a los posibles sentimientos emergentes y darles cabida en nuestras vidas.

Para cuando volvimos a entrar en el local, la música había bajado de revoluciones y sólo un par de parejas bailaban, agarradas, en la pista. Sammy y Pablo charlaban animadamente, sentados en dos taburetes de la barra, mientras se tomaban la última según ambos.

Conforme nos acercábamos a ellos, Sammy observó con intriga la expresión de mi rostro. Enseguida me sonrió con cierto alivio. Supongo que mi semblante resultaba un libro abierto para ella y supo entrever que había cierta esperanza y algo de ilusión en mi mirada.

La noche acabó a las siete de la mañana, cuando les rogué que, por favor, no fuéramos a más discotecas. Por suerte para mí, me hicieron caso y Gael y Pablo nos llevaron a casa.

Cuando entraba por la puerta, un mensaje en mi móvil se abrió paso en el silencio de esa temprana hora, pero no le hice caso. Sin embargo, cuando fuimos a acostarnos después de desmaquillarnos y ponernos nuestros respectivos pijamas, decidí abrirlo y ver de qué se trataba.

Era de Gael.

No me rendiré. Ten fe en mí. Confío en nosotros.

La mañana del domingo fue tranquila. Me levanté bastante temprano para lo que cabía esperar teniendo en cuenta la hora a la que nos habíamos acostado. Dejé que Sammy siguiera durmiendo mientras yo desayunaba y hacía cosas en la casa. Mi madre había salido a pasar el día con unas amigas

y yo necesitaba ocupar mi tiempo en algo, aunque fueran las labores domésticas, así que decidí quitar el polvo, pasar la escoba y poner lavadoras.

Al sacar la ropa de la secadora y doblarla, me percaté de que uno de los calcetines no tenía pareja.

—Créeme, sé por lo que estás pasando —le dije al calcetín, mirándolo con cara de pena.

—¡Joder, se te va un poco la olla, ¿no?!

—¡Sammy! —No la esperaba y me pegó un buen susto que hizo que me sobresaltara. Me giré hacia ella y me sorprendió bastante su aspecto.

—Oye, no me mires así, que tampoco soy tan fea. Sólo tengo una cara común —me soltó.

—*Común* murciélago, diría yo. Pero ¿cómo puedes levantarte con semejantes pelos y semejantes ojeras?

—¡Oyeee... no te pases! —me contestó haciéndose la ofendida.

—Anda, ve a lavarte la cara y a vestirte, que vamos a comer enseguida.

—¡Jo-der, qué tarde es! Por cierto, ¿te has dado cuenta de lo buena que soy en la cama, Álex? Puedo estar horas y horas sin parar de dormir.

Le tiré a la cabeza el calcetín que llevaba en la mano y sonreí.

—Desde luego, no sé si serás bella, pero durmiente sí que eres un rato.

Al cabo de media hora, Sammy apareció con un aspecto totalmente diferente.

Pusimos la mesa y empezamos a comer la pizza que habíamos pedido por teléfono para que nos trajeran a casa.

—Bueno, cuéntame de una vez qué pasó anoche, porque obviamente tuviste una charla con Gael cuando desaparecisteis y me imagino que no hablasteis del tiempo.

—No sé si quiero hablar de ello ahora mismo.

—¿Por qué?

—Porque no estoy segura de nada.

—A ver, Álex, no estás segura, ¿de qué, si puede saberse?

—Pues de lo que estoy haciendo, de las decisiones que estoy tomando... —le dije explotando—. Es que ni siquiera estoy segura de ser yo la que está tomando decisiones. No sé, tengo la sensación de que entre todos me estáis arrastrando a algo que no estoy convencida de que sea buena idea.

—Álex...

—No, ahora que he empezado, déjame terminar.

Sammy soltó su trozo de pizza y me miró expectante.

Comencé a llorar.

Pasaron unos minutos en los que mi amiga esperó pacientemente hasta que fui capaz de explicar qué me pasaba.

—Sammy, mi vida se ha convertido en una noria emocional en la que hay momentos en los que creo que ya estoy saliendo del pozo, en los que veo un rayo de esperanza, en los que comienzo a tener cierta ilusión por mi día a día, por mi trabajo y por comenzar una relación con otra persona..., pero a continuación ese relativo bienestar desaparece y en su lugar brota un vacío enorme en mi corazón y en mi vida en general, en esa vida que he tenido que cambiar forzosamente para huir de una relación que me hacía feliz, que me hacía sentirme absolutamente plena y que me llenaba como nada en este mundo lo había hecho antes. Y ahora todos pretendéis que haga como si eso no hubiera ocurrido y que le dé una oportunidad a Gael, al que por otra parte tengo mucho cariño y junto al que estoy segura de que podría ser una mujer bastante feliz. Pero ¿hasta qué punto eso no es una falacia, una invención de mi mente para llenar el vacío que Hugo me ha dejado? No sé, siento que estoy poniendo un parche en mi existencia y no estoy convencida de querer parchearla de esa manera, porque... ¿y si un día aparece Hugo de nuevo...? — Me derrumbé. Acababa de escupir todo lo que mi mente pensaba y mi corazón sentía.

—Joder, Álex... yo... no sé muy bien qué decirte.

—Déjalo, Sammy, no tienes que decirme nada.

Estaba enfadada, mucho... porque mi vida se había convertido en un

guiñol en el que todos se veían facultados para manejarme como una marioneta, decidiendo por mí lo que creían que era mejor. Mi madre, buscándome trabajo; Sammy, empujándome a los brazos del primer chico que se había cruzado en mi vida, y Gael... Gael parecía que supiese mejor que nadie qué era lo que yo necesitaba.

Había perdido el control de mis sentimientos, de mis actos y de mi vida en general. Todos parecían saber mejor que yo cuáles eran mis necesidades sin haber contado conmigo siquiera, y a lo mejor tenían razón y lo que me estaba ocurriendo era lo mejor para mí, pero eso debía decidirlo yo, no ellos, y por eso estaba tan cabreada. Me había cansado de verme abocada a lo que ellos creían que sería lo más correcto.

—Mira, Álex..., la caja de la pizza es cuadrada, la pizza redonda y el trozo que nos comemos, triangular.

—¿Qué?! ¿De qué estás hablando, Sammy? —La miraba de hito en hito porque no entendía la absurdidad de lo que acababa de soltarme.

—Pues que nada tiene sentido en esta vida, excepto el que tú quieras darle. A ver, lamento que te parezca que todos estamos intentando dirigir tu vida y tal vez no vas muy desencaminada, pero realmente lo único que intentamos es darte el empujoncito que te hace falta para encauzar de nuevo tu rumbo. No tenemos malas intenciones, Álex. Tu madre y yo queremos lo mejor para ti y ya ha pasado el tiempo suficiente como para que reacciones y rehagas tu vida, así que digamos que intentamos forzar un poquito las situaciones, pero siempre por tu bien. Y respecto a Gael, no hay más que ver cómo te mira para darse cuenta de que está loco por ti y de que verdaderamente está interesado en conocerte. Eso, por supuesto, no significa que debas tener una relación con él, pero sí que hay y habrá situaciones o personas en tu vida que quizá te devuelvan la ilusión y la felicidad, y debes ser cauta a la hora de rechazarlas sin darles siquiera una oportunidad. No te cierres puertas a ti misma, Álex. Tampoco dejes que los demás te impongan nada. Simplemente déjate

llevar por lo que te apetezca hacer y el tiempo te dirá dónde y con quién quieres estar. Date una oportunidad de volver a ser feliz.

Sabía que Sammy tenía razón y sabía también que todo lo que habían hecho era por mi bien, pero había llegado el momento de retomar el control de mi vida y de empezar a dar pequeños pasos por mí misma.

En los siguientes días tendría que plantearme varias cosas. La más importante era si quería continuar con la labor que había iniciado en el centro de Gael. Después de eso, lo siguiente sería hablar con él y explicarle los términos de «nuestra relación». No quería verme atrapada en nada que me hiciera sentir incómoda. Él tendría que tener mucha paciencia conmigo y ser consciente de que no debería esperar nada de mí. No quería hacer mal las cosas con él y que, por mi culpa, sufriera todavía más de lo que ya lo había hecho. Gael debía tener claro a qué se enfrentaba y que el camino no iba a resultar nada fácil... Si aun así quería continuar, tendría que tener mucha paciencia y darme mucho tiempo; si no estaba dispuesto a eso, lo mejor sería, simplemente, continuar con nuestra relación profesional, sin ir más allá.

La conversación con Sammy había sido muy clarificadora para mí, a pesar del daño inicial que me había causado, y así se lo hice saber.

—Sammy, quiero que sepas lo importante que has sido siempre en mi vida. No se le puede pedir más a una amiga y te estaré toda la vida agradecida por las muchas veces que me has ayudado, cada vez que he tenido un problema. Siempre has estado ahí en mis peores momentos y siempre has conseguido sacarme una sonrisa. Te quiero muchísimo.

—¡Tú lo que quieres es hacerme llorar para que se me corra el rímel y que parezca un murciélago otra vez, cabrona!

Ambas reímos. Sammy era única arrancándome una sonrisa y me sentía feliz por haberle dicho lo importante que era ella para mí.

—Bueno, pues ahora que ya hemos arreglado tu vida, vamos a ver si arreglamos la mía.

—¿Qué problema tienes tú ahora? —le pregunté intrigada.

—El vestido.

Joder, con tanto centrarme en mí misma me había olvidado de que Sammy se iba a casar y de que yo iba a ser su dama de honor, porque tenía claro, aunque mi amiga no me lo había pedido todavía, que eso sería así.

—¿Qué le pasa al vestido? ¿Has elegido alguno ya?

—No, y ése es el problema. ¿Sabes ese momento incómodo en el que dices que estás gorda y nadie te contradice? Pues resulta que, por lo visto, es porque es así. Todos los trajes de novia están hechos para Barbies y cuando yo me los pongo parece que les vayan a estallar todas las costuras. Desde que me pasó lo del vestido en aquella tienda de Ibiza, vivo traumatizada con el tema.

—No será para tanto, Sammy.

—Sí, sí lo es. En todas las tiendas me miran como si me hubiera escapado de un circo.

—¡Sammy, acabas de ganar un Óscar por la tremenda película que te has montado en tu cabeza! —La miré con cara de reprobación—. Eso no son más que percepciones tuyas. La gente no te mira de ninguna manera. —De repente una idea acudió a mi mente—. Oye, se me está ocurriendo una cosa... Mañana es fiesta aquí y no tengo que ir al trabajo, pero hay un centro comercial que abre incluso los festivos y en él hay una tienda de vestidos de novia. ¿Por qué no nos acercamos y echamos un vistazo?

—Ufff, no sé, Álex...

—No hay más que hablar. Mañana nos vamos de compras. Me voy a convertir en tu *personal shopper*.

Supongo que la ilusión por ir en busca de su vestido de novia se reflejaba de manera evidente en mi cara y no pudo negarse.

Por la tarde, después de haber estado a punto de rebasar esa delgada línea que existe entre la siesta y el coma, ambas nos despertamos hechas polvo. Habíamos planeado bajar al centro de la ciudad y pasear por él para que

Sammy conociera algo más de Madrid, pero decidimos que ya habíamos tenido suficientes salidas por ese fin de semana.

Por la noche llegó mi madre y resolvimos hacernos unos sándwiches para cenar. Cuando terminamos, decidí que era un buen momento para explicarle a mi progenitora lo que había sucedido con Gael ese fin de semana y las decisiones que había tomado.

—Mamá, no quiero que te tomes esto como algo definitivo. Que por ahora haya decidido quedarme aquí en Madrid y seguir trabajando en el centro de Gael no quiere decir que ya me vaya a quedar para siempre, pero sí significa que de momento no voy a regresar a Nueva York. De hecho, mañana llamaré a mis compañeros de allí y les comunicaré la noticia. Tendrán que seguir sustituyéndome hasta que decida en firme lo que voy a hacer con mi vida. Y en cuanto a Gael, le voy a dar la oportunidad de ir conociéndonos poco a poco... Trabajaremos juntos, saldré con él al cine o a tomar una copa, pero le dejaré bien claro que necesito tiempo y espacio. Si tiene interés, lo entenderá y respetará mi ritmo, y el futuro dirá lo que sea que tenga que decir. Pero no quiero sentir presión de nadie, no quiero tener agobios innecesarios y no quiero que me digáis más lo que debo o no debo hacer. Para bien o para mal, ésta es mi vida y seré yo la que tome las decisiones, aunque éstas no sean acertadas. ¿Ha quedado claro para las dos? Os quiero en mi vida, pero no como mis titiriteros, ¿de acuerdo?

Ambas se sorprendieron por mi determinación, incluso yo misma lo hice, pero tenía que ser así. Debía coger las riendas de mi vida y eso mismo era lo que acababa de hacer.

Capítulo 34

Era lunes por la mañana, pero la tranquilidad que se percibía fuera en la calle denotaba que, efectivamente, era fiesta y que la gente aprovechaba para levantarse más tarde. Tampoco había el habitual ruido de los coches circulando como sí ocurría en los días laborables.

Pero lo increíble para mí no era la calma exterior, sino la interior, la que yo experimentaba por dentro tras haber puesto orden en mi vida después de haber sido consciente de la necesidad que tenía de ello. Me sentía, por primera vez en mucho tiempo, serena, tranquila..., no voy a decir feliz, pero sí con cierto ánimo para afrontar las cosas de otra manera. Por primera vez en meses empezaba a ver cómo comenzaba a trazarse de nuevo el camino de mi vida y ahí lo tenía para iniciar esa andadura, al paso que me fuera necesario, pero al fin y al cabo dispuesto para mí. Ése era un buen comienzo, y mi mente y mi corazón lo sabían.

Lo primero que hice fue llamar a Gael.

—Buenos días, Álex —me dijo con tono dulce al responder al móvil.

—Buenos días, Gael. —Carraspeé, no porque me picara la garganta, sino por intentar ordenar mis ideas en esas décimas de segundo. Obviamente no lo conseguí—. Quería hablar contigo, porque tengo cosas importantes que decirte, pero no sé ni por dónde empezar.

—¿Y por qué no empiezas por el principio mientras comemos?

Dudé unos segundos.

—No puedo, Gael.

—Ah... —Su decepción fue muy evidente.

—No; me refiero a que no puedo quedar contigo a la hora del almuerzo. Hoy tenemos día de chicas y, a no ser que quieras venir con nosotras a buscar el vestido de novia perfecto, será mejor que quedemos directamente por la noche para cenar... Bueno, si no tienes otros planes, claro —terminé de decir, titubeante.

Se hizo el silencio en la línea.

—No, por supuesto que no tengo otros planes. ¿Te recojo a las nueve?

—Perfecto.

Colgué y sentí cierto nerviosismo, algo de ilusión quizá y bastante incertidumbre por lo que saldría de todo aquello... pero ya daba igual. Ya había tomado mi decisión de intentarlo y no me iba a echar atrás.

Después de hacer uso del baño para adecentar un poco mi aspecto, desperté a Sammy y le dije que se preparara para ir en pos del vestido de su vida.

—No quiero... —dijo lloriqueando—. ¿Qué voy a hacer cuando me pregunten cuál es mi talla?

—Pues decírsela y punto.

—Sí, claro... ya me lo estoy imaginando... ¿Qué talla necesita usted? Pues la ele de «ele-fante». Se van a partir el culo conmigo.

—Sammy, ésa no es la actitud. Eres preciosa y tienes que dejar de menospreciarte a ti misma. Ya verás como encuentras el vestido perfecto. Hazme caso, que tengo una corazonada.

—Vale, vale..., pero, como no dé con él, te vienes conmigo a Nueva York a ayudarme a buscarlo.

No le contesté siquiera. De sobra sabía que no iría con ella a Estados Unidos. Por el momento, únicamente volvería allí, y porque no me quedaba más remedio, para su boda.

Eso era otra cosa con la que tendría que lidiar. En la ceremonia, obviamente, estaría Hugo... y probablemente iría acompañado. Por suerte

para mí, aún quedaban unos meses para hacerme a la idea y prepararme psicológicamente para ello.

A las diez en punto, hora de apertura de los negocios del centro comercial, estábamos en la puerta de la tienda que esperaba que obrara el milagro de tener para mi amiga el vestido de sus sueños.

Después de probarse unos cuantos y ver cómo iba perdiendo la esperanza conforme se iban desvaneciendo delante de sus narices las oportunidades, una preciosa y resplandeciente Sammy salió del probador, con la cara más radiante y llena de felicidad que yo había visto en mi vida.

Ella fue a hablar, pero la emoción de ver mi expresión ante lo hermosa que estaba no se lo permitió. Ambas nos fundimos en un abrazo, visiblemente emocionadas y con lágrimas en los ojos.

El vestido le sentaba realmente bien y era precioso. Realzaba y ocultaba, justamente donde tenía que hacerlo. Además, el tono de blanco la favorecía mucho y los pocos pero acertados adornos que tenía lo hacían muy especial. Sin duda ése era su vestido.

—Sammy, estás preciosa —atiné a decirle cuando nos separamos.

—¿A que sí? —Su semblante lo decía todo. Irradiaba felicidad mientras giraba sobre sí misma cual princesa de Disney—. Hazme una foto para que se la mande a mis padres.

Lo hice y la respuesta de la madre, a pesar de la diferencia horaria, no se hizo esperar. El móvil de mi amiga sonó y la cara de su madre apareció en la pantalla.

Tras la emocionada conversación que mantuvieron madre e hija y después de buscar todos los complementos que acompañarían al vestido, decidimos que era buen momento para ir a almorzar.

Mientras nos servían los entrantes, noté que mi estado de ánimo no era el mismo que el que había tenido al comenzar el día. Sammy también se dio cuenta de ello y me preguntó al respecto.

—¿Cansada o preocupada por tu cita de esta noche? —inquirió.

—Ambas cosas, supongo —le contesté, aunque en el fondo sabía que mi cambio de humor no se debía a ninguna de las dos.

Ver a Sammy tan radiante y con un futuro próximo tan envidiable había hecho que me preguntara si yo me sentiría en algún instante de mi vida tan dichosa como lo era ella en aquel momento. Es decir, si yo sentiría la misma emoción ante mi boda y, sobre todo, ante el hombre que fuera a convertirse en mi marido.

Por suerte para mí, la respuesta que le había dado debió de convencerla y no siguió indagando sobre el asunto. Simplemente se limitó a centrarse en cosas superficiales de mi cita con Gael.

—¿Sabes ya qué vas a ponerte para esta noche?

—Pues no, no lo he pensado aún, pero vamos... cualquier cosa.

—¿Cómo que cualquier cosa? ¿Tú no sabes que la primera impresión entre un hombre y una mujer es la que determina cuál será su relación futura?

—No digas tonterías...; ¿de qué estudio idiota te has sacado eso? Además, te recuerdo que Gael y yo ya nos tenemos más que vistos; es más, si nuestra relación futura se tuviera que basar en la primera impresión que tuvimos el uno del otro cuando nos conocimos, ya te digo yo que no estaríamos aquí hablando de él siquiera.

Sammy me hizo un gesto apelando a que siguiera hablando y le explicara cómo y en qué circunstancias nos conocimos. Se lo conté.

—Madre mía, pobrecillo. Con lo borde que te pones tú cuando quieres. Menos mal que el destino os dio otra oportunidad para conoceros mejor.

Más que el destino, la oportunidad la buscó mi señora madre, pero para qué iba a darle más vueltas a ese asunto.

Tras terminar de comer, ambas nos quedamos sentadas en el restaurante en silencio unos minutos. Estábamos exhaustas por las compras y por las emociones, así que simplemente nos dejamos llevar por el éxtasis que nos había provocado el dulce sabor del postre en nuestras bocas.

—Hugo estará en la boda, ¿verdad?

No quería hablar de ese tema, no quería pensar en él, pero mi insana curiosidad se moría por saber si lo volvería a ver, y eso a pesar de que mi mente sabía que no sería nada bueno para mí.

—Es el primo de Piero, Álex. Es lógico que lo invitemos y que él venga. No hay forma de evitarlo. Además, ya ha confirmado su asistencia —acabó diciendo Sammy, agachando la cabeza, algo apesadumbrada.

—No te preocupes. Sé que es algo que te inquieta, pero puedes estar tranquila. Para entonces prometo haber dejado atrás mi historia con Hugo y encontrarme feliz con mi nueva vida, sea la que sea. Tengo tiempo para concienciarme de que él estará allí y prepararme psicológicamente para ello. Te juro que tendrás la boda más bonita que se haya visto y que nada te la empañará.

—Álex, sé que nunca harías nada para molestarme y menos en mi boda, pero los sentimientos no se pueden controlar y tengo miedo de que el día más feliz de mi vida sea el más triste de la tuya. Me sentiría muy mal por ello.

—Pues no tienes por qué sentirte mal, Sammy. Las circunstancias son las que son y no las podemos cambiar. No te preocupes por mí, estaré bien y seré feliz viéndote a ti serlo.

Una sonrisa forzada se esbozó en mis labios.

Ambas sabíamos que sería muy difícil para mí volver a verlo y tenerlo tan cerca, pero ninguna quiso seguir dándole vueltas al asunto y decidimos que ya era hora de volver a casa a descansar.

Por la noche, puntual como siempre, Gael tocó el timbre de casa.

—Pásatelo bien, Álex... y folla mucho —me gritó Sammy desde el salón, ante un asombrado Gael que había oído perfectamente desde la puerta a mi querida, aunque a veces odiosa, amiga.

Le sonreí tímidamente pensando que en esos momentos sería bueno que se abriera un boquete en la tierra y se tragara a la bocazas de Sammy.

—Vaya, sí que conoce bien el idioma —comentó un todavía estupefacto Gael.

—Sí, bueno, es que ésa es la primera palabra que aprendió en español... y casi que en inglés también —dije algo sofocada, agachando la cabeza.

A Gael le dio por reír. Yo también lo hice. Después del instante de apuro inicial, me di cuenta de que con él nunca sentiría vergüenza, porque era un hombre que sabía cómo hacerte sentir cómoda y siempre te tendía su mano en los momentos cruciales para que pudieras estar a gusto, a pesar de la incomodidad de determinadas situaciones. Eso era algo que me encantaba de él y, además, fue algo que nos ayudó mucho para poder llevar de una manera muy relajada nuestra «primera cita».

El restaurante al que me llevó me pareció muy especial. Era un sitio muy tranquilo, acogedor, con un ambiente muy cálido e íntimo. Sin duda era el lugar idóneo para disfrutar de una velada relajada con tu pareja, algo que al principio me perturbó un poco, ya que nosotros estábamos muy lejos aún de conseguir ese estatus de relación. Pero de nuevo Gael hizo que me serenara y me sintiera bien. Éramos dos amigos, dos adultos, compartiendo nuestro tiempo con risas, historias ya casi olvidadas y alguna que otra caricia no intencionada.

—¿Siempre eres tan buena gente como aparentas o hay una Miss Hyde escondida, que surge cuando menos te lo esperas en las noches de luna llena?

La música procedente del piano envolvía el ambiente que nos rodeaba con una melodía encadenada, pausada y tan sensual como elegante. Era una delicia poder escuchar esos acordes tan relajantes y delicados.

—Lo que ves es lo que hay, Gael. A pesar de todo lo que me ha ocurrido en la vida, intento seguir siendo una persona serena, tranquila y que da lo mejor de sí misma cada día... o al menos eso procuro.

Gael me miraba pensativo.

—No entiendo cómo puede haberte dejado escapar. Hay que ser un verdadero gilipollas o estar muy ciego.

Bajé la mirada hacia el suelo instintivamente. No quería que Gael me viera los ojos, porque sabía que las lágrimas acudirían irremediabilmente a ellos.

—Gael, no quiero hablar de eso ahora. —Mi voz, contra todo pronóstico, sonó segura. Mis ojos tampoco se humedecieron. Algo había cambiado. La decisión de pasar página había sido definitiva y, sin ser consciente de ello, mi mente y mi corazón habían tomado buena nota de dicha determinación.

—Lo siento, Álex. Es que es algo que no puede entender... y cada vez que lo pienso se escapa a mi comprensión cómo alguien puede pensar siquiera en pasar un segundo alejado de ti. O hay algo muy oscuro que escondes o ese tío es el más gilipollas que hay sobre la faz de la tierra.

—O tiene otras prioridades en su vida que hacen que te excluya de ella para siempre —contesté con rabia.

—¿De verdad alguien puede ser tan tonto como para no ponerte la primera en su lista de prioridades?

Le di un larguísimo sorbo al mojito que había pedido, tragándome con él toda la ira que sentía en ese instante. No iba a dejar que su sombra me fastidiara la noche.

—¿De verdad quieres hablar de esto, Gael?

—Sinceramente, Álex, no me apetece nada hablar de un tío que obviamente no ha sabido apreciar lo que tenía a su lado, y más si a ti eso te provoca dolor, pero, si queremos comenzar algo, necesito saber hasta qué punto esa persona te ha marcado y hasta dónde llegan tus sentimientos por él hoy en día.

Gael tenía razón. Era lógico que quisiera saber la magnitud del daño causado por Hugo y hasta dónde llegaban las secuelas. Era obvio que Gael sentía la necesidad de saber desde qué punto partíamos y en ese instante decidí que había llegado el momento de explicarle lo herida que me sentía.

Miré a Gael a los ojos y comencé a hablar.

—Él lo ha sido todo para mí. Nunca antes me había enamorado de ningún hombre. Nadie me había interesado hasta que lo conocí a él, que me aportó ese tanto por ciento que a una persona le falta para completarse y llegar a ser el ciento por ciento. Pero no sólo fue un sentimiento; él entró en mi vida y

supo entenderme como nadie con el tema de la muerte de mi padre. Por desgracia había pasado por lo mismo que yo, incluso de una manera más trágica, y comprendió al instante lo que yo necesitaba. Y no sólo me ofreció ese apoyo, también me aportó otras cosas que llenaron mi vida de la más absoluta felicidad. Con él me sentía plena. La muerte de mi padre nos había unido en muchos sentidos. Sin embargo, eso también fue lo que nos separó. —Hice una pausa—. Gael, no puedo hablar mucho más sobre ese tema. Es un asunto delicado y... bueno... mi vida ha corrido peligro en varias ocasiones y de no ser por él es posible que no estuviera aquí ahora hablando contigo. Entre otras muchas cosas más, a él le debo la vida. —Se me quebró la voz, pero me recompuse rápidamente—. Seguir a su lado me ponía en peligro, según él, por eso me apartó. Me echó de su vida para no perderme, me dijo. —Reí con amargura—. Qué contradicción, ¿verdad?

Gael no me respondió. Únicamente me miraba muy pensativo, como si estuviera procesando toda la información de una manera muy meticulosa.

—Después de dejarme por medio de una carta, ya que no tuvo la valentía de hacerlo a la cara, decidí venirme a Madrid para esconderme del mundo. El resto ya lo sabes. Me tiré muchos meses sin levantar cabeza, hasta que mi madre me forzó a continuar con mi vida. —Hice una pausa para coger aire de nuevo y poder hablar entonces de mis sentimientos—. Lo sigo queriendo, Gael. Eso es algo que no puedo evitar. Sigo completamente enamorada de él, pero mi corazón ya ha asumido que tiene que empezar a olvidarse de él y que tiene que empezar a hacer un hueco para otra persona. Sé que el tiempo me ayudará a olvidar. Cada vez siento menos dolor cuando pienso en él, pero sigo enamorada. Quizá algún día ese sentimiento se extinga o a lo mejor aprenda a convivir con otro parecido que sienta hacia otra persona, no lo sé, pero lo que sí tengo claro es que he de pasar página y que quiero que tú seas mi siguiente capítulo.

Gael seguía observándome mientras analizaba pausadamente todo lo que le había contado. Se mantuvo unos segundos sin decir nada, absorto en sus

pensamientos.

—Joder, Álex. Ahora mismo no sé ni qué decir. No sabía..., no era consciente de que esa persona había significado tanto para ti. Eso no facilita mucho las cosas, sinceramente.

—No te dejes apabullar por todo lo que te he dicho. Las cosas son así, es cierto, no te voy a engañar..., pero el tiempo lo cura todo y estoy dispuesta a poner de mi parte lo que sea necesario para poder volver a ser feliz.

—Está bien. Digamos que a partir de ahora ambos vamos a hacer borrón y cuenta nueva y vamos a dejar atrás el pasado. Nos merecemos esta oportunidad, así que yo también voy a poner de mi parte lo que haga falta para intentarlo. Y... para celebrarlo voy a empezar por sacarte a bailar. — Gael se había puesto de pie y me estaba tendiendo su mano.

No fuimos los únicos que lo hicimos. El restaurante, una vez que dejaba de servir comidas, se convertía en un bar de copas donde charlar tranquilamente o bailar con tu pareja alguna de las tantas lentas con las que el pianista nos estaba deleitando.

El tacto de las manos de Gael sobre mi cuerpo al bailar me resultó agradable. Sentí su calidez, aunque en la distancia. Ninguno queríamos forzar las cosas y nos mantuvimos prudencialmente alejados.

El resto de la velada fue muy bien. Las cosas entre nosotros fluyeron y, como ya era costumbre cuando estaba con Gael, me sentí muy cómoda.

Cuando me dejó en casa, antes de bajarme del coche sentí la necesidad de agradecerle todo lo que había hecho por mí hasta entonces y lo bien que me había hecho sentir esa noche, así que, sin titubear, lo besé. Lo hice de una manera totalmente irreflexiva, dejándome llevar únicamente por la sensación de euforia que me había proporcionado el hecho de darme cuenta de que podía vivir sin Hugo, de que podía divertirme sin él y, sobre todo, de que podía tener una ilusión nueva que hiciera que el vacío que experimentaba comenzara por fin a llenarse.

Gael se sorprendió al principio, pero no tardó en reaccionar y devolverme

el beso.

No era como cuando besaba a Hugo. No me sentía igual. No había ni la pasión ni la necesidad, ni siquiera el sentimiento, pero sí había cierto cariño y algo de ilusión, cosas que fueron más que suficientes como para que, cuando nos separamos, ambos nos mirásemos y nos sonriéramos de manera cómplice.

Habíamos comenzado algo.

Cuando entré en casa, lo hice confundida. Seguía teniendo muchas dudas y me sentí entonces muy arrepentida por lo que había pasado. Eso me cabreó mucho. ¿Hasta cuándo iba a ser así? ¿Hasta cuándo iba a intentar las cosas y después me iba a lamentar de haberlas hecho?

No era justo. Nada lo era. Sentía que el influjo de Hugo, aunque yo no quisiera, aún seguía planeando, caprichoso, sobre mí.

Lancé el bolso contra la cama de pura rabia y el móvil salió despedido. Un sonido me avisó de que tenía una notificación entrante. Lo miré.

No me lo podía creer.

Era un mensaje de Hugo.

Capítulo 35

No sabía qué hacer. Mi mente comenzó a intentar buscar las respuestas de lo que mi corazón no entendía.

¿Por qué Hugo me escribía después de tanto tiempo? ¿Por qué, precisamente, esa noche? ¿Qué querría de mí de pronto? ¿Debía leer lo que tenía que decirme o sería mejor borrar aquel mensaje y, con él, a Hugo de mi vida para siempre?

Obviamente mi corazón me suplicó que lo leyera, mientras que mi mente me repitió una y otra vez que no lo hiciera, que aquello no sería bueno para mí, que todo lo que había avanzado en esos meses se iría al traste si leía aquel dichoso texto.

Fui débil. Lo leí.

Te necesito, ¿puedo llamarte?

No tuve tiempo siquiera de pensar si deseaba oír de nuevo su voz y lo que tuviera que decirme, porque el móvil comenzó a sonar y la cara de Hugo apareció en la pantalla.

Solté el teléfono como si quemara y lo dejé caer sobre la cama.

No podía tomar una decisión tan importante en tan poco tiempo. Quería, necesitaba, ansiaba hablar con él, pero sabía que no debía hacerlo. Sin embargo, todo mi cuerpo me pedía que atendiera su llamada. El corazón me suplicaba que lo hiciera.

Y volví a ser débil. Cogí el móvil y descolgué.

No pude articular palabra y el silencio se apoderó de la línea.

—Alexandra... —La voz de Hugo irrumpió en mi vida como un huracán, trayendo consigo un maremágnum de sentimientos y emociones que me hicieron romper a llorar en silencio.

No podía contestarle... no hasta que me recuperara de aquel *tsunami* devastador que había sido para mí oír de nuevo su voz susurrando mi nombre.

¡Dios... cuánto lo anhelaba!

—Alexandra, sólo quiero saber que estás bien. Necesito saber que, al menos, tú has seguido adelante con tu vida y que eres feliz.

¿De verdad? ¿De verdad me estaba preguntando si me encontraba bien? ¿Y lo hacía entonces, después de tantos meses?

Miles de cosas acudieron a mi mente. Miles de cosas que escupirle, que echarle en cara, que explicarle, pero también que suplicarle.

Todo y nada a la vez quería decirle. Quería que supiese lo mal que lo había pasado, quería que supiese cómo había hundido mi vida y cómo había tenido que cambiarla por su culpa, quería que supiese de mis noches sin dormir, de mis llantos descontrolados, de mi vacío y de mi desinterés por la vida, pero también quería que supiese que todo aquello ya había pasado y que estaba comenzando de nuevo, que tenía por delante ilusiones recientes y que un rayo de luz empezaba a alumbrar mi camino.

Todo se lo hubiera dicho, pero simplemente no pude.

No pude porque un sentimiento enorme embargó mi corazón e hizo que olvidara todo lo malo. No podía luchar contra ese hombre. No podía odiarlo, aunque pusiera el mayor de los empeños. Lo amaba con locura y su simple voz había derribado todos los muros que había construido a mi alrededor.

—Alexandra... yo... lo siento. Sé que no debería haberte llamado, pero no sabía a quién acudir en estos momentos... —Su voz se quebró.

La línea quedó de nuevo en silencio, vacía de palabras pero llena de intensos sentimientos encontrados.

Pasaron unos segundos, tal vez minutos, hasta que él volvió a hablar.

—Carlo ha muerto. —Hugo terminó de derrumbarse. Lloraba como un niño pequeño y su desconsuelo traspasó el cable telefónico y mi corazón.

—¿Dónde estás? Puedo coger un avión y...

Me derrumbé yo también. Sabía cómo se sentía exactamente Hugo en esos instantes. Lo único importante que le quedaba en su vida se había ido también, hecho que lo dejaba completamente solo. Acababa de perder lo más cercano que tenía a una figura paterna.

—No ha sido buena idea llamarte, Alexandra... Lo siento. Me sentía perdido y no sabía a quién acudir. —Hugo intentaba recomponerse para hablar, pero obviamente el tormento que sufría lo tenía vencido.

—Puedo ir donde estés —le susurré.

Pero ambos sabíamos que aquello sería un error. Él había acudido a mí porque no tenía a nadie más para hacerlo. Pero, el único familiar vivo que le quedaba, estaba inmerso en otras cosas con todo el lío de la boda y a Hugo, por desgracia, ya no le quedaba ningún hombro sobre el que poder llorar.

La línea siguió en silencio un rato más. Yo no sabía qué decir y Hugo no tenía fuerzas para hablar. Pero quise acompañarlo, quise estar ahí para él en estos momentos tan duros, a pesar de todo el daño que me había hecho y de lo mal que lo había pasado. Simplemente permanecí tras la línea, en silencio pero acompañando su sentimiento. Él lo agradeció enormemente y así me lo hizo saber.

—Carlo era muy importante para mí —dijo tras recuperar el aliento—. Era mi segundo padre, era lo único que me quedaba, Alexandra. Él me acompañó siempre y se hizo cargo de mí desde que mis padres murieron. Ese hombre me devolvió a la vida cuando yo no quería seguir en ella y me sacó de esos meses tan oscuros que siguieron a la muerte de mis progenitores. Se lo debo casi todo y ahora... ahora se ha ido, dejándome completamente solo, huérfano de nuevo. Yo... me siento perdido.

Era evidente el abatimiento que experimentaba. La muerte de Carlo había pasado por encima de él, arrasando su vida. Iba a necesitar mucho tiempo

para recuperarse.

—No te molesto más. Gracias por escucharme, Alexandra —dijo entonces, y después colgó.

Seguí con el móvil pegado a la oreja, a pesar de que su voz ya no estaba allí, a pesar de que lo único que se oía al otro lado era un odioso silencio. Un terrible y devastador silencio que me devolvió a la realidad. No quería separarme del teléfono, no quería separarme del único nexo de unión que tenía con Hugo, y no lo hice. Permanecí de pie, con el móvil pegado a mi cara durante muchos minutos, hasta que fui capaz de asimilar lo que había pasado y fui capaz de recomponerme.

En ese momento Sammy entró en la habitación como alma que llevara el diablo. Piero acababa de llamarla y ya conocía la terrible noticia.

—Álex... ha pasado algo espantoso, pero no sé si...

—Carlo ha muerto.

Sammy me miraba estupefacta.

—¿Cómo lo sabes?

Sólo atiné a decir una palabra.

—Hugo.

Le mostré el móvil que aún permanecía en mi mano a modo de explicación. Lo sujetaba con fuerza, aferrándome a él como si así no dejara escapar al hombre que acababa de colgar la llamada.

Sammy se acercó a mí, me abrazó y en ese instante me rompí.

Otra vez todos los sentimientos habían vuelto. Estaban de regreso y traían consigo todas las emociones posibles. Quería llorar, gritar, enfadarme, pero nada de eso podía hacer. Me sentía confundida y, sobre todo, estaba completamente bloqueada.

—Le dije a Piero que no lo dejara solo ni un segundo, pero el cabeza de chorlito este no me ha hecho caso y ahora mira... ¡Joder, Álex!

—No es culpa tuya, Sammy —atiné a decir.

—Ya lo sé, pero sabía que esto podría pasar y no he sido capaz de evitarlo.

Me derrumbé sobre la cama, intentando ordenar todas las piezas del puzle.

Hugo no me había llamado porque me echara de menos o todavía me quisiera, no. Lo había hecho porque se sentía perdido, como el niño pequeño que se extravía en un tumulto de gente y no sabe qué hacer o a quién acudir.

Aun así, imaginé cómo debía estar sintiéndose y una punzada taladró mi corazón. Tenían que estar siendo unos momentos muy difíciles para él.

—Sammy, tengo que ir a Nueva York, tengo que estar con él. Me necesita.

—Oye, Álex, sé que ahora mismo piensas que ésa es una buena idea y que él te lo agradecerá, pero creo que te equivocas. Deberías pensar las cosas tranquilamente y...

—Todavía quedan plazas en tu vuelo. Me iré contigo mañana —dije al tiempo que le daba al botón de «Comprar billete»—. ¿A qué hora es el funeral?

—Álex, en serio, no lo hagas. No te conviene y lo sabes. No estás preparada aún.

—¡Ya lo sé! —le grité a Sammy—. Sé que es un error, pero voy a ir de todas formas. Hugo está destrozado y no voy a dejarlo en un momento así. Carlo significaba mucho para él y me necesita.

—Álex...

—No, Sammy, deja de decirme lo que me conviene o lo que no —le volví a gritar, esta vez más enfadada—. Si me equivoco, es asunto mío y de nadie más. He dicho que me iré contigo y no hay más que hablar.

Sammy fue a replicar algo, pero en ese instante mi madre entró en la habitación.

—Pero ¿qué os pasa? ¿Por qué gritas de esa manera, Álex?

Agaché la cabeza. No sabía por dónde empezar a explicarle a mi madre la decisión que acababa de tomar. Sabía que se pondría de parte de Sammy y que intentaría evitarlo a toda costa, pero la decisión estaba tomada y era irrevocable.

—Hugo la ha llamado —le explicó Sammy mientras yo metía ropa en una

maleta—. Carlo ha muerto y él no está pasando por su mejor momento... y Álex ha pensado que sería buena idea volver a Nueva York y permanecer a su lado, supongo que hasta que pase el funeral —dijo esto último mirándome, buscando la confirmación de que efectivamente eso era lo que yo pretendía hacer.

—Estaré con él todo el tiempo que me necesite —les aclaré—. Mamá, ¿te importa, por favor, cuidar de *Cocker* hasta que yo regrese? —le pedí un poco más calmada.

Mi madre no dijo nada. Simplemente se dejó caer en la cama, abatida, y me observó.

Transcurridos varios minutos, en los que la tensión se hizo más que patente, volví a hablar.

—Sé todo lo que os gustaría decirme, sé que éste quizá sea el mayor error de mi vida y sé que es probable que vuelva con el corazón más destrozado todavía y tenga que comenzar de nuevo con todo este proceso de recomponer mi vida, pero, aun así, lo voy a hacer. Me voy a ir y estaré a su lado hasta que él me pida que deje de hacerlo. Lo siento, es mi decisión y no os voy a permitir a ninguna que digáis lo más mínimo al respecto.

Terminé de decir esto último mientras cerraba la maleta en la que había metido mi ropa, junto con los sentimientos que quería llevarme a Nueva York..., esos que probablemente volvieran hechos jirones, pero había decidido que eso me daba completamente igual. Quería estar al lado de Hugo y nadie me lo iba a impedir.

A la mañana siguiente llamé a Gael y le comuniqué que me iba. En realidad no le expliqué toda la verdad. Simplemente le conté que el padre de un buen amigo había muerto y que debía acompañarlo en esos duros momentos. Él, obviamente, lo entendió y me dijo que no había ningún problema y que mi puesto de voluntaria seguiría siendo para mí cuando volviera.

A mi madre no le permití que me objetara nada y ella simplemente lo

respetó. Lo único que me pidió fue que volviera. Le prometí que lo haría, aunque no sabía si regresaría para siempre o sólo para recoger a *Cocker* y mis pertenencias y volverme a Nueva York. Claramente aún abrigaba la esperanza de que todo fuera bien y las cosas entre Hugo y yo volvieran a ser como al principio.

Durante el vuelo estuve hablando con Sammy, que intentó comprenderme y ponerse en mi piel, pero que también procuró hacerme ver la locura que estaba cometiendo. Con mucho tacto, trató de explicarme que Hugo había continuado con su vida, que cada semana salía con una mujer distinta y que su existencia giraba sólo en torno a desenmascarar a aquella organización criminal y las atrocidades que habían cometido.

Entendía perfectamente cuáles eran los motivos de mi amiga y que el único interés que le movía a decirme esas cosas era el ponerme sobre aviso de lo que me iba a encontrar y, sobre todo, que no me hiciera ilusiones y pensara que las cosas serían diferentes.

—Todo sigue igual, Álex. Nada ha cambiado en Hugo. Sólo tuvo un momento de flaqueza cuando te llamó.

Sus palabras fueron muy duras, aunque su interés no fuera hacerme daño, pero comprendo que ella creyó necesario prepararme y en parte sabía que tenía razón.

Cuando llegamos a Nueva York, fuimos directas al piso de Sammy. Yo no quería volver a mi apartamento y verme allí sola, así que a mi amiga no le costó nada convencerme de que me quedara con ella en su casa.

—Acabo de hablar con Piero. El funeral será mañana a las diez. Le he explicado que habías venido conmigo y me ha dicho que si estoy loca, que cómo se me ocurre dejarte hacerlo, pero ya le he soltado que eso te lo diga directamente a ti, a ver si él consigue hacerte entrar en razón.

—Sammy, no empieces de nuevo.

—Vale —farfulló levantando ambas manos en señal de rendición—. Tenía que intentarlo por última vez.

La noche fue horrible. Me costó mucho conciliar el sueño, di mil vueltas en la cama antes de hacerlo y, cuando por fin lo logré, tuve muchas pesadillas. En todas ellas la historia se repetía. Veía a Hugo en el funeral de Carlo de espaldas y, cuando me acercaba a él y lo tocaba en el hombro, él se giraba y, en lugar de ver su cara, una calavera me miraba sonriendo maliciosamente y diciéndome que yo también iba a morir.

Cuando desperté por la mañana, lo hice completamente empapada en sudor. Me encontraba agotada. A nivel físico por supuesto, pero, sobre todo, a nivel psicológico. Las pesadillas no eran más que una representación de mis miedos y habían menoscabado mucho la fuerza interior que había intentado reunir para poder enfrentarme al instante en el que me volviera a encontrar con Hugo cara a cara. Sabía que sería un momento muy complicado y ni siquiera tenía claro aún cómo iba a reaccionar yo.

Y no sólo me preocupaba mi reacción, también lo hacía la de él. Tenía grabadas a fuego las palabras de Sammy: «Todo sigue igual, Álex. Nada ha cambiado en Hugo. Sólo tuvo un momento de flaqueza cuando te llamó», así que no sabía qué podía encontrarme.

Aun así, iba a continuar con la decisión que había tomado. No había volado hasta Nueva York para echarme atrás en ese momento. Además, yo también quería darle como se merecía el último adiós a Carlo. No lo había llegado a conocer demasiado, pero sí lo suficiente como para saber que era un buen hombre con un gran corazón. Eso, junto con el excelente trato que nos dio siempre a Sammy y a mí, hizo que le cogiera un especial cariño.

Cuando Piero llegó a recogernos para llevarnos al funeral, ambas estábamos listas, así que no lo hicimos esperar y, tras unos instantes en los que me fundí en un cariñoso abrazo con él, nos subimos al coche y nos pusimos en camino.

—Álex, no le he dicho nada a Hugo —comenzó a decir Piero—, así que todavía no sabe que estás aquí. Sinceramente, no sé cómo va a reaccionar cuando te vea, pero tienes que estar preparada para todo. Últimamente no es

la persona más agradable del mundo. Su obsesión lo está llevando a perder el norte y cada vez está más alejado de la realidad que lo rodea. No quiero asustarte, pero Hugo ya no es el hombre que conociste.

Eso no me tranquilizó en absoluto. Únicamente avivó más mis miedos de lo que me pudiera encontrar.

Cuando llegamos al cementerio elegido, apenas había gente en él. Hugo había pedido expresamente que se celebrara en la más estricta intimidad. Sin embargo, alrededor había prensa esperándolo. Todos sabíamos que eso incomodaría mucho a Hugo, incluso podía llegar a provocarle algún arranque de ira, así que Piero trató de convencerlos para que se marcharan y dejaran a su primo vivir al menos ese momento en calma. Por suerte lo logró. Eso sí, a cambio tuvo que prometerles que les permitiría hacer fotos en su boda con Sammy.

Hugo tenía suerte de tener a Piero. A veces podía resultar algo alocado e inmaduro, pero era buena gente y tenía muy buen corazón. En ese instante entendí mejor que nunca por qué Sammy se había fijado en él.

Cuando nos acercamos al lugar donde iban a enterrar a Carlo, nos dijeron que Hugo no había llegado todavía y Piero lo llamó por teléfono.

No fue necesario hablar con él, porque su Bentley acababa de aparcar a escasos metros de donde nos encontrábamos.

Un irreconocible Hugo se bajó del vehículo. Su aspecto dejaba mucho que desear. Llevaba barba de varios días y unas profundas ojeras acunaban su entristecida mirada. El traje negro que vestía tampoco ayudaba a mejorar la imagen que ofrecía. Y lo peor fue ver su actitud. Un halo de desfallecimiento recubría su cuerpo, lo que lo llevaba a caminar y moverse con lentitud y torpeza.

Completamente consternado, avanzó hacia donde nos encontrábamos sin mirar siquiera hacia delante. Tenía la vista perdida en el suelo que pisaba, así que no fue consciente de mi presencia hasta que levantó la cara para saludar a Piero y tropezó con mis humedecidos ojos.

Su mirada vacía me lo dijo todo.
Su mirada me anunció lo peor.

Capítulo 36

Que yo estuviera allí fue, probablemente, lo último que Hugo esperaba... y no supo reaccionar.

Se giró dándome la espalda y se pasó las manos por el pelo. Negó varias veces y maldijo otras tantas. Piero intentó calmarlo, intentó darle palabras de aliento, pero Hugo, simplemente, no soportó el peso de sus sentimientos y se fue de allí.

De todas las reacciones que había previsto que podría tener Hugo, ésa no había sido una de ellas y me sentí muy mal conmigo misma, porque mi presencia había alterado a Hugo de tal manera que ni siquiera había podido estar presente en el último adiós que se le había dado a Carlo.

Hugo vio el funeral desde la lejanía, cobijado en su coche, lejos de la gente y de los sentimientos que le producíamos, abrigado por la soledad y por la distancia que había puesto con el mundo.

Cuando nos fuimos de allí, estaba consternada. No sabía qué podía hacer. Había acudido para ayudarlo y, en lugar de eso, le había puesto las cosas más difíciles. Debido a mí, Hugo no había podido despedirse como debiera de Carlo y eso me hizo sentir terriblemente culpable, así que por la tarde le pedí a Piero que me llevara a su casa.

Quería explicarle que era consciente de la pésima idea que había sido venir, que egoístamente me había convencido de que era por ayudarlo en unos momentos tan difíciles, pero que entonces entendía el alcance de mis actos y que simplemente quería despedirme porque tenía claro ya que yo no pintaba nada allí y me volvía a España.

Tanto Sammy como Piero intentaron convencerme de que no hablara con él todavía, que dejara pasar unos días hasta que se encontrara algo mejor, pero no los escuché y me presenté en su apartamento.

Alguien del servicio me abrió la puerta y me pidió amablemente que me fuera por donde había venido. Sin embargo, tenía muy claras mis intenciones y no me iba a ir de allí hasta que no le dijera a Hugo todo lo que tenía que decirle, así que insistí en hablar con él y amenacé con no moverme de allí hasta que no lo consiguiera.

Viendo que aquella persona no me iba a dejar pasar de ninguna de las maneras, pegué un empujón a la puerta y me colé sin más en su apartamento.

Intentaron detenerme, pero mi determinación fue mayor y, tras llegar al dormitorio de Hugo y abrir su puerta, lo encontré de pie, de espaldas y con claros signos de estar pasando por uno de los momentos más amargos de su vida.

Ante el ruido, se giró lentamente y fijó sus ojos en mí. Los tenía inyectados en sangre y las lágrimas amenazaban con desbordarlos, pero aun así mantuvo su mirada en mí hasta que se derrumbó. Literalmente.

Cayó al suelo sobre sus rodillas y se llevó las manos a la cara. Me acerqué a él y en un gesto totalmente desesperado se abrazó a mi cintura y rompió a llorar.

Nunca había visto a un hombre tan roto. Nunca había visto tanto dolor acumulado.

Permanecimos en esa posición bastantes minutos, hasta que Hugo me permitió ponerme de rodillas para estar a su altura y poder abrazarlo yo a él.

Entonces caí en la cuenta. El estado en el que se encontraba Hugo escondía algo más. Algo que hacía que la muerte de Carlo fuera todavía más devastadora.

—Han sido ellos, ¿verdad?

Hugo permaneció en silencio.

—Hugo, dime qué ha pasado.

—Alexandra, tienes que irte —dijo separándose de mí—. Pediré que te lleven al aeropuerto.

Un Hugo frío y distante me demandaba que me fuera no sólo de allí, sino que lo hiciera también de su vida... de nuevo.

Su mirada no podía ser más esclarecedora y tuve que marcharme.

Lo hice porque él me lo había pedido y porque yo me había dado cuenta del grave error que había cometido. Sammy tenía razón. Todo seguía igual. Nada había cambiado y menos con la muerte de Carlo.

Regresé a España al día siguiente en el primer avión que salió. El camino de vuelta me dio para pensar mucho en todo lo que había ocurrido. Había querido creer que él me necesitaba a su lado y que eso me abriría una puerta, pero resultaba que Hugo me había dado con ella en las narices... porque él seguía adelante con su lucha. En ese momento más que nunca. Y yo, por supuesto, seguía sin tener cabida en su vida.

Pero la culpa había sido toda mía por no oír los consejos de Sammy y de mi madre y, lo que era todavía peor, por no oírme a mí misma, por haber acallado mi voz interior, cuando sabía que lo que estaba haciendo no hacía más que conducirme hacia el abismo. Pues bien, ya había llegado a él y ya estaba de vuelta para intentar recomponer otra vez los trozos rotos en que se había convertido de nuevo mi vida.

Cuando llegué al aeropuerto de Madrid, mi madre, *Cocker* y un sonriente Gael me estaban esperando.

Mi madre ya sabía cuál era mi estado, pues Sammy la había puesto sobre aviso, pero Gael, inocente y ajeno a todo lo que yo había vivido, me esperaba ansioso y con muchas ganas de abrazarme. No se lo impedí. En esos momentos necesitaba unos brazos amigos en los que refugiarme y que me hicieran sentir amparada.

Más tarde, cuando llegamos a casa y Gael se hubo marchado, mi madre me miró directamente a los ojos y entonces me derrumbé.

Lloré desconsoladamente abrazada a ella. Lloré hasta que ya no pude

continuar haciéndolo más.

Después permanecí en silencio un rato. Lo hice hasta que cogí fuerzas y, por fin, pude hablar.

—Ya no habrá más llantos —anuncié vacía del todo—. A partir de ahora, todo esto quedará atrás, como si hubiese sido una terrible pesadilla de la que afortunadamente ya me hubiese despertado para poder continuar con mi vida.

Mi madre me contempló incrédula, pero la determinación de mi mirada fue suficiente como para que, por una vez, confiara en lo que le estaba diciendo.

A la mañana siguiente me levanté temprano, desayuné y me fui a trabajar. Quería seguir con mi vida como si nada hubiera pasado, tal y como le había prometido a ella y lo había hecho conmigo misma, y poco a poco lo fui consiguiendo.

Hugo dejó de existir en mi mente. No me permitía pensar en él ni un mero segundo y de esa manera logré que, tras unas pocas semanas, prácticamente todo volviera a estar como antes de haber ido a Nueva York. Tenía que continuar con mi vida donde la había dejado y así lo hice.

Gael me ayudó mucho en ese sentido. Permaneció a mi lado en todo momento, pero dejándome el espacio que yo necesitaba. Se convirtió en alguien imprescindible en mi vida, tanto que mis fines de semana también los dedicaba a estar con él. Salíamos a cenar, al cine, a pasear, a conciertos... Poco a poco fui conociendo a todo su círculo de amistades, que me abrieron sus puertas para que yo entrara de lleno en sus vidas.

Me sentía a gusto por cómo iban las cosas, ya que, después de todo, trabajaba en lo que quería, tenía a mi madre cerca y encantada de poder ejercer sus funciones, había hecho nuevos amigos y tenía al lado a una persona que me respetaba, me admiraba y, por encima de todo, me quería.

Porque Gael lo hacía, y mucho. Me lo demostraba a diario, con cada caricia, con cada palabra, con cada detalle que tenía conmigo. Él se había volcado en hacer que las cosas funcionaran. Su ritmo era el que yo le

marcaba. Había sabido leer en mi corazón mis necesidades y sus tiempos, y él me las suministraba en la proporción exacta. Me entendía a la perfección, mejor que yo misma, y con ello había conseguido hacerse un pequeño hueco en mi corazón.

Durante todo ese tiempo también tuve mucho contacto con Sammy, pero nunca le permití que me hablara de otra cosa que no fuera ella y su boda. Hugo no volvió a salir en nuestras conversaciones. Mi amiga no quería hacerme daño contándome nada que tuviera que ver con él, y yo había puesto mucha distancia con lo que para mí ya era un triste recuerdo.

Mi madre probablemente fue la única que supo ver que, aunque yo intentara esconder mi dolor y evitarlo a toda costa, éste continuaba ahí, latente. Sin embargo, cerró los ojos a esa realidad, tal y como lo estaba haciendo yo, y ambas nos dejamos llevar por la inercia de las circunstancias, así que, cuando Gael nos invitó a mi madre y a mí a conocer a sus padres, nos pareció una buena idea.

Sin embargo, esa noche fue bastante dura para mí. Momentos antes de conocerlos sentí que las cosas estaban siendo algo forzadas. Quizá todo estuviera yendo demasiado deprisa, o quizá no, pero para mí y mi aún lastimado corazón sí era así. No me sentía preparada todavía para dar un paso más en nuestra relación y, a pesar de eso, me vi arrastrada sin ser apenas consciente de ello.

Me sentí incómoda ante su familia, pero no porque ellos me hicieran sentir así, al contrario, se volcaron con nosotras desde que entramos por la puerta y se deshicieron en atenciones en todo momento. Sin embargo, era como si yo no pintara nada allí, como si todo aquello me fuera ajeno, como si sólo fuera la espectadora que observaba desde la distancia la escena en la que una extraña conocía a los padres de Gael. Porque, para mí, la Álex que estaba allí era otra persona, una que interpretaba como podía el papel que se esperaba de ella.

Esa noche volví a llorar. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo. Quizá

precisamente por eso el llanto fue incontrolable. Necesitaba soltar todo el lastre de sentimientos que había enmascarado durante tanto tiempo.

Sí, Gael me quería, y sí, yo lo quería a él..., pero nunca como había querido a Hugo, que muy a mi pesar seguía cohabitando en mi corazón.

Distaban mucho los potentes sentimientos que había tenido hacia ese hombre del que me había enamorado locamente de los sentimientos más serenos o templados que experimentaba por Gael. Con Hugo todo era intenso, visceral, desmedido, pasional. Por el contrario, con Gael las cosas eran tranquilas, reflexionadas. Gael y yo éramos como un matrimonio con muchos años de convivencia. Nos conocíamos muy bien el uno al otro, nos entendíamos y nos cubríamos nuestras necesidades emocionales, dándonos cariño.

Entonces, la pregunta era ¿sería eso suficiente para mí?

Supongo que la respuesta fue que sí, porque, a pesar de todo, continué dejándome llevar.

Un día Gael me sorprendió con un ramo de flores. Las hizo llegar a mi casa con un mensajero. Eran una docena de rosas rojas, de tallo muy largo, y consigo llevaban una tarjeta escrita a mano por él.

Esta noche te espera una velada muy especial.

Te recojo a las nueve.

GAEL

Y a esa hora, puntual como siempre, Gael apareció en la puerta de casa.

Venía más arreglado que de costumbre. Él no era de llevar traje; no obstante, se había puesto una americana y unos pantalones de vestir, hecho que me sorprendió bastante.

Lucía una radiante sonrisa, pero, cuando me vio aparecer, la cambió por una mueca de agrado a la que le siguió un silbido.

—Joder, Álex... ¡Qué guapa vas!

Yo también me había esmerado un poquito más de lo habitual esa noche. Me había puesto uno de mis vestidos más sexis y había invertido más tiempo que de costumbre en mi pelo y en mi maquillaje.

—Gracias. Tú también estás muy guapo... y diferente.

—Bueno, como ya te he dicho, esta noche pretendo que sea especial, así que la ocasión merecía que me pusiera mis mejores galas.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué vamos a hacer? Me tienes intrigada.

—Pues verás, de momento sólo te diré que vamos a ir a cenar a un sitio un tanto diferente que espero que te guste. Lo demás ya lo irás descubriendo a su debido tiempo.

Y con esa escueta, pero tentadora información, arrancó el coche y condujo hasta un sitio que yo, por descontado, desconocía.

El restaurante, aparentemente, era un establecimiento normal; muy moderno y elegante, con una carta innovadora, probablemente muy caro, pero a priori no parecía distinguirse del resto por ninguna cosa en especial. Sin embargo, cuando nos acomodamos en la mesa de un pequeño reservado sólo para nosotros y apagaron las luces, entendí en qué consistía la peculiaridad de ese sitio. Íbamos a cenar completamente a oscuras.

Gael se había situado, al contrario de lo que normalmente hacía en otros restaurantes, a mi lado y no enfrente. Lo había hecho así para poder estar más cerca de mí y, por tanto, poder tener más contacto entre ambos.

No tardó en cogerme de la mano y pedirme que me relajara y que abriera mi mente a esa nueva experiencia que íbamos a compartir, pero sobre todo me invitó a que me dejara llevar por las sensaciones. Y eso hice.

Con el primer plato, me sentí algo inquieta. El simple hecho de tener que encontrar los cubiertos en la mesa ya fue toda una experiencia. Realmente la oscuridad era absoluta y sólo podíamos fiarnos de nuestro tacto, nuestro oído, nuestro olfato y, por supuesto, nuestro gusto. Sin embargo, rápidamente me hice con la dinámica de la situación y, a la altura del segundo plato, ya estaba totalmente relajada e inmersa en esa vivencia tan diferente.

Los olores y sabores de todo lo que probábamos estaban magnificados y eso era un deleite para los sentidos, un auténtico placer del que disfrutamos hasta el final.

—Gael, me ha encantado esta experiencia —le dije con la copa de vino aún en la mano.

—Me alegro —me contestó sincero.

No podía verlo, pero sí sentía su presencia muy próxima a mí, tanto que acabé inclinándome hacia delante y nuestras bocas se encontraron. Nos dimos un largo y cálido beso cargado de sabores dulces, intensos. Me estremecí. Nunca antes había sentido a Gael de esa forma. Su beso resultó más vehemente que de costumbre. Sin duda, ambos estábamos bajo el influjo del alcohol, pero sobre todo bajo el embrujo de la magia que la oscuridad te otorga.

Por primera vez en mucho tiempo me sentí de nuevo viva. Mis instintos habían despertado y comenzaban a pedirme que los saciara, que los recompensara de alguna manera por el prolongado letargo al que les había sometido.

Y quise hacerlo. Quise darle una oportunidad a nuestra relación dando un paso más... porque hasta ese instante no había tenido momentos de intimidad con Gael. Sólo nos habíamos besado, ya que yo siempre buscaba alguna excusa para no ir más allá. Sin embargo, esa noche quería continuar. Quería sentir a Gael de otra forma, de una más íntima. Me sentía preparada o, al menos, eso pensaba.

Salimos del restaurante con prisa, agarrados de la mano y con cierta urgencia por llegar al coche. Una vez en éste, Gael se abalanzó sobre mí, dejándome casi sin respiración. Mi cuerpo comenzó a querer más, a pedirme que le diera lo que en esos instantes necesitaba, y no me negué. Le pedí a Gael que fuéramos a su casa.

—¿Estás segura, Álex? —quiso saber.

Asentí y no necesitó nada más para arrancar el vehículo y conducir hasta

su apartamento.

—¿Quieres tomar algo? —me preguntó conforme cerraba la puerta.

Me giré hacia él y, sin más, me volvió a besar. Obviamente no esperaba una contestación a su pregunta; la había formulado únicamente por mera cortesía. La necesidad suscitada por nuestros deseos hizo que ambos ansiáramos aquello que irremediabilmente iba a suceder, así que, sin demorarnos ni un solo segundo, Gael tiró de mí y me llevó hasta su cuarto.

Una vez en él, comenzó a desnudarme mientras me besaba en el cuello. Mi libido había despertado y todas esas caricias suyas habían hecho que mi cuerpo reaccionara y esperara impaciente todo lo que iba a venir.

Él también se desnudó al ritmo que nuestros impetuosos besos se lo permitieron y fue entonces cuando me condujo hasta su cama y me empujó con suavidad sobre ella.

—Llevaba tanto tiempo queriendo hacer esto, Álex... Te quiero.

Era la primera vez que Gael me decía algo así. Era la primera vez que me mostraba tan abiertamente sus sentimientos por mí. Probablemente había esperado un tiempo a decírmelo para no agobiarme o para estar seguro de que no saldría corriendo. Yo no le contesté nada. No podía responderle lo que se suponía que debía decir en un momento así. Simplemente lo besé y eso encendió la mecha y marcó el punto de no retorno. Porque ya no lo habría. Sabía que entregándome a él estaba haciendo una declaración de intenciones que ya no tendría marcha atrás. Y entonces ocurrió. Nos dejamos llevar y nuestros cuerpos estallaron, liberando toda la energía acumulada durante tanto tiempo.

No puedo decir que nos fuera mal. Habíamos conectado de alguna manera y nos habíamos entendido. Los movimientos habían sido fluidos y ambos habíamos culminado de la manera esperable. Eso era cierto, pero también lo era que ni de lejos había llegado a sentir lo mismo que con Hugo.

Había habido sexo y había sido bueno, pero todo quedaba ahí. Los sentimientos, la necesidad, la vehemencia que sentía con Hugo, con Gael no

existieron.

Había mucha diferencia entre ambos y no podía evitar sentirlo. Sin embargo, no podía quedarme con eso o me marcaría para siempre. No podía compararlos. No sería justo para Gael, porque claramente saldría perdiendo. Las cosas estaban así. Con ambos el sexo había sido bueno, pero obviamente con Hugo había algo más. Ese algo que marca la diferencia entre el buen sexo y el sexo entregado, apasionado, desmedido y ansiado, que busca no sólo satisfacer las necesidades físicas, sino también las emocionales. Ese sexo que da color a tu vida y la llena, haciéndote sentir plena.

—¿Todo bien?

Gael me había estado observando y yo ni siquiera había reparado en ello hasta ese instante.

—Sí —le contesté aun a sabiendas de que no me creería.

—¿Seguro? Te has quedado muy pensativa.

—Estate tranquilo, Gael. Todo ha ido muy bien.

Y lo volví a besar, como cada vez que quería terminar una conversación con él por algún motivo, desviando así su atención.

No tardamos en dormirnos. Gael permaneció pegado a mí toda la noche, manteniendo el contacto conmigo en todo momento, como si así se asegurase de que no iba a salir corriendo.

A la mañana siguiente, el olor a tostadas y café recién hecho me despertó. Gael se había levantado temprano y no sólo había preparado el desayuno, sino que también había metido algo en el horno para la hora del almuerzo.

—Buenos días, Álex —dijo al tiempo que sonreía de oreja a oreja y me plantaba un cariñoso beso en la mejilla—. He preparado el desayuno y también la comida, porque me imagino que te quedarás, ¿verdad?

No sabía qué decir. Todo iba muy rápido para mí, aunque en realidad tampoco quería frenar. No tenía ningún sentido ya. Las cosas tendrían que pasar antes o después, así que ¿para qué alargarlas sin sentido?

—Me quedo si me gusta lo que has preparado de comer. Si no, me largo a

casa de mi madre —le contesté malévolamente y juguetona.

—Ah, ¿sí? Con que ésas tenemos, ¿eh? —replicó Gael acercándose a mí con los brazos cruzados sobre su pecho, intentando intimidarme.

—Pues sí.

No me dio tiempo a decir nada más. Gael se inclinó sobre mí y me susurró al oído.

—Te he hecho tu comida preferida. Lasaña.

—¿Y tú cómo sabes cuál es mi comida preferida? —le pregunté curiosa.

—Bueno, soy un tío con recursos.

—Ya... seguro que tu recurso ha sido preguntar a la suegra... ¡como si lo viera!

—¡Mira, esto se pone interesante...! ¿Desde cuándo tu madre ha cambiado el estatus al de suegra?

Lo volví a besar como hacía siempre que quería desviar su atención. No quería seguir hablando con él de ese tema. La conversación me estaba poniendo muy nerviosa, porque no quería entrar en lo que él era para mí, a pesar de todo lo que ya había pasado entre nosotros, pues me resultaba un tema farragoso.

El caso es que almorcé con él, vimos varias películas, cenamos y acabé de nuevo durmiendo con él y, por tanto, pasando todo el fin de semana a su lado... en su casa.

El domingo por la noche, cuando Gael me dejó en casa de mi madre, ésta, custodiada por *Cocker*, me esperaba ansiosa para que le contara cómo me había ido.

—Mamá, no voy a hablar contigo de eso.

—¿Cómo que no? ¿Y para qué están las madres precisamente?

—Pues para todo menos precisamente para eso.

—No tienes a Sammy cerca —me recordó, buscando claramente un resquicio donde rascar para que se lo explicara todo.

—Ya... ¿Y eso qué tiene que ver? —pregunté curiosa.

—Pues que a alguien le tendrás que contar cómo es Gael en la cama.

—¡Mamááá! No pienso hablar contigo de esas cosas.

—¿Y por qué no? No me voy a asustar de nada de lo que me cuentes. Recuerda que yo ya tengo una edad y probablemente sabré más que tú de estos asuntos. Anda, siéntate a mi lado y cuéntamelo todo. No seas mojigata.

¿Qué podía hacer ante su insistencia? Si no le contaba algo, seguro que acababa persiguiéndome por toda la casa hasta cansarme el alma.

—A ver... Sólo te voy a decir que lo he pasado estupendamente, que Gael se ha portado genial conmigo y que... que cocina bien.

—¿A quién demonios le importa cómo cocina Gael? Bueno, a no ser... que con «cocinar» te refieras a...

—¡Mamáááá!

—Ni mamá ni nada... Estoy esperando.

—¡Joder! Esto es surrealista... —Mi madre esperaba con atención que le dijera algo—. Bueno, digamos que la lasaña que ha hecho estaba bien cocinada, la ha hecho sin prisa, con mucho cariño y el resultado ha sido bastante aceptable.

—¿Qué nota le darías? A la lasaña, me refiero, claro.

—Claro, a la lasaña... —Yo ya había entrado al trapo y le estaba contando a mi madre más de lo que en un principio hubiera querido—. Pues un... ¿ocho?

—Ya... y sólo una cosa más... ¿cómo hacía Hugo la lasaña, hija? ¿Ha habido mucha diferencia entre una y otra?

De pronto entendí a dónde quería ir a parar mi madre, que me miraba expectante y con algo de preocupación en su semblante.

Decidí entonces sentarme a su lado y abrirme a ella.

—Mamá, la lasaña de Hugo era de diez —solté con aflicción—. En ella ponía toda su vida, su pasión, su fuerza, su cariño. Era tierna, pero al mismo tiempo consistente, con muchísima potencia de sabor. Era tan especial que yo ya no necesitaba postre después. Me llenaba plenamente y me satisfacía

como ninguna otra comida lo había hecho antes. No creo que vuelva a probar otra lasaña igual —acabé diciendo amargamente.

Un silencio reflexivo ocupó toda la sala.

—Pero, mamá..., aunque Gael no haga la mejor lasaña del mundo, él se esmera muchísimo y para mí eso es lo que cuenta. Nunca podrá hacer la lasaña que hacía Hugo, porque yo nunca sentiré lo mismo con un cocinero que con otro, pero ya me he hecho a la idea de eso y sólo me queda disfrutar de todas las comidas que me haga Gael. —Eso último había sonado muy raro—. En sentido figurado, sigo hablando.

—Sí, claro, por supuesto... ¿de qué otras comidas que te hiciera Gael ibas a estar hablando? —terminó diciendo con una sonrisa malévola en la cara.

—¡Mamáááá!

Acabó haciéndome reír. Mi madre me entendía muy bien; siempre había hecho que tuviéramos muy buena comunicación entre nosotras y solía ayudarme mucho cuando lo necesitaba. Como en ese momento, porque gracias a sus preguntas me había hecho reflexionar.

La conclusión era que Gael hacía muy buenas lasañas y que si yo no les sacaba todo el gusto era únicamente porque quizá necesitara algo más de tiempo para llegar a saborearlas más intensamente. En definitiva, que con el tiempo llegaría a querer más a Gael y eso me ayudaría a disfrutar más de él en todos los sentidos.

Capítulo 37

Mi vida continuó. Transcurrieron las semanas y las cosas cada vez fueron asentándose más. No puedo decir que fuera la mujer más feliz del mundo, pues la sombra de Hugo siempre me acompañaba, pero sí que cada vez había más distancia con su recuerdo. Ya casi no pensaba en él. No quería hacerlo. Él siempre estaría en mi corazón, porque eso no lo podía evitar, pero sí que podía impedir que estuviera en mi mente y empleé mucho tiempo y esfuerzo en conseguirlo.

Digamos que ya me había acomodado a mi nueva vida y había sabido llenarla lo suficiente como para no sentirme demasiado vacía. Era cierto que siempre me quedaría la duda de cómo hubiera sido todo con Hugo, pero también lo era que había logrado establecerme en otra vida, donde también era feliz a mi manera y donde también era capaz de sentirme a gusto y bien.

Gael me ayudaba mucho en ese sentido. Sin él no creo que lo hubiera superado. Además, se desvivía por mí y cada día me demostraba lo importante que era yo para él. Y eso era lo que más me gustaba, que me antepusiera a todo lo demás había sido lo que más me había conquistado, porque me demostraba a diario que para él su prioridad era yo y eso, después de mi historia con Hugo, se había convertido en mi punto débil, y él parecía saberlo.

Por otra parte, mi vida la terminaba de completar el trabajo. Me sentía muy bien por poder ayudar a todos esos niños del modo en que lo hacía. Para mí, la mayor satisfacción del mundo era hacerlos felices y, cada vez que lo conseguía, me sentía estupendamente. Era tanto lo que se podía hacer por

ellos que me volqué en buscar nuevos recursos que nos ayudaran en nuestra labor. No me competía a mí realmente ese trabajo, pero, en mi afán de colaborar, me involucré todo lo que pude y alguien debió de darse cuenta.

—Álex, ¿puedes venir al despacho, por favor? —me preguntó Gael una mañana, mientras abría la puerta de éste y me invitaba a entrar con un gesto.

Me puse un poco inquieta. Normalmente Gael no me trataba de una manera tan formal aunque estuviéramos en el centro. Obviamente algo importante sucedía... y no me equivoqué. Al entrar vi a un hombre vestido de traje y corbata que nos esperaba pacientemente.

—Álex, te presento a Carlos Martos. Él es la persona que gestiona los recursos de nuestra asociación y quiere hablar contigo para proponerte algo.

—Buenos días, Álex. —Carlos se había levantado y me tendía amablemente la mano.

—Buenos días, señor Martos. —Le sonreí, a pesar de lo nerviosa que me estaba poniendo ante tanto protocolo.

—Llámame Carlos, por favor, que somos de la misma edad, si no tengo mal los datos.

Sonreí de nuevo tímidamente.

—Como te decía, Álex, Carlos lleva un tiempo observando la labor que vienes desempeñando en el centro y quiere ofrecerte algo muy tentador, desde mi punto de vista, claro.

—Vale, ¿y de qué se trata? —pregunté, ansiosa por conocer qué podría querer esa persona de mí.

—Pues verás, Álex, hemos estado analizando tu trabajo aquí y nos ha sorprendido mucho la preparación que muestras, pero lo más importante es que nos has parecido una persona muy eficiente y resolutiva, sobre todo con las tareas que tú misma has decidido realizar de búsqueda de recursos para la asociación. Desde que estás con nosotros hemos recibido un treinta por ciento de ayudas extra provenientes de mecenas que hasta ese momento nos eran

desconocidos, lo que significa que estamos en deuda contigo y, por ello, hemos decidido contratarte como codirectora de la asociación.

Yo estaba alucinando con lo que estaba oyendo.

—Tu labor será, junto con Gael, la de dirigir el centro. Él se encargará de la parte técnica y de servicios y tú lo harás de la parte administrativa y de búsqueda de recursos. Es decir, te encargarás de la parte de recursos humanos, así como de procurar que la asociación siga recibiendo las subvenciones necesarias para continuar con su cometido.

No sabía ni qué decir. Me había quedado en blanco.

—Álex, hemos visto tu currículum —continuó diciendo Carlos— y sabemos que estás preparada para lo que te ofrecemos y mucho más, así que confiamos en ti y tu experiencia en este sector y, por tanto, en todo lo que nos puedas ofrecer.

Gael, que había estado estudiando mi reacción, sabía que en esos instantes estaba bloqueada. Ocupar un puesto así suponía muchos cambios que tendría que dar en mi vida, y el más importante para mí era que tendría que olvidarme permanentemente de Nueva York, con todo lo que eso conllevaba, para echar mis raíces en España definitivamente, y no sabía si estaba preparada aún para eso.

—Carlos, supongo que Álex tendrá que pensar con tranquilidad todo lo que le has dicho para poder tomar después una decisión. —Obviamente, Gael, que ya me conocía muchísimo, me estaba echando un capote—. Además, piensa que ella tiene un puesto por el estilo en Nueva York y tendrá primero que atar todos los cabos allí para poder establecerse aquí de forma definitiva. Le podemos dar lo que queda de semana para que se lo piense y que el lunes nos diga algo. ¿Os parece bien a los dos ese plazo de tiempo para dar una respuesta? —Gael nos miró a ambos repetidas veces, esperando nuestra contestación.

—Por supuesto —respondió Carlos—. No hay ninguna prisa, Álex. Tómate el tiempo que necesites para meditarlo y organizar lo que tengas que

hacer y la semana que viene ya nos dirás qué has decidido, ¿de acuerdo?

Simplemente asentí con la cabeza. La situación me había desbordado y estaba a punto de venirme abajo. De repente todo se había precipitado mucho y me costaba asimilar lo que ese cambio supondría para mí.

Cuando Carlos se hubo marchado, Gael se acercó a mí y, pasándome las manos por los hombros, me dijo que no me agobiara.

—Álex, piénsalo con calma, háblalo con tu madre, con Sammy, medítalo con la almohada y, cuando tengas una decisión tomada, nos la haces saber. No tienes por qué agobiarte.

Yo seguía sin poder articular palabra, porque millones de pensamientos ocupaban mi mente en esos momentos. Decir que sí a ese puesto de trabajo suponía tantas cosas que las piernas empezaron a temblarme.

Abandonaría para siempre mi vida tal y como la había conocido y eso, aunque ya en su día prácticamente había decidido que lo haría, entonces, en el momento de la verdad, me aterraba.

—Oye, mira, ya casi es la hora de irnos. Vete a casa y descansa un rato. Esta noche te recojo para el concierto y después, si quieres, lo hablamos tranquilamente y me explicas cuáles son tus dudas o tus miedos, ¿vale?

Asentí y me marché. Necesitaba respirar aire fresco y tranquilizarme un poco.

Por la noche, puntual como era siempre, Gael apareció en la puerta de casa para ir a ver tocar a sus amigos en un garito de las afueras de Madrid.

—Pasa, Gael. Álex está terminando de arreglarse.

Mi madre no perdió el tiempo y fue directa al grano, preguntándole a Gael por qué había llegado tan cabizbaja del trabajo.

—¿No te ha dicho nada tu hija de por qué está así?

—No, y eso que se lo he preguntado varias veces esta tarde.

—Ya, pues es que es algo que prefiero que te cuente ella, Beatriz. No creo que le haga mucha gracia si te digo de qué se trata. Eso sí, puedes estar

tranquila, ya que es algo de lo que no tienes que preocuparte. En realidad es una buena noticia para todos, y espero que también para ella.

—¿De qué habláis? —pregunté conforme bajaba la escalera. Era obvio que mi madre y Gael estaban comentando algo a mis espaldas, pero mi madre supo qué decir para desviar mi atención rápidamente y que no siguiera haciéndoles preguntas sobre su conversación.

—Sólo le estaba preguntando a Gael por su receta de la lasaña, ya sabes, para ver si yo le podía aconsejar cómo mejorarla.

—¡Mamáááá!

—¿Es que no te gustó mi lasaña, Álex? Si me dijiste que era la mejor que habías comido nunca... —Gael me miraba estupefacto.

Mi madre tuvo que taparse la boca para que Gael no la viera reírse.

—Sí que me gustó. Me gustó mucho, de hecho.

—¿Y por qué dice tu madre entonces que quiere darme consejos para mejorarla?

—¡Ay, Gael, no le hagas caso! Mamá, ésta me la pagas.

La tía tuvo que irse a la cocina, porque no pudo aguantar el ataque de risa ante la cara de circunstancias que Gael había puesto.

«Nota mental: estrangular a mi madre en cuanto regrese a casa.»

Esa noche el concierto fue un verdadero éxito. El grupo cada vez atraía a más seguidores y realmente lo daban todo cuando se subían al escenario. Además, todos los componentes eran bastante guapos y muy graciosos, por lo que tenían muchos puntos ganados de antemano con las fans, que se desgañitaban como locas cada vez que finalizaban una canción.

—Cada vez me gusta más su música —le dije a Gael—. Ojalá tengan suerte y alguna discográfica los descubra.

—Sí, sobre todo si es alguna norteamericana. Tienen muchas esperanzas puestas en el concierto que darán en la boda de Sammy. Como dices, ojalá tengan suerte, pero ya veremos a ver, porque este mundillo es muy complicado y más a esos niveles...

Gael siguió hablando, pero yo dejé de escucharlo. Oírle mencionar el tema de la boda de Sammy me devolvió a una realidad de la que yo había estado huyendo.

Cada vez se acercaba más la fecha del enlace y todo lo que eso conllevaba. No me apetecía enfrentarme de nuevo a Hugo y menos estando sola en un día tan señalado como aquél. Sammy, obviamente, no podría estar conmigo, y mi madre, aunque también estaba invitada, había decidido que prefería irse de crucero a las islas griegas con sus amigas, así que la cosa no pintaba muy halagüeña para mí. De hecho, había imaginado mil excusas que darle a mi amiga para no ir, pero evidentemente no podía anteponer mis miedos a su felicidad. Además, yo iba a ser su dama de honor y, como tal, debía de dar un discurso de enhorabuena para los recién casados.

—Álex, ¿me estás escuchando?

La voz de Gael me había traído de nuevo al bar, donde ya había acabado el concierto con todos sus bises y donde un Gael con semblante de preocupación me tenía cogida la mano.

—Estás pensando en la propuesta de Carlos, ¿verdad?

—¿Qué? Ah, sí..., más o menos.

Eso también me había tenido distraída toda la tarde. Había llegado a la conclusión de que era lo mejor para mí; sin embargo, no tenía claro que eso fuera lo que realmente quería hacer. A pesar de ello, sí que había decidido una cosa y, por ende, aunque me costara siquiera pensarlo, tendría que seguir adelante con todas sus consecuencias.

—No quiero darle muchas vueltas al tema, así que, siguiendo un poco mi intuición de lo que debería hacer porque creo que sería lo mejor para mí, te diré que finalmente voy a aceptar el puesto. Definitivamente dejaré mi trabajo y mi vida en Nueva York y me estableceré aquí.

Gael no podía estar más feliz. Su cara era un libro abierto que me expresaba todo cuanto yo necesitaba ver. Su entusiasmo ante mi decisión lo llevó a besarme con tanto ímpetu que casi me tira del taburete.

—¡Quieto, fiera! Deja algo para después —le soltó Pablo, que acababa de llegar.

La banda se había acercado para decirnos que se iban con unas chicas que habían conocido a otro local y que si queríamos acompañarlos.

—No —les contestó Gael sin dejar de mirarme a los ojos—, tenemos algo muy importante que celebrar.

—Vale, pues mañana hablamos, tío. Que lo paséis muy bien en «vuestra celebración» —añadió Pablo mirándome a mí, al tiempo que me guiñaba un ojo con complicidad.

Cada vez me caían mejor sus amigos, a quienes ya los consideraba míos también, y más pensando en la decisión que acababa de tomar.

—¿Puedo llevarte a un sitio, Álex? —me preguntó Gael.

Lo miré con curiosidad.

—Es que quiero enseñarte el lugar al que me gusta ir cuando necesito pensar o tomar decisiones.

Asentí. Tenía curiosidad por conocer ese lugar.

Según salíamos por la puerta, para dirigirnos al parking donde Gael había dejado aparcado su coche, dos hombres se acercaron a nosotros por la espalda y nos pidieron que les diésemos todo lo que llevásemos encima de valor.

Gael se giró para mirarlos.

—Mira, tío, será mejor que os larguéis de aquí, si no queréis salir malparados —les advirtió Gael, al tiempo que me empujaba con un brazo para que me situara detrás de él en un intento de protegerme.

—¿¡Qué no has entendido, gilipollas!?! Dadnos todo lo que llevéis encima, si no quieres que os matemos aquí mismo.

El que acababa de hablar había sacado una pistola y su compañero, una navaja.

Yo no podía articular palabra. Tenía tanto miedo que estaba completamente paralizada. A mi mente acudieron todos los días de secuestro a los que me vi sometida, las amenazas de aquellos tipos y el terror que sentí

durante esos días. Obviamente éstos no eran más que unos simples delincuentes aprovechando la ocasión que la oscuridad de la noche les ofrecía. Sin embargo, no parecía que fueran a irse sin pelear antes por su botín. Tenían claro lo que querían y sabían que, con las armas que llevaban, tenían la partida ganada.

—Gael...

—Álex, déjame esto a mí. Sé lo que hago.

Y no me dio tiempo siquiera a reaccionar.

En un momento, con una maniobra que apenas fui capaz de captar, Gael le había quitado el arma al delincuente y lo había tumbado en el suelo. Lo tenía sujeto por el brazo, retorciéndoselo en la espalda, y con la rodilla sobre su cara, impidiendo así que éste pudiera moverse.

—¡Dile a tu amigo que suelte la navaja o te pego un tiro, cabrón! —le gritó Gael tremendamente enfurecido. Jamás lo había visto así. Era como si se hubiera convertido en otra persona.

Pero nadie movió un solo hueso. Yo, por estar completamente paralizada; el del revólver, porque Gael lo tenía eficazmente inmovilizado, y el de la navaja, porque no sabía qué hacer.

—¡Que sueltes la navaja, te he dicho! —Gael apuntaba ahora el arma hacia el chico que empuñaba el arma blanca, que sin pensar en nada más la tiró al suelo y salió corriendo como alma que llevara el diablo.

—Álex, llama a la policía. Rápido.

Salí del estado de estupor en el que me encontraba y, con unas temblorosas manos, conseguí marcar el número de emergencias y pedir ayuda.

No tardaron en llegar. En cuanto vieron al delincuente, lo reconocieron enseguida. Era un habitual de la policía que estaba en busca y captura por varios atracos más cometidos.

Felicitaron a Gael por su destreza a la hora de manejar la situación y le preguntaron que a qué fuerza militar había pertenecido para tener la pericia

que había mostrado a la hora de desarmar a aquel sinvergüenza. La respuesta no la oí, puesto que Gael esperó a alejarse un poco de mí para contestarle al agente a cargo del caso.

Sin embargo, una vez acabados todos los trámites que tuvimos que hacer para denunciar lo que había ocurrido y ya habiéndonos quedado solos, quise que me aclarara de dónde había sacado esa habilidad para desarmar a aquel hombre.

—No sé, Álex... Supongo que la adrenalina te lleva a hacer estas cosas.

—Pues mi adrenalina lo único que ha conseguido ha sido dejarme totalmente paralizada —le contesté, requiriéndole así que me diera otra explicación más creíble.

Sin embargo, no obtuve respuesta. Gael parecía concentrado en la conducción del coche. Seguíamos con nuestros planes y me llevaba a ese sitio tan especial para él que quería que conociera.

—Gael...

—Vale... —contestó. No obstante, no dijo nada más hasta que no aparcó en aquel lugar—. Éste es el sitio que quería mostrarte. De pequeño, siempre que estaba triste por algo, mi padre me traía aquí para que respirara aire puro y viera las luces de la ciudad. Para mí era como un tranquilizante. Desde aquí tenía una perspectiva diferente de las cosas y eso hacía que mi visión fuera distinta, lo que me ayudaba a la hora de tomar decisiones y a ser más positivo con los problemas.

Realmente las vistas eran preciosas y hacían que todo pareciera insignificante ante la inmensidad de la ciudad. Entendía que ese sitio fuera un lugar donde perderte para poder encontrarte a ti mismo.

—Es fantástico, Gael; las vistas son espectaculares. No me extraña que te guste venir aquí.

—Bueno, hacía tiempo que no lo hacía, la verdad. Últimamente no lo he necesitado, por suerte.

—¿Me vas a contar ya de dónde ha salido la destreza que has mostrado

con el tío ese? Me tiene algo preocupada no saber realmente con quién estoy saliendo. A lo mejor eres un asesino en serie y yo sin saberlo.

—¿Y por qué te crees que he querido traerte a mi sitio secreto? Ahora es cuando te mato y luego te descuartizo, para después tirar todos tus pedazos en el primer contenedor que encuentre. —Gael se había ido acercando a mí de manera intimidatoria y con una sonrisa malévola en la cara.

—Ja, ja... Pero ¡qué gracioso eres!

Apenas me dejó terminar la frase. Me besó. Lo hizo con una intensidad a la que no me tenía acostumbrada.

—¡Joder! ¿Eso ha sido la adrenalina también?

—Eso ha sido que hoy me he dado cuenta del terrible miedo que tengo a perderte. Álex... —Gael me tenía sujeta la cara con ambas manos y me miraba intensamente—... estoy completamente enamorado de ti y, aunque eso era algo que ya sabía, esta noche me he percatado de que debía decírtelo, porque debías saberlo. Te quiero.

Y me volvió a besar. Me obsequió con el beso más dulce que me había dado nunca.

Cuando se separó de mí, se quedó mirándome otra vez intensamente, supongo que esperando que yo le dijera algo.

—¿Quieres ser mi acompañante en la boda de Sammy?

Eso fue todo lo que se me ocurrió decir. Quería a Gael, mucho. Me hacía mis días más llevaderos, me daba un cariño inmenso y me reportaba innumerables alegrías, pero, para mí, decirle «te quiero» era algo complicado aún. Sentía que si lo hacía lo estaría engañando, porque el «te quiero» que yo le diría no se correspondería con el que él quería oír. Estaba convencida de que acabaría sintiendo por él lo mismo que él sentía por mí, pero todavía era pronto. Sólo tiempo, eso era lo único que necesitaba para poder responderle como él se merecía.

Gael se quedó frío ante mi respuesta, pero enseguida reaccionó y fue consciente de que, aunque para él lo que acababa de proponerle era sólo un

pequeño paso en nuestra relación, para mí suponía uno enorme, por lo que cambió radicalmente su semblante y la felicidad inundó su cara.

—Pues claro que quiero... ¿Cómo no voy a querer ser el acompañante de la chica más sexy de la boda?... Además... será muy interesante.

—Ah, ¿sí?

Me volvió a besar, demostrándome lo feliz que lo había hecho.

De vuelta a casa, y tras haber sabido disfrutar el uno del otro dentro del coche como dos adolescentes, le volví a preguntar por su destreza a la hora de inmovilizar al ladrón.

—Pasé un tiempo en el ejército. Aprendí mucho sobre defensa personal y sobre cómo reaccionar ante una situación de peligro.

—¿Y cómo es que nunca me habías hablado de ello? —le pregunté curiosa.

Gael cogió aire y comenzó a hablar.

—Porque nunca se lo he contado a nadie. Nunca hablo de ello, porque no es algo de lo que me sienta orgulloso. Entré en el ejército porque mi vida era un caos y ésa fue la única salida que encontré para alejarme de los malos hábitos y las malas compañías. Después de que aquella mujer de la que te hablé me destrozara el corazón, mi mundo se hundió; no conseguía levantar cabeza y la vida cada vez se me hacía más cuesta arriba, así que acabé tomando drogas para evitar el dolor que sentía. Fueron mi vía de escape, pero no hicieron más que causarme más problemas aún, así que un día, después de tener una pelea muy fuerte con mi padre, decidí que no podía seguir así y me inscribí en el ejército. Estuve cinco años y al mismo tiempo me saqué la carrera de Psicología. Luego decidí que aquello no era para mí y que mi vocación estaba en ayudar a niños con problemas, y así fue cómo conocí la asociación donde estamos ahora. Entré de voluntario y poco a poco fui escalando puestos. —Gael hizo una pausa—. Me encanta mi trabajo y no quiero perderlo. No quiero que nadie sepa a qué me he dedicado anteriormente y mucho menos qué fue lo que me llevó a entrar en el ejército.

Gael agachó la cabeza. Era obvio que se sentía realmente avergonzado por lo que acababa de contarme.

Su historia me había conmovido. Una vez más.

Un hombre destrozado, que había sabido resurgir de sus cenizas y que se había convertido en la gran persona que entonces era, me miraba buscando mi aprobación.

—Gael, no tienes por qué avergonzarte de tu pasado. Todos cometemos errores. Lo importante es hacer lo que tú hiciste y enmendarlos a tiempo. Creo que eres digno de admirar.

Lo besé. Lo hice porque su historia me había calado muy hondo y había conseguido que lo quisiera un poco más.

Nos despedimos después de una noche de intensas emociones en la que había descubierto a un Gael totalmente diferente para mí. Un Gael que, además de sorprenderme cada día con su generosidad y su cariño, esa noche me había sorprendido mostrándome a un hombre hecho a sí mismo, que además me había demostrado lo importante que era yo para él y lo protegida que me sentiría estando a su lado.

¿Qué más podía pedir?

Capítulo 38

La maleta ya casi estaba terminada. Realmente no había metido muchas cosas en ella, sólo lo imprescindible, ya que aprovecharía el viaje y me traería mi ropa de allí o, al menos, la que entrara en el equipaje.

Gael y yo habíamos estado hablando y, puesto que él no conocía Nueva York y que yo tenía que dejar solucionados algunos asuntos, habíamos decidido ir unos días antes del enlace. La idea era enseñarle la ciudad y preparar mi vuelta a España.

Tendría que empaquetar mis objetos personales para que me los mandaran a Madrid a través de alguna empresa de mudanzas internacional. Además, debía hablar con el casero y rescindir el contrato de alquiler, ya que no tenía ningún sentido seguir pagando por un piso al que ya no regresaría. Por otro lado, también debía solucionar el tema del trabajo. Quería despedirme de todos mis compañeros, de mis niños y sus familias, y hablar con la empresa para avisarlos de mi marcha definitiva del centro. Tendríamos que ver qué persona iba a ocupar mi puesto, porque, aunque en realidad eso ya no fuera algo de mi incumbencia, sí que tenía un par de candidatos en mente que consideraba que desempeñarían muy bien la labor que yo había hecho hasta entonces allí.

—Álex, Gael ya ha llegado —me anunció mi madre—. Está aparcando el coche.

—Vale, ya estoy terminando.

No sabía muy bien cómo me sentía en esos momentos. Cualquiera chica en la misma situación que yo debería sentirse ilusionada, feliz, y no es que no

me sintiera así, pero lo hacía sólo en parte... porque otra parte de mí sentía preocupación, tristeza y miedo.

Preocupación, por la nueva vida que comenzaba y por cómo me iría en ella. Tristeza, por la vida que dejaba atrás, esa que tan feliz me había hecho sentir. Y, por último, sentía miedo por no saber si las decisiones que estaba tomando serían las acertadas o, por el contrario, estaría equivocándome y pasaría el resto de mi vida arrepintiéndome.

—Cariño, ¿necesitas que te ayude con algo?

Gael, que acababa de entrar en la habitación, hizo que me sobresaltara. Me había sacado de golpe de mis pensamientos.

—¿Eh? No, no. Creo que ya lo tengo todo.

Gael se acercó a mí y me abrazó. Me pilló por sorpresa, pero consiguió lo que pretendía. Inmediatamente rebajé mi tensión y me relajé. No me había dado cuenta, pero estaba bastante tensa. Las vueltas que le había estado dando a la cabeza me habían puesto muy nerviosa.

Pero Gael estaba allí, como siempre que lo necesitaba. Sin duda sería un buen compañero de viaje, y no me refería sólo al hecho de volar a Nueva York; lo sería a lo largo de toda la vida que pasásemos juntos, porque me conocía muy bien y siempre sabía permanecer a mi lado en los momentos en lo que yo más lo necesitaba.

—¿Estás bien? —Gael me miraba escrutando mi rostro.

—Ahora sí —le dije, al tiempo que le devolvía el abrazo que tan reconfortada me había hecho sentir.

—¿Preparada, entonces? Deberíamos salir ya para el aeropuerto para no tener problemas.

—Sí, preparada.

Y, lo estuviera o no, tenía que hacerlo, porque ése sería el paso definitivo, el paso que me desvinculara completamente de mi vida anterior y me abriera las puertas a esa nueva vida que había decidido comenzar. Así que me despedí de *Cocker* y de mi madre y nos pusimos en marcha.

El avión salió con retraso y, cuando embarcamos, estábamos bastante cansados debido a tanta espera y a tanto control de seguridad.

Por suerte, el vuelo fue tranquilo y pudimos reponernos. Gael aprovechó para ver un par de películas y yo estuve leyendo para distraerme y no pensar demasiado en cómo les iba a decir a mis compañeros de trabajo que ya no volvería con ellos.

Iba a ser muy duro y lo iba a ser más tener que despedirme de mis niños, esos por los que tanto había luchado y que tanto me habían aportado a pesar de sus dificultades.

Por fortuna, y antes de que el vuelo se me empezara a hacer demasiado pesado, el avión aterrizó en el aeropuerto.

Una vez en la ciudad, Gael se mostró fascinando con todo lo que veía y eso no era de extrañar. La primera vez que uno llega a la Gran Manzana puede resultar muy apabullante, pero no sólo es eso..., mires donde mires, te sientes impresionado por los edificios, por su arquitectura, y también por la idiosincrasia de sus gentes. Todo en Nueva York es mágico, es como estar dentro de una película. No tiene nada que ofrecerte que no conozcas ya de antemano, pero *vivir* la ciudad en primera persona resulta una experiencia única que puede dejarte sin aliento los primeros días. Y la cara de Gael lo decía todo. Estaba disfrutando como un niño a cada metro que recorríamos.

Tardamos bastante en llegar a mi apartamento y, para cuando lo hicimos, ya se había hecho de noche.

Al meter la llave para abrir la puerta de mi casa, miles de recuerdos acudieron a mi mente, pero el más sobresaliente fue el de la noche en que Hugo me sacó en brazos de allí, para alejarme de Matt y todo el peligro que su presencia conllevaba.

Inmediatamente aparté ese recuerdo de mi cabeza. No había vuelto a Nueva York para mirar atrás, sino para dar un paso adelante y comenzar una nueva etapa en mi vida.

Encendí las luces y le cedí el paso a Gael. Le enseñé el apartamento,

acomodamos nuestras cosas y pedimos una pizza para cenar, porque obviamente no había nada en la nevera que estuviera en condiciones de ser ingerido.

—Brindo por nosotros y por nuestro primer viaje juntos.

Alcé mi copa y la choqué con la suya. Evidentemente Gael tenía muchas cosas que celebrar. Yo quizá también, pero seguía sin estar segura de nada.

Esa noche apenas pude dormir. Tenía tantas cosas en la cabeza, tantas emociones acumuladas, tantas dudas, que fui incapaz de conciliar el sueño. Además, me sentía extraña en mi propia casa. Después de casi un año sin vivir en ella y con todo lo que había cambiado mi vida, era como si todo hubiera sido un maldito sueño y de pronto estuviera visitando los escenarios en los que se hubiera desarrollado lo que más bien para mí había sido una terrible pesadilla.

Decidí levantarme para no seguir dándole vueltas a todas esas cosas y ocuparme en hacer algo que me mantuviera entretenida. Me preparé un café y me senté en el sofá del salón a planear qué ruta llevaríamos los siguientes días, para que nos diera tiempo a enseñarle a Gael lo más importante de la ciudad y a mí a dejar cerrados todos los asuntos que tenía en mente.

Lo primero sería hablar con el casero para avisarlo con el máximo tiempo posible de que ya no iba a seguir con el alquiler del apartamento. Después, recorreríamos los principales puntos turísticos de la ciudad, combinándolo con cenas y espectáculos y, un par de días antes de la boda, iría a mi trabajo para dar la noticia de mi marcha definitiva.

Teníamos previsto volver a España dos días después del enlace, así que aprovecharía esos últimos momentos para preparar la mudanza.

Casi sin darme cuenta había organizado nuestra estancia allí por completo y ya me sentía algo más tranquila, así que decidí acostarme de nuevo para ver si ya por fin era capaz de conciliar el sueño. Sin embargo, antes me acerqué a la ventana que tantas otras veces me había servido de escaparate al mundo. Desde ella podía divisar a lo lejos parte de Manhattan y por eso me

encantaba. Además, me daba una buena visión también de la calle donde se hallaba mi apartamento. Ésta se encontraba llena de establecimientos abiertos casi las veinticuatro horas. Algunos eran de comida, otros de ropa, también había locales para tomar copas. Gracias a todos ellos, mi vecindario tenía tanta vida que yo podía tirarme las horas muertas observando a la gente, sus idas, sus venidas, sus reacciones ante las cosas que les ocurrían. Eso era algo que me encantaba. Podía pasar muchísimo tiempo viendo transcurrir la vida de los demás. Lo echaría mucho de menos, sin duda, y más si de momento seguía viviendo con mi madre en su casa de la sierra, ya que allí nunca ocurría nada y el tráfico de coches y personas por la calle se reducía a las madres trayendo y llevando a los niños al cole y poco más.

Por el contrario, allí todo estaba rebotante de vida. Podía ver las mismas pandillas de jóvenes de siempre haciendo sus particulares fiestas en la calle, los mismos comerciantes en las puertas de sus establecimientos esperando la entrada de los clientes, los mismos trasnochadores de bar en bar con alguna copa de más y... ¡pero ¿qué demonios...?!

¡No me lo podía creer!

El mismo motorista, con su dichoso casco, observaba desde la calle mi ventana.

Hugo lo había hecho de nuevo. Volvía a controlar mis pasos desde la distancia. Pero ¿cómo sabía él que ya me encontraba en Nueva York?

¡Qué pregunta más tonta! Obviamente Hugo seguía controlándome por culpa de ese afán suyo de mantenerme protegida de sus fantasmas.

Quise llamarlo en ese mismo momento y explicarle que, para bien o para mal, ya no formaba parte de su vida y que, por tanto, lo que yo hiciera o dónde estuviera ya no era de su incumbencia, cosa que, además, había sido decisión suya... pero no tuve coraje. No sabía cómo iba a reaccionar él ante mi llamada y, lo que es peor aún, cómo lo haría yo. Porque el muro que había construido para olvidarme de lo que pasó no era lo suficientemente fuerte como para que él ya no me afectara, así que decidí dejarlo pasar, tragarme la

bilis y acostarme para ver si llegaba por fin un nuevo día en el que viera las cosas de una forma diferente.

El sol no tardó en colarse por la ventana del dormitorio y Gael despertó con una gran sonrisa en la cara. Sin duda su noche había sido bastante mejor que la mía.

—Buenos días, Álex —dijo al tiempo que daba un enérgico salto de la cama y se metía en el cuarto de baño—. ¿Dónde me va a llevar hoy la guía turística más guapa de la ciudad?

Gael, con esa vitalidad que lo caracterizaba, me había contagiado parte de su buen humor y había conseguido sacarme una sonrisa.

—Pues hoy descubriremos el alto Manhattan. Partiremos de Times Square hacia la Grand Central, después veremos el edificio Chrysler, luego ascenderemos por la Quinta Avenida hasta la capilla de Saint Paul y, para terminar la mañana, subiremos al Top of The Rock en el Rockefeller Center. Después de eso continuaremos hasta Central Park, donde comeremos sentados en la hierba, disfrutando de la naturaleza, y por la tarde visitaremos el Museo de Historia Natural. Espero que vengas preparado para caminar y, sobre todo, para disfrutar del espíritu neoyorkino.

—No lo dudes. Estoy deseando conocer esta ciudad contigo —dijo, atrayéndome hacia él y plantándome un dulce beso.

Gael era un cielo. Tenía suerte de haberme cruzado con él, después de todo.

Cuando salimos a la calle me sorprendió lo mucho que había cambiado la Gran Manzana en un año. Sin embargo, el ritmo y sus gentes seguían igual. Nueva York era tan dinámica y sorprendente para algunos como turbadora y caótica para otros. Si esta metrópoli se caracterizaba por algo era por la fuerza y la majestuosidad que transmitía, y más si te encontrabas a los pies de sus edificios más emblemáticos.

Gael disfrutó tanto que parecía un niño abriendo el mejor regalo de su vida. Preguntó por tantas cosas que ni siquiera yo conocía que me dio la

sensación de estar descubriendo también la ciudad por primera vez. Todo le interesaba, por todo sentía curiosidad, y eso era algo que me encantaba de él. Esa inquietud por saber más de todo era algo que poca gente tenía. Gracias a eso descubrí cosas sobre la Gran Manzana que ni yo, después de vivir allí tantos años, conocía.

Una vez que recorrimos todo lo que había previsto, volvimos a casa exhaustos de tanto andar... pero había merecido la pena. El simple hecho de ver la cara de felicidad de Gael ya hizo que ese día fuera especial. Lo único que empañó la jornada fue ser consciente de la presencia del motorista, que nos siguió a todas partes.

No quise que Gael se enterara y por eso no se lo dije, pero mi rabia fue en aumento conforme fue avanzando el día, ya que nuestro «guardaespalda particular» nos escoltó durante toda la jornada hasta que regresamos de nuevo a mi apartamento.

Otra vez estuve tentada de llamar a Hugo, pero me frené y me convencí a mí misma de que no sería buena idea y de que él lo único que quería era protegerme, así que, definitivamente, lo dejé pasar.

El resto de los días fueron igual de agotadores que el primero, pero también igual de interesantes. Con Gael descubrí tantas cosas nuevas de la ciudad que me pareció de nuevo estar visitándola por primera vez como lo hacía él. Consiguió que la viera con otros ojos y eso hizo que disfrutara muchísimo.

Dos días antes de la boda fui al que hasta hacía un año había sido mi lugar de trabajo. Mis compañeros me recibieron con muchísima alegría, a pesar de que sabían cuáles eran mis razones para estar allí.

Gael me acompañó. Me hacía falta en esos momentos que sabía que se me iban a hacer muy cuesta arriba. Le enseñé las instalaciones, conoció al personal y estuvo viendo de primera mano cómo realizábamos allí nuestra labor. Los tratamientos con los niños eran parecidos a los que se hacían en Madrid, pero los recursos eran mayores, por lo que nuestro trabajo, y sobre

todo nuestros resultados, se veían recompensados en los avances que experimentaban los chicos.

Gael se dedicó a recoger mucha información que pensó que le sería de gran utilidad, mientras yo me reuní con mis compañeros para despedirme.

—Álex, te vamos a echar muchísimo de menos. ¿Qué vamos a hacer sin ti? —Raquel estaba realmente afligida.

Yo la había contratado en su día y la mayor parte de las cosas que había aprendido allí habían sido gracias a mí, por lo que siempre me estaría eternamente agradecida, según me dijo.

—Pues lo que vais a hacer sin mí es lo mismo que habéis hecho hasta ahora, que es trabajar tan bien como habéis demostrado —les dije a mis compañeros—. Os tengo que felicitar por haber sabido sacar el centro adelante, mientras yo no estaba, con la calidad y el buen hacer con que lo habéis hecho. Enhorabuena a todos.

Las palabras que me dedicaron ellos a mí a continuación hicieron que se me saltaran las lágrimas. Iba a echarlos muchísimo de menos. Sin embargo, cuando volvíamos a mi apartamento, Gael me recordó la labor tan importante que me esperaba por hacer en Madrid y eso me animó. Conocía la precariedad del centro y sus grandes carencias, por lo que mi trabajo resultaría muy reconfortante siempre y cuando lograra mejorar la calidad de las instalaciones y de los tratamientos. Todo un gran reto por delante para mí.

Al día siguiente ya no pudimos hacer turismo, puesto que tuvimos que asistir al ensayo general del enlace. Realmente ya estaba todo preparado y perfectamente controlado. Sammy había contratado a la mejor organizadora de bodas de la ciudad, por lo que nada podía salir mal. Sin embargo, mi amiga estaba de los nervios.

Por mi parte, me encontraba de muy mal humor. Era como si todos los días anteriores me hubiera olvidado del casamiento para poder disfrutar de todo lo demás. Sin embargo, estar en el ensayo y no saber en qué momento me iba a cruzar con Hugo había provocado que mi humor cambiara.

A Gael no le pasó desapercibido aquel cambio en mi estado de ánimo, pero no me preguntó. Simplemente intentó estar más pendiente de mí y hacer que las cosas me resultaran más sencillas. Otro punto a favor de Gael, quien, sin ni siquiera haberme dado cuenta, comenzaba a ser un pilar bastante importante en mi vida.

Por suerte para mí, Hugo no apareció en todo el día. No obstante, eso mismo me cabreó sobremanera, porque, aunque prefería no tener que cruzarme con él, el hecho de que no viniera al ensayo fue motivo suficiente como para que Sammy se pusiera más nerviosa todavía. Lo habíamos estado esperando, pues, al igual que yo, él tenía que decir unas palabras a los novios durante la ceremonia, pero simplemente no apareció.

Lo único que esperaba, por el bien de Sammy y Piero, era que sí hiciera acto de presencia al día siguiente.

Por fin llegó el día del enlace. Lo primero que hice nada más levantarme fue llamar a Sammy para ver cómo se encontraba y si necesitaba algo de última hora.

—Dos hostias, eso es lo que necesito. ¿Quién me mandaría a mí decirle que sí a Piero? Pero ¿en qué estaba yo pensando cuando acepté celebrar una boda?... ¡Una boda! ¡Yo, que odio ser el centro de atención! ¿Estaría muy feo anularla a estas alturas?

—Sammy, deja de decir chorradas ya de una vez. Voy enseguida para allá, no vaya a ser que hagas algo de lo que luego puedas arrepentirte.

Colgué el teléfono, me duché, cogí todas mis cosas y me despedí de Gael.

—Sammy está muy nerviosa, así que me voy con ella, no vaya a hacer alguna tontería. Lo siento, cariño. Tendrás que pasar la mañana solo. Te he mandado la dirección de la iglesia al móvil. Sólo tienes que enseñársela al taxista y te llevará hasta allí sin problemas. La ceremonia comienza a las seis de la tarde. Intenta ser puntual, ¿de acuerdo?

—Sí, sí, descuida. Esta mañana la aprovecharé para darme una vuelta por aquí y conocer el barrio; luego comeré en cualquier sitio y sobre las cinco y

media estaré en la iglesia. No te preocupes por mí. Ya me apaño solo. Vete con Sammy.

Me quedé mirándolo. Gael era siempre muy comprensivo conmigo y todo lo que le decía o pedía siempre le parecía bien.

—Te lo compensaré, ¿de acuerdo?

—Vale... —me dijo con tono lascivo, atrayéndome hacia él—... Me voy a dedicar todo el día a pensar en cómo quiero que me lo compenses.

Le sonreí y, con las mismas, me desembaracé de él, antes de que quisiera pedirme su compensación antes de irme siquiera.

Cuando llegué a casa de Sammy, su madre me abrió la puerta con cara de circunstancias.

—Menos mal que has venido. Mi hija está ahora mismo diciendo que no se casa y yo ya no sé qué decirle. Su padre ha intentado razonar con ella, pero nada, y a Piero no queremos contárselo para no preocuparlo. Intenta hablar tú con ella y hacerla entrar en razón, por favor, porque yo ya estoy a punto de cogerla y estamparla contra la pared.

—Vale, veré lo que puedo hacer, pero estate tranquila. Sé lo que siente por Piero y estoy convencida de que no son más que los nervios típicos. Nada que una buena amiga no pueda solucionar.

Oí a su madre suspirar mientras me perdía por el pasillo camino de la habitación de Sammy.

—¿Se puede? —pregunté al tiempo que abría la puerta.

—¿Para qué demonios preguntas, si ya has entrado?

La escena era desconcertante, cuanto menos. Sammy tenía un aspecto bastante preocupante y la habitación parecía una leonera. Todo en sí distaba mucho de parecer el dormitorio de una novia que se va a casar en unas pocas horas.

—¿Me quieres explicar qué es todo esto y qué leches te pasa?! Tienes a tu familia al borde de un ataque de nervios.

—¡Ya, claro, pobrecitos!

—¡Sammy!

—¿Qué?! —me espetó muy secamente.

—Vale, a ver... —Respiré hondo para intentar relajarme y no contagiarme del mal rollo que ella transmitía—. Cuéntame qué es lo que te pasa.

—No me pasa nada.

—Ya, por eso estás de tan buen humor... —le contesté irónicamente—. ¡Sammy, les acabas de decir a tus padres que quieres anular la boda! Evidentemente algo no va bien y quiero saber qué es.

La cogí de la mano para que dejara de sacar ropa como una loca del armario e hice que me mirara a la cara.

—Ven, vamos a sentarnos y me cuentas qué te ocurre.

La había sacado del trance en el que me la había encontrado y me miraba con los ojos llenos de lágrimas. Nos sentamos en la cama.

—Álex, tengo mucho miedo. No quiero... No quiero casarme así...

—¿Así?, ¿cómo? —le pregunté intrigada.

—Con este miedo y estas dudas.

—A ver, vamos por partes para que pueda entenderte, ¿de acuerdo?

Sammy asintió temblorosa.

—Primero explícame cuáles son tus dudas.

—Pues... pues... —Yo la miraba expectante, a la espera de su explicación—. ¿Y si no sale bien? ¿Y si Piero no es el hombre de mi vida? ¿Y si me arrepiento después?

—Sammy, si te arrepientes después porque te has dado cuenta de que Piero no es el hombre de tu vida y la cosa no sale bien, te divorcias y listo. Hombres como Piero hay miles en la calle.

—Sí, claro... Encontrar a alguien como Piero no es fácil, ¿sabes?

—Ah, ¿no? ¿Y por qué?

—Pues porque Piero lo tiene todo, Álex... Es tierno, dulce, siempre está pendiente de mí y siempre me hace reír. Con él soy muy feliz. Todo eso por

no decirte, además, lo bien que me hace sentir en la cama. No encontraría otro como él ni en un millón de años...

Miré a Sammy con una sonrisa de oreja a oreja. Había caído en mi trampa y ella solita había sabido disipar todas sus dudas respecto a Piero.

—Vale, y ahora que las dudas están aclaradas y tenemos la certeza absoluta de que Piero es el hombre de tu vida, ¿qué otras cosas te preocupan?

Sammy, más tranquila por fin, meditó unos instantes lo que me iba a decir a continuación.

—Tengo miedo a fracasar. Tengo miedo a no saber ser una buena esposa y que Piero quiera dejarme. ¡Soy una incompetente en lo que a labores domésticas se refiere, Álex!

No salía de mi asombro. Era increíble cómo los miedos estaban haciendo sentir tan insegura a Sammy.

—Pero ¿tú con quién crees que quiere casarse Piero, con la señora de la limpieza o con una mujer preciosa que lo haga sonreír y lo haga feliz a diario?

La cara de Sammy lo decía todo. Le acababa de desmontar todas las elucubraciones que le habían llevado al estado en el que se encontraba.

Suspiró con gran alivio, me sonrió y después se abalanzó a abrazarme entre sollozos.

En ese instante su madre entró en la estancia y, al ver la escena, con Sammy abrazada a mí y llorando, se temió lo peor.

—¡Ay, Dios mío! Sammy... hija... ¡Qué disgusto tan grande!

—Tranquila, mamá, que sí que te vas a librar de mí. —Sammy se separó y miró a su madre con una gran sonrisa—. He hablado con Álex y ya estoy más tranquila. Dile a papá que no se preocupe y que todo sigue adelante.

La cara de Sammy era por fin de absoluta felicidad. Había comprendido que sus miedos eran totalmente irracionales y que nada en este mundo la podía hacer más feliz que casarse con Piero. Entonces sí que tenía cara de novia. La cara de la novia más radiante del universo.

Cuando salí de su dormitorio para que su madre y sus tías la ayudaran a vestirse, me sentí terriblemente asustada. Todos los miedos que había sentido Sammy sobre si Piero sería el amor de su vida eran comparables a las dudas que yo sentía con Gael. Tenía pánico a pensar lo mismo que ella el día de mi boda cuando ésta llegara y sentir esa incertidumbre de si estaría haciendo lo correcto con el hombre adecuado.

Aparté rápidamente esos pensamientos de mi mente. Sólo el tiempo me daría la respuesta a todo eso y no quería amargarme en el día más feliz de mi mejor amiga.

A las cinco hablé con Gael y me confirmó que ya estaba de camino. Sin embargo, me preocupaba la cantidad de tráfico que nosotros nos estábamos encontrando. Por lo visto había habido una amenaza de atentado y habían cortado el acceso a bastantes calles, lo que había propiciado un atasco monumental en todo el centro de Manhattan.

A las seis menos cuarto conseguimos llegar a la iglesia, en la que ya se encontraban la mayor parte de los invitados y el novio. Nosotros nos fuimos directos a la sacristía, donde la novia tenía que esperar a que llegara la hora para salir del brazo de su padre y hacer el recorrido, por el pasillo central de la iglesia, hasta el altar donde estaría esperándola Piero.

Con Sammy ya más tranquila y todo lo demás controlado, decidí ir a la puerta de la iglesia a llamar a Gael. Aún no había llegado y me preocupaba que no lo hiciera a tiempo.

—Dice el taxista que con el tráfico que hay aún tardaremos unos quince o veinte minutos.

—¡Madre mía, Gael! Vas a llegar tarde.

—Lo sé, pero no puedo hacer otra cosa. Yo no tengo ni idea de dónde es, así que no me queda otra que confiar en este hombre y en que lleguemos lo más pronto posible.

Suspiré. Sabía que en cualquier momento me cruzaría con Hugo y no quería hacerlo sin tener a Gael a mi lado. Los padres de Sammy me habían

confirmado que ese día sí había aparecido y que ya se encontraba en la iglesia, acompañando a su primo.

Decidí entrar de nuevo, así que me giré, pero tropecé con alguien que se encontraba a mis espaldas, muy pegado a mí y del cual, obviamente, no había sido consciente hasta ese mismo instante.

Hugo.

Capítulo 39

Su inconfundible olor, junto con la firmeza de su torso, sus suaves manos posadas sobre mi espalda y su intensa mirada, me devolvieron a un tiempo pasado. De nuevo había evitado que me cayera escaleras abajo, sujetándome con fuerza.

Otra vez me encontraba entre sus brazos, arropada por ellos, protegida y segura entre ellos. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y el calor acudió a mis mejillas.

Sensaciones dulces, cálidas, urgentes... me embargaron y me transportaron a una época pretérita que había intentado, en ese instante sabía que sin éxito, relegar para siempre.

Olvidé por completo dónde me encontraba. Me perdí en sus verdes ojos, en su intensa mirada, en sus jugosos labios que me atraían como un imán.

Sentí su mano ascender por mi espalda, acariciar mi pelo, subir después por mi cuello y llegar hasta mi mejilla. Respondí a su tacto. Quise sentir su mano en mi cara, en mis labios, en todo mi ser. No pensé. Simplemente me dejé llevar por aquello que tanto tiempo había echado de menos y que, sin embargo, había tenido que prohibirme para poder sobrevivir.

Nuestras miradas se perdían la una en la otra para concurrir en otro lugar, uno en el que nada importaba, uno en el que sólo existíamos él y yo; uno del que nunca querría volver.

Sin embargo, la marcha nupcial había comenzado a sonar y nos devolvía a la realidad, donde nos encontrábamos.

—¡Álex!

La voz de una tía de Sammy hizo que ambos nos separásemos rápidamente.

—Voy... —contesté en un susurro... pero aún seguía perdida en sus ojos.

Hugo agachó la cabeza y yo, aunque titubeante, inicié mi marcha.

—¡Joder! —oí exclamar a Hugo cuando me alejé unos pasos.

Momentos después, el enlace dio comienzo, pero fui incapaz de escuchar dos palabras seguidas. Tantos recuerdos, tantos sentimientos, tantas emociones encontradas me impedían prestar atención a nada.

¿Cómo había podido enterrar tantos sentimientos?!, sentimientos tan intensos... ¿Cómo había sido capaz de conseguirlo?! Ahora todos habían aflorado de nuevo.

De todos los encuentros que había imaginado que podría tener con Hugo, ninguno se parecía ni remotamente al que habíamos tenido. Jamás pensé que todo volvería a surgir de esa manera entre nosotros; como la primera vez, con la misma intensidad y con la misma vehemencia de entonces. Jamás imaginé que todos mis sentimientos volverían a mi corazón con tanto ímpetu y tanta fuerza.

Me encontraba perdida. No obstante, la ceremonia, con sus figurantes, obviamente ajenos a mi estado, continuaron adelante con su puesta en escena.

Hugo entró en la iglesia y se sentó al otro lado, donde le habían indicado que tenía que hacerlo según el protocolo. Gael entró a continuación y se sentó junto a mí.

La situación no podía ser más tensa para mí. Gael fue consciente de cómo me encontraba, pero probablemente lo achacó al contratiempo que había hecho que él llegara tarde. Me cogió la mano, me la besó y me sonrió cariñosamente.

—Tranquila. Ya estoy aquí.

Mi mirada se cruzó entonces con la de Hugo, que nos había estado observando. Su impertérrito rostro me desestabilizó todavía más. Si hubiese mostrado algún sentimiento, hubiera sido más fácil para mí, pero no saber

qué pasaba por su cabeza en esos instantes era algo que terminaba de desquiciarme por completo.

Para cuando llegó el momento de leer nuestros deseos dedicados a los novios y a la nueva vida que comenzaban juntos, ya me había tranquilizado lo suficiente, así que subí al altar junto a Hugo.

Sammy y Piero no nos quitaron la mirada de encima, temiendo que el reencuentro pudiera acabar mal, pero ambos fuimos lo suficientemente cabales como para no salir corriendo de allí.

Primero leí yo y después lo hizo él. Su discurso hizo referencia, sobre todo, a cómo se conocieron los novios, a cómo el destino puso a Sammy en el camino de Piero y a cómo, a pesar de las dificultades surgidas entre ellos, habían sabido continuar adelante. El mensaje, a pesar de ir dirigido a los novios, parecía esconder algo más. El énfasis de sus palabras, y la convicción con que las pronunció, caló hondo en los asistentes, que le prestaron especial atención. También hizo hincapié en cómo Piero había sabido considerar a Sammy su prioridad en la vida, anteponiéndola a todo lo demás, y la envidia que eso le producía por la gran determinación y la valentía que suponía. Luego continuó leyendo unas palabras que rápidamente reconocí. Pertenecían a una canción..., aquella que él me tradujo la noche que me preparó un *risotto* de madrugada en su yate y que hablaba de un ángel, con cuerpo de mujer, que había venido a poner la vida de aquel hombre patas arriba, recordándole lo bello e importante que era el amor.

El silencio sepulcral que siguió a sus palabras fue abrumador. Todo el mundo había dejado de hablar para atender a las palabras de Hugo.

—Piero... —terminó por decir—, aprende de los errores de los demás y nunca dejes escapar a Sammy, el ángel que el destino puso en tu camino.

Fui consciente en ese momento de que todos los asistentes a la boda se habían quedado en completo silencio, conteniendo el aliento ante las intensas palabras de Hugo, que además había pronunciado mirándome fijamente, mientras una lágrima rodaba descontrolada por mi mejilla.

Instintivamente miré a Sammy, que me hizo un gesto indicándome que echara un vistazo a Gael. Obviamente él no sabía qué estaba sucediendo, pero, al igual que el resto de los invitados, intuía que algo sucedía debido a la intensidad en las palabras de Hugo y a cómo había reaccionado yo ante ellas.

Quise simular que no pasaba nada y para ello me acerqué a Hugo, le quité el micrófono e intenté darle la vuelta a la situación.

—Gracias, Hugo, por tus palabras —dije aparentando una total indiferencia—. Sin duda has dejado a más de uno sin aliento mostrando el evidente cariño que sientes por los novios. A todos nos encantaría algún día encontrar a una persona que supusiera para nosotros lo que Piero supone para Sammy y viceversa. Por todo ello, pido un aplauso para la nueva pareja... ¡Viva los novios! —terminé de decir gritando, muy metida en mi papel.

La mitad de los invitados me miraron como si me hubiera fumado algo por mi repentino y exacerbado entusiasmo, pero gracias a eso conseguí desviar la atención de todos y que el discurso de Hugo pasara a un segundo plano.

Cuando bajé del altar y me reuní con Gael, éste me miró de una forma extraña, pero no tuvo tiempo de decirme nada, ya que enseguida se acercaron los novios para que nos hiciéramos las pertinentes fotos con ellos.

En prácticamente todas me tuve que poner yo, ya que Sammy me consideraba una más de su familia. Hugo también tuvo que hacerse varias y en muchas de ellas tuvimos que posar juntos. La tensión entre ambos se podía cortar con un cuchillo y Sammy decidió que ya era suficiente sacrificio para mí, así que me dio vía libre para que me fuera con Gael.

—¿Tienes algo que contarme, Álex?

Obviamente Gael se había dado cuenta de que algo pasaba.

No sabía qué hacer, si contarle la verdad o mentirle sobre quién era Hugo. Me decanté por la primera opción, porque no quería mentiras entre nosotros. Si él no me hubiera sacado el tema, probablemente jamás le hubiera dicho nada, pero después de su pregunta no me quedaba más remedio que explicarle quién era Hugo en realidad.

—Gael, cuando tú y yo nos conocimos, yo no atravesaba por mi mejor momento, ¿te acuerdas?

—Sí... —asintió con la cabeza—... acababa de dejarte el gilipollas ese del que me hablaste, que no supo apreciar lo que tenía a su lado.

—Ya, bueno, pues el gilipollas ese es Hugo, el hombre que hoy ha leído junto a mí en la iglesia.

—¿Qué? ¿Y qué coño hace él aquí?

—Es el primo de Piero y obviamente tiene tanto derecho o más que yo a estar en esta boda.

—¡Joder, Álex! ¿Y me lo dices ahora? ¿Por qué no me lo has contado antes? ¿Por qué no me has dicho que nos encontraríamos con él?

—No quería preocuparte. Él... —carraspeé—... él ya no es importante para mí.

Gael me observó atentamente y eso me puso muy nerviosa. Siempre había sabido apreciar cuándo algo me tensaba y era evidente que iba a encontrar que ese tema lo hacía sobremanera.

—Álex, ¿puedo confiar en tu palabra? ¿De verdad puedes decirme que ya no sientes nada por él?

Gael esperaba mi respuesta vigilándome con suma atención.

Bajé la mirada y le aseguré que podía estar tranquilo, que Hugo era agua pasada y que ya sólo tenía ojos para él.

No sé si realmente creyó lo que le contesté o si, por el contrario, no lo hizo, pero simplemente me cogió de la mano, me besó en la frente y me dijo, con aparente tranquilidad, que se nos hacía tarde para llegar al lugar donde cenaríamos junto con los novios y los demás asistentes al enlace.

El salón de celebraciones se encontraba en el piso cuarenta y dos de un emblemático hotel de Manhattan. Sammy lo había elegido porque las vistas de la Gran Manzana desde allí eran espectaculares.

Cuando llegamos ya estaba casi todo el mundo acomodado en sus respectivos sitios. A nosotros nos habían colocado en una mesa con la familia

de Sammy, lejos de la familia de Piero y, por tanto, lejos de la mesa donde se hallaba Hugo. Eso me alivió bastante. No quería tener que lidiar más con él en lo que quedaba de noche. Además, el hecho de que Gael supiera ya quién era él hacía que me sintiera más incómoda aún. Por tanto, cuanto más alejado estuviera, mejor para todos.

Con una romántica canción, que sin duda habían elegido magistralmente para ese momento concreto, anunciaron la llegada de los novios. Sin embargo, pasaron los segundos y allí no apareció nadie. Me temí lo peor y decidí salir fuera para ver qué ocurría.

Al cruzar la puerta de entrada al salón de celebraciones, me encontré con la pareja. Estaban saliendo del ascensor y todo parecía normal, hasta que me di cuenta de la cara desencajada de la novia.

—Sammy, ¿qué te pasa? ¿Por qué no habéis entrado ya?

—Piero, cariño... ¿se lo cuentas tú antes de que yo me ponga a gritar como una histérica y no atine a explicarle nada? —contestó mi amiga con algo de ironía y mucho cabreo en su tono de voz.

Dirigí la mirada hacia Piero, que cerró los ojos, suspiró y comenzó a hablar.

—Verás, Álex... Al salir del ascensor, Sammy ha tenido la mala pata...

—¡Mira!, nunca mejor dicho, ¡¿verdad, cariño?! —soltó entonces ésta con sarcasmo, al mismo tiempo que lo miró como si quisiera arrancarle la cabeza de cuajo.

—Vale, quizá no ha sido la expresión más acertada... El caso es que el tacón de uno de los zapatos...

—Que, os recuerdo, ¡son unos Manolos! —apuntó la novia para enfatizar la gravedad del asunto.

Piero continuó hablando.

—El caso es que el tacón, no sabemos cómo, se ha metido en la ranura del suelo por donde se deslizan las puertas del ascensor y lo malo es que,

además, el vestido se ha quedado enganchado también a dicho tacón, por lo que...

—¡Venga ya, Sammy, no me lo puedo creer! —No pude evitar reírme mientras la miraba.

—¡¿Ves como era mejor que no lo supiera nadie?! —le gritó Sammy a Piero.

—¡¿Pues para qué me dices que se lo cuente?! —protestó él.

—Joder, Sammy, lo tuyo con los vestidos es como para escribir un libro —intervine sin parar de reírme.

Sin embargo, la mirada que me echó hizo que se me cortara la risa de golpe.

—Vale, veamos cómo solucionarlo —dije poniéndome seria.

—Ya he intentado yo sacar el tacón de la ranura, pero no sale —me explicó Piero—. Y si Sammy echa a andar tirando de él, es muy probable que no sólo se quede el tacón ahí metido, sino que también se le rasgue el vestido, rompiéndose entero.

Sammy nos miraba con la cara descompuesta.

—¡No me puedo creer que me esté pasando esto el día de mi boda, joder!

Yo tampoco me lo podía creer.

—Vale, voy a echar un vistazo, a ver si se me ocurre algo —les dije mientras me agachaba y me metía debajo del vestido, perdiéndome entre tanta tela—. Sammy, súbete la falda, que me voy a ahogar aquí debajo y, Piero, alúmbrame con el móvil, que no veo nada.

La escena tuvo que ser la leche.

La novia sujetando el vestido en alto y enseñando las medias, el ligero y el resto de ropa interior. Yo, de rodillas delante de ella, con la cabeza a la altura de su entrepierna y haciendo gestos raros acompañados de gemidos debido al esfuerzo de intentar sacar el dichoso tacón. Y, como remate final, el novio alumbrándonos con su móvil y observando atentamente todo lo que hacíamos. Aquello parecía más la escena de una película porno que otra cosa,

y eso debió de pensar el adolescente que se puso a grabarlo todo con su móvil.

Cuando nos dimos cuenta, Sammy se quería morir. Piero echó a correr detrás del quinceañero para intentar que no subiera el vídeo a las redes sociales y yo me quedé escondida debajo de toda la tela del vestido de novia, ya que Sammy lo había soltado para que no la grabaran más en ropa interior.

Todo el mundo, con el jaleo que habíamos armado, salió a ver qué ocurría.

—Sammy, ¿qué pasa? ¿Dónde están Piero y Álex? —le preguntó su madre con preocupación.

—Estoy aquí —dije mientras salía de debajo del vestido, ante la incrédula mirada de todos.

Las explicaciones que dimos no hicieron más que hacer reír a los presentes y que el cabreo de Sammy aumentara más todavía.

Después de treinta minutos, dos ingenieros, tres bomberos y la fantástica idea de un niño de cortar el tacón con una sierra, la novia consiguió entrar en el salón de celebraciones con un tacón más alto que el otro, pero feliz de poder, por fin, celebrar el convite.

El resto de la velada, por suerte para los recién casados, transcurrió sin ningún incidente más. Por fin Sammy pudo respirar tranquila y disfrutar de su fiesta.

A la hora de bailar el vals, nos pidieron que no los dejásemos solos, pues les daba mucha vergüenza eso de que todo el mundo los mirase, así que, una vez que lo hubieron iniciado, Gael y yo nos acercamos a la pista y nos pusimos a bailar a su lado.

Con lo que yo no contaba era con que a Hugo también le hubieran pedido lo mismo.

Además, obviamente él no había acudido solo a la celebración. Otra Miss Melones lo acompañaba y lo manoseaba siempre que podía. Eso no era nuevo para mí, así que me aferré todo lo que pude al cuello de Gael, apoyé mi cabeza sobre su hombro y cerré los ojos para no verlo.

Cuando terminó el vals, decidí que eso sería todo lo que íbamos a bailar aquella noche. No quería seguir martirizándome con la presencia de Hugo y su dichosa modelo de pasarela.

Dos horas después, y cansado de estar tanto tiempo sentado, Gael me dijo que se iba al baño, así que me quedé sola en la mesa.

Sammy se acercó y me preguntó cómo lo estaba pasando. Obviamente le mentí.

—Genial. No hemos parado de bailar en toda la noche.

—¿Ah, sí? Pues no os he visto.

—¡Como para vernos, con la que llevas encima! —le dije a modo de excusa.

—Es verdad... Voy un poco borracha, pero es mi noche, así que me importa una mierda todo. Por cierto, los amigos de Gael están tocando genial y están gustando mucho a todos los invitados.

—Me alegro mucho por ellos y por ti también. Te veo pletórica y no sabes lo feliz que eso me hace, Sammy —le dije emocionada.

—Álex, no me digas esas cosas que me vas a hacer llorar y no quiero que se me estropee el maquillaje, que con que se me haya estropeado el tacón de uno de mis Manolos ya he tenido suficientes desastres por hoy. —La cara de Sammy cambió entonces de expresión para dar paso a una más preocupada—. Oye, por cierto... ¿cómo te encuentras? Con todo el lío de la boda no hemos podido hablar tranquilamente.

Sammy me miraba buscando una respuesta en la cara.

Le volví a mentir. No quería amargarle su día e hice de tripas corazón para esconder mis sentimientos.

—Estoy genial. Me encuentro muy a gusto con Gael. Estamos en una etapa muy buena y ya he dejado atrás el pasado, así que ahora me dedico a disfrutar del presente. —Terminé de decir esto con una sonrisa totalmente falsa e intentando convencerme a mí misma de que realmente eran así las cosas.

Sammy se me quedó mirando fijamente, pero creo que fue más porque me veía doble que porque no se hubiera tragado mi explicación.

Por suerte para mí y antes de que Sammy quisiera seguir indagando más cosas, alguien vino a buscarla. Querían presentarle a una tía lejana de Piero, así que se marchó, dejándome sola de nuevo.

Estuve esperando a Gael un buen rato más sin moverme de allí, observando cómo todo quisqui disfrutaba de la fiesta. La gente joven bailaba dándolo todo en la pista, la gente mayor charlaba animadamente y los niños hacían de las suyas como era de esperar. Piero reía con sus amigos y Sammy iba de un lado a otro, bailando como una posesa y hablando con todo el que se cruzaba.

Y yo... yo seguía esperando a Gael y pensando en que todo aquello no me parecía más que una terrible pesadilla de la que estaba deseando despertarme.

El día había sido estresante ya de por sí con todo el jaleo de la boda, pero mi encuentro con Hugo en la escalinata de la iglesia y sus palabras de después, supuestamente dirigidas a los novios, habían hecho tambalearse mi mundo de nuevo. Muchas emociones encontradas habían aflorado otra vez en mí. Dulces vivencias, convertidas entonces en amargos recuerdos, me invadían, devolviéndome a momentos pasados que ese día teñían de gris mi presente.

Pero no podía dejarme caer de nuevo. Tenía que ser fuerte y recordar todo lo que había sufrido para llegar hasta donde entonces estaba. Tenía a Gael en mi vida y no debía pensar en otra cosa. Con él era bastante feliz y eso era lo único que debía importarme, así que decidí ir a buscarlo para decirle que nos íbamos. No quería permanecer ni un minuto más allí.

Fui directa al baño de caballeros, pero, antes de llegar a tocar en la puerta, oí unas voces que salían de dentro. Enseguida reconocí de quién se trataba.

Eran Hugo y Gael, y estaban peleándose.

Capítulo 40

—Tú no eres quién para decirme lo que debo o no debo hacer. —Gael gritaba fuera de sí.

—¡Eres un hijo de puta y como no te alejes de ella te juro que...!

Entré en el cuarto de baño en ese instante.

—¡Pero ¿cómo te atreves a hacerme esto?! —me dirigí hacia Hugo hecha una furia—. ¿Acaso has perdido la cabeza por completo?

No me podía creer lo que estaba sucediendo.

—¡Gael, lárgate! Tengo que hablar con Alexandra —bramó Hugo mientras me miraba a mí fijamente.

—Pero ¿tú quién te has creído que eres para darnos órdenes? —No salía de mi asombro, y mi irritación estaba empezando a convertirse en auténtica ira.

Hugo dirigió una feroz mirada a Gael, que por alguna extraña razón decidió irse de allí.

—Gael, no te vayas. No tengo nada que hablar con él —le dije, haciendo frente a Hugo.

—Álex... —Gael se acercó a mí y, algo más tranquilo, me dio un beso en la frente—... creo que es necesario que vosotros dos habléis y solucionéis las cosas de una vez para que tú yo podamos continuar con lo nuestro.

—¡Y una mierda vais a continuar con lo vuestro! —vociferó Hugo amenazador, señalándolo con el dedo.

—¡Eso tendré que decidirlo yo, ¿no crees, Hugo?! —le respondí totalmente exasperada.

—Álex, habla con él. Yo prefiero esperarte fuera.

Y, sin más, salió por la puerta. No daba crédito a toda la situación e intenté seguirlo, pero Hugo se parapetó delante de mí para asegurarse de que no me iba detrás de Gael.

—Déjame salir, Hugo.

—No, hasta que no hablemos.

—Hugo, no te lo voy a repetir dos veces. Déjame irme.

—¿Por qué coño sales con él? ¡No me lo puedo creer, joder! —Soltó esto último susurrando, mientras se pellizcaba el puente de la nariz y negaba con la cabeza.

Intenté tranquilizarme para no comenzar a pegar gritos y que todo el mundo se enterara. Lo último que quería era dar el espectáculo en la boda de Sammy.

—Mira, Hugo... —respiré hondo, intentando calmarme, aunque no lo conseguí demasiado—..., con quién yo salga hace mucho tiempo que dejó de ser asunto tuyo. Tú tomaste una decisión y yo tuve que aceptarla, así que ahora no me vengas a montar el numerito porque esté con otra persona. Ésas son las consecuencias de dejar a alguien, ¿sabes? Y si ahora te molesta que haya rehecho mi vida, haberlo pensado antes.

Estaba dispuesta a seguir hablando, pero no me dejó continuar.

—Mírame a los ojos, Alexandra... —me pidió acercándose demasiado a mí.

Me temblaba todo el cuerpo. Me sentía tan vulnerable ante él que me daba mucha rabia no poder hacer lo que mi mente me decía que hiciera: escapar.

—Mírame a los ojos, por favor... —me pidió, esta vez levantándose la cara con sus manos para que lo mirara—... Dime que lo quieres, dime que estás completamente enamorada de él, y entonces te dejaré ir.

No supe qué decir, así que me mantuve en silencio. Intenté bajar la cabeza y apartarle la mirada, pero Hugo no me lo permitió.

Me sentí incapaz de afirmarle algo que no era cierto, pero tampoco quise

revelarle la auténtica realidad. Aún no lo había olvidado. Aún seguía muy presente en mi corazón y volverlo a ver y estar tan cerca de él había hecho que resurgieran en mí emociones y sentimientos casi olvidados, pero que obviamente seguían estando ahí.

—Alexandra...

Sus labios se acercaron peligrosamente a los míos.

—¿Y si te respondiera que no, Hugo? Si te dijera que no estoy enamorada de él, ¿qué pasaría entonces? Dime.

No me contestó. Supongo que mi pregunta lo pilló por sorpresa y fue incapaz de responderme. Simplemente bajó la mirada y se separó de mí, soltándome y confirmándome una vez más que yo no tenía cabida en su vida.

Ahí estaba de nuevo la abrumadora realidad existente entre nosotros.

—Esto es increíble, Hugo. Eres un auténtico egoísta —le grité llorando—. No te quiero volver a ver nunca más en mi vida, ¿me has oído? Nunca.

Hugo pasó a mi lado como una exhalación y salió por la puerta. Desapareció y esa vez sería para siempre.

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien, Álex? —Gael acababa de entrar.

Asentí con la cabeza y después le pedí que me sacara de allí.

Una lágrima de rabia quiso rodar por mi mejilla, pero no se lo permití. La intercepté antes de que Gael la descubriera.

En poco tiempo y haciendo de tripas corazón, me despedí de los novios y sus familias. Entonces pusimos rumbo al que sería mi apartamento únicamente por unas horas más.

—¿Necesitas algo? ¿Quieres que hablemos, Álex?

Gael intentó mirarme directamente a los ojos, pero le rehuí la mirada. No quise que viera cuál era mi estado de ánimo real. Simplemente le dije que no había nada de que hablar y que todo seguiría como hasta entonces, ya que nada había cambiado para nosotros dos.

Lo oí suspirar de alivio. Gael me había creído.

El día siguiente fue uno de los peores de mi vida. No sólo me estaban

pasando factura los sentimientos que todavía albergaba por Hugo, sino que, además, estaba poniendo punto y final a una etapa muy importante de mi vida. Dejaba mi apartamento, mi trabajo, mis amigos y abandonaba Nueva York para siempre.

La vuelta en el avión se convirtió en una auténtica tormenta emocional para mí. Tenía que lidiar con los sentimientos resurgidos con relación a Hugo y los que albergaba por Gael, que había actuado como un auténtico caballero conmigo, dejándome espacio y tiempo para recomponerme. Había sido muy comprensivo, más incluso de lo que cabría esperar en su situación. Se había portado como un auténtico cielo, así que le prometí que, una vez que llegásemos a Madrid, toda mi vida anterior se quedaría en Nueva York. Para siempre.

En el aeropuerto nos estaban esperando *Cocker* y mi madre, que nada más verme intuyó que algo había ocurrido. Sin embargo, su carácter prudente le hizo esperarse hasta que estuvimos a solas. Cuando eso sucedió, comenzó el temible interrogatorio.

—Bueno... ¿y qué tal todo por allí?, ¿cómo han ido las cosas? —Mi madre me miraba escrutando mi cara en busca de algún gesto que le indicara cómo me sentía en realidad—. ¿Qué tal la boda? —terminó por decir con cierto temor.

—Bien todo, mamá.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que me vas a contar?

Suspiré resignada, sabiendo que o bien le contaba las cosas con todo lujo de detalles o no se cansaría nunca de preguntarme.

—A ver... —Cogí aire e intenté mantenerme entera—. Nueva York estaba precioso e impresionante como siempre. Gael ha disfrutado allí como un niño y se ha venido encantado con todo lo que hemos visto. En mi trabajo, muy bien con los compañeros, aunque muy triste la despedida. Los voy a echar mucho de menos a todos. Y en cuanto a la boda... —le conté todo lo que había sucedido en ella, incluido el episodio del tacón atrapado en la ranura

del ascensor—... así que, a excepción de ese pequeño contratiempo, fue una celebración muy bonita. Tendrías que haber venido. Todos preguntaron por ti. Por cierto, los padres de Sammy te mandan recuerdos.

Y con eso quise dar por concluida mi explicación sobre el viaje e intenté cambiar de tema.

—Bueno y cuéntame tú... ¿qué tal tu crucero?, ¿cómo os lo habéis pasado? ¿Qué tal estuvo *Cocker* en la guardería para perros?

—Bien, aunque Gloria se resfrió el segundo día de estar allí y nos ha dado un poco las vacaciones, pero aun así lo hemos pasado genial y hemos visto muchas cosas. En cuanto a *Cocker* también estuvo bien según me dijeron en el centro.

—Me alegro mucho, mamá. —Hice una pequeña pausa y, viendo que mi madre no decía nada más, aproveché la oportunidad—. Bueno, me voy a acostar ya, que estoy muy cansada —dije bostezando, al tiempo que me levantaba del sofá en un intento de escaquearme del interrogatorio de mi progenitora.

—Álex... —Obviamente me había pillado.

—¿Qué?

—Que si no me lo cuentas ahora lo tendrás que hacer mañana, pero no me voy a quedar sin saber qué ha pasado con Hugo, porque es evidente, por tu cara y por cómo te comportas, que lo has visto y algo ha sucedido.

La miré a los ojos y me vine completamente abajo. Me dejé caer de nuevo en el sofá y comencé a llorar con desconsuelo.

A los cinco minutos, cuando ya fui capaz de controlar el llanto, comencé a explicarle cómo había sucedido todo y cómo lo había vivido yo.

—No le entiendo, mamá; por más vueltas que le doy, no comprendo su actitud —le dije amargamente, después de haberle explicado con pelos y señales todos nuestros encuentros.

—Pues para mí está muy claro lo que ocurre, Álex. —Miré expectante a mi madre, que continuó hablando—. Ese hombre te sigue queriendo y verte

con Gael no tiene que haberle hecho mucha gracia.

—¡Pues que lo hubiera pensado antes! Yo no iba a estar esperando eternamente a que cambiara sus prioridades o solucionara sus problemas. Tuvo su oportunidad, tuvo su tiempo, y no hizo nada. Ahora ya es tarde, mamá —terminé de decir con rabia.

—Lo sé, cariño, y sé lo difícil que tiene que haber sido para ti volver a verlo.

—Ha sido muy duro, mamá. Creía haberlo superado, pero ser consciente de que aún no lo he hecho ha sido... —Se me quebró la voz—. Todavía sigo enamorada de él —acabé admitiendo en un susurro.

Mi madre me observaba atentamente mientras agarraba mi mano, ofreciéndome todo su cariño.

—¿Y qué va a pasar ahora? —preguntó, temiendo que de nuevo yo no tuviera clara mi respuesta.

—No va a pasar nada. Todo va a continuar igual. Mi vida está ahora aquí y con Gael.

—¿Tienes claro lo que sientes por Gael? —me preguntó preocupada.

—Sí —contesté lacónicamente.

El problema, por supuesto, no era ése. Sabía perfectamente lo que sentía por Gael. El tema era si eso sería suficiente como para que continuásemos como pareja.

La respuesta para mí era que «tendría que serlo», porque necesitaba que así fuera. Necesitaba de una vez tranquilidad y estabilidad en mi vida y, aunque no estuviera locamente enamorada de Gael como lo había estado de Hugo, éste me aportaba serenidad, cariño, comprensión y era mi mayor apoyo. Así que, sí, lo quería. De una forma diferente. No con la locura y la vehemencia que había sentido por Hugo, pero sí con el equilibrio y la madurez de una relación erigida sobre la base del esfuerzo por el compromiso. Razones suficientes para mí como para seguir intentando construir mi futuro con Gael.

—Mamá, me voy a acostar. Mi vida continúa donde la había dejado. Ésa es mi decisión. Ésa es la única forma que encuentro para ser feliz.

—Hija...

—No, mamá. Ya no hay nada más de que hablar.

El tema no volvió a surgir, porque, cada vez que mi madre intentaba abordarlo, yo salía por la tangente. Para bien o para mal, aquélla había sido la decisión que había tomado y no iba a darle más vueltas.

En cuanto a Gael, los primeros días se mantuvo algo frío y distante conmigo. Supongo que estuvo observando cómo me encontraba y cuál era mi actitud hacia él, pero enseguida volvimos a retomar nuestra relación prácticamente donde la habíamos dejado antes del viaje, olvidándonos de todo lo que había ocurrido en Nueva York.

Y, en cuanto al trabajo, comencé en mi nuevo puesto. Al principio se me hizo un poco raro compartir esa función con Gael. En Nueva York estaba yo sola en la dirección y era la única que tomaba las decisiones. Sin embargo, esa colaboración fue algo que agradecí, ya que sus años de experiencia en el centro me ayudaron mucho a entender cuáles eran las demandas reales y por dónde debía comenzar mi labor para que ésta fuera más productiva. Gracias a eso, enseguida pude establecerme una hoja de ruta con las cosas que quería hacer y la prioridad de cada una de ellas. Si era capaz de conseguir todo lo que me había propuesto, los tratamientos de los pequeños mejorarían considerablemente y, con ello, su calidad de vida y la de sus familias.

Por su parte, Gael me apoyó en todo lo que necesité. Me echó una mano incluso más allá de lo que cabría esperar. Siempre me decía que no quería que me agobiara con el exceso de trabajo y que tenía miedo de que llegara un momento en el que deseara salir corriendo de allí. Supongo que el temor de que yo no enajara, de que me desbordara la cantidad de cosas por hacer o de que echara de menos mi antiguo puesto siempre estuvo muy presente en él.

Una mañana me llamó para que acudiera a su despacho porque, según me indicó, tenía algo importante que comunicarme.

Cuando entré, me pidió que me sentara y me ofreció un café.

—Verás, Álex, quería comentarte algo que ha ocurrido... Lo hago, sobre todo, para no dar lugar a que te enteres por otras personas y pienses que he querido ocultártelo.

Su discurso y tanta pomposidad me estaba empezando a preocupar. Gael no era de darle vuelta a las cosas y siempre iba al grano; por tanto, que se estuviera justificando de esa manera no me estaba gustando nada en absoluto.

—Gael, me estás poniendo nerviosa, ¿me quieres decir de una vez qué pasa?

—Me han ofrecido un excelente puesto de trabajo... en Barcelona.

Mi mundo se vino abajo por completo en décimas de segundo. No me podía creer lo que estaba sucediéndome. Cuando por fin me había establecido definitivamente en Madrid y había decidido, a pesar de todo, intentar un futuro con él, éste se marchaba a otra ciudad.

No pude articular ni una sola palabra. Si Gael se iba, sería como comenzar de nuevo otra vez y no sabía hasta qué punto estaba preparada para ello. El desgaste que había sufrido con la separación de Hugo me había pasado factura durante mucho tiempo y aún lo arrastraba. Estaba convencida de que no sería capaz de seguir adelante sin su apoyo.

—He dicho que no, Álex.

Gael se había acercado a mí y me había cogido la mano. Obviamente había sido consciente de mi reacción y me miraba con preocupación.

Levanté la mirada y clavé mis ojos en él.

—¿De verdad se te ha pasado por la cabeza que me largaría sin más? ¿Sin contar contigo antes siquiera? —me preguntó, incrédulo.

Agaché la cabeza avergonzada, porque sí, eso era precisamente lo que había pensado. No le había concedido ni siquiera el beneficio de la duda y había dado por hecho que Gael se largaría sin más. Sin embargo, me había equivocado de lleno con él y de nuevo me demostraba cuál era su prioridad en la vida: yo.

Me fundí en un sensible abrazo con él.

Cuando ya estuve más relajada, nos separamos y nos miramos. En los ojos de Gael había cariño, ternura, y en los míos, en ese momento, se reflejaba la tranquilidad de saber que siempre podría contar con él.

—Álex, tienes que saber que para mí ahora eres lo más importante en mi vida y que estás por encima de cualquier otra cosa. Además, nunca decidiría algo importante que nos afectara a los dos sin consultártelo antes.

Suspiré aliviada y le sonreí. Quise darle las gracias por cómo me había hecho sentir; sin embargo, no encontré las palabras adecuadas, así que decidí dejarlo para otro momento.

A la mañana siguiente me encontré a Gael esperándome en mi despacho.

—Buenos días, Gael... ¿ocurre algo?

—No, tranquila. Nada importante. Sólo quería darte los buenos días personalmente antes de que llegara todo el mundo. —Gael se me acercó muy zalamero y me plantó un beso que me dejó sin aliento—. ¿Tienes algo que hacer esta noche?

—Pues sí: hoy tengo una importante reunión en casa de mi madre.

Gael pareció muy desilusionado, cambiándole incluso el gesto de alegría que hasta ese instante había mostrado en su semblante.

—¿Y no la puedes cambiar para otro día?

—Uy, pues creo que no. Verás, es que es una ocasión muy especial, porque nos van a presentar las últimas novedades de los productos Tupperware y eso es algo que no me puedo perder.

La cara de Gael parecía un poema y a mí me dio por reír.

—Gael... —me miraba expectante porque no entendía muy bien qué pasaba—... estoy de broma. Esas reuniones son un coñazo, así que me viene genial quedar contigo y tener la excusa perfecta para largarme de casa.

Su semblante volvió a brillar y su sonrisa apareció más radiante que nunca en su cara. Me besó de nuevo y, sin más, se fue de allí diciéndome que tenía que ir a prepararlo todo y que me recogería a las nueve.

No pude dejar de pensar en por qué Gael se había alegrado tanto cuando le había dicho que sí a salir a cenar con él. Eso era algo que hacíamos asiduamente, como cualquier pareja. Me daba la impresión de que esa noche íbamos a hacer algo diferente.

A las nueve, puntual como siempre, me esperaba en la puerta de casa.

—Bueno, don misterioso, ¿me vas a decir ya a dónde vamos? —le pregunté curiosa, nada más subirme al coche.

—Eso es sorpresa. Sólo déjate llevar y disfruta de la noche.

Lo miré con cierta inquietud. Tanto secreto empezaba a no gustarme demasiado.

Poco más de media hora después llegábamos a un restaurante muy famoso en Madrid, no sólo por la cantidad de estrellas Michelin que ostentaba, sino por lo mediático que había resultado ser su dueño y, a la vez, principal chef.

—¿En serio vamos a cenar aquí? —le pregunté, atónita.

—La ocasión lo requiere.

—¿Qué ocasión?

Cada vez me gustaba menos que Gael no me dijera qué demonios ocurría y debió de notármelo.

—Álex, sólo quiero hacerte feliz esta noche. Te mereces algo especial y quiero ser yo quien te lo ofrezca, así que, por favor, como ya te he dicho antes, relájate, déjate llevar y disfruta sin más. Te diré a cuento de qué viene todo esto a su debido tiempo. Confía en mí, ¿de acuerdo?

Asentí sin estar convencida de lo que me decía. Todas las alarmas de un radar muy especial habían saltado dentro de mí y no me equivocaba al suponer que esa noche iba a cambiar bastante las cosas entre nosotros dos.

Después de la indescriptible y original cena con que nos habían deleitado, Gael me dijo que quería que fuéramos al concierto que estaban dando los chicos en una sala bastante más grande y lujosa de las que normalmente acostumbraban a contratarlos. Por supuesto, no me negué. Me gustaba mucho oírlos tocar, pero me pareció raro que, después de la descripción que Gael me

había dado de lo que iba a ser esa noche, quisiera que fuéramos a verlos como hacíamos a menudo.

Cuando llegamos, Pablo se dio cuenta y le guiñó un ojo con complicidad a Gael. Éste le devolvió el guiño y me condujo hasta una especie de reservado desde donde veíamos perfectamente el escenario, pero estando algo apartados del resto de la gente.

Un camarero trajo una botella de champán sin que nadie se lo pidiera y eso me extrañó bastante.

—Creo que se ha equivocado. Nosotros no hemos pedido champán —le dije al chico, que sin contestarme se dio media vuelta y se largó.

—Gael...

—Álex, he sido yo quien ha pedido que nos trajeran champán. Es probable que tengamos algo que celebrar esta noche —anunció, mientras descorchaba la botella y llenaba las copas.

¡Ay, madre! ¡Las alarmas comenzaron a sonar todavía con más fuerza!

—Verás, Álex, después de cómo reaccionaste ayer cuando creías que me iba a marchar a Barcelona, he estado pensando mucho y me he dado cuenta de que soy más importante para ti de lo que creía. También he sido consciente de lo que tú representas en mi vida y de que no quiero pasar ni un segundo más sin estar a tu lado. Te has convertido en indispensable para mí y quería que lo supieras. —Estaba empezando a hiperventilar. La conversación sólo apuntaba hacia un sitio y no quería dar lugar a que llegase ese momento—. Mi decisión de no irme a Barcelona tiene mucho que ver contigo. No quiero perderte y la distancia nunca ha sido muy buena aliada de las parejas, así que no he aceptado el puesto para poder seguir a tu lado.

—Gael... —Tenía que pararlo como fuera.

—No, Álex, déjame terminar lo que he empezado —me pidió mientras se marchaba camino del escenario.

El problema fue que no me dio tiempo a reaccionar y a hablar con Gael antes de que hiciera algo para lo que yo aún no estaba preparada, porque,

cuando vine a ser consciente de todo lo que estaba pasando, era demasiado tarde. Gael ya se hallaba junto con el grupo en el escenario y había cogido el micrófono.

—Esta noche quiero compartir con vosotros algo muy especial. —Gael se estaba dirigiendo al público, mientras la banda tocaba una melodía lenta de fondo—. Tengo la gran suerte de haber conocido a una persona extraordinaria que me lo ha aportado todo en la vida. Es dulce, inteligente y se desvive por los demás. —En ese instante Gael me estaba mirando a mí—. Y además es una mujer preciosa con la que me gustaría pasar el resto de mi vida.

Se había puesto de rodillas en el escenario y la gente se había vuelto loca gritando de emoción. Gael me miraba, al tiempo que se sacaba del bolsillo una pequeña cajita.

Yo no podía creer que eso estuviera ocurriendo de verdad y estaba a punto de que me diera algo. No estaba preparada para semejante petición y no sabía qué iba a decirle a Gael para no herir sus sentimientos, sobre todo cuando había tanta gente observándonos.

Sin poder moverme por el pánico que estaba comenzando a sentir, contemplé cómo Gael saltaba del escenario y venía hacia donde me encontraba.

Se situó frente a mí, se volvió a poner de rodillas, abrió la cajita, mostrándome lo que había en su interior, y me la ofreció al tiempo que, micrófono en mano, me preguntaba si quería casarme con él.

No pude contestarle, a pesar de la expectación que había en la sala, en la cual se había hecho un silencio sepulcral esperando mi respuesta. El móvil me sonó en ese momento e instintivamente lo descolgué.

Era Sammy y estaba llorando. Hugo había tenido un terrible accidente.

Capítulo 41

—Su asiento es el 32-A, señorita. Está situado al final de este pasillo.

Una amable azafata acababa de indicarme dónde se encontraba el lugar que debía ocupar durante mi vuelo a Nueva York. Me dirigí hacia él, acomodé mi equipaje de mano y me senté, esperando con impaciencia que despegásemos pronto y rogando para que no hubiera ningún retraso.

Cuando Sammy me llamó para darme la noticia, sentí verdadero pánico. Una cosa era tener que hacerme a la idea de que Hugo y yo nunca estaríamos juntos y otra muy distinta era saber que casi había perdido la vida en un «supuesto accidente».

Era muy probable que visitarlo no fuera la mejor idea, pero tenía que ir. Necesitaba hacerlo. Sammy me había explicado que Hugo estaba estable y que su vida ya no corría peligro, pero necesitaba verlo y comprobarlo por mí misma.

El sonido de un mensaje en mi móvil me sacó de mis pensamientos. Era de Gael.

Cariño, espero que tengas un buen vuelo y que lo de Piero no sea muy grave. Avísame cuando hayas llegado. Te quiero.

Obviamente a Gael no le había contado toda la verdad.

Cuando Sammy me llamó, frustró sin saberlo la petición de mano de Gael. A mí me vino muy bien como excusa para no darle una respuesta en ese instante, ya que le expliqué la gravedad de la situación y le pedí que me llevara a casa para poder reservar el siguiente vuelo a Nueva York y poder

hacer la maleta. Evidentemente, a Gael no le dije que la persona que había sufrido el accidente era Hugo, sino que le engañé y en su lugar le dije que había sido Piero y que Sammy me necesitaba para afrontar esos duros momentos.

Gael supo ser muy comprensivo y lo entendió perfectamente, echándome una mano incluso a la hora de reservar el billete. Además, se ofreció a acompañarme a Nueva York, pero conseguí convencerlo de que no era buena idea que, como codirectores, faltáramos otra vez los dos del centro.

Así que allí estaba, subida en un avión a punto de despegar, camino de Manhattan y del hospital donde Hugo estaba ingresado.

Aún no sabía qué iba a hacer cuando llegara a él. No sabía cómo iba a reaccionar Hugo cuando me viera, pero eso me daba igual. Mi instinto me decía que debía permanecer a su lado y no pensé en nada más... de nuevo.

El vuelo llegó puntual a mi destino y en el aeropuerto se encontraba Sammy esperándome. Me fundí en un sentido abrazo con ella nada más verla y las lágrimas afloraron rápidamente a mis ojos.

—¿Cómo está? —le pregunté muy nerviosa.

—Álex, tienes que estar tranquila; ya te dije que había salido del peligro y que ahora mismo se encuentra estable. Los médicos dicen que no le quedarán secuelas, a pesar de lo aparatoso que ha sido el accidente. Eso sí, tiene que seguir ingresado en el hospital unos días más para mantenerlo en observación. Sufrió un duro golpe en la cabeza y tienen miedo de que haya alguna lesión interna que aún no haya dado la cara. Pero ya verás como todo sale bien y en unos días puede volver a casa.

Su explicación, y sobre todo su tono de voz, me relajaron bastante. No me había fiado mucho de lo que me había dicho por teléfono, ya que pensaba que quizá no había querido contarme toda la verdad para que no me asustara demasiado. Pero en ese momento, teniéndola allí delante, sabía que no me estaba engañado y que el estado de salud de Hugo era bastante bueno, dentro de la gravedad del accidente.

Cogimos un taxi que nos condujo a la nueva casa que Sammy y Piero comenzaron a compartir desde su vuelta de la luna de miel. Era un moderno apartamento en Brooklyn, que evidenciaba el buen gusto para la decoración que tenía mi amiga.

—Mira, éste será tu cuarto. —Sammy acababa de abrir la puerta de un dormitorio bastante aséptico en cuanto a adornos se refería y muy minimalista en cuanto a los muebles. Sin embargo, a mí me pareció lo suficientemente acogedor como para sentirme a gusto en él—. Acomoda tus cosas y, cuando termines, cenamos y te pongo al día de todo, ¿ok?

A los veinte minutos nos encontrábamos sentadas a la mesa con un par de pizzas y muchas ganas de contarnos un millón de cosas. Sammy ya me había explicado que hasta la mañana siguiente no podíamos ir a ver a Hugo, ya que en el hospital no dejaban entrar visitas después de las cinco de la tarde, así que no me quedó más remedio que conformarme y esperar al día siguiente para poder verlo.

—Bueno, ¿y cómo ha ido tu luna de miel? —le pregunté, ansiosa por saber cómo lo habían pasado.

—Ay, Álex... todo genial. Piero es un cielo y me trata estupendamente. No puedo estar más enamorada... Creo que he tenido mucha suerte con él —terminó de decirme con cara de tonta y como si estuviera subida en una nube de algodón—. Por cierto, he hablado antes con él y me ha dado recuerdos para ti. Está en Washington, por cuestiones de trabajo, pero mañana por la mañana ya estará aquí. Me ha dicho que irá directamente al hospital cuando llegue.

—¡Me alegra saber que no te has divorciado aún! —le dije con sorna.

—Pues no, todavía no lo he abandonado —me contestó con altanería.

—No, si no lo digo por ti..., lo digo porque no te haya dejado ya él —solté riéndome y burlándome de ella.

—¡Mira... si has venido graciosa! ¿Qué pasa, que tu chico te ha puesto en solfa y te ha cambiado ya por fin el humor?

—Ay, mejor no hablemos de él, Sammy —le pedí, cambiando el gesto de la cara.

—Y eso, ¿por qué?

—Puff... porque no sabría por dónde empezar. Se ha complicado todo un poco desde que estuvimos en tu boda.

—Joder, pues cuánto lo siento, Álex. Es una pena que no te vayan bien las cosas con él.

—No, si mal no me van, pero tampoco sé si me van bien. ¡Ay, no me hagas mucho caso! Es sólo que me ha pedido matrimonio y no sé qué decirle.

—Que te ha pedido, ¿qué? Pero ¿por qué coño no me has contado eso antes?

—Pues porque no he tenido ocasión. Justo me lo pidió cuando me llamaste para decirme lo de Hugo y, como comprenderás, no era el momento de explicarte nada. Además, ni siquiera le he contestado todavía.

—¿Y a qué esperas? No me puedo creer lo que me estás diciendo, Álex.

—¿Pues a qué voy a esperar?... A... a... ¡Yo qué sé, Sammy! No sé a qué espero. Ahora mismo no tengo la cabeza para pensar en eso.

—¡Pero si eso no hay que pensarlo, Álex, sólo hay que sentirlo! —Me miraba con cara de no comprender muy bien el problema—. Vamos a ver, que yo me entere bien... Gael te pide matrimonio, yo te llamo en ese momento, contándote lo de Hugo, y tú... ¿sales corriendo sin darle una contestación?

—Sí, más o menos —le respondí agachando la cabeza, algo avergonzada porque sabía que no había hecho muy bien las cosas.

—¿Y cómo se ha tomado él que vinieras a ver a Hugo?

—Bueno... es que en realidad él no sabe que ha sido a Hugo a quien he venido a ver... Él cree que el accidente lo ha tenido Piero y que tú me necesitabas aquí.

—¿Y por qué piensa eso? ¡Joder, Álex! —Sammy acababa de caer en que había sido yo la que le había dicho tal mentira—. Esto me parece muy fuerte

viniedo de ti. Entiendo que hayas perdido el culo por venir a ver a Hugo. Es obvio que lo vuestro sigue muy vivo, pero que hayas engañado de esa manera tan descarada a Gael no es propio de ti.

Me eché a llorar. Ciertamente mi conducta era muy reprobable y muy poco propia de mí, pero me había visto obligada a decirle a Gael esa mentira piadosa por el bien de la relación y, sobre todo, por no hacerle daño a él.

—Álex, no llores. Supongo que yo en tu lugar también hubiera actuado de la misma manera, pero es que me extraña tanto de ti esta actitud... En fin, no quiero que te sientas mal. Es simplemente que me ha parecido un poco raro.

—No sabía qué contestarle a Gael y supongo que esto también me ha servido como vía de escape para ganar tiempo antes de darle una respuesta definitiva.

—Bueno, espero que ver a Hugo te ayude a aclararte, ya sea en un sentido o en otro. Pero creo que necesitas encarecidamente tener estabilidad en tu vida, Álex, así que intenta tomar una decisión... por tu salud mental, sobre todo.

Sammy tenía razón. Necesitaba fijar un rumbo firme y perdurable en mi vida, así que en esos días tendría que tomar una decisión y volver a España con una respuesta definitiva.

Esa noche me costó mucho dormirme. No hacía más que pensar en Gael y en Hugo. Mi mente me llevaba de uno a otro y a lo que sentía por cada uno. Todo estaba siendo muy difícil y tomar una decisión lo iba a ser aún más.

A la mañana siguiente no me hizo falta el despertador. Antes de que éste sonara, ya me había puesto en pie. Saber que vería a Hugo en unas horas me había desvelado por completo y apenas había podido dormir nada en toda la noche.

—¡Sammy, el desayuno ya está hecho! —le grité.

—Voooy... —Acababa de aparecer en la cocina con bastante mala cara—. Si no fuera porque eres amiga mía de toda la vida, te degollaría ahora mismo. ¿Tú crees que éstas son horas de estar despierta ya?

—En dos horas comienza el horario de visitas, así que espabila.

Tardamos bastante en llegar al hospital debido al intenso tráfico que, como cada mañana, colapsaba la ciudad de Nueva York.

Piero, según le había dicho a Sammy a través de un mensaje de móvil, ya se encontraba allí. Había ido directo desde el aeropuerto para no perder tiempo.

Cuando llegamos a la habitación de Hugo, la puerta se encontraba entreabierta y desde fuera se oían las voces de él y de su primo, discutiendo. Decidimos esperar un poco antes de entrar.

—¡No entiendo por qué habéis tenido que llamarla! —Era la voz de un enfadado Hugo gritándole a su primo.

—Hugo... —Piero suspiró, intentando calmarse para poder explicarle las cosas—. Es lógico que Sammy la haya avisado de una cosa así y es más lógico aún que ella haya querido venir a verte.

—No, no es lógico. Ella ya no tiene ninguna obligación conmigo.

—Pero ¿por qué no la quieres en tu vida? Es algo que nunca llegaré a entender —le confesó Piero con cierta desesperación.

—Te equivocas, no es a ella a quien no quiero en mi vida. Son otras las personas que me gustaría poder eliminar para siempre.

—Hugo, creo que te estás equivocando. Estás lleno de rencor y eso no es bueno. Estás hipotecando tu vida por ese sentimiento absurdo que te ciega, ¿es que no te das cuenta?!

—De lo único que me doy cuenta es de lo que hubiera pasado si no la hubiese apartado de mi lado, Piero. Si no lo hubiera hecho, probablemente ahora no sería yo el único que estaría ingresado en este hospital, y eso en el mejor de los casos, así que no me hables de equivocaciones. —Hugo parecía muy cabreado.

—Pero eso no lo sabes, ¡joder! —le respondió Piero con exasperación.

—Sí lo sé. Han ido a por mí, igual que lo hicieron en su día con mi familia, e irán a por todo aquel que forme parte de mi vida.

—¡Pero ¿no te das cuenta de que no puedes apartar a todo el mundo de ti, Hugo?!

—¡Joder, Piero! De verdad que no comprendo por qué te cuesta tanto entender las cosas.

—No, Hugo... —Piero le había cortado, perdiendo los nervios—... no es a mí al que le cuesta entender las cosas. ¿Es que no te das cuenta de que la vas a perder de todas formas con esta absurda actitud tuya? ¡Que se va a acabar casando con otro, joder!

—No, no lo hará —le respondió enfurecido.

—Sabes que eso es lo que ocurrirá, si no haces algo. Es sólo cuestión de tiempo.

Hubo un terrible silencio en el que Sammy y yo contuvimos el aliento. Seguíamos escuchando detrás de la puerta, atónitas por la conversación que estábamos presenciando.

—Pues, si lo hace, estupendo. Prefiero verla feliz, aunque sea con otro, que muerta por haber sido un egoísta insensato que sólo ha mirado en beneficio propio —replicó Hugo amargamente.

—¿Y no crees que ella también debería poder decidir sobre esta cuestión?

—No, eso no es posible.

—¿Y por qué no?

—Pues porque ella no puede ser objetiva, Piero. No quiere reconocer la gravedad de la situación y sólo se dejaría llevar por su corazón, lo que la abocaría a meterse en mi mundo.

—¿Y cuál es tu mundo, Hugo? ¿Uno en el que no hay cabida para el amor? ¿Uno en el que siempre estarás solo y serás un absoluto infeliz? ¿Es eso lo que quieres para tu vida? ¿Es ése el mundo que quieres tener?

—¡Joder, Piero! A veces pienso que no puedes ser de mi familia. Después de ver todo lo que me ha ocurrido, ¿cómo me puedes decir eso?

—Pues porque creo que estás cometiendo el mayor error de tu vida, Hugo. Sé que tus intenciones son buenas y sé que no quieres que le pase nada a

Álex y que por eso antepones su vida a tu felicidad y eso es muy loable, de verdad..., pero creo que te equivocas por completo en las razones. Pero, si aun así consideras que esas razones son prioritarias para ti, hazte un favor a ti mismo y renuncia a ellas de una vez. La venganza no te va a devolver a tu familia, ni a Carlo, y lo único que vas a conseguir es que cada vez haya menos gente a tu lado dispuesta a quererte. Siento ser tan duro, Hugo, pero es que nos estás apartando a todos y algún día te darás cuenta del gran error que estás cometiendo. Vengarte no te va a devolver a las personas que has perdido. Sin embargo, apartarte de esa lucha absurda sí te permitirá permanecer al lado de otras personas que daríamos lo que fuese por verte de nuevo feliz. Piénsalo, Hugo. Se te acaban las oportunidades —terminó por decir Piero, que salió de la habitación dando un portazo y mostrando con ello la gran frustración que sentía.

Cuando Piero fue consciente de que estábamos allí fuera, no supo cómo reaccionar. Era obvio que habíamos escuchado la conversación entera y las lágrimas que inundaban mis ojos delataban cómo me habían hecho sentir las palabras de Hugo.

—Lo siento, Álex. He intentado hablar con él muchas veces, pero ya ves que no es capaz de entrar en razón.

—¡Joder, ¿cómo puede ser tan cabezota?! —preguntó mi amiga.

Pero yo ya no escuché nada más de la conversación que tuvieron Sammy y Piero después.

Comencé a andar por el pasillo camino de la salida del hospital, mientras me repetía una y otra vez cómo podía haber sido tan tonta, cómo era posible que hubiera dado lugar a cometer de nuevo el mismo error, pero sobre todo me repetía a mí misma que me fuera de allí, que me olvidara de Hugo y que pusiera distancia entre nosotros de una manera definitiva. Para siempre.

Y lo hice. Reservé asiento en el siguiente vuelo disponible y volví a España dejando atrás un amor imposible. Ya no volvería a ver más a Hugo en mi vida. Se acabó.

A mi llegada a Madrid, de nuevo mi madre, que estaba al tanto de la situación gracias a la cotilla de Sammy, intentó saber cómo me sentía.

—Ya no me quedan lágrimas que derramar, mamá. Aún siento mucho por él, pero obviamente me equivoqué. No puedes hacer algo por alguien que no quiere ayudarse a sí mismo.

Y ahí fue cuando lo comprendí. Oír esas palabras salir de mi boca fue lo que necesitaba para ser consciente de ellas y de su significado.

Hasta ese momento siempre había permanecido en mí un rayo de esperanza de que Hugo se daría cuenta de las cosas y recapacitaría... pero eso nunca iba a pasar. Entonces lo supe. Su determinación era tal que no había nada más allá en su vida. Por fin lo comprendía.

Por tanto, sólo me quedaba mirar hacia el futuro y seguir adelante con la mía. Y eso hice.

Continué con todo donde lo había dejado. Seguí adelante con mi trabajo y con la relación que tenía con Gael, que poco a poco fue asentándose cada día más.

Una noche de fiesta en la que habíamos cenado con bastante vino y en la que habíamos tomado unas cuantas copas después, Gael abordó de nuevo el tema del matrimonio.

—Álex... —Me había cogido por la cintura, atrayéndome hacia él, mientras bailábamos en un bar.

—¿Qué? —pregunté medio riéndome ante tanta solemnidad, ya que Gael se había puesto muy serio de repente y tenía cara de circunstancias.

—Me debes una respuesta.

Me volvió a dar la risa. Me lo estaba tomando a broma. Llevaba mucho alcohol en el cuerpo y no era capaz de pensar con sensatez.

—Álex, por favor...

—Claro que sí, guapi —le dije de cachondeo, justo antes de vomitarle toda la cena encima.

Lo siguiente que recuerdo fue despertarme al día siguiente con un dolor

terrible de cabeza, aún medio vestida, con todo el maquillaje corrido y oyendo gritos de alegría de mi madre provenientes de la cocina.

Cuando conseguí llegar a ella, descubrí a mi señora progenitora abrazada a Gael.

—Pero ¿qué pasa aquí? —pregunté con recelo.

—Álex, cariño... ¡qué alegría tan grande! —Mi madre estaba completamente emocionada y en ese instante me abrazaba a mí, impidiéndome casi la respiración.

—Ya le he dado la buena noticia, cariño.

—¿Qué buena noticia?... —pregunté curiosa, porque obviamente me había perdido algo.

—¡Mira que te gusta hacer rabiar al pobre Gael! —Mi progenitora me acababa de soltar, para suerte de mis pulmones—. ¿Y habéis puesto una fecha ya?

Pero... ¿de qué leches estaba hablando mi madre?

¡Ay, Dios! Acababa de caer en la cuenta. No podía ser verdad. No podía estar pasándome eso.

—No, aún no —contestó, solícito, Gael—, pero no creo que tardemos mucho, ¿verdad, cariño?

A lo mejor estaba aún dormida y eso era un sueño. «Una pesadilla más bien», apuntó mi subconsciente.

Pero no. Me pellizqué y me hice daño, así que era todo real.

Gael se encontraba en la cocina de mi casa, dándole a mi madre la noticia de que nos íbamos a casar. Pero... ¿cuándo le había dicho yo que sí?

De repente caí de nuevo en la cuenta y me quise morir. «Claro que sí, guapi.» Ésa había sido suficiente respuesta para él, que deseaba ansioso que le confirmara que quería pasar el resto de mi vida a su lado.

Me volví a marear y me tuve que sentar.

—Te quedarás a comer para celebrarlo, ¿no, Gael? —le preguntó la insensata de mamá.

—No, muchas gracias, Beatriz. Ya he quedado con mis padres, para darles a ellos también la noticia.

Náuseas.

—Álex, había venido a decirte si querías venir a comer con nosotros y así les dábamos la buena nueva los dos, en vez de presentarme allí yo solo.

Más náuseas. Sudores fríos.

—¿Y por qué no les dices que se vengan aquí y comemos todos juntos, Gael? —propuso mi madre.

Arcadas.

—Vaya, me parece muy buena idea, Beatriz. Voy a llamarlos ahora mismo.

¡Vale! Eso ya había sobrepasado todos mis límites. Tuve que salir corriendo al baño y vomitar. Por suerte ambos se dieron cuenta de que mi estado era más bien lamentable y decidieron que era mejor posponer la reunión familiar para otro día, lo que no significaba, claro estaba, que Gael no le diera la excelente noticia esa misma mañana a sus progenitores.

¡Pero cómo había dado lugar yo a semejante lío!

Me juré a mí misma que no iba a volver a tomar alcohol en toda mi vida, pero eso ya no me sirvió de nada.

Al día siguiente, cuando llegué al trabajo, ya lo sabía hasta el apuntador. Gael se había encargado de dar la noticia a bombo y platillo a todo el que se encontraba allí.

Lo peor fue cuando me telefoneó Sammy muy disgustada porque no la había llamado para contárselo.

—¡Tía, esto no se le hace a una amiga! O sea, que aceptas su petición, ¿y no me llamas para decírmelo?

—¡Pero si es que yo no he aceptado nada!

—¿Cómo que no? Si me ha dicho tu madre que ayer estuvo Gael en tu casa para contarle que habías dicho que sí.

—¡Claro que sí, guapi! —le contesté de muy mala leche.

—¡Déjate de decir chorradas, Álex!

—¿Ves? ¡Si hasta tú sabes que ésa es una contestación chorra! Si es que le dije eso medio borracha y estando de coña y se lo ha tomado como un sí categórico. Se lo ha contado a todo cristo ya y esto no hay quien lo pare.

—¡Joder!... pero, entonces, ¿qué vas a hacer?

—No lo sé aún, Sammy. Es verdad que quizá se ha precipitado todo de una manera que yo no tenía prevista, pero también es cierto que tarde o temprano tendré que dar el paso. Después de todo lo que me ha ocurrido, cada día tengo más claro que Gael será la persona con la que acabaré casándome. Él me quiere mucho, me respeta, me comprende y me da mucho cariño, lo que sin duda lo convierte en un buen compañero de viaje, así que... ¿para qué seguir retrasando algo que acabará por ocurrir, no?

Obviamente era más una reflexión propia que una pregunta a mi amiga, que evidentemente se había quedado muda, sin saber qué decirme.

—Sammy —continué—, tú me dijiste hace poco que, por mi salud mental, tomara una decisión en firme, y acabo de hacerlo en este preciso momento. Ya no voy a retrasar más las cosas, así que vete buscando vestido para mi boda, porque me caso.

Capítulo 42

Y el gran día llegó. Después de meses de preparativos y de mucho estrés, la fecha en la que Gael y yo íbamos a darnos el «sí, quiero» había llegado.

La noche anterior, Piero y Sammy habían llegado a Madrid. Al no tener a mi padre en una ocasión tan señalada, le había pedido a Piero que fuera mi padrino, y él, gustosamente, había aceptado. Sammy, por su parte, sería mi dama de honor, como no podía ser de otra manera. Ambos habían decidido irse a un hotel cercano para no molestar en casa, ya que habían venido algunos familiares de fuera y habíamos tenido que acomodarlos con nosotras.

—¡Mamá, están llamando al timbre! —grité desde mi habitación después de oírlo sonar tres veces seguidas.

—Ya he mandado a tu tía Macarena a que abra, lo que no sé es por qué tarda tanto —me contestó ella desde su dormitorio.

—*Pue* porque no encuentro la *jodía* puerta. *¡Ci no tuvierai* una *caza* tan grande!

Ésa era mi tía Macarena, una sevillana de ciento treinta kilos con mucha gracia para hablar, pero muy poca para moverse.

Bajé la escalera, recogí a mi tía, que seguía dando vueltas en el pasillo, y la conduje hasta la puerta para que se aprendiera de una vez por todas dónde estaba. Si no, ya me veía yo dando viajes toda la mañana cada vez que llegara alguien.

Eran Piero y Sammy.

—Pero ¿cómo estás así todavía, Alex?

Ya me habían peinado y maquillado, pero aún no había comenzado a

vestirme.

—Buenos días a ti también, Sammy.

—¡Eso digo yo, *shiquilla!* ¿Se te va a *haser* tarde! —apuntó mi tía mientras me observaba de arriba abajo.

—¡A lo mejor, si no tuviera que estar pendiente de la puerta cada vez que llaman...! —dije resoplando.

—¡Ea, qué mala *follá* tiene! ¡Ni que te fuera a *casá*, *shiquilla!* —me replicó con sorna.

Sammy la miraba intentando comprender lo que había dicho, ya que aún le costaba un poco entender el acento andaluz, y Piero simplemente asentía y sonreía a todo lo que decíamos. El pobre se enteraba de más bien poco, así que, aunque le hubiéramos dicho que íbamos a saltar todos por los aires, él hubiera seguido asintiendo y sonriendo.

—Sammy, sube conmigo y ayúdame a vestir, por favor. A mi madre le ha dado una tendinitis y apenas puede mover la mano, así que te necesito. Tía Macarena, tú acompaña a Piero al salón y que se ponga cómodo, que todavía nos queda un rato.

—¡Lo que *uzté* mande, *ceñorita Ezcarlata!* —me contestó mi tía, a la que miré con muy mala hostia.

—Relájate, anda —me aconsejó Sammy mientras subíamos la escalera—. Te iba a preguntar cómo estabas, pero ya veo que un pelín nerviosa.

—Un pelín nerviosa es una forma muy suave de describir cómo me siento ahora mismo. Si los nervios se convirtieran en gas, ya habría explotado tres veces por lo menos.

—Bueno, pues entonces lo primero es que te sientes en la cama.

—¡Ahora no es momento de eso, Sammy! Se hace tarde —le repliqué bastante alterada.

—Créeme, sí es momento de eso —me dijo mientras me arrastraba hasta la cama para que me sentara en ella—. Respira hondo, Álex. Necesitas relajarte antes de continuar. Estás de muy mal humor y no creo que quieras

pasar el día de tu boda sintiéndote de esta manera. Tienes que vivirlo como algo precioso y no como algo que te ha puesto de tan mala leche que le vas ladrando a todo el mundo.

—Tienes razón —le dije al tiempo que daba un largo suspiro con la intención de hacerle caso.

Sammy me agarró las manos y me las apretó levemente. Ese simple gesto me transmitió tanta paz que conseguí relajarme.

Después de eso, Sammy carraspeó. Era evidente que iba a decirme algo incómodo.

—Álex...

—Sammy... —la corté antes de que siguiera, porque sabía por dónde iba a ir—... Sé lo que me vas a decir. —Cogí aire y respiré profundamente—. Sí, estoy segura.

—Vale, pero, si en algún momento tienes la más mínima duda, no tienes más que decirlo y todo se puede aplazar. No quiero que te veas arrastrada por la presión del momento si no estás completamente segura de lo que vas a hacer.

Asentí, pero ya no nos dijimos nada más. Me levanté de la cama, saqué mi vestido de donde lo tenía guardado y ella me ayudó a ponérmelo.

Cuando mi madre me vio, se le saltaron las lágrimas.

—¡Hija... estás preciosa! —me dijo al tiempo que me daba un sentido abrazo.

A mí se me saltaron las lágrimas también. En ese instante recordé a mi padre y lo feliz que hubiera estado de verme en esas circunstancias. Mi madre, que ya se había separado de mí, me lo vio en la cara.

—Él estaría muy orgulloso de ti, cariño.

Sonreí. Sabía cómo mi padre se hubiera sentido en esos momentos y eso me llegó muy dentro. Tuve que hacer de tripas corazón para no ponerme a llorar y que se me estropeará todo el maquillaje.

—Si no nos vamos ya, se nos va a hacer tarde, Álex —me gritó Sammy,

que se había marchado para dejarnos a solas un rato a mi madre y a mí.

—¡Pero niña! ¿Tú a *onde* va, a una *boa* o a un *intierro*? ¡Cámbiame *eza* cara *ezparto* que lleva, *shiquilla*! —me soltó mi tía al verme bajar la escalera.

Di un largo suspiro, intenté sonreír, acaricié a *Cocker* y comencé a caminar hacia el coche que iba a llevarme hasta el lugar en el que supuestamente debía empezar el día más importante de toda mi vida.

En él sólo íbamos a ir Piero, como padrino mío que era, yo y, obviamente, el chófer que lo conducía, porque mi madre debía ir en otro vehículo, con mi tía y Sammy, como mandaba la tradición.

Nada más poner en marcha el motor, me dio un vuelco el estómago y Piero debió de darse cuenta.

—Álex, si no te encuentras bien, podemos volver —me dijo.

Negué con la cabeza para que continuáramos nuestro trayecto.

—Sé que a lo mejor no es asunto mío... —comenzó a decirme Piero con cierta cautela—... pero, si no estás segura de lo que vas a hacer, puedes anular la boda.

Sonreí amargamente.

—Ya no es momento de echarme para atrás, Piero. No podría hacerle eso a Gael. Él ha sido siempre muy bueno conmigo y le debo mucho. No puedo fallarle precisamente hoy. No sería justo para él.

—Pero Álex, no puedes casarte sólo por eso. Las razones deberían ser otras.

—Ya dan igual las razones, Piero. Tomé esta decisión en su día y voy a ser consecuente con ella..., me cueste lo que me cueste —terminé de decir con un nudo en la garganta, mientras perdía mi mirada en las calles de Madrid, aquellas que me habían visto crecer y que en ese momento me veían dirigirme al que se suponía debía de ser uno de los acontecimientos más felices para mí.

—Pero Álex...

No le permití que siguiera hablando. Ya le había dejado clara mi postura y

bastante difícil me estaba resultando como para que él me pusiera más trabas aún.

Una lágrima rodó por mi mejilla. El caprichoso destino había dado en la diana con la canción que sonaba en la radio en ese instante y que tanto me recordaba mi relación con Hugo. Miles de imágenes acudieron a mi mente. Miles de deliciosos momentos a su lado desfilaron delante de mí como si fueran reales. Sus caricias, sus besos... hasta su olor. Todo se estaba materializando en aquel preciso segundo. Intenté apartarlo de mi mente, pero me fue imposible. Imágenes de la primera vez que lo vi, cuando me tropecé con él y me sujetó con fuerza para que no me cayera..., ese primer contacto que hizo que saltaran en mí todas las alarmas. Toda la intensidad de ese y otros momentos vividos con él estaban de pronto aflorando sin control.

Recordé con todo lujo de detalles nuestros encuentros durante las vacaciones en las islas Baleares, sobre todo la noche en la que él me devolvió la pulsera que me había regalado mi padre y que yo había perdido durante el buceo, ese en el que me salvó la vida ofreciéndome el aire de su botella cuando la mía dejó de funcionar. Por supuesto recordé la noche en la que, de no ser por él, hubiera sido atropellada... y el intenso beso que me dio después. También acudió a mi mente el *risotto* que me preparó de madrugada entre copas de vino y una agradable conversación, con la que conseguí descubrir un poco más de él y de su hermético mundo.

Todo. Todo desfilaba delante de mí con absoluto realismo. Todos nuestros encuentros en Nueva York y cómo había intentado protegerme de su mundo, alejándome de Matt y llevándome a la casa del lago. Pero, sobre todo, acudieron a mi mente los días tan felices que viví con él un tiempo después en su apartamento de Manhattan, antes de que su terrible carta acabara con todo.

Todas las palabras dichas, todos los sentimientos vividos, dieron lugar a un torbellino de emociones imposible de parar.

—Álex, hemos llegado.

La voz de Piero me sacó de mi ensimismamiento.

Miré hacia la iglesia y en lo alto de la escalinata esperaba un nerviosísimo Gael. Todo el mundo se había girado y miraba con expectación hacia el coche.

—Piero, necesito tiempo —le pedí completamente abatida y superada—. Tengo que recomponerme. Tengo que hacerlo... por Gael.

—Vale, saldré ahí si es lo que quieres y les diré que enseguida bajarás, que estás hablando con una amiga que no ha podido asistir a la boda. Así tendrás más tiempo, ¿de acuerdo?

Asentí. Sólo quería que abandonara el coche y me dejara sola. Tenía que intentar sobreponerme.

Need You Now, de Lady Antebellum, estaba sonando en el equipo de música. La misma canción que se escuchaba cuando casi fui atropellada en Menorca de no haber sido por Hugo. De nuevo volvían a mi mente él y todos los sentimientos que me despertaba.

Piero había salido del vehículo, pero, a pesar de la excusa que les había dado, todos los presentes seguían esperando impacientes a que yo apareciera.

Gael miraba inquieto hacia el interior del coche, pero las lunas tintadas le impedían ver las lágrimas que cada vez afloraban más intensamente a mis ojos.

—Lo siento... No puedo... —me dije a mí misma en un susurro, comprendiendo el error que cometería si me casaba con él. Aún amaba desesperadamente a Hugo.

—Esto era todo lo que necesitaba saber, Alexandra.

—¿Qué? —pregunté confusa, levantando la cabeza y mirando hacia donde provenía la voz. Pertenecía al chófer.

—Ya es suficiente. Nos vamos.

Levanté la vista, dirigiéndola hacia el espejo retrovisor del coche. En él me crucé con una intensa mirada que me observaba fijamente.

Esos ojos verdes... Esa mirada...

¡Hugo!

El vehículo salió derrapando, dejando a todos los invitados extrañados y a un Gael alterado porque acababa de ser consciente de lo que eso significaba.

—Hugo... —susurré.

Mi cabeza estaba completamente atorada. Emociones encontradas, deseos negados, sensaciones a flor de piel.

Hugo estaba allí.

Pero ¿qué significaba aquello?

Hugo

Unos meses atrás

Piero acababa de llegar de Washington y se había venido directo al hospital. No entendía a qué venían tantas prisas. Podía haber pasado primero por casa, haber saludado a su recién estrenada mujer y haber descansado un poco antes de venir a ver cómo me encontraba.

—¿Qué tal ha ido la reunión, Piero?

—Buenos días, Hugo. Puedes estar tranquilo. Me han asegurado que esperarán a que estés en condiciones para firmar el acuerdo, así que olvídate de ese tema.

—Y, entonces, ¿por qué tanta insistencia en venir a verme nada más llegar de Washington? Pensaba que había habido algún problema.

—No. En realidad he venido por otro asunto. Quería comentarte una cosa.

—Pues tú dirás.

Piero carraspeó. No sabía muy bien cómo me tomaría lo que me iba a decir, así que me lo soltó sin más.

—Álex está en Nueva York. La llamamos para decirle lo que te había ocurrido y llegó ayer por la tarde. En estos momentos está viniendo hacia el hospital. No tardará en llegar.

—¡No entiendo por qué habéis tenido que llamarla! —le grité,

poniéndome hecho una furia.

—Hugo... —Piero suspiró, intentando calmarse para poder explicarme las cosas—. Es lógico que Sammy la haya avisado de una cosa así y es más lógico aún que ella haya querido venir a verte.

—No, no es lógico. Ella ya no tiene ninguna obligación conmigo.

—Pero ¿por qué no la quieres en tu vida? Es algo que nunca llegaré a entender —me confesó Piero con cierta desesperación.

—Te equivocas, no es a ella a quien no quiero en mi vida. Son otras las personas que me gustaría poder eliminar para siempre.

—Hugo, creo que te estás equivocando. Estás lleno de rencor y eso no es bueno. Estás hipotecando tu vida por ese sentimiento absurdo que te ciega, ¿es que no te das cuenta?!

—De lo único que me doy cuenta es de lo que hubiera pasado si no la hubiese apartado de mi lado, Piero. Si no lo hubiera hecho, probablemente ahora no sería yo el único que estaría ingresado en este hospital, y eso en el mejor de los casos, así que no me hables de equivocaciones. —Estaba tremendamente furioso.

—Pero eso no lo sabes, ¡joder! —me respondió Piero con exasperación.

—Sí lo sé. Han ido a por mí, igual que lo hicieron en su día con mi familia, e irán a por todo aquel que forme parte de mi vida.

—¡Pero ¿no te das cuenta de que no puedes apartar a todo el mundo de ti, Hugo?!

—¡Joder, Piero! De verdad que no comprendo por qué te cuesta tanto entender las cosas.

—No, Hugo... —Piero me había cortado, perdiendo los nervios—... No es a mí al que le cuesta entender las cosas. ¿Es que no te das cuenta de que la vas a perder de todas formas con esta absurda actitud tuya? ¡Que se va a acabar casando con otro, joder!

—No, no lo hará —le bramé completamente cabreado.

—Sabes que eso es lo que ocurrirá si no haces algo. Es sólo cuestión de

tiempo.

Las palabras que mi primo me acababa de soltar me hirieron profundamente y, por unos instantes, no pude hablar. Se me había hecho un nudo en la garganta.

—Pues, si lo hace, estupendo —conseguí decir después de reunir la suficiente fuerza—. Prefiero verla feliz, aunque sea con otro, que muerta por haber sido un egoísta insensato que sólo ha mirado en beneficio propio —terminé por explicarle amargamente.

—¿Y no crees que ella también debería poder decidir sobre esta cuestión?

—No, eso no es posible.

—¿Y por qué no?

—Pues porque ella no puede ser objetiva, Piero. No quiere reconocer la gravedad de la situación y sólo se dejaría llevar por su corazón, lo que la abocaría a meterse en mi mundo.

—¿Y cuál es tu mundo, Hugo? ¿Uno en el que no hay cabida para el amor? ¿Uno en el que siempre estarás solo y serás un absoluto infeliz? ¿Es eso lo que quieres para tu vida? ¿Es ése el mundo que quieres tener?

—¡Joder, Piero! A veces pienso que no puedes ser de mi familia. Después de ver todo lo que me ha ocurrido, ¿cómo me puedes decir eso? —La falta de comprensión de mi primo me dolía mucho.

—Pues porque creo que estás cometiendo el mayor error de tu vida, Hugo. Sé que tus intenciones son buenas y sé que no quieres que le pase nada a Álex y que por eso antepones su vida a tu felicidad y eso es muy loable, de verdad..., pero creo que te equivocas por completo en las razones. Pero, si aun así consideras que esas razones son prioritarias para ti, hazte un favor a ti mismo y renuncia a ellas de una vez. La venganza no te va a devolver a tu familia, ni a Carlo, y lo único que vas a conseguir es que cada vez haya menos gente a tu lado dispuesta a quererte. Siento ser tan duro, Hugo, pero es que nos estás apartando a todos y algún día te darás cuenta del gran error que estás cometiendo. Vengarte no te va a devolver a las personas que has

perdido. Sin embargo, apartarte de esa lucha absurda sí te permitirá permanecer al lado de otras personas que daríamos lo que fuese por verte de nuevo feliz. Piénsalo, Hugo. Se te acaban las oportunidades —terminó por decirme, al tiempo que salía de la habitación dando tal portazo que hizo que la puerta rebotase y se volviera a abrir.

Piero me había dado de lleno donde más me dolía. Había llegado a lo más profundo de mi corazón. Había llegado al lugar donde yo, por miedo, había arrinconado todos mis sentimientos.

Tenía razón en todo lo que me había dicho, yo lo sabía, pero era tan difícil no dejarme llevar, ¿cómo no hacerlo! El miedo me había paralizado y había hecho mella en mí, provocando que relegara todos mis sentimientos hacia los demás a un rincón donde no pudiera encontrarlos.

Sin embargo, estaban ahí. Seguían ahí. ¿Hasta cuándo me los iba a continuar negando? ¿Hasta cuándo, como bien decía Piero, iba a seguir haciéndome daño a mí y, lo que era peor, a los demás?

Tenía que reaccionar, ¡joder! Me lo debía después de tantos años de sacrificio y amargura.

Quise ir en busca de mi primo, pero entonces lo oí hablar con alguien. Por suerte aún no se había marchado del hospital.

—Lo siento, Álex. He intentado hablar con él muchas veces, pero ya ves que no es capaz de entrar en razón.

Piero se estaba dirigiendo a Álex, que seguramente había escuchado nuestra conversación; no obstante, ella no le contestó.

—¡Joder, ¿cómo puede ser tan cabezota?! —oí que decía Sammy.

Intenté levantarme de la cama. Tenía que ver a Alexandra. Tenía que llegar hasta ella y pedirle perdón por todo el daño que le había hecho. Las duras palabras de Piero por fin me habían hecho abrir los ojos, me habían hecho reaccionar. Tenía que alcanzarla y decirle lo mucho que la quería.

Al principio me mareé y tuve que esperar un poco. A mi cabeza le costó asimilar ese movimiento repentino, pero me dio igual. Traté de ponerme en

pie de nuevo y me caí al suelo, pero logré levantarme y, como pude, me arranqué las vías. Intenté llegar hasta la puerta, pero volví a desfallecer; apenas me tenía en pie. Recobré de nuevo el aliento y, apoyándome en una silla, conseguí alcanzar la puerta. Desde ella pude ver cómo el ascensor se cerraba, con una cabizbaja Alexandra en su interior. Quise llamarla, quise gritar, pero un látigo de dolor sacudió mi cuerpo y me dobló, haciéndome caer de nuevo. Mi súplica quedó ahogada por el intenso sufrimiento que anegó mi cuerpo.

En ese momento llegaron dos enfermeras, que, a pesar de la resistencia que opuse, lograron llevarme de nuevo a la cama sin que pudiera evitarlo. Tampoco me dejaron usar el móvil para llamarla. Intenté gritar, intenté explicarles que tenía que ir tras ella, pero simplemente creyeron que estaba sufriendo una crisis nerviosa y me administraron un potente sedante para tranquilizarme. Caí en un profundo sueño.

A la mañana siguiente, Sammy vino a verme y me dijo que Álex había cogido un avión de regreso a España.

—Ayer te oyó mientras hablabas con Piero. Le has hecho mucho daño, Hugo, pero por fin ha comprendido que tú nunca cambiarás de idea. Ahora ya podrá rehacer su vida de una vez por todas.

—Pero necesito verla. Necesito hablar con ella, Sammy. Necesito decirle cuánto siento el dolor que le he causado.

—Ya es tarde para eso, Hugo. El daño está hecho y nada de lo que vayas a hacer ahora lo va a reparar. Tienes que dejar que siga con su vida. Mantente al margen y deja que intente ser feliz.

De nuevo las palabras se me clavaron como agujones en el corazón, porque de nuevo me hacían consciente de mi torpeza, de las terribles consecuencias que había ocasionado con mi equivocada conducta. Había provocado un daño irreparable y eso no me lo perdonaría en la vida.

Tuve mucho tiempo para reflexionar mientras estuve ingresado. Tenía que solucionar muchas cosas, pero principalmente tenía que solucionar mi vida.

Lo bueno era que ya había encontrado la manera de hacerlo.

Sin embargo, la mañana en que me dieron el alta, Sammy y Piero vinieron a recogerme al hospital, trayéndome consigo una de las peores noticias que me podrían haber dado.

Alexandra se iba a casar.

La noticia fue devastadora para mí. Había previsto todos los escenarios posibles una vez que me dieran el alta y fuera a buscarla... porque había decidido hacerlo y porque había decidido pedirle que pasara el resto de su vida junto a mí. Había decidido renunciar a mi lucha y darme una oportunidad en la vida. Había decidido olvidarme de la venganza que con tanta amargura había empañado mi existencia y había decidido que, por fin, iba a liberarme de las cadenas que durante tantos años me habían oprimido y me habían impedido ver dónde se encontraba realmente la verdadera felicidad.

Pero la noticia que acababan de darme era demoledora. No había contado con esa posibilidad y me derrumbé.

Los siguientes días fueron casi inexistentes para mí, porque simplemente me dediqué a deambular de un sitio a otro sin rumbo alguno.

Entonces sí que estaba siendo consciente de verdad de lo que era perderla. Entonces sí que la había dejado marchar definitivamente. ¿Cómo había podido estar tan ciego? ¿Cómo había podido ser tan imbécil? Tuve ganas de desaparecer.

Pero no lo hice. Reuní todo el coraje que me quedaba y una mañana fui a hablar con Sammy. Ella era la única que me podía ayudar.

—Joder, Hugo. Vaya aspecto más desaliñado tienes.

Obvié su comentario y le supliqué que me ayudara.

—Sammy, necesito intentarlo. Necesito saber si aún me quiere.

—Hugo, no te voy ayudar con eso. Lo siento, pero ella es mi amiga y no voy a permitir que te metas de nuevo en su vida. Tuviste muchas

oportunidades y no las aprovechaste. Ahora ya es tarde y lo único que te queda por hacer es apartarte y dejarla ser feliz como se merece.

—Sammy —le dije mirándola a los ojos fijamente—, quiero pedirle que se case conmigo. Necesito que sepa que la quiero más que a mi vida y que quiero pasar el resto de mis días junto a ella. Tiene que saber lo importante que es ella para mí y que lo daría todo por estar a su lado. Tiene que saberlo. Se merece saberlo. Necesito reparar el daño que le he causado. Sammy, por favor... ayúdame.

La miré suplicante. Sabía que ella era la única que me podría procurar mi última oportunidad para poder ser feliz.

—¡Joder, Hugo! Lo que me pides puede poner en peligro mi amistad con Álex.

—Sabes que ella nunca te reprochará nada. Sammy, por favor...

—¿Y si ha acabado enamorándose de Gael y lo quiere de verdad? ¡Se va a casar con él! ¿Te has parado a pensar en eso, Hugo?

—Sí, joder... Lo he hecho.

—¿Y cómo lo sabrás, entonces? ¿Cómo sabrás que prefiere estar contigo en lugar de con él? ¿Qué piensas hacer? Porque no pretenderás presentarte allí el día de la boda y, cuando el cura suelte que si alguien tiene algo que decir, levantar la mano.

—No, ya he pensado en eso también.

—¿¡Y bien!?

—Seré yo el que conduzca el coche que la lleve hasta la iglesia. Si durante el trayecto no le veo ni la más mínima expresión de duda, nunca sabrá que estuve allí y me alejaré para siempre de ella, te lo prometo..., pero si percibo que titubea, entonces le diré lo que siento y cuáles son mis intenciones. Déjame intentarlo, por favor, Sammy. He estado mucho tiempo perdido y ahora necesito recuperar mi vida y darle a ella la felicidad que se merece.

Finalmente Sammy accedió.

El día de la boda, cuando la vi caminar hacia el coche con la sonrisa

forzada, supe que tenía que intentarlo. Su cara me lo indicaba todo. ¿Dónde estaba la radiante novia que se suponía que tenía que brillar ese día?

No necesitaba saber nada más, pero, aun así, esperé.

En cuanto puse en marcha el motor, Alexandra se estremeció. Piero también lo notó.

—Álex, si no te encuentras bien, podemos volver —le dijo mi primo, que obviamente estaba al tanto de lo que yo pretendía hacer.

Alexandra hizo un gesto de negación, pero para mí resultó evidente que algo sucedía en su interior.

—Sé que a lo mejor no es asunto mío... —comenzó a decirle Piero—..., pero, si no estás segura de lo que vas a hacer, puedes anular la boda.

Alexandra sonrió amargamente. Después le explicó a Piero cuáles eran las razones que tenía para casarse con Gael.

—Ya no es momento de echarme para atrás, Piero. No podría hacerle eso Gael. Él ha sido siempre muy bueno conmigo y le debo mucho. No puedo fallarle precisamente hoy. No sería justo para él.

—Pero Álex, no puedes casarte sólo por eso. Las razones deberían ser otras.

—Ya dan igual las razones, Piero. Tomé esta decisión en su día y voy a ser consecuente con ella. Me cueste lo que me cueste.

Alexandra tenía un nudo en la garganta, y yo, uno en el estómago. Verla de esa manera me estaba destrozando.

—Pero, Álex... —Mi primo intentó seguir hablando con ella, pero Alexandra no se lo permitió.

Poco antes de llegar a la iglesia, una lágrima rodó por su mejilla.

Sabía qué estaba pensando exactamente Alexandra en esos momentos. Sabía lo que estaba sintiendo. Por fin me daba cuenta de cuánto daño le había hecho, de cuánto me había querido. Sólo rezaba para que no fuera demasiado tarde y me dejara enmendar mi error.

—Álex, hemos llegado —le advirtió mi primo.

Ella miró hacia la iglesia, donde la estaba esperando Gael.

—Piero, necesito tiempo —dijo—. Tengo que recomponerme. Tengo que hacerlo... por Gael.

—Vale, saldré ahí si es lo que quieres y les diré que enseguida bajarás, que estás hablando con una amiga que no ha podido asistir a la boda. Así tendrás más tiempo, ¿de acuerdo?

Alexandra asintió.

Tuve que hacerlo. Tuve que decirle lo que sentía por ella. Le di a reproducir una canción... esa que sonaba cuando le salvé la vida, cuando la salvé de morir atropellada en aquella isla. La canción que expresaba como ninguna otra lo que sentía por ella. *Need You Now*, de Lady Antebellum.

Vi en sus ojos cómo recordaba esa noche. Estaba pensando en mí. Alexandra no me había olvidado todavía.

—Lo siento... No puedo... —dijo ella, derrumbándose.

Lo vi claro. Era el momento de actuar.

—Esto era todo lo que necesitaba saber, Alexandra —le dije entonces.

Levanté mi mirada y la fijé en el espejo retrovisor.

—¿Qué? —preguntó confusa.

—Ya es suficiente. Nos vamos —le anuncié.

Alexandra levantó su preciosa cara y nuestras miradas se encontraron. En aquel preciso instante, supe que todavía me quería.

Arranqué el motor y salí disparado de allí. Nuestro destino nos estaba esperando.

Mi plan había funcionado y por fin podría demostrarle a Alexandra lo que ella significaba para mí. Por fin podría decirle que ella sería mi máxima prioridad durante el resto de mi vida.

Capítulo final

—Hugo, para el coche —le pedí.

No obtuve respuesta, sólo un acelerón que nos alejó todavía más de la iglesia en la que un atónito Gael se había quedado esperando a que yo bajara del vehículo.

Hugo tomó un desvío que nos llevó a perdernos en mitad de la nada.

—No puedes hacerme esto —le dije.

Seguía sin responderme. Sólo conducía.

—Para el coche —grité.

—Lo haré en cuanto llegemos a donde vamos.

—¡Hugo! —chillé fuera de mí. Sentía tanto dolor en el pecho que era insoportable—. ¡Para ahora mismo! —le volví a gritar, perdiendo totalmente los estribos.

Lo hizo. No le quedó más remedio.

Descendió del coche, lo rodeó y abrió mi puerta.

—Alexandra, perdóname por todo —dijo al tiempo que se agachaba y me cogía la mano—. He sido un completo gilipollas.

—Hugo... ¿qué es todo esto? —Me costaba respirar. Me faltaba el aire—. ¿Qué significa esto?

—¿Ves esa ermita? —Miré hacia donde me señalaba, sin comprender.

A pocos metros de allí, en mitad de un pinar, había una pequeña capilla blanca a la que estaban llegando algunos coches de los que se bajaron varias personas. Entre ellos distinguí a mi madre, a Piero y a Sammy.

—Es ahí a donde nos dirigimos.

Lo miré sin entender aún. Mi cabeza no era capaz de procesar toda esa información.

Su mirada se había clavado en la mía y se acababa de poner de rodillas; sin embargo, un desgarrador grito nos hizo desviar la mirada a ambos.

—¡Álex!

Era Gael.

Hugo se puso inmediatamente de pie y se dirigió hacia él.

—¿Qué coño haces tú aquí? —le preguntó furioso Hugo.

—Eso mismo tendría que preguntarte yo a ti, ¿no crees?

—Gael, lárgate. Aquí ya no pintas nada.

Se habían situado el uno frente al otro y la tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo.

—Piero, por favor, haz algo —le supliqué en cuanto se acercó corriendo al ver lo que sucedía.

Éste intentó mediar, pero no lo escucharon.

—Gael, no te lo voy a repetir. ¡Vete de una puta vez!

—No sé si es que te falla la memoria, pero yo ya no trabajo para ti, así que puedes meterte tus órdenes por donde te quepan, *jefe* —dijo esto último con retintín.

¿Había dicho Gael que ya no trabajaba para Hugo? ¿Eso qué demonios significaba?

Miré a Piero, pero éste me retiró la mirada. Obviamente a él no le había extrañado tal afirmación, por lo que deduje que sabía algo que yo desconocía.

—¡Eres un hijo de puta! —gritó Hugo mientras intentaba abalanzarse sin éxito hacia Gael. Piero se lo estaba impidiendo al sujetarlo con toda la fuerza de la que era capaz.

—Sí, sí, todo lo que tú quieras, Hugo, pero yo no he venido aquí para perder el tiempo hablando contigo.

—Pues espero que tampoco hayas venido con la idea de llevártela —le replicó éste fuera de sí.

—Perdona, pero no me la voy a llevar yo. Ella se va a venir conmigo — aseguró Gael con altanería.

Ambos se giraron hacia mí, esperando mi respuesta.

Mi cabeza seguía dándole vueltas a todo lo que habían dicho.

—Hugo... ¿Qué significa lo que te ha dicho Gael? —le pregunté confusa.

—Eso ahora no tiene ninguna importancia, Alexandra —me contestó.

—No, Hugo, claro que la tiene, y mucha. ¿Por qué no le cuentas a Álex toda la verdad?

—¡No me provoques, Gael!

—¿O qué?

Ésa fue la gota que colmó el vaso. Hugo se abalanzó sobre Gael sin que Piero lo pudiera evitar y lo derribó, cayendo sobre él. Ambos comenzaron a darse golpes, perdiendo totalmente el control.

—¡Piero, por favor, haz algo! —grité desesperada.

Piero se había acercado a ellos e intentaba separarlos, pero la furia no los dejaba pensar y eran como dos gallos de pelea cegados por el odio y la ambición por ganar aquella batalla.

—¡Basta ya! —les grité, aunque sin obtener resultado.

Me dirigí hacia ellos, que seguían peleándose, en ese momento de pie, y me interpuse entre los dos. Los reflejos de Hugo impidieron que Gael me golpeará fuertemente con un puñetazo que lanzó sin ser consciente siquiera de mi presencia.

—¡¡He dicho que ya basta!! —les volví a gritar, sacándolos de aquel trance en el que se encontraban. Había conseguido que por fin me miraran. Ambos estaban sudorosos, ensangrentados y cubiertos de polvo.

—Hugo, ¿qué significa todo esto?

—Sí, Hugo, ¿por qué no se lo explicas todo a Álex? Seguro que estará encantada de escuchar tu historia. Explícale hasta dónde has sido capaz de llegar, hasta dónde llegan tus ansias de control, hasta dónde alcanza tu locura.

Miré a Hugo. Tenía la cara desencajada. Miraba a Gael con tanto odio y

con tanta ferocidad que tuve miedo de que volviera a saltar sobre él.

—Hugo... Hugo, mírame a mí —le pedí—. Si de verdad me quieres, cuéntamelo todo ahora mismo.

Hugo se rindió. Comprendió que, de una manera u otra, Gael acabaría contándomelo y que era mejor que me enterase por él. Al menos así se podría defender y podría explicarme, si es que su comportamiento tenía alguna explicación, por qué había hecho lo que había hecho.

—Alexandra, he cometido algunos errores. Ahora soy consciente de ello.

—Poner a una persona para que vigile a otra las veinticuatro horas del día es algo más que cometer un error, Hugo —escupió Gael—. Yo, a eso, lo llamaría de otra manera. ¿Control obsesivo? ¿Locura desmedida? ¿Estar como una puta regadera?

—¿Te tengo que recordar que el que ha estado haciendo esa vigilancia y, por tanto, ha estado colaborando en esa locura, has sido tú, Gael? —le espetó Hugo a modo de ataque.

No daba crédito a todo lo que estaba escuchando. Los miraba a ambos alternativamente mientras procesaba toda la información. Después me giré hacia Sammy, que me hizo un gesto negándome que ella supiera algo de ese asunto.

De Hugo no me sorprendió; ya había tratado antes con su obsesión por mantenerme protegida, pero que Gael trabajara para él me había dejado totalmente descolocada. Entonces... ¿qué había sido yo?, ¿un simple pasatiempo para hacerle más ameno su trabajo?

Me giré hacia él.

—Álex, no es lo que piensas...

—¿Y qué tengo que pensar, Gael?

—¡Joder Álex, me iba a casar contigo! ¿En serio crees que haría eso sólo por trabajo?

—Yo ya no sé qué creer, Gael —le espeté totalmente enfadada—. ¿Qué he sido para ti, dime?

—Álex... —Gael intentó entonces acariciarme la mejilla, pero me aparté—. ¡Joder, déjame que te lo explique!

—Adelante, pero no quiero que te acerques a mí hasta que no me lo hayas aclarado todo.

—Álex, yo te quiero. Es cierto que me hice el contradicho de diferentes maneras para atraerte hasta mí y que de ese modo no desconfiaras de mis verdaderas intenciones, pero desde que te vi aquella mañana en casa de tu madre y, sobre todo después, cuando supiste cómo actuar en el centro con aquel niño para que no se lesionara... No sé, me esperaba otro tipo de mujer cuando Hugo me contrató, pero me sorprendiste. Mucho. No eras la Barbie descerebrada que me esperaba encontrar y, poco a poco, me fui enamorando de ti.

—Pero, entonces, todo eso, ¿qué quiere decir, Gael?, ¿que realmente no eres psicólogo? Y, si eso es así, ¿cómo demonios conseguiste ser director del centro? No entiendo nada... —La cabeza me iba a estallar.

—Por supuesto que soy psicólogo —me contestó, algo ofendido— y trabajo en el centro desde mucho antes de conocerte, pero Hugo quiso que quien te vigilara fuera alguien de tu entorno más cercano y con el que pasaras muchas horas... y qué mejor que yo, que me dedico a lo mismo que tú, y que, además, he servido en el ejército, con el extra que eso suponía si en algún momento tenía que protegerte. Todo lo que te he contado de mí ha sido verdad siempre, Álex. Lo que ves es lo que soy. Nunca te he mentado. Sólo te oculté por qué me acerqué a ti en un principio. Eso es lo único que me puedes reprochar.

Hugo no hacía más que dar patadas a las piedras y resoplar por cada frase que decía Gael. Eso cuando no ponía en evidencia los argumentos que éste daba o se reía de sus «supuestas verdaderas intenciones».

—¿Por qué no me lo contaste antes, Gael? ¡Nos íbamos a casar!... ¿De verdad pensabas comenzar nuestro matrimonio con esta mentira tan grande de por medio? Tarde o temprano me hubiera enterado... y, entonces, ¿qué?

—¿Y qué hubiera pasado si te lo hubiera dicho antes, Álex?

—Eso ya nunca lo sabremos, Gael —contesté negando con la cabeza—. Pero lo que sí sé es que ahora mismo no puedo confiar en ti. Me siento engañada y tengo la sensación de que todo ha sido un teatro.

—Ya lo has oído, Gael. Alexandra no te quiere volver a ver. ¡Lárgate de una puta vez! —Hugo le volvió a hablar con toda la furia contenida que albergaba por él.

Me acerqué a Gael ante la preocupada mirada de Hugo, le di un beso en la mejilla y me despedí de él.

—A pesar de cómo me has hecho sentir hoy, sé que eres un buen hombre, Gael. Estoy convencida de que nunca quisiste hacerme daño. Pero, al margen de todo eso, tienes que comprender que no puedo casarme contigo. Aún sigo enamorada de él.

—Eso fue lo que siempre se interpuso entre nosotros. Siempre fui consciente de ello, Álex. Pero a pesar de todo quise intentarlo, porque me enamoré perdidamente de ti... Ahora lo único que puedo hacer ya es desearte que seas feliz.

—Gracias, Gael —le dije mientras nuestras miradas se encontraban por última vez.

Después de eso pasó al lado de Hugo, empujándolo con un hombro, se subió al coche con el que había llegado allí y se marchó.

Desapareció lentamente en el horizonte mientras yo recomponía toda la información.

Hugo se acercó a mí y, con una mirada tremendamente sincera, me vomitó todo lo que llevaba dentro.

—Perdóname por todo el daño que te he causado. Sé lo que has sufrido por mi culpa y me gustaría poder borrarlo, pero obviamente eso no es posible. Sin embargo, sí puedo compensarte por ello y lo haré, si tú me lo permites, durante el resto de mi vida. —Acababa de sacar una pequeña caja de su chaqueta—. Éste es el anillo que mi padre le regaló a mi madre en su pedida

de mano. Lo he estado guardando hasta que he comprendido que tú y sólo tú eres lo más importante que hay en mi vida. Por fin lo he entendido —me declaró—. Déjame compensarte, déjame hacerte feliz el resto de tu vida. Cástate conmigo, Alexandra.

Miré a mi alrededor. Mi madre lloraba de alegría. Sammy suspiraba mientras agarraba fuertemente la mano de Piero, que a su vez miraba orgulloso a su primo. Y el resto de los invitados, obviamente todos de mi familia, simplemente observaban la escena, atónitos.

Volví a mirar a Sammy y después a mi madre. Ambas me hicieron un gesto afirmativo, dándome su aprobación.

Entonces me volví hacia Hugo. La intensidad de su mirada me sobrecogió. Estaba esperando mi respuesta. Y eso no era lo único que esperaba. Por fin había comprendido lo que verdaderamente era importante en su vida y deseaba no llegar demasiado tarde. Sus ojos reflejaban la esperanza de un niño que confía en no ser castigado por alguna terrible fechoría cometida.

—Hugo...

—Te prometo mi vida entera, Alexandra. Toda ella es para ti.

Su mirada y sus palabras me llegaron a lo más profundo de mi corazón.

—Sí —contesté.

Todos los invitados aplaudieron, pero apenas pude oírlos. El atronador sonido que produjeron los latidos de mi corazón cuando Hugo me besó me impidió captar nada más. Lo hizo con tanta pasión, con tanta vehemencia, que creí perder la cabeza.

Tanto tiempo deseando sentir sus labios sobre los míos... Tanto tiempo deseando ser parte de su vida... Tanto tiempo deseando compartir la mía con él.

—Hugo Saccheri, ¿quieres tomar como esposa a Alexandra Roberts? —

preguntó el sacerdote.

—Sí, quiero... Siempre lo hice —contestó él con absoluta determinación y mirándome fijamente.

—Y tú, Alexandra Roberts, ¿quieres tomar como esposo a Hugo Saccheri?

Un silencio sepulcral invadió la pequeña capilla. Todo el mundo contuvo el aliento.

Hugo me miró anhelante, esperando mi respuesta.

—Sí, quiero. Nunca dejé de hacerlo.

Epílogo

—Beatriz, estoy encantado de haberte conocido, pero ahora me llevo a tu hija muy lejos de aquí. Quiero empezar a disfrutar cuanto antes de nuestro tiempo perdido —le dijo Hugo a mi madre mientras se despedía de ella en la puerta de la iglesia después de habernos casado—. Te prometo que, a la vuelta de nuestra luna de miel, tendremos tiempo para conocernos.

A mi madre se le había puesto cara de tonta. Yo ya le había dicho lo guapo que era Hugo, pero obviamente la idea que se había hecho de él se quedaba muy corta, y la realidad que en ese momento tenía delante la estaba fascinando a ella, y a mi tía, que tampoco le quitaba el ojo de encima.

—Sí, claro, disfrutad todo lo que podáis —le dijo mi señora madre sin dejar de sonreírle como una boba.

Di dos besos a cada una y nos dirigimos hacia el coche.

—Madre mía, pero ¿de qué *morde* han *zacao* a este *shiquillo*? Pero ¿cómo *pué está* tan *repretao* y no *ezplotá*? ¡Virgen María, cuánta *zalud* debe *tené* con ese *pesho* y *eza ezparda*! —oí que le decía mi tía a mi madre, sin ninguna discreción, conforme nos alejábamos. Menos mal que Hugo no controlaba bien el acento andaluz y no pudo entender sus comentarios.

Lo que me estaba sucediendo me estaba pareciendo un precioso sueño del que no me quería despertar. Iba camino de mi luna de miel después de haberme casado con Hugo y me tuve que pellizcar en varias ocasiones, porque todo había dado un giro tan inesperado que no sabía hasta qué punto lo que estaba ocurriendo era real..., pero lo era. Simple y llanamente, la vida

por fin había puesto las cosas en su sitio y mi destino junto a Hugo acababa de comenzar.

Sin embargo, había una idea que no dejaba de atormentarme. ¿Hasta qué punto Hugo olvidaría todo lo que le había ocurrido a su familia? ¿Hasta qué punto su sed de venganza quedaría relegada a un segundo plano? Y lo que más miedo me daba... Nuestras vidas ¿corrían aún peligro?

Una noche, mientras cenábamos en un precioso y romántico restaurante a pie de playa, quise saber a qué tenía que atenerme en cuanto a ese tema.

—No tienes de qué preocuparte, Alexandra —me aseguró—. Todo eso ha quedado atrás para siempre.

—Hugo...

—Está bien, haremos una cosa. Te lo contaré todo esta noche y nunca más volveremos a hablar sobre ello, ¿de acuerdo? —No le respondí, así que insistió—. Tienes que prometerme que lo olvidarás para siempre.

—¿Y tú, Hugo? ¿Conseguirás olvidarlo tú?

—Yo ya lo he hecho, Alexandra —me respondió muy seguro.

—Está bien —contesté, a la espera de su explicación.

—Ven —me pidió mientras me tendía la mano para que lo siguiera—. Te lo explicaré dando un paseo por la playa.

Cuando llegamos a la orilla, comenzó a hablar.

—Alexandra, sé que he tardado mucho en darme cuenta de ello y que te podría haber ahorrado mucho dolor innecesario, y no sabes cuánto lo siento y cuánto me he martirizado por ello, pero por fin fui consciente de que no podía seguir así. Mi estancia en el hospital me dejó mucho tiempo para reflexionar y darme cuenta de que estaba confundiendo mis prioridades y de que estaba invirtiendo demasiado tiempo y esfuerzo en algo que, al final, no me iba a devolver a mis seres queridos y, sin embargo, sí iba a hacer que perdiera a los pocos que me quedaban, así que concerté una reunión con ellos para zanjar el asunto de una vez por todas. —Hugo cogió aire—. Alexandra, les he dado todas las pruebas que tenía sobre ellos y he renunciado a usarlas en su contra.

He firmado un pacto que me compromete a sellar mi boca para siempre. A cambio, nos dejarán en paz.

—Pero, entonces, ¿de qué han servido tantos años de sufrimiento, si al final van a salirse con la suya, Hugo? Después de todo, habrán ganado ellos.

—No, Alexandra. Por fin he comprendido que no se trata de intentar que ellos pierdan, sino de que yo gane..., de que nosotros ganemos. Y ahora, por fin, lo estamos haciendo, porque lo verdaderamente importante es que ambos seamos felices y podamos estar juntos. Ésa será nuestra mayor recompensa por encima de todo lo demás. Ahora soy consciente de ello.

—¿Y ya nunca más, Hugo? ¿Todo quedará atrás para que podamos, por fin, ser felices?

—Sí, Alexandra. A partir de ahora seremos sólo tú y yo. Ya nada se interpondrá entre nosotros.

Once meses después

Acababa de despertarme y el olor a café recién hecho me pedía a gritos que me levantara. *Cocker* me dio los buenos días saltando a la cama y dándome un lengüetazo en la cara.

Hugo se encontraba en la cocina, preparando un delicioso desayuno.

Nos habíamos establecido en Nueva York, en su apartamento. Yo, obviamente, había dejado mi trabajo en Madrid. No tenía sentido continuar allí y más con Gael como compañero, así que hice las gestiones necesarias y pude recuperar mi antiguo puesto de trabajo. En ese momento compartía la dirección con Raquel, a quien se la habían dado una vez que yo me fui y a quien le mantuvieron su puesto junto a mí, debido a la gran cantidad de trabajo surgido en el centro.

Coincidiendo con la salida de Hugo del hospital, el centro había recibido una importantísima suma de dinero, proveniente de un *holding* que agrupaba varias empresas farmacéuticas, a través de una «desinteresada donación» gracias a la cual no sólo se había podido aumentar considerablemente el

número de niños a los que proporcionarles tratamiento, sino que también se mantendrían a salvo sus terapias durante muchos años. Ese conglomerado de empresas farmacéuticas conformaba la organización contra la que había estado luchando, durante tanto tiempo, Hugo..., pero nunca quise saber cómo había conseguido convencerlos de que nos hicieran tal aportación económica. En ese momento lo único que importaba era que nuestros niños pudieran disfrutar de las nuevas instalaciones y de todos los recursos extra que habíamos obtenido.

—Bendita Elisabetta, que te enseñó a cocinar tan bien. Esas tortitas huelen genial —le dije al entrar en la cocina.

—Bueno, en realidad son receta de tu madre —me aclaró sonriendo.

Después de nuestra luna de miel, volvimos a España y Hugo pasó varios días conociendo a mi familia. Había hecho muy buenas migas con Beatriz y a la vista estaba, por el intercambio de recetas que había entre ellos.

Se me acercó para darme los buenos días como sólo él sabía hacer. Posó su mano sobre mi nuca y me atrajo hacia él. Sin embargo, algo hizo que desviara su atención y se quedara parado.

La televisión estaba encendida y un programa de la CNN había interrumpido su emisión para dar una exclusiva. Hugo se giró hacia la pantalla y me hizo un gesto para que me mantuviera en silencio.

«... ahora sabemos que una parte de la industria farmacéutica ha desempeñado un papel clave en la crisis de los opiáceos, como han conseguido demostrar varios periodistas de esta cadena. La sobredosis de heroína y de estos fármacos opioides causa unas ciento cuarenta muertes al día. Hay tantas porque esta industria, y en concreto una organización que engloba varias empresas farmacéuticas, de la que más adelante daremos su nombre, ha contribuido a inundar el mercado de adictivos fármacos con agresivas y engañosas tácticas de “marketing” por las que ahora empezará a acumular demandas. Estos medicamentos, además, han allanado el camino a la heroína, ya que cuatro de cada cinco adictos a esta droga fueron antes

consumidores de estos medicamentos que les fueron recetados por sus doctores y de los cuales acabaron siendo completamente dependientes, debido a nocivas sustancias incluidas en ellos que los hacían más adictivos aún, asegurándose así, esta organización farmacéutica, que los pacientes se hicieran crónicos y no pudieran prescindir de ellos. Varios estados lideran ahora la campaña en los tribunales y se acusa a este *holding* de gastar millones en campañas que “trivializaron el riesgo de consumir sus medicamentos opioides, a la vez que exageraron los beneficios de usarlos para el dolor crónico”.

»En la crisis de los opiáceos, no obstante, hay más responsables, incluyendo los doctores que cedieron a la presión de esta organización farmacéutica y prescribieron su medicamento a diestro y siniestro, beneficiándose así ellos de las grandes comisiones que ésta les transfería.

»Y también empiezan a aceptar su responsabilidad los reguladores y, en especial, la Agencia del Medicamento (FDA), que relajó las normas de pruebas y aprobó un medicamento tras otro, incluso los que sus propios expertos desaconsejaban por su alto riesgo de adicción. Su nuevo director reconoció que fueron “cómplices” en la crisis, ya que los anteriores cargos fueron también sobornados por dicha organización para que miraran hacia otro lado.»* ¹

Observé atentamente a Hugo. Él me había asegurado que se había olvidado del tema y que se había mantenido completamente al margen, lo cual era una condición sine qua non si queríamos no poner en peligro nuestras vidas.

—No iba a dejar que salieran indemnes de todo esto, Alexandra. —Lo miré perpleja—. Firmé un pacto en el que me comprometí a no desvelar el secreto que mi abuelo descubrió de ellos y a entregarles todas las pruebas que tenía en su contra, además de la información que tu padre recopiló a través de sus investigaciones y que grabó en el microchip que escondió en tu pulsera..., pero sabía que gente así no podría tener sólo un trapo sucio, así que los

investigué más a fondo y encontré otros turbios negocios en los que estaban metidos. En su momento sólo tuve que hacer una llamada anónima a la prensa para ponerles tras la pista y ellos han hecho el resto del trabajo. No han caído por lo que descubrió mi abuelo, ni por lo que después descubrió tu padre, pero sí lo harán por su sucia ambición. Ahora todo el mundo sabrá quiénes son y a qué se dedicaban. Todas las demandas que les van a caer harán que se arruinen. Y no sólo eso, por fin esa escoria acabará en la cárcel por haber envenenado a la gente y haberlos convertido en adictos. Yo ya no seré para ellos más que una pequeña piedra en el camino, comparado con lo que se les viene encima. Será su fin definitivo, Alexandra.

—Pero nadie sabe que tú has tenido algo que ver con esa filtración a la prensa, ¿verdad?

—Exacto —me dijo guiñándome un ojo y sonriendo como un niño tras una gran victoria—. Y, ahora, ¿por dónde íbamos? —me preguntó, zalamero, mientras me atraía de nuevo hacia él, acariciaba mi incipiente barriguita y me besaba con la misma deliciosa vehemencia de siempre.

[1](#) * Noticia real, extraída de varios medios de comunicación norteamericanos. (N. de la a.)

Agradecimientos

Quisiera agradecer a una serie de personas que este sueño se haya hecho realidad.

En primer lugar, a la que en última instancia lo ha hecho posible, mi editora Esther Escoriza. Gracias por confiar en mí, concediéndome esta maravillosa oportunidad.

En segundo lugar, a la persona que siempre guía mi vida, me la alegra y saca lo mejor de mí: mi marido.

En tercero, a mi cuñada Laura y a mis amigas Raquel, María José, Mayca, Lorena y Luichi, que han vivido conmigo este sueño y que son mis «lectoras cero». Gracias por ser como sois y por estar siempre a mi lado.

En cuarto lugar, a todas esas personas que me han apoyado, leyendo y después comentando mis historias en las redes sociales. No sabéis hasta qué punto sois importantes para mí. Gracias por estar ahí.

Y, por último, quisiera agradecer a determinadas personas que nunca confiaran en mí, porque precisamente eso hizo que quisiera seguir adelante para demostrarles que, mientras ellas me decían que era imposible, yo ya lo estaba haciendo realidad.

Biografía



Me llamo Carolina Bernal Andrés, soy psicóloga y ocupo mi tiempo trabajando con niños autistas. Sin embargo, desde pequeña siempre tuve la ilusión de poder escribir historias que hicieran disfrutar a la gente y que por un rato les hicieran olvidarse de los problemas de esta vida loca que llevamos. Por eso un día me aventuré a perseguir ese sueño y decidí plasmar en mis libros historias a veces románticas, a veces divertidas, a veces apasionadas, pero, sobre todo, historias con ese algo más que hacen que quieras seguir leyendo y que vuelvas a sentirte viva mientras las lees. Así nació *Si Dios puso la manzana, fue para morder*, mi primera novela. Después le siguió *¿Y si te vuelvo a encontrar?*, y actualmente me encuentro escribiendo la que será mi tercera novela.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

[https://m.facebook.com/CarolB.A.Escritora/?
notif_t=fbpage_fan_invite¬if_id=1509037738958089&ref=m_notif](https://m.facebook.com/CarolB.A.Escritora/?notif_t=fbpage_fan_invite¬if_id=1509037738958089&ref=m_notif)

Referencias a las canciones

Need You Now, Copyright: © 2010 Capitol Records Nashville. Manufactured by Capitol Records Nashville, 3322 West End Avenue, 11th Floor, Nashville, TN 37203 © 2010 Capitol Records Nashville, interpretada por Lady Antebellum. (*N. de la e.*)

Referencias a las novelas

Si Dios puso la manzana, fue para morder, Copyright: © Carolina B. A.,
2018 © Editorial Planeta, S. A., 2018. (*N. de la e.*)

¿Y si te vuelvo a encontrar?

Carol B. A.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Carol B. A, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): enero de 2019

ISBN: 978-84-08-20227-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

